

TIFFANY CALLIGARIS

# LESATH

III. LA CORTE DEL HECHICERO



Lectulandia

La única ventaja con la que contábamos era que nosotros sabíamos algo que ellos ignoraban. El Corazón del Dragón no le daba inmortalidad a la persona que lo llevara, sino que lo protegía de todo tipo de ataques, tanto mágicos como físicos. Pero con lo bueno también venía lo malo. Solo un descendiente de Lisabeth Derose, la Dama Draconis, podía utilizar el amuleto sin sufrir consecuencias. Con el Corazón del Dragón en su poder, Adhara, Aiden, Zul y Sorcha se dirigen al reino de Eira, donde encontrarán al Hechicero del Hielo. Una vez allí, y bajo la instrucción de Elar, el Hechicero, su misión por salvar Lesath llegará a su punto cúlmine. Pero un hecho inesperado ligará la vida de Zul al amuleto y dará lugar a un nuevo obstáculo en el enfrentamiento final con Akashik.

**Lectulandia**

Tiffany Calligaris

# **La corte del Hechicero**

**Lesath - 3**

ePub r1.0

Titivillus 06.09.15

Título original: *La corte del Hechicero*  
Tiffany Calligaris, 2014  
Diseño de cubierta: Sebastián Giacobino

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A todos los que pelearon junto a Adhara, vivieron aventuras de la mano de Aiden e hicieron magia con Zul y Sorchá, este libro es para ustedes.*

## A través de la montaña

Daeron tiró de las riendas y movió las orejas hacia atrás indicándome que estaba molesto. No podía culparlo. El camino que subía a través de la montaña era un extenso y denso bosque que dificultaba el paso.

Los troncos eran angostos y altos, los árboles se encontraban a demasiada proximidad unos de otros, lo que nos obligaba a ir a paso lento, esquivándolos. Era la primera vez que veía un bosque con esas características. Había toda clase de obstáculos que dificultaba el paso de los caballos: rocas, troncos caídos, pastizales altos y abundantes.

Y a eso debíamos sumarle la nieve. Por fortuna, no era profunda ya que las ramas de los árboles formaban un techo verde sobre nuestras cabezas, deteniendo los copos de nieve.

Zul iba sentado detrás de mí ya que Sorcha se había apropiado de su caballo. No había dicho una palabra en las últimas horas pero sabía que estaba despierto ya que su cabeza no estaba apoyada en mi espalda. Aiden se encontraba a mi costado, Alshain, su yegua blanca, avanzaba con cuidado con sus ojos fijos en el camino.

Miré hacia atrás para comprobar que Sorcha seguía detrás de nosotros. Era un hábito que había adquirido desde que partimos de Agnof, y no era la única. El cuerpo de Zul giraba con más frecuencia que el mío, para asegurarse de que estuviera cerca y no intentara escapar.

Sorcha había expresado innumerables veces lo molesto que le resultaba pero ninguno de los dos confiaba en ella como para dejar de hacerlo.

El problema se habría resuelto si fuera delante de nosotros en vez de detrás. Pero el caballo del mago era pequeño y avanzaba bastante más lento que Daeron y Alshain.

Cada vez que deteníamos a los caballos para que pasara y fuera delante, era cuestión de minutos antes de que volviera a quedar atrás.

En cuanto tuviéramos la oportunidad debíamos comprar otro caballo. No me molestaba que Zul fuera conmigo pero Daeron se cansaba más rápido con el peso de dos personas.

Quedaba un largo trecho para llegar a la cima. Según Sorcha, la fortaleza se encontraba arriba de todo, los ancestros de Blodwen la habían construido en medio de tres grandes rocas sobre la cima de la montaña.

Realmente esperaba que los dos warlocks, Blodwen y Mardoc, hubieran huido allí. Sería una gran pérdida de tiempo, sin mencionar esfuerzo, llegar y que se encontrara vacía.

Blodwen había huido con el Corazón del Dragón y era probable que Mardoc se le hubiera unido tras escapar de Akashik. Ya no había un Concilio de los Oscuros, sino Akashik y Lysha por un lado y Blodwen y Mardoc por otro. Cuatro poderosos enemigos y uno de ellos llevaba un amuleto que lo protegía.

Al bajar el sol, la oscuridad y la neblina nos obligaron a detenernos. Desmonté de un salto y el mago bajó cuidadosamente detrás de mí. Reprimí una risa al recordar la primera vez que Zul había desmontado de Daeron. Acostumbrado a la estatura de su caballo, se había alarmado cuando sus pies no llegaban al suelo y se había soltado, cayendo de cola.

Mis manos se encontraban congeladas, apenas podía sentir mis dedos y el viento frío era áspero contra mi rostro. Estaba tentada de utilizar magia para hacer fuego pero resistí el impulso. No podíamos arriesgarnos a que los warlocks vieran el humo y supieran que los estábamos buscando.

—Odio esta maldita montaña —dijo Sorcha.

—El frío se está convirtiendo en un problema —respondió Zul.

—Me gusta el frío, lo que me molesta son los centenares de árboles interponiéndose en nuestro camino —dijo Sorcha.

La miré incrédula, me costaba creer que disfrutara ese tipo de clima.

—¿Qué es lo que te gusta del frío exactamente? —pregunté.

—Me siento a gusto en él —replicó Sorcha.

No respondí. Había muchas cosas de Sorcha que no comprendía y esa era una más en la larga lista. Abrigamos a los caballos con una manta y comenzamos a armar la carpa.

Cuando solo éramos Zul, Aiden y yo habíamos logrado dormir los tres dentro de ella a pesar de que el espacio era reducido, pero no había forma de que cuatro personas entraran allí. Desde entonces, dos dormían mientras los otros dos hacían guardia y en mitad de la noche cambiábamos. La noche anterior había permanecido junto a Aiden, haciendo guardia hasta el amanecer. Habíamos logrado dormir algo en las primeras horas de la noche, pero cuando la discusión entre Zul y Sorcha se volvió imposible de ignorar, insistimos en cambiar de lugar.

Las cosas se habían vuelto complicadas desde que Sorcha se nos unió. En algunas ocasiones, pocas, ella y el mago lograban hablar de manera civilizada, pero la gran mayoría terminaba en peleas y acusaciones. Dos noches atrás, los había oído hablar sobre magia y habían tenido una conversación interesante. Zul se había mostrado curioso sobre el hechizo con el que Seith me había aprisionado en Agnof, aquel círculo que selló con su sangre, y Sorcha le explicó más sobre él. Debía admitir que también había despertado mi curiosidad.

Pero la noche anterior había sido una pesadilla.

—Esta noche haremos las cosas distinto. Tú harás guardia conmigo, Adhara —dijo Sorcha.

Los tres volvimos nuestras miradas hacia ella al mismo tiempo. Dejé escapar una risa sin poder evitarlo, ¿desde cuándo era ella quien daba las órdenes?

—¿Quieres que Adhara se quede contigo? ¿Por qué? —preguntó Aiden con tono sospechoso.

—Desde que dejamos Agnof que no he tenido una buena noche de sueño. Él me

grita la primera mitad de la noche y me mantiene despierta balbuceando en sus sueños la segunda mitad —dijo Sorcha señalando al mago.

Apenas podía ver el rostro de Zul debido a la oscuridad, pero parecía molesto y algo dolido.

—Tú eres la que se pasa la noche gritándome —replicó Zul enfadado.

—Zul no balbucea mientras duerme —dijimos Aiden y yo al mismo tiempo.

—No quiero compartir la carpa con él —insistió Sorcha.

—Yo tampoco quiero compartirla contigo. Solo acepté para que Adhara y Aiden pudieran estar juntos —hizo una pausa y agregó—. Si te sientes a gusto en el frío, puedes dormir en la nieve.

Silencio. Las palabras de Zul me sorprendieron, sabía que eran mentira pero las había hecho sonar como la pura verdad. Era la primera vez que le decía algo tan... cruel.

—Lo haré, prefiero dormir en la nieve que contigo —respondió Sorcha molesta.

—Hazlo, con suerte a la mañana descubriremos que te han comido los osos o lo que sea que habite en esta montaña —replicó el mago.

—Zul...

Sabía que Sorcha lo estaba enloqueciendo, pero hacerla dormir sola en la nieve era un poco excesivo.

Algo voló por el aire y pegó contra el mago, haciéndolo perder el equilibrio. Desenfundé mi espada y me volví hacia Sorcha. La observé confundida, recordando que su magia no funcionaba contra Zul.

—Me arrojó una bola de nieve —dijo el mago.

Sonaba perplejo y al borde de la furia.

—Espero que los osos te coman a ti —gritó Sorcha.

—Cállate, Sorcha, despertarás a toda la montaña. Es un milagro si los warlocks allí arriba no te han escuchado —dijo Aiden.

Miré a Zul, con la pregunta clara en mis ojos. Zul asintió con un leve movimiento y escondió el rostro entre sus manos. Podía sentir su frustración como si fuera yo quien la estuviera sintiendo. Sabía que me arrepentiría cada segundo de la noche.

—Haré guardia contigo, Sorcha —dije.

—Bien —respondió simplemente.

Aiden vino a mi lado y su mirada me dijo todo, no estaba contento con la situación. Abrió la boca y volvió a cerrarla, quería decir algo para que Sorcha cambiara de opinión pero sabía que sería inútil.

Además sabía que sería peligroso dejarlos solos, por fortuna no podían atacarse con magia pero había otras formas de causarse daño. Además temía que Zul perdiera la cabeza.

Tras poner una manta sobre la nieve, nos sentamos formando un círculo y sacamos las provisiones que nos habían dado Dara y Marcus, la familia con la que nos habíamos quedado en el pueblo olvidado de Agnof. No era mucho, ya que apenas



tenían comida para ellos, pero si lo racionábamos bien nos alcanzaría para uno o dos días más. Sería imposible encontrar algo que comer en la montaña.

Zul murmuró un conjuro y una esfera de luz apareció frente a nosotros. Era el mismo hechizo que había utilizado cuando cruzamos los túneles de roca que llevaban al Monte Luna. Nos proporcionaba algo de luz para ver la comida y no largaba humo como el fuego.

El silencio reinaba en la noche. Con la luz de la esfera pude ver con más claridad a todos. Zul se había puesto la capucha de su capa, apenas lograba ver su rostro pero parecía furioso. Sorcha tenía su mirada en el cielo, su expresión era seria y no revelaba nada. Me pregunté qué estaría viendo, las ramas de los árboles hacían imposible poder contemplar las estrellas.

Aiden pasó su brazo alrededor de mi hombro y me atrajo hacia él. Se encontraba cálido. Cada vez que posaba mis ojos sobre él, el mismo pensamiento cruzaba mi mente. Me costaba creer que habíamos realizado el ritual de las siete estrellas. Aquel hermoso humano había jurado pasar su vida junto a mí, al igual que yo había jurado pasar la mía junto a él. Los recuerdos de la noche en que realizamos el ritual élfico parecían irreales.

Para cuando terminamos de comer, el mago aún lucía perturbado. Insistió en hacer guardia las primeras horas pero lo convencí de que debía descansar. Aiden me susurró que gritara su nombre si Sorcha intentaba algo y me besó antes de entrar en la carpa.

No sabía cuánto tiempo había pasado pero tenía el presentimiento de que no era mucho. Las noches anteriores, en las que había hecho guardia con Aiden, se habían pasado rápido. Habíamos hablado, practicado con las espadas en la oscuridad y pasado tiempo juntos.

Sorcha se encontraba lejos de ser la compañera ideal. Estaba sentada junto a un tronco y no había dicho una palabra. Me pregunté cómo haríamos para lograr que no nos traicionara una vez que supiera que era la heredera de la Dama Draconis y que podía utilizar el Corazón del Dragón sin sufrir consecuencias.

Debía utilizarlo para vencer a los warlocks y luego destruirlo para que su poder ya no fuera una amenaza. Pero estaba segura de que una vez que probara su poder no se encontraría inclinada a destruirlo, sino todo lo contrario.

Los ojos se me fueron cerrando de a poco y tuve que hacer fuerza para mantenerlos abiertos. El cansancio y el aburrimiento hacían difícil permanecer despierta.

—Estás durmiendo —dijo Sorcha.

—Estoy despierta, solo descansaba los ojos —respondí.

Me puse de pie y caminé un poco. Debía permanecer alerta, no podía faltar mucho para que cambiáramos de lugar con Aiden y Zul.

—¿Cómo sabes acerca de la fortaleza de Blodwen? —pregunté.

La cabeza de Sorcha se volvió hacia mí, no podía ver su rostro debido a la

oscuridad pero no parecía contenta con la pregunta.

—Eres tan molesta como el mago. Si creen que miento, ¿por qué estamos aquí?

—No creo que mientas, nadie en su sano juicio subiría esta montaña solo para hacernos perder el tiempo, ni siquiera tú —repliqué—. Me refería a cómo sabes que existe esta fortaleza y que perteneció a la familia de Blodwen. Por lo que vi cuando me encontraba cautiva en Izar, los warlocks no compartían demasiada información con ustedes.

—Cuando tenía doce años fui con Blodwen a la fortaleza —hizo una pausa y continuó—. Creí que aprendería más magia viajando sola con él, pero solo me había llevado para que limpiara e hiciera guardia en la torre.

Sonaba irritada, el recuerdo la había molestado.

—¿Por qué no intentaste escapar como Aiden? —pregunté.

Sorcha apartó su mirada de mí y volvió la cabeza al cielo.

—No me agradaba la forma en que me trataban, pero prefería mi vida a la de ellos.

—¿Ellos? —pregunté.

—El resto de las personas que habitan Lesath. Vivían sus patéticas vidas sin saber acerca de la magia, sin saber que Lysha no era quien en verdad los gobernaba. No quería ser como ellos. Poseía magia y el Concilio me enseñó cómo controlarla, aprendí magia negra. Era especial y no me importaba el precio que debía pagar. No me importaba que me ordenaran matar gente.

Permanecí en silencio. No me esperaba esa respuesta. No era completamente malvada, más bien egoísta. Pensaba en ella y no le importaba que los demás sufrieran las consecuencias.

—¿No vas a decirme que matar está mal? —preguntó Sorcha en tono sarcástico.

—Sabes que está mal, no es necesario que yo te lo diga —respondí.

El silencio volvió a reinar en la noche. Fui hacia Daeron y acaricié su cuello mientras dormía. Si continuábamos, con algo de suerte llegaríamos a la cima al atardecer.

—¿Por qué te agrada tanto el mago?

Me volví hacia Sorcha sorprendida ante la pregunta.

—¿A qué te refieres?

—No pareces muy amistosa pero con él es diferente. ¿Por qué? —intentó sonar indiferente pero había curiosidad en su voz.

No tenía una respuesta exacta, era un misterio para mí también. Desde que nos conocimos que me había resultado fácil confiar en él y sentirme cómoda en su compañía. Era la oportunidad perfecta para intentar ayudarlo.

—Zul es honesto, valiente y posee un buen corazón. Es difícil no querer a alguien así —respondí en tono serio.

Sorcha permaneció pensativa y luego dejó escapar una risa.

—El mago no es ninguna de esas cosas —replicó.

La miré indignada, no comprendía cómo Zul no la había matado. Si lo negaba, ella lo afirmaría y terminaríamos discutiendo a los gritos.

—Tal vez te niegas a verlo porque no quieres que te agrade —respondí.

—Para ser una elfa dices bastantes tonterías —dijo levantando la voz—. Creí que los elfos eran sabios.

Me contuve y me obligué a calmarme antes de responder. Si continuaba con ese tipo de comentarios, cuando Aiden y Zul despertaran la encontrarían en el suelo atravesada por Glace.

—El Concilio amenazó con matarte si no terminabas con su vida. Odiaste a Zul durante mucho tiempo y no quieres dejar de hacerlo —hice una pausa y agregué—. Ahora eres libre de hacer lo quieras, Sorcha. Deja de lado tus prejuicios, Zul no ha sido más que amable contigo.

No volvió a decir otra palabra en lo que restó de nuestro tiempo haciendo guardia. Incluso cuando nos encontrábamos en la carpa, se acostó en una esquina, dándome la espalda y se durmió en silencio.

La mañana se encontraba despejada, hacia frío pero la neblina se había disipado. Nos apresuramos a guardar todo y continuar la marcha. No faltaba mucho para la cima, si no descansábamos más de unos minutos, por fin llegaríamos.

El día fue aburrido, todos nos encontrábamos alertas, con los ojos en el camino y apenas intercambiamos unas palabras. El mago estaba tenso, podía sentir sus manos rígidas en mi capa.

Me alegraba que viajara junto a mí, de esa manera podía asegurarme de que se mantuviera concentrado y Sorcha no lo afectara.

El trayecto fue largo pero cuando el sol comenzó a bajar por fin logramos ver algo elevándose en la cima. Desmontamos y continuamos a pie para poder acercarnos silenciosamente. La nieve era tan profunda allí arriba que mis pies se enterraron y apenas podía avanzar. Aiden me tomó de la mano y me mantuvo a su lado, ayudándome a subir.

Me aferré a él, esforzándome por continuar mientras mis botas se hundían cada vez más. Pronto estaríamos tapados por nieve. Zul miró a Sorcha considerando ayudarla ya que también estaba teniendo dificultad para subir. Pero algo hizo cambiar su mente ya que continuó luchando contra la nieve sin decir nada.

Sentía el cuerpo cansado, estaba a punto de maldecir cuando vi que estábamos allí.

La imagen frente a nosotros era bastante diferente a lo que me había imaginado, creí que encontraríamos un pequeño castillo o una vieja casa abandonada pero esto era distinto. Tres gigantescas piedras formaban un círculo en la cima y en medio de estas se encontraba una gran construcción cuadrada. En verdad era una fortaleza, de no ser por la torre que se elevaba en una de las esquinas, sería un bloque de piedra.

—No estabas bromeando cuando dijiste que era una fortaleza —dijo Aiden.

—Los antepasados de Blodwen vivieron largos años escondidos aquí —respondió

Sorcha.

—No va a hacer fácil entrar inadvertidos —dijo Zul mirando detenidamente la construcción.

—Va a ser imposible entrar inadvertidos, las piedras que rodean la fortaleza se encuentran hechizadas desde hace años, nuestra magia no logrará romperlas o hacer una apertura —replicó Sorcha.

El panorama empeoraba con cada minuto, las piedras de la construcción parecían imposibles de demoler y la magia no funcionaría contra ellas. ¿Cómo lograríamos entrar?

Miré la fortaleza detenidamente buscando algo que nos ayudara. Nada. No había puertas, ni ventanas, solo un gran bloque de piedra. La entrada debía estar escondida y aún si la encontrábamos no podíamos simplemente entrar por la puerta principal. Blodwen y Mardoc sabrían que estábamos allí. Tenían el Corazón del Dragón, lo que los hacía más peligrosos de lo que ya eran. Debíamos tomarlos por sorpresa, sin darles tiempo a reaccionar. Si sabían que estábamos allí y tenían tiempo de prepararse, terminaríamos todos muertos.

Akashik los había traicionado y estaban por su cuenta. Lo que significaba que estarían esperando un ataque de él, no de nosotros. Conocían a Akashik, sabían que no se olvidaría de ellos y los dejaría vivir. Especialmente, si tenían el Corazón del Dragón.

La única ventaja con la que contábamos era que nosotros sabíamos algo que ellos ignoraban. El Corazón del Dragón no le daba inmortalidad a la persona que lo llevara, sino que lo protegía de todo tipo de ataques, tanto mágicos como físicos.

Pero con lo bueno también venía lo malo. Solo un descendiente de Lisabeth Derosé, la Dama Draconis, podía utilizar el amuleto sin sufrir consecuencias. De no ser alguien de su línea de sangre pagaría un precio al quitarse el amuleto. Un mago perdería su magia y una persona normal, su salud.

Sorcha era la única que podía usarlo sin que la magia del amuleto la afectara al quitárselo.

La miré pensativa, estaba sentada en la nieve con sus ojos en la fortaleza. Su pelo rojo se movía con el viento enredándose en su rostro.

—Tal vez Akashik nos gane de mano y los mate primero —dijo Zul esperanzado.

—Si Akashik obtiene el Corazón del Dragón, todos estaremos muertos —replicó Sorcha.

Estaba en lo cierto, jamás lograríamos quitárselo, era demasiado poderoso.

—Tú estuviste aquí antes, Sorcha. ¿Recuerdas alguna otra entrada? ¿Un pasadizo? —preguntó Aiden.

—Estoy intentando recordar —dijo Sorcha—. Mi tiempo en este lugar es algo que me esforcé por olvidar.

Zul la miró esperando que continuara hablando, parecía sentirse mal por ella.

—Blodwen olvidó que era una aprendiz de Nawa, que era buena con la magia —

dijo con rencor—. Para él era más importante verme barrer que enseñarme algún hechizo útil. El desgraciado va a pagar por eso.

—Sí, va a pagar —dijo Zul.

Sorcha lo miró y tras un momento de vulnerabilidad su expresión se volvió a endurecer.

—Ni siquiera tenemos la certeza de que Blodwen y Mardoc estén allí dentro —dije.

Aiden me miró y asintió pensativo.

—Sé que están allí —respondió Sorcha—. Blodwen solía decir que este lugar fue el hogar de sus antepasados durante años. Cree que es un lugar seguro.

—Lo es —dijo Aiden—. Hacer la fortaleza entre esas tres piedras fue inteligente. Si la única entrada es aquella gran puerta de allí, dudo que podamos tomarlos desprevenidos.

Aún si no encontrábamos otra forma de entrar, la única manera de abrir esa puerta sería quemándola. Se veía bastante pesada y probablemente estuviera protegida por un hechizo. Nos encontrábamos tan cerca y debíamos lidiar con todas aquellas rocas en nuestro camino.

# Blodwen

Retrocedimos y regresamos junto a los caballos. Necesitaríamos un buen plan, sin mencionar un milagro, para entrar allí y matar a Blodwen y Mardoc.

Aiden y Zul estaban perdidos en sus pensamientos, ambos tenían una expresión seria y la mirada perdida. Debían estar pensando cómo lograríamos entrar y qué hacer si nos descubrían. Aunque la verdad era que no tendríamos más opción que pelear.

Si Blodwen llevaba puesto el Corazón del Dragón, debíamos quitarle el amuleto y perdería su magia. Sería vulnerable y solo bastaría una espada para matarlo. Pero iba a ser difícil acercarnos cuando se encontraba protegido contra cualquier ataque, sin mencionar que Mardoc también estaría allí.

Dejé escapar un suspiro de frustración mientras limpiaba la hoja de Glace. Aún si de alguna manera lográbamos derrotar a los dos warlocks, luego quedaban Akashik y Lysha. Jamás lograríamos matarlos a todos.

—Luces frustrada, elfa —dijo Sorchá.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Un recuerdo.

—No me llames así —respondí.

Una mirada de comprensión no tardó en aparecer en su rostro.

—Olvidé que Seith te llamaba de la misma manera —replicó.

Aiden la observó, parecía disgustado ante el comentario. No me gustaba pensar en Seith, ni recordar lo que había sucedido. No lamentaba haberlo matado, de no haberlo hecho él me hubiera matado a mí pero su mirada de horror cuando Glace lo atravesó se encontraba fija en mi mente.

Volví mi atención a Sorchá, hasta hacía poco había estado sentada en una piedra lejana hablándose a sí misma y maldiciendo. Al verla allí su expresión ya no lucía frustrada, sino relajada, incluso alegre.

—Tú pareces relajada —dije observándola.

—Tienes aquella expresión que aparece en tu rostro cuando encuentras algo divertido —dijo el mago, intrigado.

Sorchá sonrió y permaneció unos segundos en silencio antes de volver a hablar.

—Cuando vine aquí con Blodwen, hace muchos años, me hizo limpiar cada rincón de aquella maldita fortaleza, incluso la biblioteca. Allí encontré un libro con su árbol genealógico y en una de las hojas había un dibujo de la fortaleza, un plano. En la base de alguna de esas tres piedras hay una entrada escondida —dijo.

Los tres intercambiamos miradas de sorpresa y desconfianza, era demasiado bueno para ser verdad.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —preguntó Aiden, molesto.

—No hay necesidad de ponerse agresivo. Lo recordé hace poco y estaba pensando qué quiero a cambio —respondió Sorchá simplemente.

—¿Qué quieres a cambio? —pregunté incrédula—. Te diré lo que obtendrás a cambio: dinos dónde está la entrada y no te usaremos como señuelo para hacer salir a

los warlocks.

—Creo que prefiero usarla como señuelo a saber dónde está la entrada —dijo Zul. Sorcha le lanzó una mirada tan fría como el hielo.

—Aceptaste ayudarnos a matar al Concilio —le recordó Aiden.

—Y lo haré. Buscaré la entrada si me dejan matar a Blodwen. Quiero matarlo con mi magia —respondió.

Silencio. Los tres intercambiamos miradas inciertas.

—Blodwen es poderoso, no puedes enfrentarte a él sola —protestó Zul.

Reprimí una sonrisa. Incluso cuando estaba enojado no podía evitar preocuparse por ella.

—No tengo ninguna intención de hacerlo. Dijeron que el Corazón del Dragón le haría perder su magia. Uno de ustedes se lo quitará y luego yo terminaré con él —replicó Sorcha.

Pensé que se trataba de un truco pero no estaba segura. Quería vengarse de Blodwen y matarlo sin que su vida corriera peligro, sonaba como algo que Sorcha haría.

—Es probable que Mardoc también se encuentre allí —dije.

—¿Por qué quieres matarlo tú? —preguntó Zul.

Sus ojos grises encontraron los de ella.

—Blodwen piensa que soy débil e inútil porque no pude matarte a ti. De haber regresado a Izar luego de la pelea en el pasaje de Elnath, me hubiese torturado hasta la muerte con una sonrisa macabra en su rostro —dijo Sorcha exasperada—. Le mostraré quién es el inútil.

No podía decir que me encontraba en desacuerdo cuando yo misma estaba esperando la oportunidad para vengarme de Lysha.

—Supongo que no debemos preocuparnos de que tu conciencia te impida matarlo —dijo Aiden.

El mago y yo reímos, incluso Sorcha no pudo evitar sonreír ante el comentario.

Al anoecer nos escabullimos silenciosamente en la cima para analizar las piedras y buscar la entrada. No fue una tarea fácil. Las superficies eran todas iguales y la oscuridad no ayudaba. Grandes nubes cubrían el cielo, tapando la luna. Pasamos un largo rato tocando la base de las piedras, mis manos se sentían ásperas contra la superficie fría y dura. Buscamos en cada rincón de las tres grandes piedras hasta que finalmente dimos con un pedazo de roca suelta que ocultaba una abertura.

Llevé la mano hacia el bolsillo dentro de mi capa, buscando la pequeña piedra blanca, la mística. El dragón Grigor me la había dado a cambio de un anillo en el Monte Luna. Su magia era una protección contra algunos hechizos y me protegió de la magia de Seith cuando peleé contra él. Pero al mirar la pequeña piedra blanca supe que algo no andaba bien, su magia se había debilitado. No estaba segura de que esta vez fuera a ser de ayuda.

Podía sentir aquella sensación de ansiedad creciendo en mi pecho, siempre la

tenía antes de una batalla. Respiré con calma intentando dejar atrás mis miedos y preparándome para lo que enfrentaríamos. Los demás estaban discutiendo. Aiden insistía que era mejor esperar un día más y planear un buen ataque pero Zul y Sorcha no parecían dispuestos a esperar un solo instante más. Además, sería demasiado arriesgado esperar todo un día a tanta proximidad de la fortaleza, perderíamos la ventaja de un ataque sorpresa.

El mago fue el primero en descender por el agujero, luego le siguió Sorcha y tras ella Aiden. La grieta era angosta y la piedra raspaba mi piel. El aire era denso y olía mal. Me deslicé por el hueco y Aiden me atrapó cuando me dejé caer. Todo se encontraba en plena oscuridad, sus brazos rodearon mi cuerpo, sosteniéndome contra él. Sabía que no era momento para el romance pero no pude evitar atraerlo hacia mí y besarlo. Sus manos se enredaron en mi pelo y el beso se volvió más intenso, podía sentir la urgencia en sus labios, la necesidad de tenerme cerca.

Una vez más nos encontrábamos a momentos de enfrentarnos al peligro y quería disfrutar cada segundo junto a él por temor a lo que pudiera suceder.

Sorcha dijo unas palabras y el lugar se iluminó. Una hilera de antorchas cobró vida, guiando el camino.

—Lamento interrumpirlos... ¿Quieren volver a la oscuridad? —dijo Sorcha en tono sarcástico.

—Podríamos usar unos momentos más.

—¡Aiden! —dije.

Podía sentir el rubor en mis mejillas ante su comentario.

—Estamos a punto de enfrentarnos a dos magos oscuros, de los cuales uno posee un amuleto que lo hace inmune a cualquier ataque... Podríamos usar unos momentos más —respondió Aiden.

—Tómense todo el tiempo que necesiten —replicó Sorcha—. Tal vez Blodwen y Mardoc los vean y se mueran de aburrimiento, ahorrándonos el trabajo.

Zul dejó escapar una risa. Me separé un poco de Aiden y empecé a caminar. Necesitaba concentrarme en los alrededores y prepararme para pelear, lo que resultaba difícil cuando en lo único que pensaba era en regresar a los brazos de Aiden y sentir sus labios sobre los míos.

—Relájate, Sorcha. Suenas más hostil que de costumbre —respondió Aiden.

La observé, su expresión no revelaba nada pero había cierta rigidez en su forma de caminar. Probablemente aún le temía a los warlocks a pesar de que quería deshacerse de ellos.

—¿Besar a alguien antes de pelear apacigua los nervios? —preguntó Sorcha con un hilo de voz.

Me volví hacia ella, no estaba segura de qué me había sorprendido más: la pregunta o la curiosidad en su voz.

—En cierta manera.

—Deberíamos probarlo.



Aiden y Zul hablaron al mismo tiempo. Miré al mago estupefacta, sin estar segura de haber oído bien. Sorch y Aiden también lo observaban de manera incrédula. A juzgar por el color de su cara y su mirada de horror, las palabras se le habían escapado y no había sido su intención decir las en voz alta.

La situación era graciosa pero la expresión del mago me generaba más compasión que risa. Sorch agachó la cabeza evitando nuestras miradas y apresuró el paso.

—Nada mejor que un chiste antes de una batalla —dijo Zul.

Intentó sonar casual pero había sonado... raro, no había otra palabra para describirlo.

—Prefiero besar a Aiden antes que besarte a ti —respondió Sorch, molesta.

¿Besar a Aiden? Resistí el impulso de tomar una de las pequeñas piedras del suelo y arrojársela contra su cabeza.

—Yo prefiero besar a Adhara antes que besarte ti —replicó el mago.

—¡Zul! —dijimos Aiden y yo al mismo tiempo.

Nos miró exasperado y continuó caminando. Nuevamente, Sorch lo estaba haciendo perder la cabeza. Nadie parecía estar en condiciones de pelear, llevé la mano hacia la empuñadura de Glace y me obligué a concentrarme, alguien debía tomar esto en serio o nos matarían a todos.

El resto del trayecto fue silencioso. El camino subterráneo continuó durante un largo trecho y terminó frente a unas rocas que formaban una escalinata hacia arriba.

Los cuatro intercambiamos miradas inciertas, la atmósfera se volvió tensa, podía sentir una mezcla de emociones en el resto. Discutimos silenciosamente un plan. Según Sorch, la habitación principal se encontraba subiendo las escaleras y había un ala con el resto de las habitaciones en el primer piso.

Zul sugirió que yo fuera con él en busca de Mardoc, y Aiden y Sorch se encargaran de Blodwen.

No quería separarme de Aiden pero sabía que Zul y Sorch juntos eran una combinación digna para el desastre y tenía más sentido que en cada pareja hubiera un mago y una espada.

Aiden parecía tan reacio a la idea como yo pero no tuvo más opción que aceptarlo. La mirada en sus ojos me decía que iba a hacer todo lo posible para acabar con Blodwen y venir por mí.

El mago avanzó con una antorcha en mano, guiándonos hacia arriba. El aire que circulaba era escaso y la ropa abrigada se estaba volviendo calurosa, podía sentir la transpiración en mi rostro mientras subía por las rocas. El mago empujó hacia arriba una gran piedra cuadrada que se encontraba sobre su cabeza obstruyendo el camino, y esta cedió. Era la entrada a la fortaleza.

Todos mis sentidos se encontraban alertas, tomé la empuñadura de Glace y la desenfundé. Zul levantó la antorcha para iluminar el lugar, nos encontrábamos en un rincón de lo que parecía ser la cocina.

—Debemos ser sigilosos, rápidos —dijo Aiden.

—Utiliza la espada para cortar el Corazón del Dragón de su cuello y yo me encargaré de matarlo —respondió Sorcha.

A juzgar por su expresión parecía lista para arrancarle el corazón a alguien. Su mirada era fría y su expresión, la de alguien que ansiaba disfrutar de su venganza.

Aiden tomó mi rostro en sus manos y me observó por unos segundos.

—Regresa a mí —me susurró.

—Lo haré.

Mantener mi concentración y no perderme en sus cálidos ojos marrones fue extremadamente difícil. Tomé la empuñadura de Glace con más fuerza y fui junto al mago.

Zul observó a Aiden de manera significativa y luego su mirada se posó en Sorcha. Esta se encontraba analizando los alrededores, perdida en sus pensamientos.

—Ten cuidado, Sorcha —dijo.

Se volvió hacia él y le dedicó algo similar a una sonrisa.

—Espero que no te maten, mago.

Tras estas palabras se alejó, perdiéndose por la puerta. Aiden me miró de manera fugaz, las palabras fuertes y claras en sus ojos y luego fue tras ella.

Zul y yo nos quedamos solos en medio de la cocina. Sentí el mismo impulso que había sentido en el baile de máscaras, el de ir tras Aiden y aferrarme a él para asegurarme que nada le sucediera. Esperaba que algún día pudiéramos tener una vida normal y no estar preguntándonos constantemente si sería la última vez que nos veríamos.

—Adhara.

Los ojos grises y misteriosos del mago encontraron los míos.

—Zul.

Asentí con la cabeza indicándole que me encontraba lista. Caminamos silenciosamente, la antorcha iluminaba escasamente los alrededores. Salimos de la cocina hacia una habitación con una gran mesa rectangular.

El hecho de que el lugar era desconocido me hacía sentir más ansiedad. Podía ver telarañas en las esquinas del techo, era alto y abovedado. Algunas de las sillas estaban rotas y una fina capa de polvo cubría la superficie de la vieja mesa. El lugar debió haber estado deshabitado durante años.

Zul caminaba sigilosamente a mi lado, sus ojos brillaban peligrosos, observando los alrededores. Su expresión era difícil de leer pero en todo el tiempo que pasamos juntos aprendí que cuando intentaba mostrarse inexpresivo era porque se encontraba nervioso.

—No puedo creer que le dijiste a Sorcha que deberían probar besarse —susurré.

—Pensé que lo estaba pensando, no me di cuenta de que lo dije en voz alta —respondió.

Levanté la espada delante de mí y la mantuve allí, no había forma de saber si los warlocks dormían o estaban conscientes de nuestra presencia.

—Me considero una persona madura y sensata, pero cuando estoy con Sorcha me comporto como si tuviera diez años —agregó Zul.

Le lancé una breve mirada y luego volví mi atención a los alrededores.

—Te enamoraste de alguien que intentó matarte en varias ocasiones, no sé qué tan sensato sea eso...

Al llegar al final de la sala nos chocamos contra una puerta que daba a un corredor. Era largo, las paredes se cerraban angostas y había al menos diez puertas a lo largo de este. En una de esas habitaciones debía encontrarse Mardoc, la pregunta era en cuál.

Zul extendió la palma de su mano y de esta brotó una pequeña cantidad de humo azul. Este flotó en el aire, haciéndose visible en la oscuridad y pasó por varias puertas hasta que se detuvo frente a una y se desvaneció.

Avanzamos silenciosamente y nos detuvimos frente a ella. Podía sentir la adrenalina apoderándose de mi cuerpo. Zul apenas respiraba, sus ojos tenían aquel brillo peligroso y había decisión en su mirada.

—Haré un hechizo para inmovilizarlo, termínalo con tu espada —me susurró.

Asentí. Silencio. Intercambiamos una última mirada mientras Zul estiraba su mano hacia el picaporte.

El mago abrió la puerta y se apresuró dentro de la habitación mientras gritaba un hechizo. Entré tras él. La antorcha apenas iluminaba la habitación, distinguí una cama y corrí hacia ella. Guie mi espada hacia la figura recostada, pero antes de alcanzarla una fuerza invisible me arrojó hacia atrás y caí contra el muro de piedra. El golpe fue brusco, aturdidor. Me puse de pie ignorando el dolor en la espalda y levanté a Glace.

—Nunca duermo sin un hechizo de protección, un truco que aprendí de Akashik —dijo el warlock.

—Eso no va a salvarte —respondió Zul.

Fui a su lado, debíamos atacar juntos.

—A pesar de tu corta edad te creía sabio, Zul Florian. Me he equivocado: solo un idiota vendría tras nosotros cuando Blodwen tiene el Corazón del Dragón —Mardoc hizo una pausa y agregó—. ¿Qué te hizo creer que podías enfrentarte a nosotros? ¿Arrogancia o estupidez?

—Oportunidad. Sé algo que ustedes ignoran —replicó.

Zul arrojó la antorcha al suelo y las llamas cobraron vida propia, yendo en dirección al warlock. Este las apagó con un movimiento de su mano y se volvió hacia mí antes de que pudiera sorprenderlo por un costado.

Blandí a Glace hacia él pero la hoja se detuvo en el aire como si hubiera golpeado contra un escudo invisible. Volví a embestir con más fuerza obteniendo el mismo resultado. Mardoc me tomó de la capa, levantándose en el aire. Era fuerte para alguien que aparentaba tener largos años.

Podía sentir su magia sobre mí. La mística en mi bolsillo había fallado en protegerme. Sentí una sensación de ahogo, me estaba asfixiando. Llevé las manos

hacia mi garganta pero no había nada allí. Era magia negra, intenté respirar desesperada, era como si no hubiera aire.

Una ráfaga de viento arremetió contra nosotros, causando que Mardoc me soltara. En el momento en que su mano perdió contacto conmigo pude sentir el aire de nuevo. Me tomé unos momentos para respirar, aliviada de poder hacerlo.

Zul arrinconó al warlock en una esquina de la habitación y cuando el viento se detuvo se arrojó contra este, podía ver un destello azul en la palma de su mano. Mardoc lo detuvo con un conjuro. No podía ver con claridad pero era como si algo evitara que Zul pudiera moverse.

Fui hacia él y concentrándome utilicé magia para hacer una esfera de luz. El mago se encontraba quieto, su cuerpo rígido. Había algo envuelto alrededor de él, manteniéndolo donde estaba. Me acerqué más sin entender de qué se trataba hasta que lo pude ver con claridad y el horror me invadió. Era una sombra, la sombra de Zul. Su sombra había cobrado vida y se había vuelto contra él manteniéndolo inmóvil. No había límites a los terrores que podía conjurar la magia negra.

Me abalancé sobre el warlock y algo se enredó en mi pie haciéndome caer. Una de las cortinas. Comenzó a subir por mi pierna como si fuera una serpiente. Mardoc era poderoso, estaba volviendo todo en nuestra contra, nuestras sombras, las cortinas.

—Veamos. ¿Quién de ustedes morirá primero? Tú has sido una molestia durante años, Florian, oponiéndote a nosotros con pequeños actos desde las sombras. Eres un buen mago pero eres más molesto que poderoso. Y tú, elfa, solo has ocasionado problemas desde tu llegada a Lesath. Tú liberaste a Ailios y le diste la oportunidad perfecta a Akashik para matar a Sabik y a Dalamar.

Mi corazón latía precipitadamente contra mi pecho. Mardoc nos observaba con una mirada distante y pensativa, intentando decidir qué muerte le daría más placer.

Un grito interrumpió la escena, sonaba lejano y era la voz de una mujer. Sorcha.

—¿No son los únicos intrusos que decidieron despertarnos esta noche? —preguntó Mardoc.

Los gritos continuaron. Si Sorcha estaba en peligro, también lo estaba Aiden.

El mago y yo actuamos al mismo tiempo. Zul gritó un encantamiento logrando soltarse mientras yo giré con un rápido movimiento y corté la cortina con Glace.

Corrimos hacia la puerta y tras salir Zul la cerró, sujetando el picaporte con fuerza.

—Debemos mantenerlo aquí —gritó.

—¡Haz un hechizo!

—No estoy seguro de que pueda contenerlo —replicó.

Su mirada era de miedo y desesperación. Parecía estar teniendo un debate interno, quería ir tras Sorcha pero sabía que si Mardoc nos seguía, los expondríamos a mayor peligro. Quería abrir la puerta, atravesarlo con Glace y correr tras Aiden pero sabía que no sería tan sencillo. Debíamos encerrar a Mardoc y rápido.

Sorcha gritó de nuevo y esta vez también oí la voz de Aiden. Algo dentro de mí

estalló, no podíamos continuar allí sin hacer nada. Utilicé la hoja de Glace para hacer un corte en mi mano e hice una línea de sangre frente a la puerta pronunciando las mismas palabras que Sorcha le había dicho al mago unas noches atrás.

—¡Adhara! —gritó Zul.

—No podrá pasar por aquí, lo sellé con mi sangre. Oí a Sorcha enseñándote el hechizo que utilizó Seith para mantenerme en el círculo en Agnof —dije.

—Le pregunté a Sorcha acerca del hechizo por curiosidad, no para utilizarlo. Es magia negra...

Zul me miró de manera extraña, parecía asombrado y asustado al mismo tiempo.

—Sorcha nunca mencionó que fuera magia negra —respondí.

¿Había hecho magia negra? Me sentía disgustada conmigo misma de solo pensarlo.

—No lo mencionó porque es evidente, cualquier mago... —se detuvo abruptamente—. Hablaremos de esto después.

Corrimos hacia un gran salón, todo se encontraba oscuro y no sabíamos hacia dónde ir. Era una gran habitación circular con un techo elevado. Nos detuvimos un momento para descifrar de dónde provenían las voces y vimos una escalinata en la esquina. Subimos los escalones a zancadas, apresurándonos. Las voces se oían con más claridad, Sorcha gritaba en agonía mientras otra voz recitaba unas palabras.

El gran corredor se extendía frente a nosotros. Una figura con pelo del color del fuego se retorció en el suelo, una nube de humo negro la envolvía como el capullo de un gusano. Aiden yacía a unos metros de ella, tenía cortes en diferentes partes del cuerpo y había una daga flotando sobre su cabeza.

—Veo que los dos traidores no fueron los únicos que decidieron irrumpir esta noche —dijo Blodwen.

Llevaba el Corazón del Dragón alrededor de su cuello y una mirada de arrogancia, se creía invencible. Si Aiden y Sorcha no habían conseguido quitarle el amuleto, no me imaginaba cómo Zul y yo tendríamos mejor suerte. En especial luego de haber fallado en derrotar a Mardoc.

—¡Zul!

La voz de Sorcha sonaba al borde de la desesperación, nunca la había oído decir el nombre del mago de esa manera.

Zul se adelantó y conjuró una de sus ráfagas de viento contra Blodwen, el hechizo se detuvo en cuanto el viento lo tocó. La magia no funcionaba contra él. El mago dejó escapar un grito de frustración y corrió hacia Sorcha, envolviendo el humo negro con su propio humo azul.

Fui hacia Aiden y golpeé la daga con la hoja de Glace alejándola de nosotros.

—¿Te encuentras bien?

Aiden asintió, se puso de pie con su espada en mano y ambos nos enfrentamos a Blodwen para darle tiempo a Zul de liberar a Sorcha.

—¿Tan poco valoran sus vidas? —preguntó el warlock—. Cumplí con el

propósito del Concilio, soy poderoso e inmortal.

Embestí con Glace, la espada se detuvo contra su brazo como si este estuviera hecho de piedra. El warlock apoyó su mano sobre la mía y grité de dolor. Me quemaba, era el mismo hechizo que había utilizado Seith en varias ocasiones, sentía que mi mano se encontraba dentro de una llama de fuego. Aiden me empujó hacia un costado y se puso delante de mí.

Miré hacia atrás, Zul había logrado romper el hechizo y estaba ayudando a Sorcha. Lucía terrible, había sangre en su boca y su piel se encontraba cubierta de moretones.

—Dos traidores, un mago y una elfa. Será un placer ponerle fin a sus vidas —dijo Blodwen—. Luego de ustedes me desharé de Akashik y de su hija. Mardoc y yo nos aseguraremos de que el legado de los warlocks viva por siempre.

—Mardoc está muerto —le espeté.

Aiden y Blodwen se volvieron hacia mí. Era una mentira pero haría que Blodwen perdiera el control.

—¡No! No es posible, mientes —gritó Blodwen.

Me lanzó un hechizo y Zul lo detuvo antes de que me afectara.

—Soy Zul Florian, primer mago de la Orden de la Luna Nueva, y te condeno a la muerte en nombre de mis padres —dijo el mago.

El warlock rio de manera cruel ante sus palabras y cerró las manos sobre el amuleto del color de la sangre enseñándoselo a Zul. Lo estaba desafiando.

—¡No vivirás por siempre, estúpido! El Corazón del Dragón no es lo que crees —gritó Sorcha.

—¡Sorcha! —dije en tono de advertencia.

Blodwen nos miró a ambas, por primera vez su expresión mostraba más preocupación que triunfo.

—¿A qué te refieres, traidora? —preguntó el warlock.

Sorcha parecía totalmente exasperada, su rostro lleno de dolor e ira, sus ojos azules fijos en Blodwen con una mirada asesina.

—Me refiero a que morirás, crees que vivirás para siempre pero tu vida terminará en unos momentos. ¡Morirás como la criatura desagradable e inferior que eres! Ese amuleto al cual te aferras destruirá...

—¡SORCHA! —gritamos los tres al mismo tiempo.

Parecía irritada de que la hubiéramos interrumpido pero guardó silencio. Blodwen nos observó, su boca era una línea rígida, sus arrugas se volvieron más pronunciadas. Por una fracción de segundo pude ver miedo en sus ojos. Y al parecer los demás también lo vieron, ya que en el instante siguiente los cuatro nos abalanzamos sobre él al mismo tiempo.

Al ser la más rápida, fui la primera en alcanzarlo. Dirigí a Glace hacia su cuello y una fuerza invisible me arrojó hacia atrás haciéndome rodar por el suelo. Mi muñeca quedó atrapada debajo mi cuerpo y solté la espada con una mueca de dolor. Levanté

la cabeza. Zul volaba por el aire de la misma manera en que lo había hecho yo pero cayó sobre sus pies y lanzó otro hechizo. Todo sucedió tan rápido que apenas logré seguir la secuencia. Blodwen detuvo el hechizo del mago en el mismo momento en el que la espada de Aiden golpeó contra su pecho cortando las finas cadenas del Corazón del Dragón.

El amuleto cayó antes de que el warlock pudiera agarrarlo. Intentó agacharse, extendiendo su mano hacia él pero Sorcha recitó un conjuro y lo detuvo. Su magia funcionó contra Blodwen y una fina capa de hielo comenzó a expandirse por su cuerpo.

—Mi magia, mi mag...

La espada de Aiden atravesó al warlock antes de que pudiera terminar de hablar. Este se estremeció y se desplomó contra el suelo. Zul me ayudó a ponerme de pie y ambos nos acercamos. La túnica de Blodwen estaba cubierta en sangre y su rostro empalidecía con cada segundo.

—No puedo sentir... No puedo... —Blodwen escupió sangre—. Magia...

No sentía pena por él, pero era una imagen que no quería recordar. El horror en su mirada era imposible de describir con palabras, era más que horror, era pura desesperación.

—Debiste tratarme como una aliada, no como una sirvienta. Tu error...

Tras decir estas palabras Sorcha se agachó a su lado y le clavó una estalactita que había conjurado.

—¡Sorcha! ¡Estaba muriendo! —grité horrorizada.

—Ahora está muerto —respondió simplemente.

Continué observándola sin poder creer la brutalidad de lo que había hecho. El warlock era un ser malvado y merecía morir pero atacarlo de esa manera cuando yacía moribundo era cruel.

—Innecesario pero efectivo —dijo Zul.

—Era completamente innecesario —le espeté.

—Debía ser yo quien lo mate, no Aiden —replicó Sorcha mirando a Aiden con reproche.

—Vi la oportunidad y actué rápido —respondió.

Aiden vino a mi lado y me estrechó contra su pecho.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

Asentí con la cabeza, me dolía la muñeca pero no quería preocuparlo. El mago tomó el amuleto del color de la sangre y lo contempló.

—Lo recuperamos —dijo aliviado.

—En verdad le quitó su magia... Tenía mis dudas al respecto —dijo Sorcha.

—No lo parecía, casi arruinas el plan —respondí.

El mago guardó el amuleto en el interior de su capa; a juzgar por su expresión era como si una gran carga hubiese sido retirada de sus hombros. Sabía que creía haber decepcionado al mago Warrick cuando perdió el amuleto ante Blodwen, pero ahora lo

había recuperado y habíamos terminado con el warlock.

—Dos warlocks menos, solo quedan Akashik y Lysha —dijo Aiden.

—No exactamente... —respondí—. Lo dije para asustarlo, Mardoc aún está con vida.

—¿No lograron matarlo?! —la voz de Sorcha sonaba acusadora.

—Oímos tus gritos y nos apresuramos a encontrarlos —hice una pausa y agregué—. Tú tampoco lograste matarlo, no sin nuestra ayuda.

Sorcha me dio la espalda y permaneció en silencio.

—¿Dónde está Mardoc? —preguntó Aiden.

—Encerrado en una habitación. Adhara... —hizo una pausa abrupta.

Zul me observó e intercambiamos miradas, no quería decir que había hecho magia negra y yo tampoco quería que lo hiciera.

—Hicimos un hechizo para mantenerlo dentro de la habitación —se apresuró a terminar.

—¿Adhara y tú hicieron magia juntos? —preguntó Sorcha en tono sospechoso—. Es difícil compartir un hechizo si ambas personas no tienen un gran control sobre su magia.

Aiden tampoco parecía convencido, su mirada se posó en mí y luego en Zul.

—Vayamos tras él antes de que encuentre la manera de liberarse —dije.

Fui hacia la puerta sin esperar a que respondieran. Escuché pasos detrás de mí y Aiden no tardó en aparecer a mi lado. Tomó mi mano y caminó junto a mí sin decir nada, con la espada lista. Sabía que tenía que decirle la verdad, pero ese no era el momento.

Mi cuerpo se encontraba cansado y la muñeca me dolía, no eran las mejores condiciones para otra pelea. Esperaba que Sorcha aún tuviera algo de su furia asesina y terminara con él. Me pregunté por qué sentía tanta atracción por el hielo, no era la primera vez que había conjurado una estalactita para apuñalar a alguien. Lo había intentado con Zul cuando liberamos a Ailios en el pasaje de Elnath.

—Déjame ver tus heridas.

Giré un poco la cabeza y miré hacia atrás de manera disimulada. El mago estaba analizando las marcas que cubrían los brazos de Sorcha; su mano dio un pequeño salto al tocar su piel, lucía nervioso. Sorcha lo observó en silencio y para mi sorpresa no intentó alejarse.

—Puedo sanarte, lo que la magia hace...

—La magia deshace —terminó Sorcha—. No comprendo por qué uno no puede sanarse con su propia magia.

—Es una de las reglas de la magia —dijo Zul.

—Lo sé pero es una regla tonta —hizo una pausa y agregó—. Hazlo.

Volví la mirada hacia adelante. Lo había olvidado, escuchar al mago decirlo trajo un recuerdo de mi maestro elfo Astran. Mucho tiempo atrás, él me había enseñado que nuestra propia magia no funcionaba sobre nuestro cuerpo, que un mago no podía



curarse a sí mismo.

—No sucede nada... Olvidé que mi magia no funciona contigo —dijo Zul y luego maldijo.

—Al menos lo intentaste —dijo Sorcha—. Gracias, mago.

Por primera vez su voz sonó honesta y no desafiante o con sarcasmo como sonaba habitualmente.

Nos acercamos al corredor y al ver la puerta de la habitación en la que se encontraba Mardoc me detuve. La única manera de romper el hechizo era con mi sangre. No podía hacerlo frente a Aiden y Sorcha, no quería que me vieran hacerlo.

—¿Qué sucede?

Aiden me observó preocupado, mi expresión me había delatado. No respondí, no quería mentirle pero tampoco quería decir la verdad frente a Sorcha.

El mago pasó a mi lado y sentí una breve sensación de ardor en mi mano. La acerqué a la luz y noté un pequeño tajo que no había estado con anterioridad.

Estaba a punto de decir algo cuando vi a Zul apresurarse hacia la puerta y agacharse frente a esta. Al comprender lo que había sucedido sentí una inmensa gratitud hacia él. Había tomado mi sangre para romper el hechizo y que yo no tuviera que hacerlo.

—Atacaremos los cuatro al mismo tiempo como antes, no puede detenernos a todos —dijo Sorcha—. ¿Quieres tener el honor de atravesarlo con tu espada, Adhara?

Sorcha parecía lista para pelear, su actitud desafiante y su anhelo por la venganza habían regresado. La miré con desagrado.

—La muerte no es algo para celebrar, ni siquiera la de seres tan viles como ellos —respondí.

Me observó como si mis palabras la aburrieran y se volvió al mago.

—¿Viento y hielo? —preguntó.

La miré sorprendida, no pensé que Sorcha hubiera notado que a Zul le gustaba hacer hechizos con viento. El mago parecía tan sorprendido como yo pero sonrió y asintió con la cabeza.

—Tu muñeca luce inflamada —dijo Aiden tomándola en sus manos—. Seré yo quien pelee.

Su tono sonó autoritario, sus ojos estaban fijos en mí. Siempre encontraba molesto que me diera órdenes y que no quisiera que peleara pero había algo tan protector y determinado en su mirada que me estremecí.

Moví la empuñadura de Glace en mi mano, el dolor aumentaba cuando hacía movimientos circulares.

—Solo por esta vez, te haré caso —respondí.

—No queremos que se vuelva un hábito, ¿verdad? —replicó Aiden con una sonrisa.

Me besó brevemente y se puso delante de mí avanzando hacia la puerta. Mi cuerpo se volvió tenso y la ansiedad volvió a mí tan rápido como se había ido. Los

cuatro intercambiamos miradas, Zul se encontraba alerta y sus ojos brillaban peligrosos, SORCHA lucía algo fatigada pero lista para matar a quien se cruzara en su camino y Aiden, con la ferocidad de un guerrero listo para entrar en batalla.

## Huellas en la nieve

Tras un último intercambio de miradas, Zul abrió la puerta y los cuatro nos precipitamos dentro de la habitación. Aiden blandió su espada en el aire mientras Sorcha y el mago gritaban encantamientos, pero ninguno pareció dar en el blanco. Recorrí la habitación con una rápida mirada, estaba desierta.

Una de las ventanas se encontraba abierta, dejando entrar el aire frío de la noche. Me asomé a ella y pude distinguir una figura a lo lejos.

—No hay nadie aquí —dijo Sorcha molesta.

—Mardoc escapó. Allí va —dije señalando la pequeña silueta que se alejaba en la oscuridad.

—Fue una mala idea que tú y Zul hicieran magia juntos —respondió Sorcha—. El hechizo no funcionó.

Le lancé una mirada de irritación sin decir nada. Había hecho el hechizo en la puerta, no en las ventanas.

Mardoc debió comprender que habíamos matado a Blodwen y había escapado.

—Vamos tras él —dijo el mago.

Corrimos fuera de la habitación, hacia el gran salón circular, buscando la salida de la fortaleza. Odiaba no tener idea de hacia dónde ir. Dimos vueltas por diferentes recámaras, y debido a la poca luz chocamos contra los muebles, hasta que logramos dar con una salida. Los demás se me adelantaron, era la más veloz y aun así me había quedado atrás. La mano me molestaba y no podía dejar de pensar en lo que había hecho. ¿Cómo era posible que hubiera utilizado magia negra sin darme cuenta? Aborrecía la magia negra, no era posible.

El aire frío golpeó contra mi rostro interrumpiendo mis pensamientos. Nos encontrábamos en lo que parecía la puerta principal; de no ser por una gran aldaba era difícil distinguirla del resto del muro. Caminamos a través de la nieve en dirección a los caballos. El mago parecía decidido a alcanzar a Mardoc esa misma noche. Gritó que nos apresuremos y al llegar me arrojó sobre la montura de Daeron e insistió en que galopáramos en la nieve a pesar de que era profunda y todo se encontraba oscuro.

Mis manos y mi rostro se estaban congelando y no sabía hacia dónde íbamos o si íbamos en la dirección correcta. Daeron avanzó con cuidado, ya que sus patas se hundían en la nieve, y se detuvo cuando la pendiente se volvió más pronunciada y aparecieron árboles en nuestro camino, rehusándose a avanzar.

—¿Por qué no avanza?! El warlock no puede estar lejos —dijo Zul.

—Es peligroso, no podemos bajar la montaña —repliqué—. Descansemos unas horas y podemos continuar al amanecer.

—¿Lo perderemos! No sabemos hacia dónde va —dijo el mago en tono urgente.

—Zul... —dije intentando razonar con él.

—Adhara tiene razón, continuaremos en unas horas —dijo Aiden—. Mardoc se encuentra solo, no tiene aliados, dudo que tenga un lugar adonde ir.

Zul nos observó y al ver que no continuaríamos avanzando se bajó de Daeron con una mirada de resignación. Habíamos recuperado el Corazón del Dragón y Blodwen estaba muerto, no comprendía por qué estaba tan desesperado por atrapar a Mardoc.

—Relájate, mago. Lo mataremos mañana —dijo Sorcha.

Eso me molestó. Me molestó el comentario y me molestó la manera en que Zul le sonrió. Sorcha lo estaba influenciando, el mago quería matar a los warlocks, pero nunca se encontraba ansioso por hacerlo, no de esa manera.

Desmonté de un salto y tras quitarle la montura a Daeron y ponerle una manta, me alejé un poco del resto y me senté en un tronco.

Me sentía enfadada y necesitaba calmarme. Tenía miedo de lo que había hecho, de haber utilizado magia negra y no ayudaba que Sorcha estuviera intentando convertir a Zul en un asesino.

Aiden se acercó a mí, debió darse cuenta de que no quería hablar ya que me tomó en sus brazos sin decir nada y me llevó hacia la tienda. Me recostó cuidadosamente sobre la bolsa de dormir y me tapó con una manta. Respiré y logré tranquilizarme, el calor era reconfortante. Aiden me vendó la muñeca y se acostó a mi lado, acariciando mi pelo hasta que me olvidé de todo y me entregué al sueño.

Al despertar, aún se encontraba a mi lado. Le dediqué una pequeña sonrisa, me sentía mejor. Dormir había ayudado. Me incorporé y moví mi muñeca para ver su estado, me molestaba pero no tanto como antes.

—¿Mejor? —preguntó Aiden.

Asentí con la cabeza.

—¿Qué sucedió ayer cuando tú y Zul peleaban contra Mardoc? Sé que hay algo que te ha estado molestando desde entonces.

Su tono era cauto pero algo en su mirada me exigía la verdad.

—No podíamos vencerlo, su magia era poderosa. Escuchamos el grito de Sorcha y en lo único que podía pensar era en que si ella estaba en peligro, tú también lo estabas. No sabíamos cómo detenerlo, estábamos perdiendo tiempo. Recordé el hechizo que Seith había utilizado para mantenerme dentro del círculo cuando peleamos en el pueblo olvidado de Agnof. La otra noche oí a Sorcha explicándole a Zul cómo funcionaba, las palabras del encantamiento —hice una pausa y continué—. Lo hice, hice el hechizo. Repetí las palabras, me concentré y marqué un círculo con una gota de sangre en la puerta para retener a Mardoc.

Dije las últimas palabras en forma precipitada. Miré a Aiden expectante, temiendo lo que fuera a decir o cómo reaccionaría pero su expresión no decía mucho.

—¿Estás enojada porque utilizaste el mismo hechizo que Seith usó contra ti?

—No. ¡Es magia negra! En el momento no lo sabía, simplemente lo hice. Pero luego Zul parecía desconcertado y dijo que había hecho magia negra —intenté sin éxito esconder la desesperación en mi voz.

Su expresión se endureció un poco y me miró de la misma manera en que lo había hecho el mago.

—¿Hiciste magia negra? —preguntó.

—No sabía que era magia negra, se sintió igual a las otras veces que utilicé magia —respondí.

Mi tono había sonado algo brusco, por alguna razón estaba a la defensiva. Sabía que Aiden no me estaba acusando de haberlo hecho a propósito pero no podía evitarlo.

—Tranquila —dijo Aiden poniendo una mano en mi hombro—. ¿No sentiste ninguna diferencia con el resto de las veces que usaste magia? ¿Nada?

Lo pensé detenidamente, recordando la escena de manera más detallada.

—Fue más... fácil. Me costó concentrarme y aun así logré hacerlo en el primer intento —respondí.

Escuchó pensativo mis palabras pero no parecía estar seguro sobre qué decir.

—Akashik dijo que el primer warlock nació de una humana y de un elfo. Dijo que soy como ellos. Tengo facilidad para la magia negra —dije horrorizada.

Sentí una mezcla de angustia y desesperación en mi pecho, me esforcé por controlarme pero no logré hacerlo.

Aiden me tomó en sus brazos y limpió las lágrimas en mis ojos con la manga de su camisola. No recordaba haber comenzado a llorar.

—¡No eres como ellos, Adhara! Te prometo que no hay nada de ellos en ti —me obligó a mirarlo y continuó—. Debe haber otra explicación, debes hablar con Zul.

Asentí, obligándome a calmarme.

—Descansa un rato más, te hará bien. Me quedaré aquí contigo.

Me acurruqué contra su pecho. Tenía razón, intentaría dormir un poco más y luego hablaría con el mago.

Aún no había amanecido cuando salí de la carpa. Zul estaba sentado en una manta sobre el suelo, su espalda apoyada contra un tronco. Sorcha se encontraba a unos metros de él dentro de una bolsa de dormir. Me acerqué silenciosamente por miedo a que estuviera despierta pero al verla más de cerca comprobé que sus ojos estaban cerrados.

—Adhara.

—Zul.

Hizo un gesto indicándome que me sentara a su lado.

—¿Lograste descansar algo? —pregunté.

—Mardoc no puede estar lejos, no hubiese sido prudente que todos durmiéramos —respondió.

Tenía ojeras pero sus ojos grises tenían aquel brillo peligroso, alerta.

—¿Qué hay de ti? ¿Te sientes mejor? —me preguntó.

—No lo sé —respondí.

Dormir me había hecho bien pero aún sentía aquella sensación de intranquilidad. Como si hubiera algo malo conmigo.

—Ayer cuando perseguimos a Mardoc, no parecías ser tú misma —dijo Zul.

Observé a Sorcha, la forma en que su pecho se elevaba levemente cuando respiraba, para asegurarme de que realmente estuviera durmiendo.

—Puedo decir lo mismo de ti. Tenías una urgencia, una necesidad por matarlo... —hice una pausa y continué—. Tú no eres así. Sorcha es una mala influencia, junto a ella pareces más... agresivo.

El mago no respondió, parecía sorprendido ante mis palabras.

—No puedes dejar que Sorcha te lleve hacia la oscuridad —dije en voz baja.

Llevó su mirada hacia Sorcha mientras contemplaba mis palabras. Sabía que la quería pero no podía cambiar para estar con ella.

—No lo haré —respondió Zul. Sonaba resuelto.

Apoyé la mano en su hombro y le sonreí.

—El hechizo que hiciste para encerrar a Mardoc... —hizo una pausa eligiendo sus próximas palabras—. No puedes volver a hacerlo.

Miré hacia el suelo, me avergonzaba hablar de lo que había hecho. Pero era Zul, sabía que podía ayudarme a entender lo que había sucedido.

—No sabía que era magia negra, nunca hubiera conjurado el hechizo de haberlo sabido —dije.

—Lo sé —replicó Zul—. Actuaste de manera precipitada.

—Estuve pensando, buscando diferencias... Fue más fácil que cuando suelo hacer magia, no estaba lo suficientemente concentrada. ¿Por qué?

Zul permaneció pensativo por un tiempo antes de responder.

—Hay diferentes maneras de practicar magia negra. Una de ellas es crear un vínculo entre la magia y tus emociones, como si canalizaras tus sentimientos. Recitaste el hechizo de manera correcta y estabas desesperada por que funcionara. La desesperación es una emoción fuerte. Es por eso que fue más fácil —respondió Zul.

Una ola de alivio recorrió mi cuerpo.

—¿Entonces no tengo facilidad para la magia negra? ¿No es porque soy hija de un elfo y una humana?

Esta vez fue su turno de palmearme la espalda, mostrándome su apoyo.

—No eres un warlock, Adhara —me aseguró Zul—. Cualquier mago puede aprender a hacer magia negra, sin importar si es hijo de elfos o de humanos.

—Akashik dijo...

—No me importa lo que dijo —me interrumpió el mago—. Akashik solo intenta manipular tu mente, crear debilidades. Sé de magia, esa no fue la razón por la que hiciste el hechizo con facilidad —y agregó—: ¿Recuerdas cuando me contaste lo absurdo que te parecía que las personas en Naos recogieran las hojas de sus jardines en vez de simplemente dejarlas allí? Esto suena igual de absurdo en mi cabeza, no eres como ellos.

Esto me hizo sonreír.

—De acuerdo.

Para cuando salió el sol y comenzamos a guardar las cosas, me sentía mejor. Mis

miedos no se habían desvanecido por completo pero las palabras del mago los habían alejado de mi mente.

Aiden y yo ensillamos a los caballos mientras Zul y Sorcha utilizaban su magia para buscar rastros de Mardoc. Era agradable verlos llevarse bien y no discutir, esperaba que la paz entre ellos durara. Aunque estaba segura de que no lo haría. Sorcha era demasiado temperamental.

No les llevó mucho tiempo encontrar un par de huellas que se alejaban de la fortaleza y se perdían dentro del bosque.

Partimos al minuto siguiente y marchamos toda la mañana. Descender por la montaña era más fácil que subirla, y era menos esfuerzo para los caballos, pero aun así no podíamos avanzar muy rápido debido a las rocas y a la gran cantidad de árboles.

Era extraño que Mardoc no hubiera utilizado magia para borrar sus huellas, debía estar desesperado y no estaba pensando claramente. El día anterior había estado bajo la protección de Blodwen y seguro de que ambos tendrían una larga vida, una vida eterna. Ahora estaba solo, sin un lugar a donde ir, con varios enemigos y nadie que lo proteja.

Blodwen parecía furioso cuando le dije que lo habíamos matado, realmente iba a compartir el Corazón del Dragón con él. Había sido un ser vil y malvado pero al menos tenía lealtad. Akashik no le tenía lealtad a nadie, no había ningún límite que no estuviera dispuesto a cruzar con tal de conseguir lo que quería. Eso era lo que lo hacía tan peligroso. Lysha podía ser su hija pero estaba segura de que ni siquiera ella estaba a salvo de su traición.

Lysha... un escalofrío recorría mi cuerpo cuando recordaba la manera en me había clavado la daga. Lo aparté de mi mente.

Seguimos las huellas durante un largo rato. Siempre atentos a si veíamos al warlock e intercambiando pocas palabras. Cuando los caballos comenzaron a fatigarse, nos detuvimos para que descansaran.

Las nubes comenzaron a oscurecerse y el viento soplaba con más fuerza. Una tormenta se acercaba en nuestra dirección. Temía que el viento borrara las huellas pero no podíamos continuar con una tormenta de nieve.

El mago debió pensar lo mismo, ya que sacó un libro de su bolsa de viaje y comenzó a buscar un hechizo para evitar que las huellas se borrarán. Zul sabía tanto sobre magia que era extraño pensar que necesitaba buscar hechizos en un libro, pero tras observarlo mejor me di cuenta de que estaba equivocada.

Su ropa desgastada y su pelo desprolijo lo hacían lucir mayor, despreocupado. Y el hecho de que fuera poderoso hacía que uno se olvidara del resto. Zul era joven, apenas un año mayor que yo, no tenía por qué saberlo todo.

Me acerqué a él y me ofrecí a ayudarlo, me dijo las palabras que estaba buscando y juntos leímos las páginas hasta encontrar el conjuro apropiado.

Al levantar la vista me encontré con unos ojos azules. Sorcha nos observaba

desde la roca donde se encontraba sentada. Había curiosidad en su rostro, como si estuviera descifrando algo.

Me pregunté qué era lo que la intrigaba, sabía que Aiden y yo habíamos hecho el ritual de las siete estrellas, no podía pensar que había algún tipo de sentimiento romántico entre el mago y yo.

Zul hizo el hechizo y luego de comprobar que funcionara ayudó a Aiden a cortar troncos para armar un refugio. Nunca había estado en una tormenta de nieve pero recordé que en Agnof, el niño Braen me había contado sobre ellas y lo peligrosas que podían ser.

Le pedí a Sorchá que me ayudara a hacer otro refugio para los caballos, no parecía contenta pero no se rehusó. No me agradaba pedirle ayuda pero no quería usar magia.

—¿Aún no sabes controlar tu magia correctamente? —preguntó Sorchá.

Su tono sonaba burlón.

—No estoy segura de que me guste la magia —respondí.

—Eres una tonta, la magia es asombrosa —dijo.

—¿Siempre te ha gustado hacer hechizos con hielo? —pregunté.

Desde hacía tiempo me había estado preguntando por qué le gustaba tanto el hielo cuando era descendiente de la Dama Draconis. A los dragones no les gusta el hielo, sino el fuego.

—Cuando era pequeña me gustaba sentarme frente a la chimenea y hacer magia con las chispas y las llamas del fuego —parecía envuelta en algún recuerdo—. Luego me convertí en una Nawa y el único elemento que me atraía era el hielo.

El fuego debía traerle recuerdos de cuando era una niña, de la vida que tenía antes del Concilio de los Oscuros. De haber tenido una vida normal, probablemente hubiera preferido el fuego.

—¿Por qué lo preguntas?

—Noté que prefieres atacar con estalactitas —respondí.

Sorchá no sabía que era descendiente de la Dama Draconis, no podía saberlo o se apoderaría del Corazón del Dragón. Además era cierto; por alguna razón parecía pensar que la mejor manera de matar a alguien era clavarle una estaca de hielo.

—Has tenido una vida fácil, elfa. No sabes lo que es ver morir a tus padres, saber que debes desprenderte de todo, olvidar tu antigua vida y convertirte en una Nawa o tú también morirías. La magia me salvó.

Mi vida no había sido fácil. Pero tampoco había conocido el mismo dolor que ella, eso era cierto. Pude ver tristeza en su rostro mientras hablaba. Por lo general era buena escondiendo sus emociones pero esta vez había algo triste en su mirada.

—Magia negra —dije—. Aiden y Zul también perdieron a sus padres y no se entregaron a esa oscuridad.

—Aiden no posee magia, no sabe lo que se siente —replicó Sorchá—. Y Zul... Zul hubiese sido peor que Seith.



—Te equivocas —espeté.

¿Cómo podía pensar eso? No sabía lo que decía.

—No, tú te equivocas —replicó Sorcha—. Si Zul hubiese caído en manos del Concilio, si Talfan no lo hubiese salvado...

—Zul es demasiado bueno, no encuentra placer en matar gente ni en la magia negra —la interrumpí.

—Lo veremos.

Me dio la espalda y continuó apilando los troncos sin decir una palabra más.

El viento se volvía más agresivo con cada segundo, la tormenta estaba sobre nosotros. Tras asegurarme de que Daeron y los demás caballos estarían a salvo en el refugio, comencé a caminar hacia donde estaban los demás. Todo era blanco y frío, apenas podía distinguir las siluetas delante de mí.

Mis pies estaban enterrados en la nieve y el viento no me permitía avanzar. Aiden vino hacia mí y me tomó de la mano, guiándome hacia el otro refugio que habían construido. La pequeña cabaña era precaria pero nos mantendría a salvo de la tormenta. Si no se venía abajo sobre nosotros, claro.

Zul estaba en una esquina dentro de la bolsa de dormir, parecía exhausto. Sorcha estaba en la otra esquina envuelta en frazadas.

Buscamos en la bolsa de viaje que contenía provisiones y comimos en silencio. Por desgracia lo único que quedaba eran manzanas. Estaba segura de que no era la única que no quería una, todos anhelábamos algo caliente y reconfortante como una sopa. Suspiré dejando escapar mi frustración, una fogata prendería fuego el refugio.

La noche transcurrió lenta, por momentos dormía y luego me despertaba. Aiden estaba durmiendo a mi lado, podía sentir su cabeza apoyada en mi espalda y su brazo alrededor de mí. El aire se había helado, apenas podía sentir mis manos. El viento golpeaba fuerte contra la madera, haciendo que todo a nuestro alrededor temblara. Mis ojos se abrieron y volvieron a cerrarse.

Mis botas estaban enterradas en la nieve, no recordaba haber regresado a Agnof y sin embargo el paisaje era familiar. Un claro solitario con árboles muertos y nieve mezclada con barro. Glace estaba en mi mano, su hoja cubierta en sangre. Levanté la espada observando la hoja, el destello del hierro no era de un pálido azul como de costumbre sino rojo. La sangre cubría todo, mi espada, la nieve, mi capa.

Retrocedí asustada sin saber qué estaba ocurriendo. ¿Por qué estaba allí? ¿De dónde provenía toda esa sangre?

—Tú hiciste esto, elfa.

Su voz me detuvo donde estaba, helando mi corazón. Apareció frente a mí como si siempre hubiese estado allí y hubiera fallado en notarlo. Un grito de horror escapó de mí.

Estaba igual a como lo recordaba, su pelo oscuro, su expresión vacía, la rigidez de su cuerpo.

—Estás muerto —dije.

—Sí, lo estoy. Me mataste, Adhara. Tomaste mi vida con tu magia negra —dijo Seith.

—No, no... —respondí.

Miré a los alrededores buscando ayuda, el lugar estaba desierto, solo éramos él y yo.

—¿Niegas que me mataste? —preguntó dando un paso hacia mí.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó, un profundo temor se apoderó de mí manteniéndome allí. Sus ojos eran parecidos a los de Aiden y a la vez completamente diferentes. Inquietantes y vacíos.

—No... yo... ¡Mira la hoja de Glace, no utilicé magia negra! —grité.

—Los elfos valoran la vida, tú no era una elfa, eres un warlock.

Oírlo decir aquellas palabras, la forma en que las dijo, fue como una puñalada. Creí que estaría segura pero allí estaba Seith, arrinconándome como lo había hecho antes.

—¡No!

Al oír la desesperación en mi voz, mis rodillas cedieron y caí sobre la nieve. Se sentía húmeda y fría contra mi piel. Me abracé a mí misma como si de alguna manera eso fuera a protegerme.

—Levántate, elfa.

Las lágrimas llenaron mis ojos, eran cálidas contra mi mejilla. Las limpié con mi mano intentando ser fuerte.

—¡Aléjate de mí! ¡Déjame en paz! —grité.

Seith me tomó de los hombros y tras levantarme me sujetó contra él, obligándome a mirarlo.

—Me engañaste, elfa. Hiciste que me enamorara de ti y luego me mataste —dijo con sus ojos fijos en mí.

Grité intentando soltarme, liberarme de aquel tormento, pero Seith continuaba allí. Podía sentir sus manos haciendo presión en mi brazo.

—¡Tú intentaste matarme a mí! —grité—. Me estaba defendiendo.

—Creí que debía matarte porque eras una debilidad, por tu culpa volví a sentir. Pero ahora que lo pienso tú y yo no somos tan diferentes —me tomó del pelo acercándome aún más—. Tú y yo deseamos lo mismo. Poder. Ambos hicimos magia negra.

Lo aparté de un empujón con toda la fuerza de la que era capaz, envuelta en miedo y desesperación.

—Fue un accidente, no sabía que era magia negra, debía salvar a Aiden —grité.

Levanté a Glace y lo amenacé, esperando que se mantuviera alejado.

—¿Vas a matarme dos veces?

No había humor en sus palabras, sino desprecio. Odio. Me recordó a cuando intentó asfixiarme en el castillo de Izar. Seith se acercó ignorando la espada, la forma en que caminaba era como si no se estuviera moviendo.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté.

—Quiero que admitas que disfrutaste matarme, que eres una asesina y que te gustó hacer magia negra —dijo Seith—. Sabías que era magia negra cuando recitaste el hechizo.

Su voz no carecía de emoción, sonaba furiosa y acusadora.

—¡NO! —grité.

Era mentira, todo lo que estaba diciendo era una terrible mentira. Su rostro estaba cerca del mío, su ropa cubierta en sangre.

No sabía lo que estaba sucediendo, sentía como si fuera a perder la cabeza.

Seith tomó mi rostro en sus manos de manera brusca. Peleé por soltarme sin conseguirlo, era fuerte y me encontraba demasiado desconcertada como para realmente pelear.

—Hace mucho tiempo yo también me jactaba de ser bueno. Eso no impidió que me deshiciera de mis emociones y me convirtiera en quien soy —dijo.

Negué con la cabeza, un sinfín de lágrimas recorría mis mejillas. No era como él. Lo sabía. Bajé la mirada, evitando sus ojos.

—¡No eres real! —repliqué—. No puedes ser real.

Me atrajo hacia él, su rostro a centímetros del mío y me sostuvo allí por un momento. Quería golpearlo pero no lograba moverme, me sentía débil y abatida. No podía contener las emociones que estaban oprimiendo mi pecho. Miedo, culpa, enojo.

Temí que intentara besarme de nuevo, pero antes de que nuestros labios se encontraran me alejó de él, arrojándome en la nieve.

—Solo porque no quieres lidiar con tu culpa no significa que no sea real —dijo Seith.

Se arrodilló a mi lado. Lucía pálido, su pelo alborotado, algunos mechones con nieve. Tomó mi mano, estrujándola en la suya. Era como si una llama de fuego estuviera envolviendo mi piel, quemándola. Me retorcí de dolor, pateando y gritando.

—¿Se siente real, elfa?

Su mirada era un tormento, no podía soportarlo, seguro me desmayaría a causa del dolor. Grité como nunca lo había hecho, dejando escapar todos mis horrores.

Abrí los ojos abruptamente, estaba agitada y cubierta en sudor. Aiden dormía pacíficamente a mi lado. Había sido un sueño, un terrible sueño, una pesadilla. Miré mis brazos y sentí alivio al comprobar que no tenían quemaduras. Quité el pelo de mi rostro y me sobresalté al notar que las lágrimas sí eran reales. Había llorado mientras dormía, al igual que en el sueño.

¿Cómo era posible? Mi mente me había jugado una mala pasada o Seith había regresado de la tumba para vengarse. Seith... podía oír su voz, sus acusaciones.

Odiaba soñar, no quería volver a hacerlo, nunca. Respiré con calma y miré alrededor buscando distraerme. Todos parecían dormidos. No había más que silencio, frío y oscuridad.

Recosté la cabeza y me volví hacia Aiden, acariciando su pelo. Su rostro se veía

algo añorado cuando dormía, como si no tuviera preocupaciones. Si tan solo pudiera compartir sus sueños y alejarme de los míos.

Pero él no era quien temía a la magia. Dejé que los pensamientos me desvelaran, no quería volver a dormir y arriesgarme a ver a Seith de nuevo. Tampoco quería usar magia, no volvería a hacerlo.

Me acomodé en los brazos de Aiden y permanecí allí, intentando descansar sin quedarme dormida. Sonaba absurdo, pero debía haber una manera de poder descansar que no fuera dormir. O tal vez estaba perdiendo la cabeza.

El tiempo pasó y permanecí en silencio con la mirada perdida. La tormenta aún dominaba la noche y el silbido del viento se estaba volviendo difícil de ignorar, era como una melodía sin fin. Ese no era el único ruido que me mantenía despierta, el cuerpo de Sorchá temblaba levemente y esta se movía de un lado hacia el otro. Le gustaba el frío pero esto era demasiado, incluso para ella. De haber estado a la intemperie, habiéremos muerto congelados.

El cansancio logró vencerme, estaba considerando descansar los ojos por un rato cuando sentí otro ruido. El mago se había incorporado, como si no pudiera dormir. No podía ver su rostro pero no era difícil adivinar en qué pensaba.

Zul se arrastró hasta donde estaba Sorchá y tras poner la bolsa de dormir a su lado, se acostó de espaldas a ella.

Sorchá giró para mirarlo y luego se volvió nuevamente. Su cuerpo ya no temblaba, estaba quieto, incluso tenso.

Los observé por un rato. Mis ojos comenzaron a cerrarse, antes de que el sueño lograra llevarme noté que el cuerpo de Sorchá se había relajado y estaba acurrucada contra la espalda del mago.

La luz me despertó, alguien había abierto lo que se asemejaba a la puerta del refugio, dejando entrar frío y luz. Era un alivio estar despierta de nuevo. Aiden se movió a mi lado de manera protectora y Zul se incorporó, mirando a su alrededor con una expresión de confusión.

Tomé mi espada y fui hacia fuera con la guardia en alto. El día estaba nublado y la tormenta había pasado. Sorchá estaba adentrada en el bosque mirando al suelo, debía estar comprobando que las huellas de Mardoc aún siguieran allí. Sentí algo de desconfianza y permanecí allí observándola, asegurándome de que no hiciera nada para borrarlas.

—¿Qué haces? —era la voz de Aiden.

—Observo a Sorchá —respondí.

Vino a mi lado y llevó su mirada hacia ella, aún seguía en el mismo lugar.

—Adhara.

—Zul.

El mago se acercó con ojos curiosos.

—¿Qué hacen? —preguntó.

—Miramos a Sorchá —respondió Aiden en tono divertido.

Esto lo desanimó.

—Al parece huyó despavorida —dijo Zul.

Intentó sonar gracioso pero no lo logró del todo. Probablemente, porque había pateado nieve al decirlo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Aiden.

—La escuché temblando, no podía dormir, fui a su lado para darle calor. No la abracé ni nada —se apresuró a agregar—. Solo dormí a su lado.

—El otro día le dijiste que durmiera en la nieve y que esperabas que se la comiera un oso. Pero ni siquiera puedes verla pasar frío sin hacer algo al respecto —dije bromeando—. Eres dulce, Zul.

Me hizo una cara, indicándome que no era gracioso.

—Sorcha no sabe cómo lidiar con sus emociones —dije en tono más serio—. Tal vez ni siquiera sepa que las tiene.

—Me recuerda a ti cuando nos conocimos —dijo Aiden.

Lo miré incrédula.

—¡Yo no actuaba de esa manera! —respondí indignada.

Aiden rio y no dijo nada.

—Tal vez no debí hacerlo, pero no pude evitarlo —dijo el mago.

—Nadie puede resistirse cuando su damisela se encuentra en peligro —respondió Aiden.

—Sorcha está lejos de ser una damisela —dije.

Tan lejos como yo lo estaba de ser un dragón. Comencé a caminar hacia donde estaban los caballos para ensillar a Daeron. Nos esperaba otro día de marcha. Deseaba que la tormenta de nieve se hubiese encargado de Mardoc para no tener que lidiar con él.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Zul.

Era extraño oírle pedir consejos a Aiden.

—Ya hiciste tu movida, ahora debes esperar que ella haga la suya —respondió Aiden.

El mago asintió apartando su vista de Sorcha.

¿Desde cuándo Aiden era un experto en romance? Pensé en lo que había dicho; luego de nuestro primer beso bajo la lluvia no me había besado de nuevo hasta que yo lo besé en el baile de máscaras. Al parecer, había estado esperando mi movida.

## El laberinto de Eira

Las huellas de Mardoc continuaban todo el camino que bajaba la montaña y luego seguían hacia las afueras. Llegamos hasta el límite del bosque y contemplamos el paisaje. Ya no había árboles, pasto ni ningún tipo de vegetación, un gran desierto de nieve se extendía frente a nosotros. Una gran capa blanca parecía cubrir todo lo que estaba en su camino. Podía olvidarme de dejar el frío atrás.

Pensé que regresaría a Lesath, pero el warlock había hecho lo contrario. Al parecer había elegido el exilio y distanciarse de Akashik.

Intercambiamos miradas y avanzamos con los caballos hacia lo desconocido. Daeron tiró las orejas hacia atrás, haciéndome saber que no estaba contento. Palmeé su cuello animándolo, aunque dudaba de que eso lo alegrara si no encontraba pasto debajo de la nieve.

Me pregunté si Mardoc sabía hacia dónde iba o si estaba intentando alejarse lo más posible de Lesath, sin importarle dónde terminaría. Por lo que tenía entendido no había nada en las afueras a excepción de la corte del Hechicero de Hielo. Warrick nos había dicho que la corte se encontraba hacia el norte de las afueras de Lesath y esa era la dirección en la que estábamos yendo.

¿Era posible que Mardoc se estuviera dirigiendo allí? ¿Que tuviera alguna razón para pensar que el Hechicero lo ayudaría?

Quería creer que no. Los winsers odiaban a los warlocks, ya que hacía muchos años atrás los habían llevado al borde de la extinción, atacándolos para robar su magia.

Seguimos marchando el resto del día sin lograr alcanzarlo, de alguna manera nos había sacado demasiado ventaja. No era posible que no se detuviera, ningún caballo podía marchar durante días sin detenerse a comer y descansar por unas horas.

Al bajar el sol pensé que nos detendríamos a armar la tienda pero Zul insistió en descansar una o dos horas y continuar el resto de la noche. No me opuse a pesar de que mi cuerpo estaba algo dolorido, sabía que era la única manera de alcanzarlo.

—Mardoc debe estar desesperado, continúa avanzando hacia el vacío —dijo Sorcha.

Parecía aburrida, mirando hacia los alrededores. Su pelo flameaba salvaje con el viento, al igual que su corta capa roja.

—¿Creen que esté yendo hacia Eira? ¿A la corte del Hechicero de Hielo? —preguntó Zul.

—¿Por qué iría allí? Warrick dijo que los warlocks habían matado a muchos winsers y que estos querían vengarse —respondí—. Nos aconsejó pedirles ayuda para terminar con Akashik.

Zul no respondió. Apoyó su cabeza contra mi espalda, frustrado de no saber la respuesta.

—¿Estamos yendo hacia Eira?! —preguntó Sorcha—. Siempre quise ir allí. He

oído que todo el castillo es de hielo.

Los tres la miramos extrañados, era la primera vez que Sorcha mostraba interés en algo.

—¿Has oído hablar de él? —preguntó el mago.

—Akashik lo mencionó un par de veces. El Hechicero de Hielo es poderoso, no quería llamar su atención —respondió Sorcha.

Si Akashik no quería arriesgarse a que el Hechicero de Hielo supiera sobre ellos en verdad debía ser poderoso.

—¿Qué son los winsers? —preguntó Sorcha.

—Son espíritus hechos de hielo y magia —respondió Zul.

Lo dijo como si fuera algo evidente, sonaba contento de saber algo que ella no sabía.

—¿Espíritus? —preguntó escéptica.

Sorcha miró a Zul como si le estuviera mintiendo.

—Warrick, el mago del Monte Luna, nos habló de ellos. Los winsers tienen apariencia humana pero su esencia es distinta. Al nacer son casi traslúcidos, como espectros, y a medida que crecen se vuelven más visibles. Al envejecer adquieren más solidez y cuando les llega la hora de morir se congelan por completo —respondió Zul.

—No sabía que existieran criaturas así —replicó Sorcha—. Suena fascinante.

—¿Por qué son de hielo? —pregunté.

—Magia y hielo —me corrigió Sorcha—. ¿A quién no le encantaría vivir en un castillo rodeado de estas criaturas?

—A mí —respondimos Aiden y yo al mismo tiempo.

Nos miramos y sonreímos.

—También oí a Akashik decir que el Hechicero posee una esfera de cristal que le muestra lo que sucede en otras tierras —dijo Sorcha ignorándonos—. Y a veces también ve fragmentos de cosas que aún no pasaron.

—Warrick dijo lo mismo, cuando nos conocimos sabía quiénes éramos. El Hechicero le dijo que iríamos por el Corazón del Dragón —dijo Zul.

El mago tomó ventaja del entusiasmo de Sorcha. Hablaron por un rato, intercambiando historias que habían oído e imaginando cómo sería su castillo. Estaba segura de que a Zul no le gustaba el frío pero parecía estar esforzándose por cambiarlo.

Cuando nos detuvimos aflojé la cincha de la montura para que Daeron pudiera descansar. Los tres caballos olfatearon el suelo, moviendo la nieve con sus hocicos liberando algo de pasto. Busqué mi bolsa de viaje y comencé a revolver entre la ropa, buscando un libro. Estaba segura de haber visto un mapa de Lesath en sus páginas.

Aiden me ayudó a encontrarlo y nos sentamos sobre una manta en la nieve. El pergamino era viejo y habría cobrado un color amarillento, era difícil seguir las líneas de tinta.

Lesath ocupaba la mayor parte del mapa. Coloqué mi dedo sobre el pueblo olvidado de Agnof y tracé el camino que habíamos hecho para poder orientarme. Nos encontrábamos en mitad de la nada, un territorio vacío llamado el Desierto Blanco, que separaba Lesath de Eira. Habíamos recorrido bastante, por lo que debíamos estar cerca.

Continué moviendo mi dedo a lo largo del mapa. Pasando Eira había un pequeño territorio localizado al borde del pergamino, su nombre había sido tachado y no lograba leerlo, debía tratarse de alguna tierra olvidada, un pequeño reino que había dejado de existir.

Al bajar el sol continuamos la marcha. No me había repuesto del todo, pero esperaba que pudiéramos alcanzar a Mardoc en la noche. Todo era silencio y el lugar parecía desolado. La nieve ya no era profunda, sino una fina capa de polvo que cubría el pasto. A pesar de eso había poca vegetación, sin mucho más que apreciar del paisaje que rocas y un par de árboles.

El mago iba detrás de mí, debía estar perdido en sus pensamientos ya que hacía rato que no decía una palabra. Esperaba que pudiéramos conseguir otro caballo en la corte del Hechicero, Daeron se estaba cansando de llevar dos personas y Sorcha continuaba rehusándose a ir en el caballo con él.

La pesadilla con Seith continuaba rondando mi cabeza, acechándome. Quería contarle a Aiden pero no conseguía decir las palabras. Era raro decirle que había soñado con Seith, como si de alguna manera hubiera querido verlo mientras dormía. Además, estaba de buen humor y hacía tiempo que no peleábamos, no quería arruinarlo. Aparté el pensamiento, mirando los alrededores.

Me pregunté cómo sería el Hechicero de Hielo, era extraño imaginarse a un mago en un castillo de hielo que utilizaba una esfera de cristal para espiar lo que sucedía fuera de su reino.

Sorcha parecía ansiosa por conocerlo, siempre se quedaba atrás, pero esta vez estaba haciendo un esfuerzo para apresurar al pequeño caballo de Zul y mantener el paso. En varias ocasiones la oí decir «Apresúrate, caballo» y en todas el mago replicó: «Su nombre es Gali, no caballo».

La noche pasó lenta y sin acontecimientos. Mantuve la empuñadura de Glace a mano por si acaso, pero con solo Mardoc en las cercanías se sentía bien relajarse de a ratos.

Era sorprenderte lo mucho que había avanzado Mardoc, no pensé que alguien como él, de avanzada edad, pudiera aguantar días en un caballo. Claramente, me había equivocado.

Al ponerse el sol aún continuábamos siguiendo sus huellas. No fue hasta un rato después que finalmente logré distinguir algo, un jinete galopando a lo lejos.

—¡Allí está! —grité señalándolo.

Aiden, Zul y Sorcha se sobresaltaron y miraron en la dirección que apuntaba mi mano.



—Apenas puedo verlo —dijo Aiden.

—¡Tras él! —gritó Zul.

Partimos al galope tras la figura, finalmente lo habíamos encontrado. Daeron avanzó rápido y sus crines flamearon en el viento mientras sus patas se movían a gran velocidad. Al acercarnos, pude verlo con mayor precisión, llevaba la túnica negra con los dragones entrelazados, sin duda se trataba de Mardoc.

Giró su cabeza en nuestra dirección y al vernos golpeó los flancos de su caballo apresurándolo. No iba a permitir que volviera a escapar, avancé tras él con la espada en mano.

Estábamos cerca de alcanzarlo cuando el warlock gritó un conjuro y una pared de viento y nieve chocó contra nosotros.

Me cubrí con la capa, tapando mis ojos. Daeron sacudió la cabeza para quitarse la nieve y continuó galopando. Mardoc había conseguido algo de ventaja pero Daeron era veloz, podíamos alcanzarlo.

Galopé tras él acortando la distancia, cuando noté algo delante. Aparentaba ser un gran bloque blanco. Llevé mis ojos al warlock maldiciendo. De un momento a otro Mardoc se perdió de vista, como si hubiera desaparecido.

—¿¿Dónde fue?! —gritó Zul.

—Hay algo delante —dije.

A medida que nos fuimos acercando pude verlo con más claridad, eran muros de hielo y había una apertura en uno de ellos.

—Es el laberinto de Eira —exclamó Sorcha alcanzándonos.

—¿El laberinto de Eira? —preguntaron Zul y Aiden al mismo.

—Oí decir a Blodwen que la corte del Hechicero estaba en medio de un gran laberinto de hielo, el laberinto de Eira —respondió.

—¿Por qué haría un laberinto alrededor de su castillo?

—Mardoc debió meterse allí —dijo el mago.

Guie a Daeron hacia el gran muro de hielo que se elevaba frente a nosotros. A un costado de la entrada había un cartel de madera. Los extremos estaban cubiertos de escarcha y lucía viejo, había estado allí un largo tiempo.

A LOS VALIENTES QUE SE ATREVAN A AVENTURARSE EN EL LABERINTO DE EIRA: ELAR, CONOCIDO COMO EL HECHICERO DE HIELO, ADVIERTE A AQUELLOS QUE TRASPASEN SUS TIERRAS QUE SU CORTE SE ENCUENTRA CERRADA A FORASTEROS.

—Elar. Me estaba comenzando a preguntar si tenía un nombre además de «el Hechicero de Hielo» —dije—. Espero que no nos considere forasteros.

—Sabe quiénes somos, nos vio en su esfera —dijo Zul.

—Eso no significa que vaya a recibirnos —respondió Aiden.

Avanzamos por la apertura en el muro de hielo, el espacio era lo suficientemente grande para entrar con los caballos.

—No va a ser fácil encontrar a Mardoc aquí —dijo Aiden.

—Tal vez el Hechicero lo encuentre primero —respondió Sorch.

Miré a Aiden, no estaba segura de querer perderme dentro de un gran laberinto de hielo. Hacía demasiado frío, apenas podía sentir mis pies. ¿Qué haríamos si nos perdiáramos y no podíamos encontrar la salida? Aiden tampoco parecía convencido.

Sorch fue la primera en adentrarse, guio al caballo como si supiera hacia dónde estaba yendo. Lo que no nos dejó más opción que ir tras ella.

Era fácil desorientarse. El suelo, los muros y todo a nuestro alrededor era blanco. El camino que habíamos tomado no tardó en dividirse en otros tres caminos. Me acerqué y observé cada ramificación intentando ver a dónde llevaban pero todo lo que veía era hielo, muros de hielo.

Zul dijo unas palabras en voz alta. Magia. Aguardé animada de que la magia nos mostrara el camino pero nada sucedió.

—Debe haber hechizado el laberinto para que no podamos encontrar el camino utilizando magia —dijo Zul.

Sonaba molesto, no le agradaba que su magia no funcionara. No le agradaba para nada.

Nos quedamos en silencio mirando los diferentes caminos, considerando nuestras opciones por unos momentos más.

—Cada uno puede tomar un camino diferente, alguno tiene que llevar a Mardoc —dijo Sorch.

—No. Si nos separamos, no volveremos a encontrarnos —respondió Aiden.

—No veo que eso sea un problema —replicó.

Los tres volvimos la mirada hacia ella.

—Es broma...

Sus palabras no me convencieron, no confiaba en Sorch.

—Aiden, tú posees buen instinto. Elige un camino —dije.

—Tú posees mejor instinto que yo —respondió.

—Elige —dijimos Zul y yo al mismo tiempo.

No podía verlo ya que se encontraba detrás de mí pero parecía contento de no ser él quien tomara la decisión.

Aiden permaneció pensativo y luego guio a Alshain hacia uno de los caminos. A medida que avanzábamos todo era silencio, el único sonido que se escuchaba era el casco de los caballos contra el hielo. El camino se mantuvo derecho por un largo tramo y luego comenzó a zigzaguear para un lado y para el otro. Era imposible saber si estábamos yendo en la dirección correcta ya que todo era igual.

Nunca había estado en un laberinto, pero no me tomó mucho tiempo decidir que los odiaba.

—Creo que ya hemos pasado por aquí —dijo Sorch.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Zul—. ¡Es hielo! Todo se ve igual.

Daeron golpeó el suelo con sus cascos, inquieto, parecía tan frustrado como yo.

—Buena elección, Aiden —dijo Sorch.

Podía oír el sarcasmo en su voz.

—Allí vuelve a dividirse —dijo Aiden señalando hacia delante—. Puedes mostrarnos tu brillante sentido de la orientación eligiendo el próximo camino.

Sorcha no respondió, continuó avanzando y una vez que llegamos a la ramificación tomó el que iba hacia el este sin un momento de duda.

Aiden y yo intercambiamos una mirada y fuimos tras ella. El nuevo camino serpenteaba aún más que el anterior.

No estaba segura de cuánto tiempo llevábamos allí, debía ser bastante, ya que el sol había cambiado de posición varias veces.

Si no encontrábamos a Mardoc esperaba que al menos pudiéramos llegar al castillo o encontrar una salida. Los caballos lucían cansados y no había pasto o ningún tipo de vegetación que pudieran comer. Daeron parecía haberse dado cuenta de eso ya que avanzaba a paso rápido y estiraba su cuello constantemente para oler el hielo.

La ansiedad estaba cerca de ganarme cuando oímos un ruido. Un grito. Era la voz de Mardoc y por la forma en que gritaba alguien estaba atacándolo.

Apresuramos el paso para intentar encontrarlo pero su voz resonaba en todos los muros creando un eco. Era imposible seguir el sonido u oír de dónde provenía.

—¿Creen que sea el Hechicero de Hielo? —preguntó Zul esperanzado.

—Es posible —respondió Aiden con la espada en mano.

Doblamos en otro de los caminos pero no había nada a la vista.

—¡Si me pierdo de ver al Hechicero matar a Mardoc los mataré! —espetó Sorcha.

La miré molesta, no dejaba de asombrarme lo mucho que Sorcha disfrutaba la sangre.

—Si los tres utilizamos un hechizo para hacer fuego, tal vez podamos derretir estos muros —sugirió Zul.

—Eso es ridículo.

—No quiero hacer magia.

Sorcha y yo hablamos al mismo tiempo. El mago miró a Sorcha pero sus palabras fueron para mí.

—No puedes dejar de hacer magia, Adhara —dijo.

—Es exactamente lo que haré, no volveré a usar magia —respondí.

—Lo que pasó la última vez no volverá a suceder —me aseguró Zul.

—¿Qué sucedió la última vez? —preguntó Sorcha.

Mardoc gritó de nuevo, un grito de dolor y derrota. Tomé a Glace con fuerza y le susurré al mago que estuviera alerta. Alguien se acercaba en nuestra dirección.

Los tres caballos permanecieron quietos a unos metros de donde nuestro camino se conectaba con otro. Nos encontrábamos listos para defendernos en caso que debiéramos hacerlo. Aguardamos inquietos sin que nada sucediera. Momentos después, sin previo aviso, una silueta salió del otro camino en dirección a nosotros. Apenas podía creer lo que veía, era un gato.

Un gato de gran tamaño, con largo pelaje gris e impactantes ojos verdes.

—Es un gato —dijo Zul incrédulo.

Aiden levantó su espada, el filo del hierro brilló amenazante.

—Quédate donde estás —dijo.

Para mi sorpresa, el gato se detuvo en su lugar y se sentó. Sus orejas eran más oscuras que el resto de su pelaje, al igual que su cola.

—Aiden, no puedes lastimar a un gato —dije.

—Puede ser un truco —respondió—. ¿Por qué está aquí? ¿De dónde salió?

El gato mantuvo su mirada fija en nosotros, sus ojos verdes eran grandes e intensos.

—Esto es tonto —dijo Sorchá.

Lo miró sin parecer convencida sobre qué hacer.

—Estoy bastante seguro de que solo se trata de un gato —dijo Zul.

El animal erizó el pelo y maulló de manera agresiva, parecía ofendido. Lo observé más detenidamente.

—Creo que es una gata —dije.

Maulló de nuevo, esta vez sonó más amigable.

—Creo que tienes razón —dijo Aiden.

Se puso de pie y comenzó a alejarse por el mismo camino por el que había venido. Antes de doblar en la esquina se volvió para mirarnos.

—Quiere que la sigamos —dijo Sorchá.

Había pensando lo mismo. No comprendía qué hacía un gato en el laberinto o cómo sabía el camino pero sabía que debíamos seguirlo.

Aiden se acercó e hizo que Alshain mantuviera el mismo paso que Daeron.

—Quédate a mi lado, no guardes la espada —me susurró.

Asentí. El cuerpo de Zul se había vuelto rígido, podía sentirlo en la forma en que sus manos agarraban mi capa. Estaba nervioso, la situación era peligrosa. No sabíamos a dónde nos llevaba el gato o qué había pasado con Mardoc.

La única que parecía relajada era Sorchá, a juzgar por su expresión no creía que nos encontráramos en peligro.

El gato nos llevó por diferentes caminos, como si los conociera de memoria, hasta que finalmente llegamos a una gran construcción. Parecía un castillo, solo que más chico, con torres bajas y de hielo por completo.

La imagen frente a mí no dejaba de asombrarme: un castillo de hielo en medio de un laberinto de hielo. Elar en verdad se había esforzado por mantenerse escondido, dudaba de que hubiéramos llegado sin la ayuda del gato.

Frente a la puerta había un grupo de personas, solo que no eran personas. Los observé detenidamente. Llevaban ropa pero eran muy pálidos, algunos eran tan blancos como los alrededores. Y había algo raro en algunos de ellos, como si no los pudiera ver con claridad. Eran winsers. Y Mardoc estaba con ellos.

—¡Son winsers! —exclamé.

Aiden permaneció a mi lado, sus ojos fijos en ellos. Sorcha se adelantó y Zul asomó su cabeza detrás de mí para poder verlos mejor.

—Tienen a Mardoc —dijo el mago.

Claramente era su prisionero ya que sus manos estaban atadas.

—Ya no debemos preocuparnos por él —respondí.

—No lo sé, Mardoc vino aquí por una razón —dijo Aiden.

—Esa razón es desesperación —dijo Sorcha de espalda a nosotros.

Eran tres winsers, dos de ellos tenían sujeto al warlock y uno miraba en nuestra dirección. Su piel era blanca e incluso algo traslúcida, su pelo igual de blanco caía ondulado hasta su hombro. Los tres eran hombres y sus rasgos eran similares.

La gata se detuvo frente a ellos y también lo hicimos nosotros.

—¿Quiénes son? —preguntó uno de los winsers que sujetaba a Mardoc.

—Son los jóvenes que Elar ha estado esperando —respondió el winser que estaba frente a nosotros, el del pelo ondulado.

No sabía exactamente qué era pero había algo majestuoso en él. Su postura indicaba fortaleza y había cierta calma en su mirada. Sus ojos también eran blancos. Era como ver a un espectro o al menos como me los imaginaba, ya que nunca había visto uno.

—Mi nombre es Selenkay —se presentó el winser—. El Hechicero los ha estado esperando, sean bienvenidos a su corte.

No estaba segura sobre qué decir y Zul no había emitido ningún tipo de sonido.

—Yo soy Aiden y ellos son Adhara, Zul y Sorcha —dijo señalándonos a medida que nos nombraba.

El winser nos observó brevemente a cada uno y asintió.

—La gata los llevará hacia Elar —se volvió hacia los otros dos winsers—. Llevaremos al prisionero al calabozo.

—¡Exijo ver al Hechicero de Hielo! —gritó Mardoc—. ¡He venido a corregir mis males y a buscar refugio en su corte!

Era extraño que Mardoc no estuviera defendiéndose con magia. Al verlo más de cerca me di cuenta de que sus manos estaban congeladas y no podía moverlas. Los winsers debían estar usando su magia sobre él.

—No puedes corregir tus males, warlock. No puedes devolver las vidas que tú y los tuyos han tomado. El Hechicero de Hielo no otorga refugio a asesinos.

Mardoc protestó e intentó moverse pero los winsers lo mantuvieron inmovilizado y comenzaron a llevarlo dentro del castillo.

—Mi hijo se encargará de sus caballos —dijo Selenkay—. ¡Lyel!

Tras estas palabras fue tras los otros winsers y se perdió de vista. Me sorprendió oír que tenía un hijo, tal vez porque no había estado segura de si los winsers podían tener hijos o simplemente nacían de hielo y magia. Lo cual, ahora que lo pensaba, sonaba tonto. No iban a salir de la nieve así como así.

La gata se puso de pie y comenzó a caminar sin siquiera mirarnos.

Intercambiamos miradas y la seguimos. La entrada al castillo era de gran tamaño, lo cual hizo fácil entrar a caballo. Daeron tenía las orejas levantadas, atento ante lo desconocido.

Una vez dentro noté que nos encontrábamos en una gran recámara con varios establos. Los muros y el suelo eran de hielo pero los caballos que había adentro tenían mantas gruesas que los protegían del frío y lucían contentos masticando alfalfa y avena.

Un niño se acercó a nosotros. Un niño winser, su piel era mucho más translúcida que la de los winsers anteriores.

—Esto es muy extraño —dijo Zul en voz baja.

—De no ser porque su piel es blanca sería como ver ropa moviéndose sola en el aire —dijo Aiden.

Sorcha no dejaba de mirarlo, parecía fascinada. Desmontamos y el niño tomó las riendas de los caballos y acarició sus crines.

—Soy Lyel —se presentó.

—Hola Lyel, yo soy Adhara —respondí sonriéndole.

La gata maulló para llamar nuestra atención y continuó caminando, el animal tenía poca paciencia. Acaricié el cuello de Daeron y tras asegurarme de que Lyel supiera lo que estaba haciendo fui tras ella. Aiden vino a mi lado y tomó mi mano mientras caminábamos. Había enfundado a Glace porque sería descortés no hacerlo, pero llevaba la mano cerca de la empuñadura por las dudas y noté que Aiden hacía lo mismo.

Zul parecía algo nervioso pero sus ojos grises estaban alertas y Sorcha observaba todo con una expresión relajada.

El castillo era completamente diferente al de la reina Lysha. El hielo tenía un resplandor azulado y no había tapices ni cuadros o armaduras decorando las muros, solo el resplandor del hielo. Era simple pero tenía cierto encanto.

Seguimos a la gata hacia una habitación espaciosa que se encontraba vacía, a excepción del trono en el centro. El trono no era parecido a ninguno que hubiera visto antes. Estaba apoyado sobre un tapete color violeta, una extraña elección de color. Era de hielo, lo cual no me sorprendía. La parte del respaldo era una combinación de diferentes estalactitas y motivos tallados en el hielo que no lograba ver bien. Eso debió gustarle a Sorcha, sabía lo mucho que le gustaban. Me sorprendió que no fuera hasta allí e intentara sacar una. La razón era evidente.

Sentado en el trono, con sus ojos fijos en nosotros, estaba Elar, el Hechicero de Hielo.

## El hechicero de hielo

El Hechicero estaba sentado frente a nosotros. Su pelo, al igual que su corta barba, eran de un pálido rubio, y sus ojos eran profundos y turquesas. Aparentaba ser un hombre alto, incluso sentado. No era tan viejo como pensé que sería, tenía pocas arrugas en su rostro.

Llevaba una gran capa de piel de un azul oscuro, debía haber cambiado su color con magia ya que no podía pensar en ningún animal que tuviera ese pelaje. Sus manos reposaban sobre su regazo y en ellas había un pequeño objeto redondo, la esfera de cristal. Nos estudió con la mirada, su expresión era severa.

Detrás del trono había dos personas paradas que no noté antes. Uno era un joven que no aparentaba más de dieciséis o diecisiete años, su rostro me recordaba a alguien pero no sabía a quién. A su otro lado había una mujer, llevaba su pelo rubio recogido, un elegante vestido de mangas largas y para mi sorpresa una funda con una espada en su cintura.

La imagen era de lo más extraña, el Hechicero en su trono de hielo, con la mujer y el joven detrás observándonos con ojos curiosos.

Zul abrió la boca y volvió a cerrarla, al parecer no encontraba las palabras correctas. Aiden estaba a mi lado, su mano a un lado de la empuñadura de su espada, su hombro se sentía rígido junto al mío. Al igual que yo, no parecía seguro de si podíamos confiar en el Hechicero. Sorcha estaba quieta como una estatua, la forma en que miraba la escena frente a nosotros era tan intensa que me pregunté en qué estaría pensando.

La gata fue hacia el trono y se sentó a un lado. El Hechicero estiró la mano para acariciar su cabeza.

—Bien hecho, Nashira. Los encontraste —dijo.

La gata maulló y frotó la cabeza contra su mano. Debió ver en su esfera que estábamos perdidos y la envió a buscarnos.

—Sean bienvenidos a mi corte —dijo el Hechicero—. Adhara Selen Ithil, la elfa; Zul Florian, el mago; Aiden Moor, el espadachín, y Sorcha Hale, aquella que lleva la sangre de la Dama Draconis.

Sus últimas palabras me helaron, los tres giramos la cabeza hacia donde estaba Sorcha. Había confusión en su rostro.

—Gracias por aceptarnos en su corte —me apresuré a decir.

¿No había visto en su esfera de cristal que Sorcha no sabía quién era? ¿Que no se lo habíamos dicho porque no confiábamos en ella?

—¿Cómo sabe que me apellido Hale? —preguntó Sorcha en tono sospechoso—. ¿Y a qué se refiere con eso de la sangre?

—Sé quién eres porque lo he visto aquí —dijo mostrándole su esfera de cristal—. Eres Sorcha Hale, descendiente de la Dama Draconis.

La expresión de Sorcha aún reflejaba confusión. Como si no estuviera segura de

haberlo entendido bien.

—¿Descendiente de la Dama Draconis? ¿La que liberó al dragón Glaws y a la que Darco le otorgó el Corazón del Dragón como agradecimiento? No es posible —hizo una pausa y agregó—. Mi madre se llamaba Gemma, ella no...

—Tu madre, al igual que tú, era descendiente de Lisabeth Derosé, la Dama Draconis —dijo el Hechicero.

—¡No sabe de lo que está hablando! —dijo Sorcha levantando el tono de voz.

La expresión del Hechicero se endureció.

—Nadie me habla así en mi corte, sin importar su sangre. Controla tu lengua o sal por donde entraste, Sorcha Hale.

Zul fue hacia Sorcha sin estar seguro de qué hacer.

—Lo siento —balbuceó Sorcha.

Era la primera vez que la oía disculparse con alguien.

—Veo que no le han dicho quién es —dijo el Hechicero mirándonos a nosotros tres.

Permanecimos en silencio, Aiden y yo intercambiamos miradas preocupadas. Sorcha se volvió hacia Zul, su mirada era más de enojo que de confusión.

—¿Es verdad? ¿Tú lo sabías? —preguntó en tono acusador—. ¿Ustedes lo sabían?

Podía ver tensión en el rostro del mago, estaba eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Lo sabíamos —hizo una pausa y continuó antes de que Sorcha lo interrumpiera—. Eres descendiente de Lisabeth Derosé, eso significa que eres la única persona que puede usar el Corazón del Dragón sin sufrir sus consecuencias.

Me obligué a permanecer en silencio y no intentar callar a Zul. Sabía que si él no le decía la verdad, el Hechicero de Hielo lo haría, pero aún así cada nervio de mi cuerpo me decía que era peligroso que Sorcha supiera la verdad.

Sorcha observó a Zul desconcertada, su expresión revelaba varias emociones: traición, sorpresa y enojo, entre otras. Sin previo aviso y de manera totalmente precipitada, dio un paso hacia al mago y le dio una bofetada.

Aiden debía estar tan sorprendido como yo, incluso el Hechicero no pudo esconder su expresión perpleja. El joven que estaba detrás del trono dejó escapar un sonido de asombro.

—Estaba empezando a confiar en ti. ¿Por qué me lo ocultaste? ¿Por qué me lo ocultaron? —preguntó casi gritando.

Los ojos grises del mago se encontraban fijos en ella, no parecía haberse recuperado del golpe.

—Temíamos que tomaras el amuleto, nos mataras y te convirtieras en una peor amenaza que Akashik y Lysha —dijo.

El cuerpo de Zul se tensó más de lo que estaba.

—Extrañaba la forma en la que hablan los elfos, siempre tan honestos —dijo el



Hechicero.

Sorcha vino hacia mí y a juzgar por su expresión iba a atacarme. Desenfundé a Glace. Aiden se paró delante de mí y el mago tomó a Sorcha para detenerla.

Esta se volvió y miró a Zul de manera tan furiosa que este la soltó y retrocedió unos pasos.

—¡No vuelvas a tocarme, Zul Florian!

—Suficiente —dijo el Hechicero poniéndose de pie—. No toleraré este comportamiento en mi corte.

Silencio. Había estado en lo cierto; era alto, imponente.

—Y yo no toleraré que me mientan —murmuró Sorcha.

El Hechicero la escuchó pero decidió ignorarla. Volvió a sentarse y le hizo un gesto al muchacho que estaba detrás de él para que se acercara.

—Ian, escolta a Sorcha Hale a una de las habitaciones, un poco de tiempo a solas será bueno para su temperamento —dijo.

El joven asintió con la cabeza y se acercó a Sorcha algo tembloroso. No podía culparlo luego de lo que había presenciado.

—Mi nombre es Marcus Ian, pero me dicen Ian y soy un aprendiz de mago. Será un honor enseñarle el camino —su voz sonaba nerviosa.

—¡Eres el hijo de Marcus! El hermano mayor de Braen, era a él a quien me recordabas —exclamé.

Me miró y asintió lentamente.

—Llévala, Ian —dijo el Hechicero ignorando mi comentario.

Ian dejó la sala, su mirada en mí, llena de preguntas. Sorcha fue tras él, parecía aliviada de irse.

Había dicho que era un aprendiz de mago, era la primera vez que escuchaba a alguien presentarse de esa manera. Marcus nunca había mencionado que su hijo poseía magia.

—Esperaba que nuestro primer encuentro fuera diferente, definitivamente más civilizado —dijo el Hechicero.

—¿La esfera de cristal no le mostró que Sorcha no sabía quién era? —pregunté intentando controlar mi tono de voz.

—Me temo que no, Adhara Ithil. Tú también harías bien en controlar tu temperamento —respondió el Hechicero—. Veo que sabes quién es Ian.

—Conocimos a su familia en Agnof. Braen, su hermano, mencionó que estaba aquí —dije en tono más amable.

—Imagino que olvidó mencionar que es un mago —hizo una pausa y agregó—. O al menos un intento de uno.

—¿A qué se refiere con que es un aprendiz de mago? —pregunté.

El Hechicero de Hielo enarcó una ceja y me observó como si hubiera preguntado algo tonto.

—Exactamente eso, es un aprendiz de mago —respondió.

—Se refiere a que no es muy bueno con la magia —dijo Zul.

—Veo que has recuperado tu voz, Zul Florian. Siempre es un gusto conocer a un buen mago —dijo el Hechicero.

—Gracias, he escuchado grandes cosas sobre usted —respondió Zul.

—Ian no puede ser un mago, va a ser rey —dije pensando en voz alta.

—No podemos reemplazar a Lysha por alguien que también es joven y posee magia —dijo Aiden.

El Hechicero llevó la mirada a su esfera y asintió.

—Es por eso que el destino nos favoreció con alguien con poco control sobre la magia como Ian. También es cierto que tampoco me he esforzado mucho por enseñarle —dijo el Hechicero—. Sabía que si los warlocks eran derrocados y Lysha caía, él sería el próximo rey. Comparto la idea de que quien gobierna no debería poseer magia.

Era extraño que pensara de esa manera ya que él era un mago poderoso y tenía un castillo con súbditos. Los ojos del Hechicero encontraron los míos, era como si supiera lo que estaba pensando.

—Yo no gobierno un reino, Adhara Ithil. Construí este castillo y acepté la compañía de aquellos que quisieran vivir aquí mientras aceptaran mi autoridad —dijo el Hechicero.

Hice un gesto a modo de disculpa. Selenkay entró en la sala y aguardó a un costado sin decir nada.

—Lucen cansados y hay otros asuntos que requieren mi atención. Dafina los llevará a sus aposentos. Los acepto como invitados y a cambio espero que no causen problemas —dijo el Hechicero.

No quería dejar la sala, tenía muchas preguntas, pero sabía que no tenía otra opción. A juzgar por su tono de voz, había sido una orden, no una sugerencia.

La mujer que se encontraba detrás del trono, Dafina, vino hacia nosotros y nos indicó que la siguiéramos. Al verla de cerca me di cuenta de que debía ser cuatro o cinco años mayor que nosotros. Pero la manera en que llevaba recogido su pelo y algo en su rostro que no lograba precisar la hacían parecer mayor.

La seguimos fuera de la sala, hacia un corredor. Su vestido era de confección elegante y llevaba joyas que parecían valiosas, debía provenir de una familia noble. ¿Qué haría aquí? ¿Y por qué cargaba una espada?

Zul vino a mi lado, caminaba arrastrando los pies y su expresión era sombría. Puse una mano en su hombro e intercambiamos una mirada. Sus ojos grises me decían todo, su mente se encontraba en Sorcha.

No podía estar tan sorprendida de que no confiáramos en ella, disfrutaba de hacer daño con magia, el Corazón del Dragón la convertiría en un monstruo.

El corredor continuaba, no había puertas o ningún tipo de decoración a excepción de antorchas; era el corredor más largo que había visto. Las antorchas estaban apagadas, me pregunté si el fuego derretiría los muros de hielo.

—Eres apuesto, Aiden Moor. ¿De qué pueblo eres? —preguntó Dafina.

Mi mirada fue hacia ella con la rapidez de un águila.

—Nací en Izar —respondió Aiden.

Parecía algo sorprendido por el comentario pero continuó examinando el corredor sin prestarle atención.

—Yo también nací allí —respondió Dafina.

No me gustaba la manera en que lo miraba o le hablaba. El corredor llegó a su fin y salimos a una recámara con varias puertas. La seguimos hasta que se detuvo frente a una de ellas.

—Espero que encuentres la habitación a gusto, Aiden —nos miró a Zul y a mí y agregó—. Ustedes dos pueden quedarse en aquellas.

Acompañó las palabras con un gesto de su mano, indicándonos las otras puertas. Una sensación de desagrado se apoderó de mí en solo segundos. Fui hacia Aiden sin quitar mis ojos de Dafina y me paré a su lado.

—Aiden y yo nos quedaremos en la misma habitación —dije.

Dafina me observó como si me hubiera notado por primera vez y me sonrió. Una sonrisa que tenía poco de auténtica.

—No creo que eso sea apropiado —respondió.

Di un paso hacia ella, Aiden rodeó mi cintura con su brazo y me atrajo hacia él con un rápido movimiento. No estaba segura de lo que habría hecho si no me hubiera detenido, probablemente me hubiese arrojado sobre ella.

—Adhara es mi esposa, lo que no sería apropiado sería dormir en habitaciones diferentes —dijo Aiden.

Lo miré con lo que estaba segura que era adoración en mis ojos. La manera en que lo había dicho me hacía querer besarlo allí mismo. No estaba segura de que esposa fuera la palabra correcta, pero no me importaba.

El rostro de Dafina se volvió rígido, parecía ofendida.

—Por supuesto —dijo recomponiendo su expresión.

Hizo algo que no se asemejaba nada a una sonrisa y salió por el corredor perdiéndose en él. Apenas podía creer lo que había sucedido, el descaro que había tenido esa mujer.

—Pensé que ibas a arrojarte sobre ella o atravesarla con Glace —dijo el mago.

—Soy una dama, iba a resolverlo de manera cordial —respondí.

Aiden dejó escapar una risa, besó mi cabeza y entró en la habitación. Era evidente que no había nada de verdad en mis palabras.

—También yo —le susurré al mago antes de seguir a Aiden a la habitación.

Había tenido la esperanza de que el interior no fuera de hielo pero la perdí en cuanto entré. La habitación era espaciosa con una majestuosa cama con dosel y un gran armario que para mi alivio no eran de hielo, pero todo lo demás sí lo era. Nos congelaríamos.

Fui hacia la cama y me dejé caer sobre ella, estaba exhausta. La almohada bajo mi

cabeza se sentía bien, me invitaba a descansar. Aiden se quitó la capa y se recostó a mi lado, parecía demasiado cansado para hablar.

Un golpe en la puerta me despertó, nos habíamos quedado dormidos. Aiden miró en dirección a la puerta, cerró los ojos y continuó durmiendo.

Resignada a que tendría que levantarme yo, me puse de pie. Estaba algo transpirada y sentía calor en vez de frío, había algo mal conmigo.

Tomé a Glace por si acaso, esperaba que no fuera esa condenada mujer Dafina. Mi expresión debió ser seria, ya que al abrirla, Ian, el aprendiz de mago, permaneció en silencio con una mirada de incertidumbre.

—Ian —dije.

—Lamento molestar —se disculpó—. Elar me pidió que les avisara que la cena estará lista al atardecer y que encontrarán la vestimenta apropiada en el armario.

¿A qué se refería con la vestimenta apropiada?

—De acuerdo —respondí.

Ian permaneció allí observándome, podía ver que tenía una pregunta en mente pero parecía no estar seguro de cómo articularla. Su rostro era joven y su pelo marrón caía cubriendo sus ojos. Algo en su expresión era inocente y fiable.

—Me recuerdas a Braen —dije.

—¿Cómo conoces a mi familia? ¿A Braen? ¿Están bien? No los he visto en mucho tiempo.

Habló de manera precipitada y luego se detuvo de manera abrupta, luciendo avergonzado.

—Los conocimos cuando pasamos por Agnof. Estaba en mal estado, tu madre me ayudó y nos dieron un lugar donde quedarnos hasta que me recuperara. Tu familia fue muy amable, Braen me habló de ti —respondí.

Ian sonrió, su expresión se relajó un poco.

—Debo avisarle a Zul de la cena —dijo.

Hizo una especie de reverencia y antes de que pudiera decir algo siguió hacia la otra puerta. Era algo extraño pero gentil.

Cerré la puerta y fui hacia el armario. Dentro había varios vestidos, elegantes y abrigados, similares al de Dafina. Uno rojo llamó mi atención, no era un color que soliera usar pero su confección era simple y delicada, las mangas era largas y tenían detalles de flores. Lo volví a colgar, separándolo un poco del resto.

Aiden dormía profundamente. Me quité la capa y regresé a la cama. No hacía frío como había pensado. ¿Cómo era posible? Todo era hielo. Debía ser magia, un hechizo en la habitación para que la temperatura no fuera tan fría. Elar en verdad era un hechicero poderoso y no había duda de por qué lo llamaban el Hechicero de Hielo.

El resto de la tarde transcurrió sin ningún otro evento. Dormí unas horas más y luego comencé a prepararme para la cena. El vestido rojo que había elegido era del

tamaño ideal y se ajustaba de manera perfecta a mi cuerpo. No era amplio como el que había usado en el baile de máscaras, sino que caía de manera suelta.

—Luces hermosa —dijo Aiden desde la cama.

Me volví hacia él, pensé que aún dormía.

—No estoy segura de que el rojo sea mi color —respondí.

Aiden se puso de pie y momentos después me encontraba en sus brazos mientras me besaba. Sus manos se enredaron en mi pelo y las mías en el suyo. Pensé que con el tiempo me acostumbraría a las emociones que se apoderaban de mí cuando me besaba pero estaba lejos de hacerlo.

Me empujó con cuidado hacia el armario y sentí la madera crujir en mi espalda. Una de sus manos soltó mi pelo y bajó por mi cintura, deshaciendo los lazos del vestido.

Apoyé mis manos en su pecho, sobre su camisola, podía sentir su corazón latiendo de manera precipitada.

La puerta de la habitación se abrió y nos sobresaltamos, separándonos un poco. Zul nos miró perplejo, sin estar seguro de qué hacer o a juzgar por su expresión, decir.

Podía sentir el rubor en mis mejillas y le di la espalda, acomodando mi vestido.

—Hay una razón por la que existen las puertas —dijo Aiden—. Privacidad.

—Lo siento, estaba perdido en mis pensamientos —respondió Zul—. Olvidé golpear.

Una vez que terminé de arreglar el vestido me volví hacia él. Su pelo negro no estaba tan desprolijo como de costumbre y llevaba una refinada capa que definitivamente no era la suya.

—Te ves bien —dije.

Esto pareció tomarlo por sorpresa, ya que bajó la mirada para mirarse a sí mismo.

—Ian dijo que debía vestirme de manera apropiada, encontré la capa en el armario —respondió el mago.

Aún había algo turbio en sus ojos grises.

—¿Crees que Sorcha vaya? —preguntó.

—No lo sé —respondí.

Aiden fue hacia el armario y tras hurgar entre la vestimenta encontró una capa igual a la que llevaba Zul.

Contemplé mi reflejo en el espejo, asegurándome de que no estuviera desalineada. Mi pelo castaño se veía bien sobre la tela roja, lo peiné hasta que cayó largo y suave sobre el vestido. Aiden había estado en lo cierto, me veía bien.

El sol había bajado y todo estaba más oscuro. Al salir hacia el corredor noté que las antorchas estaban prendidas; las llamas no tenían un color anaranjado, sino azul. Al iluminar los muros de hielo, el corredor había cobrado un destello celeste.

Lo atravesamos y caminamos por el castillo, buscando la sala en la cual cenaríamos. Ian no había mencionado dónde era o cómo llegar.

Estábamos intentando descifrar hacia dónde llevaba otro de los pasillos cuando tres figuras aparecieron. Eran Winsers: Selenkay, su hijo Lyel, el niño que nos había ayudado con los caballos, y una mujer. Continué caminando, acercándome a ellos para poder verla mejor. Su piel era muy pálida, casi traslúcida, y diferentes flores adornaban su largo pelo rizado. Llevaba un vestido lila que dejaba sus hombros y brazos al descubierto. Era una hermosa visión. Aiden y Zul también parecían cautivados.

—Son los forasteros que llegaron hoy, oí que la chica es una elfa —le dijo Lyel a la mujer.

La mujer acarició el pelo del niño y me miró.

—Ellos son los jóvenes de los que habló Elar, han matado a dos warlocks y han perseguido a uno hasta el castillo —dijo Selenkay—. Ya conocieron a mi hijo Lyel y ella es mi esposa Leilani.

Intercambiamos saludos.

Nos guiaron hasta una sala con una gran mesa. Elar se encontraba sentado en la cabecera, mirando la comida en su plato de manera impaciente. Había estado esperándonos para comenzar a comer. En la silla a su costado estaba sentado Ian y junto a él, una joven en un hermoso vestido verde oscuro similar al mío. Era Sorcha. Su pelo rojo caía a un costado de su hombro, creando un lindo contraste con el vestido. Su expresión era un tema diferente, era distante y perturbada.

—Veo que Selenkay y su familia fueron lo suficientemente amables como para enseñarles el camino —dijo el Hechicero.

Selenkay y Leilani saludaron con un gesto cordial y dejaron la sala. Me pregunté dónde comerían ellos y el resto de los winsers.

Me acerqué a la mesa y aguardé a que Aiden y Zul se sentaran para ubicarme a su lado. Había tanta comida que no sabía por dónde empezar, parecía un festín.

—Eres una imagen de gracia y belleza, Adhara Ithil. De ser unos años más joven cambiarías mi opinión acerca de tener una esposa —dijo el Hechicero.

Mis mejillas debieron volverse del color del vestido.

—Adhara posee muchos pretendientes: Aiden, Zul, Seith... Deberá pelear con ellos si quiere su mano —dijo Sorcha en tono sarcástico—. A excepción de Seith, que está muerto, Adhara lo mató.

Observé a Sorcha estupefacta. Sentí a Aiden tensarse a mi lado.

—Fue un cumplido, una cortesía, algo de lo que tú no entiendes, Sorcha Hale. No tengo ninguna intención de casarme con una elfa humana de diecinueve años —dijo el Hechicero en tono severo.

Oí pasos, Dafina entró en la sala y se sentó del otro lado del Hechicero. Llevaba un vestido diferente del de antes, era dorado y un poco más revelador.

—Sorcha...

—No me hables —lo interrumpió Sorcha.

Zul permaneció en silencio y apartó su mirada, había frustración en ella.

—Lamento llegar tarde, tío. Sé cuánto te molesta la impuntualidad —dijo Dafina —. ¿De qué me he perdido?

¿Era su sobrina? Eso arruinaba mis fantasías de asustarla con Glace, Elar me convertiría en un puñado de hielo.

—Nuestra invitada, Sorcha Hale, nos estaba deleitando con sus palabras —respondió el Hechicero.

Silencio. La situación era terriblemente incómoda. Ian comía en silencio observándonos a todos, Sorcha había adoptado una mirada hostil y parecía estar haciendo un gran esfuerzo por mantenerse callada. Aiden miraba pensativo al Hechicero, Zul estaba revolviendo su plato sin probar un bocado y para mi irritación, Dafina estaba mirando a Aiden.

Uno de los candelabros que iluminaba la mesa se apagó, era como si la tensión que sentíamos hubiera extinguido las llamas. Estaba a punto de decir el hechizo para hacer fuego cuando recordé que había decidido no usar magia.

—¡Yo las prenderé! —dijo Ian entusiasmado.

La expresión de Elar pasó de seria a preocupada. Ian se puso de pie de manera algo torpe y recitó un encantamiento. La vela volvió a prenderse, todo parecía bien, pero al segundo siguiente la llama se extendió de la mecha hacia abajo y la vela entera se prendió fuego. Esta cayó sobre el mantel pero Zul utilizó su magia para apagarlo antes de que toda la mesa se prendiera fuego.

Apenas podía creer lo que había sucedido, nunca había visto una vela prenderse fuego de esa forma o consumirse tan rápido en llamas.

—Lo siento —se disculpó Ian—. No sé qué ocurrió.

Sonaba mortificado. Se sentó y escondió la cabeza entre sus brazos.

—Eres peor que Adhara —dijo Sorcha.

Eso me molestó. No solo por su ofensa hacia mí, sino por Ian. No podía decir eso y hacerlo sentir mal solo porque tenía ganas.

—Discúlpate —dije.

—Eres tú la que me debe una disculpa —respondió Sorcha.

—No conmigo, con Ian. No debiste decirle eso —dije.

Ian, el aprendiz de mago, levantó alarmado la cabeza.

—No es necesario —se apresuró a decirle a Sorcha—. Sé que soy malo con la magia.

Sorcha lo miró y el enojo fue desapareciendo de su rostro.

—Lo siento, Ian. Fue rudo de mi parte compararte con alguien engreída y traicionera como Adhara —dijo Sorcha.

El aprendiz de mago miró a Sorcha y luego a mí sin saber qué responder. Aiden puso una mano sobre la mía para calmarme pero en lo único en que podía pensar era en encerrar a Sorcha y Dafina, quien continuaba con su mirada en Aiden, en una habitación y prenderlas fuego.

—Necesitaremos más velas —dijo el Hechicero—. Si terminaron con su

altercado, hay asuntos de importancia que debemos discutir.

Tenía razón, no habíamos hecho más que pelear desde que llegamos a su corte.

—¿Dónde está Mardoc? —preguntó Zul.

—En el calabozo —respondió el Hechicero.

—¿Qué harán con él?

Me había estado haciendo la misma pregunta.

—Selenkay y los demás winsers pidieron mi aprobación para tomar su vida —dijo el Hechicero—. Los warlocks mataron a una gran cantidad de winsers a lo largo del tiempo, sus deseos de retribución son justificados.

—Yo también tengo deseos de retribución, quiero verlo morir —dijo Sorcha.

—¿Qué hay de ti, Zul Florian? Sé que el Concilio de los Oscuros mató a tus padres. ¿Tú también deseas presenciar su muerte? —preguntó el Hechicero.

Todas las miradas fueron al mago. Sus ojos grises reflejaban conflicto, como si lo hubiera estado pensando desde antes y aún no tuviera una respuesta.

—¿Qué clase de muerte le espera? —pregunto Zul con cautela.

Sorcha golpeó el tenedor contra el plato impaciente. Dafina la observó, escandalizada. Elar le lanzó una mirada de desaprobación.

—Mañana tendremos una audiencia, le daré a Mardoc la oportunidad de ser oído y luego Selenkay hablará en nombre de los winsers. Dejaré que ellos tomen la decisión de qué hacer con él, después de todo, ellos sufrieron pérdidas a causa de los warlocks, no yo —dijo Elar.

Sonaba razonable y civilizado.

—Es una de las tonterías más grandes que he oído —exclamó Sorcha—. Todos sabemos que merece morir, ¿por qué no matarlo y ya?

—Sorcha —dijo Aiden con tono de advertencia.

—Es cierto que merece morir por lo que él y los suyos hicieron pero matar por matar es algo que no consiento. Debe entender los males que causó y al menos ser oído —dijo el Hechicero—. Ya no eres una Nawa, deja de actuar como una, Sorcha Hale. De lo contrario creo que he tenido suficiente de tu compañía por una noche.

Sorcha se puso de pie, me sorprendí al ver que su expresión revelaba algo más que enojo, algo que se estaba esforzando por esconder, tristeza. Ian también se puso de pie.

—Te escoltaré a la habitación, es fácil perderse —dijo.

Las mejillas de Ian tomaron color y parecía nervioso.

—Como gustes —respondió Sorcha.

Miró al Hechicero y luego dejó la sala con el aprendiz de mago siguiendo sus pasos. Comimos en silencio por unos minutos antes de que alguien hablara de nuevo.

—Esa joven olvidó sus modales fuera del castillo —dijo Dafina—. ¿Has probado el pollo, Aiden? Está delicioso.

Miré a Dafina con una mirada asesina pero esta me ignoró como si no estuviera allí. Aiden le había dicho que era su esposa, no comprendía por qué insistía en ganar



su atención. ¿Qué pretendía? ¿Hacerme desaparecer y quedarse con él?

Estaba pensando una manera cordial de recordarle que Aiden era mío y que se estaba comportando como una mujer desesperada, sin respeto por sí misma, cuando Elar intervino.

—Tú también perdiste a tus padres en manos del Concilio, Aiden Moor. ¿Deseas hablar en la audiencia? —preguntó el Hechicero.

—No, ya he tenido mi oportunidad de vengarme con Blodwen —respondió Aiden.

—Cierto —Elar permaneció pensativo—. Tú fuiste un aprendiz de Nawa, ¿verdad? Un Nawa y una elfa, eso es algo que ni mi esfera de cristal pudo haber predicho.

—Fue hace mucho tiempo y nunca quise ser uno —respondió Aiden.

A juzgar por su tono de voz no le había gustado el comentario, a Aiden no le gustaba pensar en su pasado.

—Aiden posee buen corazón —dije.

Tomé ventaja de la situación y besé su mejilla tras decir estas palabras. Aiden me miró, podía ver aquella expresión divertida en su rostro. Me conocía bien, sabía que no era solo un gesto cariñoso, sino que iba dirigido a alguien. Dafina aclaró su garganta haciendo un ruido molesto.

Elar me estudió con la mirada pero no dijo nada. El resto de la velada transcurrió en silencio. Zul parecía perdido en algún lugar de su mente. Aiden cruzó sus brazos y no volvió a probar un bocado. El Hechicero comía en silencio, su expresión era seria y no revelaba nada. Dafina no levantaba la mirada de su plato más que para mirar a Aiden en lo que debía pensar que era una manera disimulada. Incluso se aventuró a mirar a Zul en más de una ocasión.

Por fortuna el Hechicero terminó de comer y la cena llegó a su fin. Elar se puso de pie y tras desearnos que durmiéramos bien, tomó una vela de la mesa y desapareció tras una puerta. Dafina fue tras él unos momentos después, lo cual era un alivio porque si miraba a Aiden una vez más no podría contener lo que tenía para decir.

El Hechicero de Hielo era diferente de lo que esperaba, actuaba más como un rey que como un mago. Pensé que sería parecido a Warrick, pero no podía ser más diferente. Dudaba que nos ayudara, parecía demasiado cómodo en su castillo.

Estábamos regresando a las habitaciones cuando noté que Zul se había quedado atrás. Me volví hacia él y lo encontré parado en mitad del corredor con demasiadas emociones en su rostro. Estaba pálido pero había decisión en sus ojos. Sus ojos grises solían ser un enigma pero en ese momento pude ver a través de ellos con total claridad. Se sentía culpable por haberle ocultado a Sorcha la verdad pero al mismo tiempo sabía que contárselo hubiese sido un gran riesgo.

Sorcha nunca sería buena, no completamente, y aun así Zul estaba enamorado de ella. Me pregunté si el mago sabía esto o si tenía la esperanza de que Sorcha se

convirtiera en alguien sin maldad.

Me acerqué a él e intercambiamos una mirada.

—Zul.

—Adhara.

Su mirada lo decía todo.

—No —dije.

—Iré a verla, quiero hablar con ella —respondió.

—Es peligroso, está enojada. Muy enojada.

—Su magia no funciona contra mí —dijo el mago.

Sabía que nada de lo que dijera lo haría cambiar de opinión. Asentí con la cabeza.

—Zul, si te disculpas y le dices que debiste haber confiado en ella, le estarías mintiendo de nuevo —dijo Aiden—. Sé honesto.

—Lo sé.

El mago llevó la mano dentro de la capa y luego la extendió hacia Aiden, ofreciéndole un amuleto del color de la sangre, el Corazón del Dragón.

—Sorcha sabe que lo tengo y de dárselo a alguien sabe que sería a Adhara —dijo Zul—. Estará seguro contigo, Aiden.

Aiden lo tomó y tras asegurarse que no lo dejaría fuera de su vista, lo guardó.

—Espero que no me dé otra bofetada.

Tras estas palabras el mago se perdió en el corredor. Al verlo alejarse comencé a sentir esa sensación de ansiedad que odiaba. Sus palabras me habían dejado intranquila. Sorcha estaba furiosa y podía herirlo incluso sin magia. Podía arrojarle sobre él y golpearlo, sabía que Zul no la atacaría, no después de todo el tiempo que había pasado con ella. Ya no la veía como a un enemigo.

—Preferiría enfrentarme a un Garm antes que a Sorcha enojada —dijo Aiden.

—Debemos seguirlo —dije.

—No lo sé.

Tomé su mano y lo llevé conmigo en la dirección en la que se había ido Zul.

—Sorcha está fuera de sí, nos quedaremos cerca por si acaso.

—De acuerdo —dijo Aiden resignado.

Cuando nos encontrábamos en la posada de Goewyn y Aiden nos descubrió la noche que intentamos huir para que él se quedara con su madre, Zul se quedó en la habitación contigua porque sabía que Aiden estaba furioso conmigo. No podía dejarlo solo con Sorcha.

La habitación de Sorcha estaba a la vuelta de las nuestras. El mago se paró frente a la puerta y tras unos momentos juntó el coraje para golpearla. No podía ver su rostro pero abría y cerraba el puño de la mano, intentando controlar sus nervios.

Sorcha abrió la puerta y en cuanto lo vio volvió a cerrarla. El mago se quedó duro, pensé que se iría pero para mi sorpresa usó su magia y una ráfaga de viento la abrió de nuevo.

Zul entró y por fortuna dejó la puerta entreabierta, nos acercamos

silenciosamente.

—¡Cómo te atreves! No te quiero aquí, mago —dijo SORCHA—. No quiero tus disculpas.

—No vine a disculparme —respondió ZUL—. No puedes culparme por no confiar en ti, SORCHA. De haber sabido la verdad antes, hubieras tomado el Corazón del Dragón y lo sabes.

—¿Crees que estoy enojada porque no confiaste en mí?

Algo en su voz me heló la sangre. SORCHA recitó un encantamiento, llevé la mano hacia Glace pero Aiden me detuvo y puso una mano sobre mi boca.

—¡Odio que mi magia no funcione contra ti! —gritó SORCHA.

Silencio. ZUL debía estar demasiado perplejo para hablar.

—No entiendo —dijo finalmente—. Me salvaste de Lysha porque me necesitabas, porque sabías que era descendiente de la Dama Draconis. Todo este tiempo fuiste amable conmigo porque querías que use el amuleto contra Akashik —gritó SORCHA—. Tú y tus amigos querían usarme de la misma manera en que me usó el Concilio todos estos años.

—No...

—¡Cállate! —lo interrumpió SORCHA—. La otra noche te acercaste a mí no para protegerme del frío, sino para ganarte mi confianza.

Sentí el ruido de algo rompiéndose y me sobresalté, Aiden también se alarmó. Nos asomamos sigilosamente por la puerta. El mago estaba de espaldas a nosotros, había cristal roto cerca de sus pies y SORCHA estaba frente a él.

—Cuando Blodwen me hechizó, tu primer pensamiento debió ser que iba a matar a la única persona que podía usar el Corazón del Dragón sin sufrir consecuencias.

Solía pensar que SORCHA no tenía corazón pero me había equivocado, había una intensidad de emociones en su voz.

—¡Eso era lo último que estaba en mi mente! —gritó el mago.

ZUL tomó a SORCHA de un brazo y la atrajo hacia él. Me asomé más para asegurarme de lo que estaba viendo. La estaba besando. ZUL tenía sus brazos alrededor de SORCHA y la estaba besando. Intenté ver si SORCHA también lo besaba pero la espalda del mago me obstruía la vista.

—No pensé que se animaría —me susurró Aiden.

—Tampoco yo —le susurré.

El beso duró unos momentos más y luego SORCHA lo apartó de un empujón. Sus mejillas estaban sonrojadas y su respiración era agitada, el asombro en el rostro de SORCHA era tal que no encontraba palabras para describirlo. Por un momento pensé que intentaría otro hechizo. Me pregunté si así me veía yo la primera vez que Aiden me besó bajo la lluvia.

—Sal de aquí, mago. Ahora.

Aiden y yo intercambiamos una mirada y retrocedimos, escondiéndonos detrás de uno de los muros de hielo. ZUL salió de la habitación y la puerta se cerró de un

portazo detrás de él. La antorcha lo iluminaba, la tensión en su rostro desapareció y sonrió como nunca lo había visto sonreír antes.

## La audiencia

A la mañana siguiente me despertaron los gritos de Ian a través de la puerta. La audiencia de Mardoc sería luego del almuerzo. Di vueltas en la cama, hacía tiempo que no dormía tan bien. Me había relajado por completo, sin estar pendiente de los ruidos a nuestro alrededor como lo había hecho en las últimas noches. Y a pesar de que me gustaba dormir al aire libre no podía negar lo cómoda que era la cama.

Cuando finalmente me decidí a levantarme, Aiden estiró su brazo hacia mí y me mantuvo allí. Había cierta calidez en sus ojos marrones mientras me miraba. Aún me costaba creer que el hermoso humano a mi lado me había prometido amor eterno. Todavía me preocupaba qué dirían mis padres pero no tanto como antes. Era feliz y eso evitaba que me preocupara demasiado.

Me acurruqué a su lado y permanecimos así por un rato.

Abrí el armario en busca de algún vestido pero por alguna razón ninguno me convencía, algo en mi interior me decía que necesitaría mi espada. Era tonto, estábamos en la corte del Hechicero y Mardoc era un prisionero pero aun así, tenía un mal presentimiento sobre la audiencia.

Tomé uno de mis vestidos de la bolsa de viaje, botas y a Glace. Me aseguré de peinar mi pelo y adornarlo con algunas trenzas para que mi apariencia fuera más prolija.

Aiden me miró con aprobación y fuimos en busca de Zul.

No fue difícil encontrar al mago, estaba vagando por los corredores, con una expresión risueña en su rostro. Me costaba creer que hubiese besado a Sorcha. No por un tema de valor, sabía que Zul era más valiente de lo que a veces aparentaba, sino por la situación. Sorcha había intentado lastimarlo con un hechizo y él la había besado. El mago no podía pensar de manera correcta cuando estaba con ella, era su debilidad.

Cuando entramos en la sala donde habíamos cenado la noche anterior, estaba vacía. Pensé que el Hechicero estaría allí pero a juzgar por los platos sucios en su lugar, ya había comido.

Una joven que no había visto antes nos indicó que nos sentáramos y luego regresó con comida.

—¿Qué creen que suceda en la audiencia? —pregunté.

—Probablemente Mardoc diga lo que tenga para decir y los winsers decidirán qué hacer con él —dijo Aiden.

El mago asintió.

—Zul... No puedes entrar a la audiencia sonriendo de esa manera —dije.

Levantó la mirada de su plato, consciente por primera vez de la situación. Su rostro se volvió más serio y continuó comiendo.

Oí pisadas y unos momentos después Sorcha entró en la sala, acompañada de Ian. Nos ignoró como si no estuviéramos allí y se sentó del otro lado de la mesa. Zul le

lanzó una mirada ansiosa pero Sorcha nunca levantó la vista. Hablaba en voz baja con el aprendiz de mago, mientras comían.

Era extraño que se comportara de manera amable con alguien pero parecía sentirse cómoda con Ian. Lo cual era más extraño aún ya que Ian era más joven y estaba lejos de ser bueno con la magia.

La expresión risueña que había tenido Zul se desvaneció del todo. Se puso de pie y comenzó a pasearse detrás de nuestras sillas, esperando a que termináramos.

—Ian, ¿dónde será la audiencia? —preguntó Aiden.

—En el calabozo —respondió.

Ian se acercó a nosotros y nos saludó de manera amistosa.

—Elar dijo que sería más seguro que Mardoc permaneciera en su celda. Los llevaré allí —dijo.

Aiden y el mago lo siguieron fuera de la sala. Me detuve a ajustar la funda de Glace y a acomodar mi ropa. Era un alivio no tener que preocuparme de que el pelo cubriera mis orejas.

Alguien tiró de mi capa y me detuvo en el lugar. Me volví y los ojos azules de Sorcha encontraron los míos.

—Dijiste que me habías salvado de la flecha que me lanzó la hermana de Zul porque solo buscaba comida pero eso no es cierto. ¿Verdad, Adhara? —dijo Sorcha—. Lo hiciste porque sabías que descendiendo de Lisabeth Derosé.

Había acusación en su tono de voz, al parecer no solo estaba enojada con Zul. Recordé aquel día en el bosque, Sorcha se había escabullido en la noche mientras dormíamos, intentado robar comida, y Zada la había atacada con sus flechas.

—No, nos enteramos de quién eras en el Monte Luna, cuando detuve la flecha no lo sabía —respondí.

Esto claramente la confundió.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Qué más me están ocultando? He estado repasando en mi cabeza cada momento que pasé junto a ustedes. Cuando peleamos en el pasaje de Elnath, cuando fueron a liberar a Ailios, sé que querías matarme pero algo te impidió hacerlo —dijo Sorcha.

—Aiden estaba en peligro —respondí.

—Te hubiese llevado solo un momento atravesarme con tu espada y no lo hiciste. ¿Por qué? —preguntó—. ¿Qué más sabes de mí?

Avanzó hacia mí, arrinconándome contra el muro de hielo. Llevé mi mano hacia Glace al mismo tiempo que Sorcha levantó la mano hacia mí.

—Lo hice por Zul —dije.

No tenía sentido pelear contra ella, el mago la había besado, sabía la verdad. Los ojos de Sorcha se abrieron de par en par, podía ver enojo e incertidumbre en ella. Saqué la mano de la empuñadura para demostrarle que no quería pelear.

Sorcha recompuso su expresión y una fuerza invisible me hizo retroceder contra el muro, manteniéndome allí.

—Quiero el Corazón del Dragón, es mío por herencia —dijo.

—¿Y te sorprende que no confiáramos en ti? —pregunté indignada.

El mago había estado en lo cierto, pensó que me lo había confiado a mí.

—No me interesa ser la próxima Lysha, si tengo el amuleto nadie podrá dañarme de nuevo —dijo Sorcha.

—¿Nunca volverás a lastimar o matar a alguien? —pregunté.

La magia sosteniéndome allí se volvió más fuerte y mi cabeza golpeó contra el hielo.

—¡Es mío! —gritó Sorcha.

Intenté llevar la mano hacia Glace pero la magia no me lo permitió.

—¡Cuando tenga mi espada haré que te arrepientas, Sorcha! —repliqué—. Eres egoísta y oscura y siempre lo serás.

—Nunca he dicho lo contrario —respondió.

Estaba a punto de utilizar magia para combatir su hechizo pero me detuve. Recordé el sueño que había tenido, la voz de Seith resonaba en mi cabeza, acusándome de haber hecho magia negra. Sin importar cuánto quisiera arrojarme sobre Sorcha y pelear contra ella, no podía hacerlo, no usaría magia. Dejé escapar un grito de frustración. Sorcha sonrió de manera burlona.

—¿Qué sucede, Adhara? ¿Demasiado incompetente para hacer magia?

Meforcé por calmarme, no importaba lo que dijera, no haría magia.

—Creí escuchar tu melodiosa voz, Sorcha Hale.

El Hechicero estaba parado cerca de nosotras, observando la situación. Sentí sus ojos sobre mí y la magia sujetándome se desvaneció. La emoción de enojo que se apoderó de mí fue tan abrumadora que no intenté controlarla. Con un rápido movimiento tomé a Glace y salté sobre Sorcha, tirándola al suelo.

Apoyé el filo de la espada sobre su cuello, mientras esta recitaba un encantamiento.

—¡Adhara! —gritó Aiden.

La serpiente que conjuró Sorcha intentó enredarse en mi bota pero la alejé de una patada.

—¡Quítate de encima, elfa! —gritó Sorcha.

—Si vuelves a amenazarme, nada ni nadie podrá salvarte —me acerqué y le susurré—. Ni siquiera Zul.

Aiden me rodeó con sus brazos y me alejó de Sorcha. En el momento en que mi espada dejó su cuello, esta se abalanzó hacia mí pero Zul la detuvo.

—¿Han perdido la cabeza? —preguntó el mago.

Sorcha se soltó de Zul y le lanzó una mirada hostil.

—¡Suficiente! —gritó Elar—. Sorcha Hale, ven conmigo, es tiempo de que hablemos. Ustedes tres vayan bajando al calabozo.

Sus palabras habían sido tan severas como la mirada en sus ojos. Sorcha no parecía convencida pero tras ver la expresión del Hechicero se acercó a él y lo siguió

fuera de la sala de manera decidida. Aiden no me soltó hasta que ambos se perdieron de vista. Enfundé a Glace y me senté en la silla más cercana, necesitaba un momento de tranquilidad.

El mago tenía los brazos cruzados y me miraba expectante esperando algún tipo de explicación. Parecía enfadado, no estaba segura si aún estaba molesto porque Sorcha lo había ignorado o si se debía a que me había visto arrojarme sobre ella.

—No me mires de esa manera, Sorcha me atacó primero —le espeté.

Esto apaciguó su expresión.

—¿Qué sucedió? —preguntó Aiden.

—Sorcha usó su magia contra mí para que le diera el Corazón del Dragón —respondí—. El Hechicero la detuvo.

Aiden llevó la mano hacia el interior de su capa, buscando algo. Debía estar asegurándose de que el amuleto aún estuviera allí.

—Temía eso —Zul hizo una pausa y agregó—. Realmente esperaba que no sucediera.

—Si queremos que Sorcha utilice el amuleto para eliminar a Akashik y a Lysha, eventualmente tendremos que dárselo —dijo Aiden.

Silencio. Sabía que todos estábamos pensando lo mismo. Si dejábamos que Sorcha usara el amuleto, había una posibilidad de que se convirtiera en una peor amenaza que Akashik.

—¿Intentaste detenerla con tu magia? —preguntó Zul.

No respondí. No quería escuchar lo que diría.

—Adhara, cuando Sorcha te atacó, ¿intentaste detenerla con tu magia? —preguntó de nuevo.

—No —respondí.

El mago dejó escapar un suspiro de frustración y se sentó en una silla frente a mí.

—Sé que confías en tu espada pero la magia es tu mejor arma contra otros magos. No puedes dejar de usarla —dijo Zul—. Lo que sucedió en la fortaleza de Blodwen fue un accidente, no sabías lo que estabas haciendo. Si eres cuidadosa, no volverá a suceder.

Sabía que Zul estaba siendo razonable pero también sabía que no había ninguna certeza de que no volviera a suceder. Odiaba admitirlo pero tenía miedo, miedo de usar magia. No podía arriesgarme a hacer magia negra de nuevo.

—Glace es mi mejor arma, no volveré a usar magia —respondí.

Zul se puso de pie de manera exasperada, estaba molesto.

—No hay nada oscuro en ti y lo sabes, Adhara —replicó.

Fue hacia la puerta pero antes de salir por esta se volvió a mirarme.

—Sé que te estabas defendiendo pero la próxima vez intenta no poner tu espada en el cuello de Sorcha. Los veré en el calabozo.

Aiden intentó discutir el tema de la magia pero le dije que lo hablaríamos en otro momento. No quería hablar de ello. Estaba molesta con Zul. ¿Cómo podía defender a



Sorcha cuando prácticamente me había golpeado contra un muro de hielo? ¿Por qué no se había enamorado de alguien dulce y amable como Goewyn?

Caminamos silenciosamente hacia el calabozo. Ian regresó por nosotros y nos enseñó el camino. Podía sentir la mirada de Aiden sobre mí, examinándome, sabía que estaba asegurándose de que mi pelea con Sorcha no me hubiera causado heridas.

Bajamos por unas escaleras en forma de espiral hasta lo más profundo del castillo. A medida que bajamos, el frío se sentía más y había menos antorchas iluminando el camino. El calabozo era una fría y oscura prisión de hielo.

Mardoc estaba en su celda y alrededor de esta había varios winsers observándolo, entre ellos estaban Selenkay y su esposa. Nos acercamos a ellos y noté a Zul observando todo desde un rincón, sus ojos grises brillaban peligrosos y parecía perdido en sus pensamientos.

Aiden tomó mi mano y aguardamos a un costado. Ian parecía nervioso y emocionado al mismo tiempo, era como si estuviera ansioso porque la audiencia comenzara pero temía lo que pudiera pasar en esta.

El aprendiz de mago era algo peculiar, me pregunté si sabía que si matábamos a Lysha él sería el próximo rey.

Elar entró en el calabozo. La atmósfera cambió abruptamente, los winsers dejaron de hablar y todo se volvió silencio.

Nashira, la gata, caminaba a su lado, su cola serpenteando en el aire.

A su otro lado estaba Dafina, llevaba un vestido negro y una espada. Sorcha caminaba detrás de ellos. Temí que en cuanto viera a Mardoc se arrojara sobre este antes de que comenzara la audiencia, pero parecía en control de sí misma.

El Hechicero se paró frente a la celda y los winsers formaron un círculo a su alrededor.

Las llamas azules de las antorchas apenas iluminaban el lugar y el frío me estaba helando. Mardoc se quitó la capucha de la túnica y permaneció quieto parado frente a los barrotes. Su rostro ya no estaba compuesto en una máscara de gracia, las arrugas se apilaban bajo sus ojos y su piel estaba casi tan blanca como la de los winsers. Era como si hubiese envejecido de la noche a la mañana.

Había algo siniestro en la escena, el frío, la oscuridad, las miradas de los winsers exigiendo sangre, el warlock quieto como una estatua en la celda.

—Rogaste ser oído y he decidido concederte la oportunidad. Si tienes algo que decir, este es el momento, warlock —dijo Elar.

Selenkay llevó su mirada del Hechicero a Mardoc, retándolo a que intentara justificarse.

—He venido a tu corte para disculparme por los males que mis antepasados han causado, he venido en busca de perdón...

—¡Viniste aquí porque no tenías otra opción! Porque te cazamos como a un venado hasta la puerta de esta corte —gritó Sorcha.

Los winsers se volvieron a ella y comenzaron a murmurar.

—¡La chica dice la verdad! —dijo uno de ellos.

Zul vino a mi lado y se paró allí, sus ojos estaban fijos en Sorcha, los nervios se estaban apoderando de él. Puse mi mano en su hombro para calmarlo.

—Nadie emitirá otra palabra hasta que el warlock termine de hablar —dijo Elar en tono severo.

Me pregunté si no había un hechizo para callar a Sorcha. Aunque no podía negar que había dicho la verdad.

—Sé que aquellos que provienen de mi linaje han cometido actos terribles, actos atroces e imperdonables, que le han robado la vida a muchos winsers para obtener su magia. Me disculpo en sus nombres por el dolor que les ha sido causado. Pido perdón por el mal que causaron los míos y por la oscuridad que liberaron en el mundo. Alguien debe pagar por el sinfín de males que ocasionaron, es justo que alguien sea castigado. ¡Pero ese alguien no soy yo! Yo nunca tomé la vida de un winser en mis manos, fue Akashik quien lo hizo. Soy testigo de la sonrisa en su rostro mientras drenaba a los suyos de su magia, llevándolos a la muerte. ¡Akashik y su hija son quienes merecen morir, no yo!

Apenas podía creer lo que estaba escuchando. Pensé que se disculparía por sus acciones y pediría por su vida. No que le echaría la culpa a todos sus antepasados y pretendiera ser inocente.

—¡Mentira! —grité.

No pude contenerme, creí que Aiden me detendría pero parecía igual de indignado.

El Hechicero observó a Mardoc con desprecio y los winsers susurraron molestos entre ellos. Incluso Nashira, la gata de Elar, miraba al warlock con desagrado y erizaba el pelo.

—Selenkay te concedo la palabra —dijo el Hechicero.

Selenkay, avanzó hacia adelante, saliendo del círculo de winsers. Todos los miraban con respeto e incluso admiración, para ellos representaba un líder.

Aparentaba ser alguien sereno, juicioso, pero cuando sus ojos se cruzaron con los de Mardoc, aquella serenidad desapareció y su rostro se volvió despiadado.

—Las palabras emanadas por este... ser, esta criatura, me causaron tal revulsión que no estoy seguro de cómo logré mantener mi calma mientras las oía. Nuestro pueblo es antiguo y muchos han intentando robar nuestra magia a través de los largos años. Pero fueron los warlocks quienes nos llevaron al borde de la extinción y este warlock aquí presente no es diferente. Es un mago oscuro, un hechicero de magia negra y eso es prueba suficiente de que su corazón es tan oscuro como la noche —dijo Selenkay.

—¡Yo no maté a ningún winser! —gritó Mardoc—. ¡Lo juro!

Selenkay se volvió hacia él.

—No jures en vano —respondió.

—El Concilio de los Oscuros mató a mis padres, al igual que a los de Sorcha y al

padre de Aiden —dijo Zul—. Él forma parte del Concilio, merece la misma consideración que él le mostró a nuestras familias: ninguna.

Silencio. Todas las miradas fueron al mago.

—Zul dice la verdad —dijo Aiden—. Muchos inocentes murieron a causa de su ambición. De su hambre por poder e inmortalidad.

Los winsers comenzaron a gritar en aprobación. Muchos de ellos se amontonaron contra los barrotes de la celda y rodearon a Mardoc con palabras de odio.

Sorcha gritó «Muerte al warlock», lo que avivó aún más la ira de los winsers.

La escena me hizo sentir lástima por él, nadie merecía dejar este mundo envuelto en semejante odio.

Elar también parecía algo perturbado por la escena, su expresión era seria pero había compasión en sus ojos turquesa.

Aiden tomó mi mano con más fuerza y me atrajo hacia él.

—No creo que debas presenciar lo que va a suceder —me susurró.

Tenía razón, no quería ver cómo lo mataban. Asentí y comencé a caminar hacia las escaleras con Aiden a mi lado. Apoyé mi cabeza contra su hombro buscando el confortante calor de su tacto.

—¡NOOOO! ¡NOOOO!

Las palabras me detuvieron donde estaba.

—¡¿CREEN QUE DEBO MORIR?! ¡MI TUMBA NO SERÁ LA ÚNICA! —gritó Mardoc—. ¡MUERAN!

Me volví llevando mi mano hacia Glace.

Mardoc estiró su mano por los barrotes y tomó a uno de los winsers del cuello. Lo que vi heló mi sangre. Un pálido resplandor se desprendió del cuerpo del winser y este se convirtió en una estatua de hielo.

El warlock dirigió aquel resplandor que aún tenía en sus manos contra los barrotes de la celda y el hielo se volvió agua, dejándolo libre.

Todo se volvió caos. Los winsers se abalanzaron contra Mardoc y este comenzó a lanzar conjuros en todas direcciones para detenerlos. Estaba consumido por tal odio y desesperación que había perdido la razón. Atacaba salvajemente a todos a su alrededor.

Los winsers eran muchos pero Mardoc estaba peleando por su vida y ese tipo de desesperación conjuraba magia poderosa.

—¡Leilani! —gritó Selenkay.

Mardoc tenía a Leilani aprisionada en sus manos y le estaba robando su magia. La expresión de la winser me causaba una angustia en el pecho. Quería salvarla pero no llegaría a tiempo.

—Déjala ir.

La voz inspiraba miedo. El Hechicero hizo que el hielo bajo los pies del warlock se quebrara, haciéndolo tambalearse, Mardoc soltó a Leilani y retrocedió. No podía verla bien, pero su piel ya no lucía traslúcida, de a poco se estaba convirtiendo en

hielo. Comencé a ir hacia ella para intentar ayudar cuando vi a Ian correr hacia Mardoc.

—¡Ian, no! —grité.

El aprendiz de mago gritó unas palabras, aguardé ansiosa pero nada sucedió. Mardoc rio de manera desalmada y de su mano brotó un humo oscuro en dirección a Ian. Desenfundé a Glace y corrí hacia él pero Sorcha llegó primero, utilizó su magia para desviar el humo negro antes de que lo alcanzara.

—No seas estúpido, no puedes pelear —dijo Sorcha—. Sal de aquí, Ian.

Respiré aliviada, me costaba creerlo pero Sorcha lo había salvado.

—¡TRAIDORA! ¡MORIRÉ CON TU SANGRE EN MIS MANOS! —gritó Mardoc.

Corrí hacia ella al igual que Aiden y Zul pero el hielo comenzó a desquebrajarse creando desniveles. Sorcha peleó contra Mardoc, se las ingenió para esquivar sus encantamientos e incluso logró dañarlo con uno de los suyos. Pero el warlock estaba poseído por tal ira, tal oscuridad, que no parecía sentir dolor.

Miré a los costados. El Hechicero de Hielo estaba arrodillado junto a Leilani, tenía sus manos en las de ella y estaba usando su magia para mantenerla con vida. Selenkay y dos winsers más estaban a su lado.

Dafina estaba a unos metros de ellos, yendo en dirección a Mardoc. Su espada estaba en la posición correcta pero sus movimientos eran lentos, no lograría tomarlo por sorpresa.

El warlock se volvió antes de que pudiera alcanzarlo y la arrojó al piso. Por un momento consideré no hacer nada al respecto, pero sin importar la manera en que miraba a Aiden, era una persona inocente, no podía dejarla morir.

Lancé a Glace hacia ellos como una lanza, hiriendo la mano de Mardoc y dándole la oportunidad de escapar. Dafina me miró con una mezcla de sorpresa y alivio y corrió hacia las escaleras.

Sorcha se arrojó sobre Mardoc con una estalactita en su mano pero este la empujó hacia atrás y la mantuvo en el piso. Tomé a Glace y lo embestí al mismo tiempo que Aiden, nuestras espadas estaban cerca de alcanzarlo cuando un dolor punzante me invadió el pecho y caí.

Me retorcí en el suelo sintiendo agonía. Aiden estaba a mi lado, la mano en su pecho y una expresión de dolor. Era magia negra.

Mardoc le quitó la estalactita a Sorcha.

—Siempre pensé que tenías un modo peculiar de matar a tus víctimas, veré si lo disfruto —dijo Mardoc alzando su brazo.

Un fuerte viento lo hizo retroceder y Zul se interpuso entre ellos. El mago utilizó su magia para atacar al warlock y este se defendió. Sorcha se puso de pie, ambos se miraron y coordinaron sus ataques para herir a Mardoc. El dolor en mi pecho comenzó a desvanecerse, su magia se estaba debilitando.

Dos winsers se unieron a la batalla, donde tocaban a Mardoc este se volvía hielo.

Pensé que lo habíamos derrotado cuando el warlock dejó escapar un sonido furioso y tomó a ambos winsers del cuello, drenándolo de su magia y tomándola como propia.

Aiden se arrojó sobre él para detenerlo pero el warlock utilizó su nueva magia para arrojarlo por el aire.

Tomé a Glace y fui hacia Mardoc, que esquivó mi espada y me sujetó del pelo, tirando de él.

—¡Adhara!

Zul lo apartó de mí con un empujón. Se paró frente al warlock decidido, recitando un hechizo, pero antes de que pudiera terminar, Mardoc se abalanzó sobre él y enterró su mano sobre el pecho del mago.

—¡ZUL! —grité.

Hubo un destello y el cuerpo del mago cayó al suelo, su pecho cubierto en sangre.

—¡ZUL!

Me arrojé sobre él para protegerlo. Intenté detener la sangre que brotaba de su pecho pero continuaba fluyendo alrededor de mis manos. Zul comenzó a empalidecer, sus ojos grises estaban fijos en los míos y podía ver miedo en ellos.

Escuché un grito y me volví. Aiden y Sorcha habían logrado inmovilizar a Mardoc. El Hechicero, Selenkay y los otros winsers lo rodearon y pusieron sus manos sobre él convirtiéndolo en hielo.

—Adhara.

La voz del mago sonaba débil, como si se estuviera desvaneciendo.

—¡Alguien haga algo! —grité—. ¡Sorcha!

Sorcha fue del otro lado de Zul y se arrodilló.

—Mi magia no funciona con él. Y aun de hacerlo... no podría curar ese tipo de herida —respondió.

Llevó una mano en dirección a la frente de Zul pero la retiró antes de tocarlo.

—Usaré mi magia, dime qué hacer, Zul —dije desesperada.

El mago negó con la cabeza. La forma en que me miró llenó mis ojos de lágrimas, estaba resignado.

—Es magia negra, poderosa, no puedes detenerla, Adhara —hizo una pausa y agregó—. Me alegra saber que harías magia por mí, eres una buena amiga.

Zul tomó mi mano pero su mirada estaba en Sorcha, era como si se estuviera esforzando por memorizar cada detalle de su rostro.

—¡No puedes morir! —grité—. ¡Elar debes salvarlo! Eres el Hechicero de Hielo, ¡haz algo!

—Le di parte de mi magia a la esposa de Selenkay para mantenerla con vida, no estoy en condiciones de hacer más magia —respondió Elar.

Grité desesperada, las lágrimas llenaban mis ojos, impidiéndome ver con claridad. Los brazos de Aiden me rodearon pero apenas podía sentirlo. Zul era una de las personas que más quería en el mundo, no podía morir.

Sorcha dejó escapar un sollozo, podía ver que intentaba controlarse pero sus ojos

estaban vidriosos y su mirada fija en la del mago.

La piel de Zul empalideció aún más, estaba haciendo un gran esfuerzo por mantener sus ojos abiertos.

—El ataque de Mardoc causó daño tanto físico como mágico, solo magia extremadamente poderosa puede salvarlo —dijo el Hechicero.

Elar me miró de manera significativa, sus palabras resonaron en mi cabeza, tanto físico como mágico...

—Aiden dame el amuleto, el Corazón del Dragón, ¡ahora! —grité.

Aiden me miró sorprendido pero llevó su mano hacia la capa y extrajo el amuleto del color de la sangre.

—No. Adhara, no...

Tomé el Corazón del Dragón e ignorando las palabras de Zul, pasé la cadena alrededor de su cuello. Aguardé expectante, deseando que funcionara. Debía funcionar.

Silencio. Las miradas de todos estaban en el mago. Unos momentos después el rojo de la piedra se volvió más intenso, como si tuviera llamas dentro.

La sangre dejó de brotar de su pecho. Zul vivía.

—Cárguenlo a su habitación, necesita calor, no el frío del calabozo —dijo Elar.

Aiden, Ian y Selenkay tomaron cuidadosamente el cuerpo del mago y lo cargaron por las escaleras. Permanecí arrodillada en el suelo, mis manos estaban cubiertas de sangre y había lágrimas en mi rostro.

—Si Zul vive, no va a estar muy contento contigo —dijo Sorcha—. Lo sentenciaste a perder su magia.

Tras estas palabras se alejó, dejándome sola en el calabozo. Las emociones que sentía eran tan intensas que no tenía forma de controlarlas. De haber sido Aiden, hubiese perdido la razón por completo. Respiré. Aiden estaba a salvo y Zul viviría.

Permanecí un tiempo allí, recuperado la calma. Cuando finalmente logré tranquilizarme y noté mis alrededores me di cuenta de que el lugar se había convertido en una tumba. Había varias estatuas de hielo dispersas en el calabozo, tres eran winsers y detrás de mí, Mardoc me observaba con una mirada de horror, su cuerpo convertido en hielo.

## Una velada encantadora

Aiden me estaba esperando en el pasillo. Me acompañó a la habitación para que pudiera lavarme la sangre y cambiar mi ropa. Me sentía cansada, tenía demasiados pensamientos en mi mente. El mago, el Corazón del Dragón y el hecho de que solo quedaban Akashik y Lysha.

Fui hacia Aiden y apoyé mi cabeza en su pecho, dejando que me abrazara. Era lo único que me hacía sentir mejor.

—Pensé que lo perderíamos —dije.

—Todo va a estar bien, Zul aún está con nosotros —me aseguró Aiden.

El susto no me había dejado del todo. Permanecí allí unos momentos más, recuperándome. Aiden me sostuvo contra él, acariciando mi pelo hasta que me sentí mejor.

Cuando llegamos a la habitación del mago, Ian y Dafina estaban parados junto a la puerta. Parecían estar esperando a alguien.

—Elar está dentro con Zul —dijo el aprendiz de mago.

Asentí. Quería entrar a verlo, asegurarme de que estuviera vivo pero sabía que debía aguardar a que el Hechicero saliera. Si estaba haciendo algo para ayudarlo a curarse, no quería interrumpir.

—¿Sorcha también está allí? —pregunté.

—No, quería agradecerle por haberme protegido pero no la he visto —respondió Ian.

Me pregunté dónde estaría, pensé que iría a ver a Zul para asegurarse de que estuviera bien.

Aguardamos allí un buen rato. Ian miraba el pasillo con frecuencia, esperando que alguien viniera por él. Dafina se encontraba callada y con su mirada en el suelo, era un alivio que no estuviera mirando a Aiden.

Estaba comenzando a perder la paciencia cuando el Hechicero abrió la puerta. Intenté ver dentro de la habitación pero cerró la puerta detrás de él. Su expresión era seria y se veía cansado, al ver la preocupación en mi rostro sonrió un poco, de manera reconfortante.

—Le va a llevar un tiempo recuperarse pero la herida está cerrando y la magia negra está dejando su cuerpo —dijo Elar—. El Corazón del Dragón le salvó la vida.

Respiré aliviada.

—¿Puedo entrar a verlo? —pregunté.

—Está inconsciente, pueden quedarse junto a él mientras no lo despierten o hagan ruido —respondió el Hechicero.

Le pidió a Ian que lo siguiera y ambos se fueron por el pasillo. Elar había salvado a la esposa de Selenkay y había ayudado a los winsers a congelar a Mardoc, debía encontrarse más cansado de lo que revelaba su rostro.

—Iré a buscar unas frazadas a la habitación, tengo el presentimiento de que

estaremos aquí un buen rato —dijo Aiden.

Besó brevemente mi cabeza y se alejó. Llevé la mano hacia el picaporte y sentí un momento de duda antes de abrir la puerta, quería ver al mago pero no estaba segura de en qué condiciones estaría.

—Adhara...

Me volví, Dafina seguía allí.

—Gracias por detener a Mardoc, me salvaste —dijo.

Podía ver que era orgullosa y le costaba decir las palabras pero también parecía genuinamente agradecida.

—Si continúas coqueteando con Aiden, la próxima vez no seré tan considerada —respondí.

—Entiendo. Espero que su amigo se recupere —replicó.

Permaneció allí parada, indecisa sobre qué decir. Su pelo rubio estaba despeinado, el recogido en el que lo llevaba se deshacía a causa de la pelea.

—¿Su nombre es Zul Florian? ¿Verdad? Y es un mago.

Asentí con la cabeza. Me extrañaba que supiera su nombre o incluso el mío, su atención había estado centrada en Aiden desde que llegamos, ignorándonos al resto.

—Tiene cierto encanto —dijo pensativa—. Tal vez sean esos lindos ojos, hay algo misterioso en ellos...

La miré incrédula. ¿Ya no le interesaba Aiden sino Zul? ¿Qué pasaba por la cabeza de esa mujer?

¿Y cómo podía hablar de sus lindos ojos tan casualmente cuando el mago estaba herido detrás de aquella puerta?

—Debo ver a Zul —dije en tono cortante.

Bajé el picaporte y, sin pensarlo dos veces, entré en la habitación. La luz era escasa, solo había una vela en la mesita de luz. Caminé lentamente hacia a la cama hasta estar a un lado de esta.

Los ojos de Zul estaban cerrados, su piel había recuperado algo de color. No podía ver la herida ya que su cuerpo se encontraba cubierto por varias frazadas. En cierta forma parecía un niño durmiendo, su pelo negro ondulado y desprolijo, su expresión relajada. Lo que aparentaba estaba demasiado lejos de la realidad. Era un mago poderoso, uno que había estado al borde de la muerte.

El Corazón del Dragón reposaba sobre su pecho, la piedra roja aún tenía aquel brillo, como si hubiera llamas dentro. Tomé el amuleto en mis manos y de manera cuidadosa lo metí dentro de su camisola. Era mejor si no estaba a la vista.

Apoyé mi mano sobre la de Zul y al sentir que estaba fría, tapé sus brazos con la frazada.

Estaba vivo, podía ver su pecho levantarse levemente cuando respiraba.

Aiden entró y vino a mi lado, su mirada puesta en el mago. Acercó unas sillas a la cama y ambos pasamos allí el resto del día.

En ocasiones el cuerpo de Zul se movía y creí que iba a despertar pero sus ojos



nunca se abrían. Ansiaba ver sus ojos grises y saber que estaría bien.

Elar pasó por la tarde y al ver que continuaba en el mismo estado volvió a irse. Me pregunté qué estaría pasando en el castillo, si Leilani se había recuperado, qué harían con los cuerpos de los winsers, dónde estaría Sorcha.

Quería que Sorcha estuviera allí cuando el mago despertara. Sabía que se alegraría de verla pero al mismo tiempo me daba miedo que estuviera cerca de él y le quitara el Corazón del Dragón. Sorcha había estado en lo cierto cuando dijo que Zul no estaría contento de tener el amuleto.

Mis ojos se empezaron a cerrar, se estaba volviendo difícil ignorar el cansancio que sentía, necesitaba no pensar por un rato.

Aiden sacudió mi hombro para despertarme, bajé la mirada y mis ojos encontraron los del mago.

—¡Zul!

Me acerqué a la cama, conteniéndome para no abrazarlo por si le molestaba la herida.

—Estoy vivo —dijo sorprendido.

—¡Por supuesto que estás vivo! No íbamos a dejar que murieras —respondí.

—Vas a estar bien, Zul. Me alegro de que estés con nosotros —dijo Aiden.

El mago miró a los alrededores, lucía confundido.

—No vuelvas a asustarnos de esa manera —dije.

—Ahora sabes cómo nos sentíamos Aiden y yo cuando Lysha te apuñaló —respondió Zul—. ¿Mardoc?

—Muerto. Elar y los winsers se encargaron de él —dijo Aiden.

Esto lo hizo sonreír.

—¿Cómo hicieron para salvarme? Estaba seguro de que moriría.

Aparté mi mirada del mago, no estaba segura sobre cómo decirle la verdad, sabía que no dejaría de preocuparse desde el momento en que lo supiera. Aiden también guardó silencio, parecía estar pensando las palabras correctas.

—No...

Zul llevó la mano a su pecho, cerrándola sobre el amuleto. Al comprender lo que había sucedido, una expresión de horror se apoderó de su rostro.

—¡No!

—Era la única manera de salvarte —dije.

—¿Cómo pudiste?! ¡Si alguien me quita este maldito amuleto perderé mi magia! —dijo Zul exaltado.

—¡No podía dejar que murieras! —repliqué.

Intenté acercarme a él pero Zul levantó un brazo para impedirlo, una mueca de dolor cruzó su rostro. Me mantuve donde estaba, sin intentar acercarme de nuevo.

—Mi magia es quien soy, no puedo perderla —dijo Zul desesperado.

—No vas a perderla, mientras esté con vida nadie va a sacarte ese amuleto. Lo prometo —respondí.

Lo miré a Aiden expectante, esperando que dijera algo.

—Haremos todo lo posible por protegerte —le aseguró Aiden.

—¡No quiero vivir el resto de mi vida temiendo perder mi magia! Preferiría haber muerto.

—Zul...

Por primera vez desde que nos conocimos el mago me miró con enojo en sus ojos. Sabía que se enfadaría conmigo pero pensé que lo entendería.

—Quiero estar solo —dijo.

Lo miré implorante pero sus ojos me estaban evitando.

—No es bueno que estés solo en estas condiciones —dije.

Mantuve mi tono de voz gentil. Debía hacer reposo y estaba actuando desesperado, no podía dejarlo solo.

—No te quiero aquí, Adhara —espetó.

Sus palabras me lastimaron, nunca me había hablado de esa manera.

—No voy a disculparme por haberte salvado la vida, Zul —repliqué enojada.

El mago continuó con su mirada en el techo y no respondió. Aiden vino a mi lado y rodeó mi hombro con su brazo.

—Creo que es mejor que te vayas, solo por un rato. Yo me quedaré con Zul —dijo Aiden.

Lo miré a los ojos, esos ojos marrones que tanto me gustaban. Esto me tranquilizó, sabía que cuidaría de él.

—De acuerdo.

Lo besé brevemente y fui hacia la puerta.

—Zul, no podía dejarte morir. Lo hice porque no quería perderte.

Tras estas palabras dejé la habitación.

Mi estómago hizo ruido, decidí ir a la cocina a buscar algo para comer. El castillo parecía desierto, todo era silencio. Me perdí en un corredor hasta que logré encontrar el camino correcto. El castillo no era muy grande pero al ser de hielo, todo se veía igual. Al acercarme a la sala escuché susurros, parecía la voz de Ian.

Me asomé por la puerta, el aprendiz de mago y Sorcha estaban sentados en la mesa, comían lo que parecía un plato de sopa mientras hablaban.

Sorcha parecía relajada cuando estaba con él, no tenía aquella actitud defensiva que solía adoptar con nosotros. Su expresión no revelaba mucho, al contrario de la de Ian, que revelaba demasiado. La miraba con reverencia e incluso fascinación. El aprendiz de mago se sentía atraído por Sorcha.

Por fortuna para Zul, era más joven que ella y no era un muy buen mago, por lo que dudaba que Sorcha pudiera interesarse por él. Aunque con Sorcha, nunca se sabía.

Entré en la sala, haciendo ruido al caminar para llamar su atención. Sorcha

levantó la vista y al verme la volvió a bajar. Ian se puso de pie y me saludó amistosamente.

—¿Cómo está Zul? —preguntó.

—Mejor, está despierto.

—Eso es buena señal. ¿Quieres comer algo? Puedo pedirle a la cocinera más sopa —me ofreció.

—Sí. Gracias, Ian —respondí.

Me sonrió y fue hacia la cocina. Sus gestos y su amabilidad me recordaban al niño Braen, no había duda de que eran hermanos. Me senté y observé a Sorchá, quien continuó comiendo sin prestarme atención.

—No fuiste a ver a Zul —dije.

—Pensé que estarías aliviada. ¿No temes que le quite el Corazón del Dragón? —preguntó.

—Zul te salvó en más de una ocasión, no puedes hacerle eso, la magia es tan importante para él como lo es para ti —repliqué.

—Veremos —respondió Sorchá.

Sus ojos azules eran como hielo. Me miró y sonrió de manera burlona. No sabía si estaba hablando en serio o intentaba molestarme.

—Deberías ir a verlo, pero si intentas algo, te mataré sin pensarlo —dije.

—Guarda tus amenazas, elfa. No quiero verlo —respondió.

Ian entró en la sala con un plato en sus manos, Sorchá y yo intercambiamos miradas y guardamos silencio. ¿Por qué no quería verlo? ¿Por qué era tan cruel con él? El aprendiz de mago se tropezó, tirando la sopa y rompiendo el plato.

Sorchá dejó escapar una risa y Ian se sonrojó avergonzado.

—¡Puedo arreglarlo! —se apresuró a decir.

—No es necesario. Iré por otro —dije.

No quería arriesgarme a otro incidente como el de la vela. Pero antes de que pudiera detenerlo, Ian recitó un encantamiento. Los pedazos del plato comenzaron a unirse encajando unos con otros, por un momento el plato quedó completo. Al momento siguiente se separaron y cayeron al suelo, rompiéndose en pedazos más pequeños.

—Eres el peor mago del mundo —dijo Sorchá.

La miré con reproche en mis ojos, pero no pude evitar pensar de la misma manera. En verdad era malo con la magia.

Ian parecía mortificado, se agachó y comenzó a juntar los pedazos. Antes de que pudiera ir hacia él para ayudarlo, Sorchá se puso de pie.

—Deja eso, yo lo haré.

Utilizó su magia para arreglarlo y esta vez los pedazos permanecieron juntos.

—Eres asombrosa —dijo Ian.

—Debes concentrarte en la magia, no puedes simplemente gritar las palabras —respondió Sorchá—. Ven conmigo, intentaré enseñarte algo.

El aprendiz de mago sonrió de oreja a oreja y corrió tras Sorcha.

Aguardé un largo rato esperando a que la cocinera preparara más sopa, sentada sola en el gran salón. Para cuando terminó estaba tan hambrienta que comí dos platos. Era reconfortante comer algo caliente. Debía ser de noche, Aiden y Zul tampoco habían comido, preparé dos platos y regresé a la habitación.

No sabía si Zul me quería allí, por un momento consideré dejar los platos en la puerta pero necesitaba saber si seguía molesto conmigo o si había entrado en razón.

Entré silenciosamente. Aiden estaba sentado junto a la cama y el mago aparentaba estar dormido.

Caminé sigilosamente hacia ellos, Aiden tenía aspecto cansado, podía ver que estaba haciendo un esfuerzo para evitar dormirse. Al verme me sonrió, tomó uno de los platos y me susurró que iría a nuestra habitación a descansar unas horas. Tomé su lugar en la silla y dejé que Zul durmiera un poco más antes de despertarlo para que comiera.

Llevé mi brazo hacia el mago y lo sacudí gentilmente, le haría bien comer algo caliente, no quería que la sopa se enfriara.

Al abrir los ojos me observó sin decir nada. A juzgar por su expresión su enojo seguía allí.

—Te traje sopa —dije.

Tomó el plato y comenzó a comer silenciosamente. Era extraño estar allí sin hablar, siempre hablaba de toda clase de temas con Zul. Lo observé de manera disimulada, tenía ojeras y su frente estaba cubierta de transpiración.

Fui hacia la habitación de aseo, a un lado del armario. Estaba mojando un paño en una cubeta de agua cuando oí un ruido, era el sonido que hacía la puerta cuando se abría. Me asomé para ver de quién se trataba.

Sorcha estaba quieta junto a la entrada de la habitación. Llevaba el pelo suelto, caía liso y rojo, alrededor de su rostro. Zul se incorporó y le sonrió, una sonrisa que decía mucho. Fue hacia él de manera decidida y tras sentarse en un borde de la cama lo tomó por el cuello de la camiseta.

Saqué a Glace, lista para detenerla, pero la escena siguiente me detuvo en mi lugar. Sorcha besó al mago, un beso apasionado e incluso agresivo.

Permanecí quieta debatiendo qué hacer. Podía ser un truco, podía estar seduciéndolo para quitarle el Corazón del Dragón. Pero si no lo era y los interrumpía, Zul me mataría.

Levanté la espada y me mantuve junto a la puerta, lista para correr hacia ella, en caso de que la situación lo requiriera.

Sorcha se inclinó hacia Zul, casi recostándose sobre él. La forma en que lo besaba era impetuosa. El mago llevó su mano hacia el rostro de Sorcha, acariciando su mejilla y continuando por su cuello. Luego la rodeó con sus brazos estrechándola contra su pecho.

Eso no debió ser una buena idea ya que Sorcha lo soltó de la misma manera

abrupta en la que se había arrojado sobre él y se puso de pie.

—Qué bueno que no estés muerto, mago.

Tras estas palabras caminó a gran velocidad hacia la puerta y dejó la habitación sin siquiera mirar atrás. Permanecí allí en caso de que regresara, pero no lo hizo. Sorcha había perdido la cabeza. Salí de mi escondite lentamente. Zul miraba la puerta completamente boquiabierto, era como si estuviera intentando decidir si eso realmente había pasado.

—¿Viste eso? —me preguntó—. ¿En verdad sucedió?

Asentí con la cabeza.

El mago se dejó caer contra la almohada, había tantas emociones en su rostro que era imposible descifrar cómo se sentía. Su mirada se perdió en el techo, parecía haber olvidado que me encontraba allí.

Decidí que era mejor si me iba, sabía que quería estar solo y era improbable que Sorcha regresara. En caso de haberle querido sacar el amuleto, había tenido la oportunidad perfecta. El mago había estado tan sorprendido y entregado al beso, que no hubiera hecho nada por detenerla.

La mañana llegó rápido, había dormido de manera tan profunda que era como si hubiese cerrado los ojos y los hubiese abierto unos minutos después. Cuando fuimos al gran salón a desayunar, los únicos en la mesa eran Elar y Dafina. El Hechicero lucía cansado y con pocas ganas de hablar. Debía estar recuperándose de la magia que había usado el día anterior para salvar a Leilani. Dafina saludó cordialmente y preguntó por Zul. Llevaba un vestido ajustado que exponía más de lo que debía y el pelo en un peinado elegante.

Mantuvimos una breve charla con el Hechicero pero no parecía estar muy elocuente. Todavía se veía algo fatigado a causa de su magia.

Al terminar le llevamos un plato con comida a Zul pero no se encontraba en su habitación. Tras buscarlo por todo el castillo lo encontramos en una sala, a la que no habíamos entrado antes, una biblioteca. Insistí en quedarnos con él, quería protegerlo en caso de que alguien quisiera tomar el amuleto, pero Zul se negó.

A medida que avanzó el día fue claro que el mago me estaba evitando a mí y Sorcha lo estaba evitando a él. Zul se alejaba cuando me veía y Sorcha se escurría por los rincones del castillo, escondiéndose de él.

Finalmente me resigné y decidí pasar el resto del día junto a Aiden. El mago estaría a salvo en el castillo y un poco de tiempo a solas nos vendría bien. Nos abrigamos y fuimos a explorar los alrededores, Ian nos había contado que detrás del castillo había una aldea donde vivían los winsers.

Pensé que sus casas serían de hielo al igual que el castillo pero al acercarnos vimos que eran de piedra. Era un hermoso paisaje: casitas de piedra con el techo cubierto de nieve y alrededor de ellas figuras de hielo. Árboles, flores, adornos, todo

tallado en hielo.

A medida que caminábamos por la pequeña aldea, todos los winsers se volvían a vernos. Incluso los que ya nos habían visto en el castillo. Niños y niñas winsers correteaban por todos lados. Tenían una apariencia similar debido a la piel blanca y traslúcida, pero sus rasgos no eran iguales.

Nos encontramos a Selenkay y me alegré de comprobar que Leilani estaba bien. Su piel ya no era traslúcida pero estaba con vida, todavía quedaba magia en ella.

Los winsers vivían largos años si no usaban su magia con frecuencia; desafortunadamente, Mardoc le había quitado gran parte de la suya.

Ella y Selenkay se ofrecieron a darnos un recorrido. Nos mostraron la casa donde vivían y nos presentaron a los demás winsers. Algo en ellos me recordaba a Alyssian, probablemente la manera pacífica en la que vivían. Era como si fueran parte de la naturaleza y el paisaje.

Y los niños eran cautivadores, como hermosos espectros. La manera en que corrían por la nieve era como si flotaran. Sus movimientos eran muy agraciados, incluso más que los de los elfos.

Lyel y sus amigos se unieron a nosotros y nos enseñaron a tallar figuras con bloques de hielo. Algo que no aparentaba ser tan difícil pero en verdad lo era, requería paciencia y precisión. Aiden me sorprendió tallando una flor casi perfecta y poniéndola en mi mano. Todos los pétalos eran del mismo tamaño y lucía real, como una flor blanca. Selenkay le dio una mirada de aprobación y tras decir unas palabras me aseguró que nunca se derretiría. El gesto me conmovió, debía ser cuidadoso de no usar demasiada magia y aun así se permitía ese tipo de gestos con alguien que apenas conocía.

Al final de la aldea había un rincón entre los árboles decorado con flores; flores de verdad, no hechas de hielo. En él había varias estatuas de hielo, o al menos eso creí hasta que me acerqué más. Eran winsers. Winsers que habían perdido su vida y se habían vuelto hielo. Entre ellos estaban los que Mardoc había matado en el calabozo. Era un santuario, un lugar para honrar a los muertos.

Aiden tiró de mi mano y tras agradecerles a Selenkay y Leilani regresamos. No quería volver al castillo. Decidí que sería divertido practicar con las espadas en el hielo, quería ver si lo podía hacer sin resbalarme y hacía tiempo que no practicaba con Aiden.

—Espero que no termines con tu espalda en el suelo —dijo Aiden a modo de advertencia.

—Jamás —respondí con una sonrisa.

Desenfundé a Glace y la blandí en el aire, balanceándola en mi mano. Quién necesitaba magia cuando había espadas.

—La primera vez que te vi pelear, cuando practicamos en la posada de Goewyn, pensé que mis ojos me engañaban. Eras tan hermosa y te movías con tanta gracia y velocidad —dijo Aiden—. Aquel día supe que no recuperaría mi corazón, que sería

tuyo.

—Aiden...

Me arrojé en sus brazos y lo besé. Con sus labios sobre los míos apenas logré recordar lo que quería hacer, llevé mi mano hacia la suya y con un rápido movimiento le quité la espada.

—Yo aprendí que eras un espadachín competente —dije riendo—. Apuesto y ágil con la espada.

Corrió detrás de mí y le devolví su arma.

—Ya verás —respondió con una sonrisa.

Nuestras espadas chocaron en el aire. Era difícil mover los pies de manera rápida sin resbalarse, en más de una ocasión me tambaleé perdiendo el equilibrio pero evité caerme.

Correteamos por el hielo, practicando diferentes tácticas, Aiden intentó agarrarme en varias ocasiones sin lograrlo. Me mantenía cerca de él pero no lo suficiente como para que pudiera atraparme.

—Me temo que vas a tener que rendirte —dije levantando la espada.

Intenté mantener una expresión seria pero sabía que no lo estaba logrando en lo más mínimo.

—Desconozco esas palabras —respondió.

Aguardó a que hiciera mi movida y al hacerla hizo una secuencia de ataques que me obligaron a girar para defenderme. Fue allí cuando resbalé. Me atajó en sus brazos antes de que mi espalda golpeará contra el hielo. Apoyó su espada en mi pecho manteniendo el filo lejos de mi cuello.

—Me temo que además de ser mi prometida eres mi prisionera —dijo Aiden.

Había un brillo divertido en sus ojos, la forma en la que me miraba aceleró mi corazón. Golpeé mi pie contra el suyo, haciéndole perder el equilibrio y ambos caímos.

Mis labios encontraron los suyos y sentí sus manos rodeando mi cintura. El hielo helaba mi espalda pero su cuerpo era cálido sobre el mío. Quería olvidarme de todo y quedarme allí con él para siempre.

Cuando llegó el atardecer aún seguíamos allí. Tenía mi cabeza sobre su pecho y su capa nos cubría, protegiéndonos del frío. Amaba todo sobre él; sus ojos marrones, su pelo castaño, sus labios, su torso, la manera en que reía, la manera en que me miraba, la manera en que me besaba...

Todos los problemas con los que debíamos lidiar se habían desvanecido pero estaban comenzando a volver a mi cabeza.

—Cuando todo esto termine quiero que nos casemos en Naos —dijo Aiden—. Allí fue donde nos conocimos.

Me volví hacia él para verlo a los ojos.

—Antes debo ir Alyssian y quiero que vengas conmigo. Quiero que conozcas a mis padres, que sepan que soy feliz —respondí.

Tomó mi rostro en sus manos y me besó.

—Por supuesto que iré contigo. No volveré a perderte de vista. Nunca.

Cuando regresamos al castillo ya era de noche. Dafina nos encontró y nos informó que el Hechicero requería nuestra presencia en la cena. Esperaba que no fuera como la última cena, la cual había sido desastrosa. Le pregunté si Zul y Sorcha también eran requeridos y me respondió que todos debíamos asistir. Dejé escapar un suspiro, sería un desastre, lo sabía. O sería una velada muy silenciosa, ya que nadie hablaría con nadie.

Dafina permaneció a mi lado mientras caminábamos, lo cual me resultaba irritante. Parecía tener una pregunta en mente y dado el vestido que llevaba y su mirada especuladora podía adivinar de qué se trataba.

Aguardó hasta que Aiden se adelantara unos pasos y me preguntó en voz baja si Zul se encontraba comprometido o si había alguien especial en su vida. Todavía me costaba creer la facilidad con la que había cambiado su interés de Aiden al mago. Era un alivio, no iba a negarlo, pero dudaba que Zul quisiera lidiar con ella, tenía suficiente con Sorcha.

Había sido difícil aceptar la idea de Zul y Sorcha juntos, de solo pensar en la posibilidad de Dafina y Zul sentía malestar. Además Sorcha podía ser muchas cosas, pero fácil no era una de ellas, jamás intentaría seducir al primer hombre que veía.

Le respondí que estaba involucrado con Sorcha y la sorpresa en su rostro fue evidente.

—¿Cómo es posible? Es grosera y golpeó su rostro el día que llegaron —me susurró.

—Tienen una forma extraña de demostrar sus sentimientos, no hay duda de eso —fue mi respuesta.

Me miró algo incrédula y tras remarcar que Sorcha era una elección pobre, «no se comporta como una dama sino como un animal salvaje» fueron sus palabras, se adelantó claramente decepcionada.

Caminé más lento a medida que nos acercábamos, temiendo lo que nos esperaba. Aiden debió leer mis pensamientos ya que intentó animarme, asegurándome que Zul estaba preocupado por su magia pero que en el fondo sabía que había hecho lo correcto. Era extraño, estaba acostumbrada a pelear con él, pero era la primera vez que peleaba con el mago. Zul siempre era sensato, pero su magia era algo que valoraba demasiado.

Al llegar al gran salón todo era silencio, sentí la tensión en cuanto crucé la puerta. Elar estaba sentado en la cabecera, saboreando la bebida en su copa, parecía fastidiado por algo. El mago estaba sentado en una silla junto a él, sus ojos grises fijos en Sorcha, su expresión revelaba conflicto.

Sorcha se encontraba sentada frente a él, llevaba el vestido esmeralda que había



usado la cena anterior y parecía estar poniendo toda su atención en ignorar a Zul. Sentado a su lado estaba Ian, el aprendiz de mago, comiendo alegremente, sin notar lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Al entrar, el Hechicero levantó las cejas e hizo un gesto con su mano, indicando que nos sentáramos. Le susurré a Aiden que se sentara junto al mago para no quedar en el medio de los dos. No necesitaba crear más tensión.

—Llegan tarde —dijo Elar en tono serio—. Aborrezco la impuntualidad.

—Lo siento, pasamos el día viendo los alrededores, supimos de la cena hace solo unos momentos —dije.

—Eso explica su atuendo desprolijo y la nieve —replicó el Hechicero.

Llevé la mano hacia mi pelo para arreglarlo y de él cayeron pequeños copos de nieve. Lo acomodé lo mejor que pude.

—No estamos desprolijos —respondí.

Yo jamás me encontraba desprolija y tampoco Aiden, de haber sabido acerca de la cena con más tiempo me hubiera arreglado más.

—Sí lo están, pero no importa, no los reuní para hablar acerca de su vestimenta —dijo el Hechicero—. Los reuní para hablar de Ian.

El aprendiz de mago detuvo el tenedor en el aire y lo volvió a bajar, atónito.

—¿De mí? —preguntó.

Parecía aterrorizado.

—Nuestros huéspedes, aquí presentes, no tardarán en partir y cuando lo hagan tú irás con ellos —dijo Elar.

Ian miró al Hechicero desconcertado, como si no hubiese oído bien.

—¿Me está desterrando de su corte?

Su voz se quebró.

—Eso no fue lo que dije —respondió Elar.

—Sé que soy un terrible mago, una desgracia, pero me esforzaré más —gritó Ian desesperado—. Por favor...

Elar hizo un gesto para callarlo.

—Tu destino no es ser un mago, Marcus Ian, sino un rey —dijo.

La expresión de Ian se volvió más perpleja.

—¿Un rey? ¿Yo? ¿Cómo podría ser un rey? —preguntó Ian.

—La reina Ciara era la hermana de tu padre, lo sabes, la reina Lysha es tu prima. Y dado que practica magia negra, su reinado debe llegar a un fin —dijo Elar simplemente—. Tú eres el siguiente en la línea de sucesión.

Silencio. El aprendiz de mago parecía tan sorprendido como horrorizado.

—No comprendo...

—Cuando Lysha muera, el trono de Lesath será tuyo —dijo el Hechicero en tono más brusco.

—Mi padre es su tío, es él quien debe ocupar el trono —replicó Ian.

—Tu padre renunció a su derecho al trono, creyó que de hacerlo Akashik no los

mataría —respondió el Hechicero—. Por supuesto estaba equivocado.

Ian se puso de pie y volvió a sentarse, me sentía mal por él. Pensé que sabía que él reemplazaría a Lysha, que era una de las razones por la que habíamos venido, pero al parecer el pensamiento nunca había cruzado su mente.

—No quiero ser un rey, quiero ser un mago. Un gran mago como usted —dijo Ian.

Sorcha lo miró y reprimió una sonrisa, como si encontrara graciosas sus palabras.

—Lo siento, Ian. A pesar de que posees magia no naciste para ser un mago, sino un rey. Uno bueno —respondió Elar en tono más amable.

—¿No es mi decisión? —preguntó Ian.

Por primera vez desde que lo conocí parecía enfadado.

—No tienes elección en el asunto. ¿Por qué crees que te hice leer todos aquellos libros sobre historia y estrategia? —dijo Elar—. Siempre supe cuál era tu destino, la esfera de cristal me lo mostró.

—No... —hizo una pausa buscando las palabras—. Seré terrible como rey, no sabría qué hacer, no sirvo para dar órdenes.

El Hechicero de Hielo dejó escapar una carcajada.

—Eres terrible como mago pero serás un gran rey —dijo Sorcha.

Para mi sorpresa había amabilidad en su voz. Ian la miró y se las ingenió para sonreír un poco.

—¡A él le hablas! Lo consuelas con palabras gentiles. ¿Qué hay de mí? ¿Acaso soy como el aire? ¿Imperceptible a los ojos?

Silencio. Todos miramos a Zul. El mago parecía fuera de sí mismo.

—Precisamente —respondió Sorcha.

Zul se puso de pie de manera abrupta, su expresión revelaba enojo y dolor. Fui hacia él pero me detuvo con un gesto antes de que pudiera acercarme.

—Quédate donde estás, Adhara. Ya has hecho suficiente —dijo el mago.

—Zul —dijo Aiden en tono de advertencia.

—Si te refieres a que salvé tu vida, estás en lo cierto —respondí sin poder contenerme—. Deja de actuar como un idiota. Te puse el amuleto para salvar tu vida, no para arruinarla.

—Te la has ingeniado para hacer ambas —dijo Sorcha en tono sarcástico.

—¡Cállate, Sorcha! —dijimos Zul y yo al mismo tiempo.

El mago golpeó su puño contra la mesa, había empezado a transpirar y su pelo negro se encontraba más desprolijo que de costumbre. Llevé la mano hacia su frente ignorando su mirada.

—Zul estás hirviendo, tienes fiebre —dije.

—Me encuentro bien —replicó.

Apartó mi mano y se alejó, cerrando la puerta con un fuerte ruido tras él. Aiden y yo miramos la puerta boquiabiertos, Sorcha estaba tan quieta como una piedra, Ian aún parecía atónito ante su propia situación y Elar tenía una mano en su rostro, su

frente estaba arrugada y su expresión era de alguien escandalizado.

—Los cielos prohíban que se comporten de manera civilizada —dijo el Hechicero exasperado—. La próxima vez usarán los cubiertos como armas.

—¡Todo esto es tu culpa! —dije señalando a Sorcha—. Zul nunca se comporta de esta manera, estás jugando con sus sentimientos, haciendo que pierda la cabeza.

—Tú le pusiste el Corazón del Dragón sabiendo que pondrías su magia en peligro. Si el mago está perdiendo la cabeza es por tu culpa, elfa. Eres...

—Deja de hablar, Sorcha —la interrumpió Aiden—. Sé que jamás vas a admitirlo pero en el fondo estás agradecida con Adhara por haberle salvado la vida. Es más, deseas haber tenido el valor de hacerlo tú misma, es por eso que castigas a Adhara.

Sorcha lo miró sorprendida, por un momento había vulnerabilidad en su rostro. Al momento siguiente recompuso su expresión y le lanzó una mirada tan fría como el hielo.

—El vino debe haber nublado tus sentidos si crees que me siento agradecida con ella. Si no, debo pensar que simplemente eres estúpido —replicó Sorcha.

Tras esas palabras se puso de pie y desapareció por la puerta. Me encontraba tan enojada que permanecer allí sin hacer nada descortés no fue fácil. Quería ir tras Sorcha, arrastrarla del pelo hasta la habitación de Zul y obligarla a que confesara lo que realmente sentía. Pero ¿qué es lo que sentía? Tal vez no quería al mago, tal vez solo estaba jugando con él. ¿De lo contrario por qué era tan cruel? Besándolo un día y escabulléndose con Ian e ignorándolo el otro.

—Ese comportamiento es simplemente inaceptable —dijo Dafina horrorizada.

Apenas la había notado sentada allí. La mirada de furia en sus ojos no se debía solo a la falta de modales de Sorcha. No podía creer que alguien como Sorcha tuviera un pretendiente y ella no.

—Me gustaría regresar a mi habitación, necesito pensar —dijo incierto el aprendiz de mago.

Miró a Elar esperando algún tipo de aprobación. Este asintió.

—No pienses demasiado, no puedes cambiar tu destino —dijo Elar.

Ian dejó la sala, llevaba la cabeza gacha como un niño regañado.

—Eso no es cierto, yo cambié mi destino —dijo Aiden—. Él también puede hacerlo.

—Por el bien de Lesath es mejor si no lo sabe —respondió el Hechicero—. Debe aceptarlo.

—¿Vio en su esfera de cristal que será rey? —pregunté.

—Lo vi con la misma claridad con la que veo mi reflejo en el agua —replicó Elar—. Ian es torpe, inseguro, precipitado... pero posee mayor gentileza que muchos, y lo que es más importante, un corazón que jamás será corrompido.

Elar permaneció pensativo, la escasa luz de las velas iluminando su pálido cabello rubio y sus ojos turquesa. Ojos que reflejaban experiencia y poder. Sin decir una sola palabra se puso de pie y se retiró de la sala.

—Otra de estas cenas y no viviremos para contarlo —dijo Aiden.

## El aprendiz de mago

Dafina insistió en atender a Zul y cuando le aseguré por tercera vez que yo cuidaría de él, no se lo tomó bien. Probablemente se debía a que había levantado mi tono de voz, diciéndole que se ocupara de sus propios asuntos.

Golpeé la puerta levemente, no estaba segura de por qué lo hacía ya que era improbable que recibiera una respuesta. Para mi sorpresa oí la voz de Zul, sonaba ahogada, como si le costara hablar.

Entré en la habitación y lo encontré sentado al borde de la cama. Estaba inclinado hacia delante, su rostro escondido en sus manos.

Caminé hacia él y apoyé la mano sobre su pelo negro. No sabía qué más hacer, quería confortarlo pero no había palabras en el mundo que pudieran hacerlo.

Levantó su cabeza lentamente y nuestros ojos se encontraron, sus ojos grises revelaban conflicto, no estaba segura si se debía a la escasa luz pero su color se veía más oscuro.

—He perdido la cabeza —dijo Zul.

—Un poco —respondí.

Me observó como si le estuviera ocultando algo.

—Sí, has perdido la cabeza —confirmé.

Dejó escapar un sonido ahogado, algo similar a una risa.

—Salvaste mi vida, lo sé, y nunca olvidaré la forma en que te aferraste a mí y te negaste a dejarme morir, Adhara. Pero debes entender que mi magia es parte de mí, de solo pensar que puedo perderla... —hizo una pausa—. Preferiría morir.

Sabía a lo que se refería, yo sentía lo mismo cuando peleaba con mi espada, si alguien me dijera que perdería mi habilidad para pelear, probablemente perdería la cabeza también.

—Haré todo lo posible por protegerte —le prometí—. Si logramos derrotar a Akashik y a Lysha estarás fuera de peligro. Nadie a excepción de nosotros sabe que tienes el Corazón del Dragón. Los habitantes de Lesath ni siquiera saben lo que es.

—Sorcha —murmuró el mago.

—Sorcha... No sé qué decir acerca de Sorcha. No sé lo qué quiere, creo que ni ella lo sabe —dije.

—Me ha hecho vulnerable. Nunca pude controlar mis sentimientos, dejar de sentirlos, pero podía controlar la manera en que me comportaba. Desde que me besó no puedo pensar con claridad, pasé el día lamentándome, deseando que volviera a hacerlo y perdiendo la cabeza cuando actuaba como si no existiera.

—Zul...

Palmeé su espalda, animándolo.

—No hay nada peor que extrañar a alguien que no te extraña.

—Puedo matar a Sorcha —le ofrecí—. Eso solucionaría un problema.

Zul dejó escapar una risa y esta vez sí sonó como si estuviera riendo.

—No quiero pensar más en ella —respondió—. Cuando estaba en Saiph, antes de que todo esto ocurriera, veía a los jóvenes del pueblo perseguir chicas, veía sus expresiones dolidas cuando eran rechazados y pensé que era tonto, que nunca experimentaría algo así.

Volvió su mirada hacia mí.

—No quiero pensar más en Sorcha —dijo en tono más determinado—. Sabe cómo me siento, prácticamente le he entregado mi corazón y lo sabe, si siente lo mismo tendrá que hacer algo al respecto. No volveré a acercarme a ella hasta que lo haga.

—Bien dicho —repliqué con una sonrisa—. Dime ¿qué piensas de Dafina?

—¿Quién es Dafina? —me preguntó.

Miré su rostro y dejé escapar una risa, no parecía tener idea sobre quién le estaba hablando. Zul tendía a concentrarse en sus propios asuntos e ignorar lo que lo rodeaba.

—La sobrina del Hechicero. Rubia, ojos oscuros, intentó coquetear con Aiden... —respondí.

—Cierto.

Sonrió un poco como si estuviera recordando algo gracioso.

—¿Continúa con vida? Creí que la matarías luego de la forma en que miró a Aiden y sugirió que era inapropiado compartir la habitación —dijo.

—Aún vive. Y ha estado preguntado por ti, creo que le gustas. Mencionó algo de tus lindos ojos grises —dije en tono divertido.

Zul me miró de una forma demasiado graciosa para describir con palabras. Como si el solo pensamiento fuera ridículo y no comprendiera por qué estábamos hablando de ello.

—Me mantendré lejos de ella, Sorcha es problema suficiente.

El mago se inclinó hacia atrás, dejando caer su espalda contra la cama. Lucía exhausto. Llevé mi mano hacia su frente, no estaba tan caliente como antes pero su pelo estaba pegajoso y sus mejillas sonrojadas. La fiebre no se había ido del todo.

—Iré por agua.

—Gracias, Adhara —dijo Zul—. Nunca pensé que tener amigos era algo importante, me alcanzaba con mi hermana Zada. Pero no sobreviviría a esto sin ti, y no lo digo solo porque has salvado mi vida.

—Recuerda eso la próxima vez que me apartes de un grito —respondí.

Este asintió con la cabeza, aquella nube gris había dejado sus ojos. Todavía lucía algo triste pero no tanto como antes.

—Zul, siempre has sido un mago poderoso pero ahora que tienes el Corazón del Dragón eres el mago más poderoso de Lesath. Puedes derrotar a Akashik —dije.

—El mago más poderoso de Lesath, me gusta cómo suena eso —respondió Zul.

Los dos días que vinieron fueron tranquilos. Llevamos a Zul a conocer la aldea de los winsers y los alrededores del castillo. Fue una buena distracción para el mago, ya que Sorcha continuaba evitándolo, y Dafina acosándolo. Era lindo pasar tiempos los tres juntos: Aiden, Zul y yo. Y con eso me refería a que era lindo pasar tiempo con ellos, sin Sorcha. Desde que se había unido a nosotros las cosas se habían complicado, era bueno relajarnos por un rato sin sus comentarios sarcásticos.

Selenkay incluso compartió algunos secretos sobre su magia con Zul, lo que alegró mucho al mago. El winser era muy perceptivo y era bueno haciendo que los demás se sintieran mejor. Consiguió que Zul sonriera en varias ocasiones, lo que no era fácil, especialmente en esos días.

Incluso jugamos una batalla de bolas de nieve con los niños winsers. Una batalla que tomamos demasiado a pecho. Aiden ideó toda una estrategia y se las ingenió para esquivar la mayoría y dar siempre en el blanco. Zul hizo trampa, utilizando su magia en más de una ocasión, estaba convencida de que su puntería no era tan buena y podía ver una pequeña sonrisa en sus labios cuando la bola de nieve que arrojaba volaba de manera casi imposible dando contra alguien. Y yo siempre tenía nieve lista en mi mano, arrojándola sobre todo lo que se movía. La velocidad de mis movimientos también ayudaba, logré hacer que el mago comiera nieve en más de una ocasión.

Se sentía bien poder pasar un rato de esa manera libre y despreocupada. Era triste pensar que últimamente habíamos tenido muy pocos momentos como ese cuando la mayoría de las personas vivían sus vidas de esa manera.

Fue un día lleno de lindos recuerdos y a la noche presencié un incidente que tampoco olvidaría. Zul estaba regresando a su habitación, después de la cena, cuando Dafina lo alcanzó y lo arrinconó contra el muro del pasillo. La expresión del mago cambió drásticamente, como si estuviera enfrentando una situación peligrosa y estuviera incierto de cómo escapar. Parte de mí quería ayudarlo, pero la escena era tan graciosa que decidí no intervenir y me mantuve oculta tras una escultura de hielo.

Dafina avanzó hacia el mago e hizo un comentario remarcando lo apuesto que se veía. Zul llevaba la fina capa negra que había encontrado en el armario, pero sospeché que de haber estado en su vieja y desgastada capa, el comentario hubiera sido el mismo.

El mago levantó sus brazos manteniendo a Dafina donde estaba e intentó explicarle que se encontraba cansado y no deseaba compañía. Habló de modo más amable del que hubiera esperado, probablemente porque era la sobrina de Elar y no quería arriesgarse a ofenderlo.

Intentó escabullirse por un costado sin lograrlo, Dafina estaba acurrucada junto a él y lo miraba como una doncella esperando que la besen.

Estaba reconsiderando ayudarlo cuando alguien entró en el pasillo. Sorcha. Su rostro se transfiguró al ver la escena frente a ella y su expresión se volvió peligrosa.

Por un momento creí que conjuraría una estalactita pero no lo hizo. Simplemente avanzó hacia ellos, tomó a Dafina por los hombros, alejándola de Zul y empujándola hacia el otro muro, y continuó caminando sin decir una palabra.

El mago la miró agradecido y aprovechó la oportunidad para escapar, perdiéndose de vista.

Al día siguiente comenzamos con los preparativos ya que dentro de poco regresaríamos a Lesath. Nos reunimos con Elar en la sala del trono y sorprendentemente la reunión fue civilizada. El mago no había mirado a Sorcha ni una sola vez y había recuperado su buen juicio. Ian, el aprendiz de mago, dijo que vendría con nosotros y que en caso de que la reina Lysha muriera, haría lo posible por ser un buen rey. Había lucido totalmente miserable cuando dijo las palabras, pero al menos las había dicho. Aiden no estaba tan seguro, en mi opinión no podía haber un mejor rey que uno que no quería serlo. Selenkay también estaba allí. Se encontraba tan furioso por lo ocurrido con Mardoc, que dijo que él y nueve winsers más pelearían con nosotros para terminar con Akashik y su hija.

Con los winsers y Zul no veía cómo podíamos perder, Akashik era increíblemente poderoso pero los winsers poseían magia y Zul era invencible mientras tuviera el Corazón del Dragón.

Cuando terminamos de hablar, el Hechicero les dijo a los demás que podían retirarse y me pidió que aguardara allí.

Aiden permaneció junto a mí, inseguro de qué hacer. No fue hasta que el Hechicero dijo que aguardara fuera que se alejó de mi lado. Su mirada me decía que no quería hacerlo, le costó soltar mi mano.

—Estaré detrás de esa puerta —me susurró antes de irse.

Aguardé allí en silencio, preguntándome de qué querría hablar. La gata Nashira estaba sentada a un lado del trono. Sus ojos verdes fijos en mí, estudiándome. Su rostro era más expresivo que el de otros gatos que había visto.

—Acércate, Adhara Ithil —dijo el Hechicero.

Di unos pasos hacia el trono. Allí sentado, con la esfera de cristal en sus manos parecía un rey más que un mago.

—Hiciste lo correcto al darle a Zul Florian el Corazón del Dragón —dijo.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

No tenía dudas de que era lo correcto, no iba a dejarlo morir, pero quería saber por qué lo decía.

—Lo sé —replicó simplemente.

—¿La esfera se lo mostró? ¿Sabía que funcionaría? —pregunté.

No me respondió.

—Muéstrame tu espada —dijo el Hechicero.

Desenfundé a Glace y la sostuve en mis manos.



—La hoja tiene un destello azul —observó—. ¿Glace?

Asentí.

—Un buen nombre para una buena espada —dijo Elar—. Te vi pelear con ella, la esfera me mostró tu duelo con Seith. Eres buena con la espada, Adhara. Posees coraje.

—Agradezco sus palabras —respondí.

Se sentía bien cuando alguien apreciaba mis habilidades, sobre todo alguien poderoso como el Hechicero. En Alyssian nunca había recibido elogios más que de mis padres.

—También posees magia, pero te rehúsas a usarla. ¿Por qué?

Aparté la mirada de los ojos turquesa del Hechicero. No me gustaba discutir el tema de mi magia. Sabía que a Zul o a alguien como él les resultaba tonto no usarla, no entendería mis miedos.

—No soy buena con la magia —respondí.

Elar levantó las cejas y endureció un poco su expresión.

—¿Te burlas de mí? No es sabio hacerlo, di la verdad —replicó.

Lo miré resignada.

—Akashik dijo que el primer warlock nació de un elfo y una humana, al igual que yo. Y cuando estábamos en la fortaleza de Blodwen hice magia negra accidentalmente —dije—. Temo que mi magia sea negra y no quiero volver a usarla, nunca.

—Akashik es astuto y un maestro de la manipulación. Le gusta explotar las debilidades de sus oponentes. Sabe que será más fácil matarte si no usas magia para defenderte —dijo el Hechicero.

—Sé que lo dijo para manipularme, pero aun así hice magia negra —respondí.

Me avergonzaba decirlo.

—La magia es magia. Todos los magos tenemos la opción de hacer magia negra si la tomamos, eso es lo que es, una opción —dijo Elar—. ¿Sabías que era magia negra al conjurar el hechizo?

—No.

Había estado tan desesperada por ir en busca de Aiden que apenas lo había pensando.

—Si deseas ser victoriosa y proteger a aquellos cercanos a tu corazón deberás aceptar que la magia es parte de ti. Glace no es tu única arma —dijo el Hechicero con voz serena—. La magia negra requiere de sangre, sacrificio y en algunas casos se alimenta de emociones poderosas. Harías bien en recordarlo si quieres evitar usarla de nuevo.

—Hay sabiduría en sus palabras, las tendré en cuenta —dije.

Intercambiamos una mirada. Elar era un hombre misterioso, sus ojos revelaban poder de la misma manera que los ojos de Zul.

—Tu espada siempre tendrá un lugar en mi corte, Adhara Ithil. Dudo que nuestros

camino vuelvan a cruzarse, pero si algún día lo deseas eres bienvenida a regresar — dijo el Hechicero.

Le agradecí y me indicó con un gesto de su mano que podía irme. Nashira maulló y sus ojos verdes me siguieron hasta la puerta, la gata tenía su temperamento. No había esperado halagos por parte de Elar, pensé que debía estar cansado de nuestra presencia. Sorcha también había pasado tiempo con él en los últimos días, ambos poseían magia y compartían una atracción por el hielo y el frío. A pesar de que el Hechicero era severo con ella, debía agradecerle.

Pasé el resto de la tarde ayudando con los preparativos. Ayudé a Zul con las provisiones para el viaje y a Aiden a afilar las espadas. Selenkay dijo que necesitaría un día más para organizar a los winners. Al ser espíritus de hielo y magia les resultaría difícil soportar un clima cálido. El Hechicero estaba trabajando en un hechizo que les permitiera sobrevivir el calor por unos días.

Fui a los establos para ver cómo estaban Daeron y los demás caballos. Los días de descanso y un poco de avena les habían hecho bien. Parecían contentos descansando en los establos.

Me encontraba ansiosa por regresar a Lesath. El castillo era un hermoso lugar, al igual que la aldea de los winners, el hielo sin embargo no era lo mío.

Me quedé un rato junto a Daeron, peinando sus crines y luego regresé junto a los demás.

Estaba caminando por uno de los corredores con Aiden y Zul cuando oímos un ruido, sonaba como si algo frágil se hubiera estrellado contra el piso. Nos asomamos a una puerta abierta, de donde había provenido el sonido, y encontramos a Ian juntando pedazos de una pequeña cajita.

Su habitación era más grande que la nuestra, ya que vivía allí. Había un estante lleno de libros y una mesa con pergaminos y más libros. Todo se encontraba perfectamente ordenado. Lo cual me sorprendió, por alguna razón pensé que su habitación sería un desorden.

—¿Ian, necesitas ayuda? —pregunté.

—Se rompió, era una cajita musical, un regalo de mi madre para que los recordara —dijo Ian afligido—. Estoy empezando a creer que no estoy destinado a ser un mago, ni siquiera el aprendiz de uno.

Me arrodillé a su lado y lo ayudé a juntar los pedazos de madera. Ian bajó la mirada, su pelo caía alrededor de su rostro, ocultándolo.

—¿Qué estabas intentando? —pregunté.

—El otro día se la mostré a Sorcha, pensé que le gustaría la melodía. Dentro hay un caballero con una espada que gira en círculos cuando la melodía toca, ella hizo que se mueva, que moviera la espada como si estuviera peleando —dijo Ian—. Intenté hacerlo pero...

No terminó de decir las palabras. Sus ojos se habían iluminando cuando contó la manera en que Sorcha había hecho mover al caballero y luego el brillo había dejado

sus ojos al ver los pedazos de madera.

—Zul puede arreglarla —dijo Aiden.

—Sí, quedará igual que antes —respondí.

Me volví a ver a Zul, no parecía entusiasmado por la idea. Ian no le agradaba mucho, podía verlo en su rostro. Probablemente era porque a Sorcha sí le agradaba. Y también por el hecho de que Ian hablaba de ella con adoración en su voz...

Debió notar que la mirada de Aiden y la mía estaban fijas en él ya que su cuerpo se tensó un poco. Se estaba forzando por aparentar que no le importaba si Sorcha apreciaba a Ian. Que esto no le causaría ningún prejuicio contra el aprendiz de mago.

—¿Puedes arreglarla, Zul? Por favor —dijo Ian.

Esto pareció convencerlo, nadie podía resistirse a la cara que había puesto Ian al pedírselo. El mago recitó un encantamiento y los pedazos de la cajita comenzaron a juntarse, las pequeñas piezas encajando unas con otras. Unos minutos después la cajita estaba como nueva y la melodía que empezó a salir de ella era realmente hermosa.

—Si soy rey, ¿podré llevar a mi familia a Izar? —preguntó Ian pensativo.

—Sí, si matamos a los warlocks podrán vivir en paz, sin ninguna amenaza —replicó Aiden—. Todos podremos hacerlo.

—A tu hermano Braen le encantará Izar, recuerdo cuando me dijo que quería dejar Agnof y conocer el resto de Lesath —dije.

Tendrían una mejor vida allí que en el pueblo olvidado de Agnof, donde la comida era escasa y las noches heladas.

—Me gustaría eso, estar con mi familia —respondió.

Necesitaría su apoyo para reinar Lesath. Su padre, Marcus Ian, había vivido en la corte, conocía sobre ese tipo de asuntos. Y su madre, Dara, era una mujer fuerte. Con su apoyo estaría bien.

Lysha había hecho un buen trabajo en ayudar a pueblos pobres, principalmente para que no causaran revueltas, pero también había mantenido a todos en la ignorancia sobre muchos asuntos. Los habitantes de Lesath parecían haber olvidado que existía la magia. Elfos, dragones, hadas... para ellos eran criaturas sacadas de leyendas. Por lo que había notado, muy pocos de ellos recordaban cómo habían sido los tiempos antes de que cada raza tomara su camino.

Otro objeto cayó contra el suelo, sacándome de mis pensamientos. Ayudamos a Ian con su bolsa de viaje, moviendo libros y ropa y aconsejándole lo que debería llevar. Era bueno que el Hechicero de Hielo le hubiera dado ropa de confección fina, no podía llegar al castillo de Izar vestido como un pastor, era el futuro rey.

—¿Se quedarán en Izar conmigo? —preguntó Ian.

—No —respondimos los tres al mismo tiempo.

Miré a Zul sorprendida, me pregunté a dónde tendría pensado ir luego de que todo terminara. ¿Nos acompañaría a Aiden y a mí a Alyssian a ver a mis padres? ¿Regresaría a Saiph con Talfan y Zada? No quería que nuestros caminos se separaran.

—¿Creen que Sorcha se quede allí? —preguntó en voz más tímida.

Silencio. Los tres intercambiamos miradas. El mago mantuvo su expresión seria, sin revelar nada.

—No, no lo creo —respondió Aiden.

Lo miré, parecía pensarlo en serio, no lo había dicho solo por Zul.

Silencio.

—¿Por qué le dicen a Elar el Hechicero de Hielo? —pregunté.

Quería cambiar el tema de conversación para que no regresara a Sorcha. Los tres me miraron como si hubiese preguntado algo tonto, lo cual era cierto: Elar vivía en un castillo hecho de hielo.

—¿Me refiero a si es tan poderoso como todos dicen? ¿Lo llamaban por ese nombre antes de que hiciera este castillo? —pregunté.

—Mi padre me contó que Elar resolvió muchos conflictos y peleó en batallas. Dijo que todos en Lesath lo conocían por ser poderoso, diplomático y siempre hacer hechizos con hielo —dijo Ian—. Peleó junto a los winsers para ayudarlos a sobrevivir de los warlocks y dejó Lesath para vivir con los que quedaban de ellos en este castillo. Como agradecimiento, los winsers utilizaron su magia para hacer la esfera de cristal que siempre lleva.

—¿Lo has visto hacer algo... impresionante? —pregunté.

Un nombre como el Hechicero de Hielo y el hecho de que reinara su propio castillo debía ser el mérito de grandes hazañas. O al menos, eso quería creer.

—¡Hace unos años peleó contra un dragón! —replicó Ian entusiasmado—. Era un poco más pequeño que los demás dragones pero igual de feroz y provenía de la tierra de Serpens. Elar vio que vendría en su esfera, pasó semanas leyendo libros, buscando la forma de que su magia funcionara contra él. El dragón voló sobre el castillo poco tiempo después, sus escamas eran verdes como las hojas y su fuego cayó sobre el castillo como lluvia anaranjada. Elar no hizo nada durante el primer ataque, aguardó a que el dragón se sintiera confiado y volara más bajo. Cuando lo hizo, fue hacia la torre y le lanzó un hechizo a la parte superior de sus alas, donde las escamas son más vulnerables. ¡Y se convirtieron en hielo! El dragón no tuvo más opción que bajar hasta el suelo. Le tomó solo unos momentos derretir el hielo con su fuego, pero era lo que Elar quería, la oportunidad de hablar con él. Salió del castillo y se paró frente a la temible criatura. Le ofreció una esfera de cristal igual a la suya, que creó con los winsers. La esfera era una ofrenda, a cambio de que no destruyera el castillo. El dragón la tomó en sus garras y se perdió en el aire como un destello verde. Jamás regresó.

—Eso suena impresionante —respondió Aiden.

Irónicamente, no sonaba impresionado.

—Buscó la forma de que el dragón lo escuchara y le ofreció algo valioso. Astuto, como todos los grandes magos —dijo Zul.

Ambos compartían una gran admiración por el Hechicero de Hielo. Y por Sorcha.

Tenían más en común de lo que pensaban.

—Nunca lo olvidaré —replicó Ian en tono risueño—. La forma en que se paró sobre la torre y conjuró el hechizo, su capa flameando en el viento... Cuando caminó hacia el dragón y se paró frente a él, sin ningún rastro de miedo. Nunca habrá otro mago como Elar.

Luego de haber peleado contra Grigor, el dragón que se encontraba en el Monte Luna protegiendo el Corazón del Dragón, sabía lo que realmente era enfrentarse a uno de ellos. Haberse enfrentado a uno y sobrevivir no era una hazaña menor. Y haber logrado que un dragón descendiera de los cielos era una gran hazaña.

—¿Alguna otra proeza que le merezca el nombre? —preguntó Aiden escéptico.

Todavía no parecía convencido de que era poderoso. Me pregunté por qué no le agradaba el Hechicero, tal vez se había tomado sus palabras a pecho cuando me halagó en la primera cena.

—¡Derrotó a Zasgar el sanguinario! —exclamó Ian.

—¿Zasgar el sanguinario? —preguntamos los tres al mismo tiempo.

Nunca había oído hablar de él.

—Pasando Eira había un pequeño reino llamado Dalagant. Prosperó por mucho tiempo ya que su rey era un hombre inteligente y de pocas ambiciones, solo le importaba el bienestar de sus súbditos. Zasgar era uno de sus caballeros, que mató al rey mientras dormía y se apoderó del reino. Hubo revueltas y Zasgar mató a todos los que se opusieron a él. Muy pocos sobrevivieron, fue Elar quien los salvó. Fue hacia Dalagant y se enfrentó a Zasgar convirtiéndolo en hielo. El reino quedó en ruinas. Hace un tiempo Selenkay fue a ver lo que quedaba de él y me permitió que lo acompañara. Es peor que Agnof, la mayoría de las casas fueron quemadas y el pasto no volvió a crecer. Entramos a lo que quedaba del castillo... —Ian hizo una pausa, su expresión consumida por diferentes emociones—. Y allí estaba... Zasgar. En medio de la sala del trono. El hielo se había derretido dejando su cuerpo rígido como una roca. A sus pies alguien había escrito en el suelo «Aquí yace Zasgar el sanguinario, que el hielo sea castigo suficiente por sus crímenes. Larga vida al Hechicero de Hielo».

La historia me impactó, podía imaginarlo en mi mente. Un hombre, un monstruo mejor dicho, matando a pobres personas inocentes. Elar, sus ojos turquesa furiosos, convirtiéndolo en hielo. El villano parado en medio de un gran salón, una tenue luz iluminándolo, muerto.

—¿Cómo esperaba reinar si mataba a todos? —preguntó Zul.

—¿A quién esperaba reinar? —agregué.

—Elar dice que la sed de sangre lo enloqueció. Antes de traicionar al rey, era conocido por ser feroz y despiadado. Lo llamaban el caballero rojo. Su mente se fue retorciendo, hasta que dejó de pensar y se convirtió en una bestia gobernada por el instinto.

—Como un Garm —dijo Zul.

Miré al mago, pensando en su comparación.

—Algunas de las personas que sobrevivieron trabajan aquí en el castillo, otras fueron hacia Lesath, buscando construir un nuevo hogar.

Escaparon de un tirano solo para ir en busca de otro. Aunque debía admitir que Zasgar sonaba peor que Lysha.

—Vi el reino en el borde de un mapa, estaba tachado —dijo Aiden.

Asentí, recordando el mapa. Alguien debió haberlo tachado porque ya no existía.

—¿Y qué hay de Dafina? Su sobrina. ¿Qué rol cumple? —pregunté.

Aiden me miró reprimiendo una sonrisa, sabía que no me agradaba.

—Dafina es la hija de su hermano mayor. Su nombre completo es Dafina Lassar, al igual que Elar Lassar. Por alguna razón todos recuerdan a los grandes magos solo por sus nombres. Los padres de Dafina no poseen magia, vivían como nobles en Izar. Su madre murió por causas naturales y cuando esto ocurrió, su padre, el hermano de Elar, la trajo aquí. Él quería retomar su lugar en la corte y casarse de nuevo, pero no quería a Dafina allí porque sabía de la existencia del Concilio. No quería arriesgarse a perderla a ella también. Pensó que aquí estaría segura —respondió Ian.

—Tal vez esté segura, pero dudo que tenga muchos pretendientes —dije—. Aquí, en mitad de la nada...

Zul y yo intercambiamos una mirada y reprimí la risa ante su expresión. Su padre había actuado de manera egoísta. A excepción de su tío, Ian y los winsers era posible que no hubiera visto otro hombre en años. Y luego llegaba Aiden, hermoso y caballero. Y Zul con su misterioso encanto. Comprendía por qué se había comportado de esa manera, aunque no lo aprobaba.

—Ha sido difícil para ella. Elar hizo lo posible para hacerla sentir a gusto, incluso encontró a alguien que le enseñara a usar armas para que pudiera protegerse, en caso de que quisiera regresar a Izar —continuó Ian.

—Su padre sabe acerca del Concilio ¿y vive en Izar? No lo entiendo —preguntó Aiden.

—Elar dice que le gusta la buena vida, los eventos en la corte. Sabe que mientras no haga nada para interferir con ellos estará a salvo. Se mete en sus propios asuntos y se mantiene alejado de Lysha —respondió—. Además allí lleva otro apellido, nadie sabe de su relación con el Hechicero.

Me costaba creer que alguien así pudiera ser el hermano de Elar. Al parecer él se había quedado con todo el coraje.

—Debo continuar con los preparativos —dijo Zul—. Búscame si necesitas ayuda, Ian.

Su actitud hacia el aprendiz de mago había mejorado. Aiden fue tras él y les aseguré que pronto me uniría a ellos. Quería pasar más tiempo junto a Ian, ver qué tipo de persona era y asegurarme de que entendiera el riesgo que correríamos al enfrentarnos a Akashik y el hecho de que él no pelearía con nosotros, debíamos mantenerlo seguro hasta que el trono fuera de él.

Ian me contó que su padre dejó Izar y su vida de noble para protegerlos a él y a su madre. Una actitud muy diferente a la que había tenido el padre de Dafina.

Poco tiempo después de la terrible peste que Akashik liberó en Agnof, se dio cuenta de que poseía magia y lo llevó a Eira, a la corte del Hechicero de Hielo, para que este le enseñara a usar su magia con fines nobles.

Habló de su familia con cariño, de cómo solo tenía permitido visitarlos por cortos períodos de tiempo. Había tenido la esperanza de que su hermano Braen también tuviera magia en su sangre y viniera junto a él a ser un aprendiz de mago, pero eso nunca había sucedido.

Me contó de su deseo de conocer todo Lesath; al igual que Braen quería conocer todos los pueblos. Había esperado que algún día pudiera convertirse en un mago con control sobre su magia y pudiera ir de pueblo en pueblo ayudando a las personas que lo necesitaran.

Al menos su deseo se cumpliría, solo que no en la manera que había esperado.

Pasamos un largo rato charlando y luego fui en busca de Aiden y Zul. No faltaba mucho para la cena, una última cena en la mesa de Elar Lassar.

## Garms en la noche

A la mañana siguiente estábamos listos para partir. La cena, sorprendentemente, había sido civilizada y silenciosa. Tras haber disfrutado de una buena noche de sueño, era hora de abandonar el confort del castillo y prepararme para largos caminos y un último enfrentamiento.

Los winsers partirían al otro día, ya que Elar no había completado su hechizo para protegerlos del clima cálido, e irían por un camino diferente del nuestro. Seguirían el frío camino de montaña hasta el pueblo olvidado de Agnof y de allí hasta Izar.

Nos encontrábamos en los establos, atando nuestras bolsas de viaje a las monturas. Daeron parecía contento de dejar el lugar, debía estar cansado de tanto hielo.

Alshain, la yegua de Aiden, era tan blanca como todo lo que la rodeaba, alguien había trenzado sus crines dándole un aspecto encantador.

Extrañaría un poco el lugar, a pesar de que no me agradaba tanto frío; había algo mágico en el castillo y no era solo el hecho de que estuviera hecho de hielo.

Aiden y Zul lucían contentos de continuar el camino, pero era evidente que Sorch y Ian no querían hacerlo. Sorch tenía una expresión sombría, miraba los alrededores una y otra vez como para asegurarse de no olvidarlos. Ian miraba con tristeza y nostalgia. El castillo había sido su hogar por varios años.

El Hechicero de Hielo se acercó a nosotros con la gata Nashira caminando a su lado, detrás de él había un winser llevando a un caballo de tiro. Un hermoso caballo cuyo pelaje era una mezcla de gris claro y blanco. Llevaba el cuello erguido como un cisne y sus crines blancas caían largas y elegantes.

—Este es mi regalo para ti, Sorch Hale. Su nombre es Dylor. Junto a él te extiendo una invitación, puedes regresar a mi corte cuando gustes. Ambos compartimos una profunda atracción por el hielo y todavía tienes mucho que aprender sobre magia —dijo Elar.

Sorch lo observó en silencio por un momento y luego sonrió. Una sonrisa auténtica, que demostraba alegría. Fue hacia el caballo y acarició su frente, examinando al animal.

—Cuidaré bien de él —respondió Sorch—. Gracias.

Abrió la boca para decir algo más, pero Elar dio unos pasos hacia ella y le susurró algo al oído. La expresión de Sorch cambió, lo miró perpleja y sus mejillas se sonrojaron un poco. El Hechicero asintió con la cabeza y tras una intensa mirada se alejó de ella.

Me pregunté qué le había dicho. Y a juzgar por la manera en que todos la miraban, no era la única que se lo preguntaba.

Un grupo de winsers también estaba allí para despedirnos. Leilani se acercó a saludarnos y nos ofreció a Sorch y a mí una corona de flores, asegurándonos que nos traería buena fortuna. La acepté y tras agradecerle, la guardé cuidadosamente en la



bolsa de viaje. Las flores lucían delicadas y temía que de ponerla en mi cabeza el viento las dañaría.

Ian fue hacia el Hechicero y se arrodilló frente a él.

—Ha sido un honor tenerlo como maestro, lamento no haber sido un mejor aprendiz, lamento no haber sido siquiera una sombra de su grandeza —dijo Ian—. Nunca habrá un mago a quien admire tanto como usted, nunca habrá otro Hechicero de Hielo.

Elar lo tomó de los hombros y lo hizo ponerse de pie, era sorprendentemente alto a su lado.

—Levántate, muchacho. Un rey no se arrodilla ante nadie. Nunca habrá un rey tan bondadoso como tú, ni un aprendiz de mago tan torpe —replicó Elar con una sonrisa amable—. No olvidaré los años que pasaste aquí, joven Ian. Tu destino te espera, no me decepciones.

Con un gesto afectuoso se despidió de Ian y puso en su mano un objeto pequeño que no logré ver. El Hechicero vino hacia mí y palmeó el cuello de Daeron.

—Mantén a Ian seguro, Adhara Ithil. Pelea bien y libera a Lesath de la oscuridad —dijo.

—Lo haré —respondí.

Luego fue hacia Aiden.

—Tú también, Aiden Moor. Pelea y triunfa.

Aiden asintió con la cabeza. Podía ver en su rostro que estaba intentando ser cordial aunque no le agradaba mucho el Hechicero.

—Zul Florian, primer mago de la Orden de la Luna Nueva, sé que escucharé grandes hazañas sobre ti.

—Haré lo posible —replicó Zul.

Estrecharon las manos y luego Elar retrocedió, dándonos a todos una última mirada. Sus ojos turquesa pasaron por cada uno de nuestros rostros, era como si supiera cosas sobre nosotros que ni nosotros mismos sabíamos. Me pregunté qué más había visto en su esfera de cristal, cuánto nos estaba ocultando. Me pregunté si había visto nuestra victoria o si deseaba lo lográramos, aunque no tenía una certeza.

Su mirada se posó en Ian, una mirada pensativa, que reflejaba duda y esperanza. Y en el último momento en que lo miró, antes de apartar la mirada, tristeza. Eso respondió mi pregunta, nuestra victoria no era certera.

Las puertas de los establos se abrieron, la luz y lo blanco de la nieve eran cegadores. Parpadeé un par de veces antes de lograr ver con claridad.

—Recuerda mis palabras, Sorcha Hale —dijo el Hechicero.

Sorcha lo miró sin decir nada, tomó las riendas de Dylor y lo guio hacia afuera sin mirar atrás. Zul había recuperado su pequeño caballo, me sentía bien al estar sola en Daeron.

Miré a Elar una última vez. Su pálido pelo rubio, sus astutos ojos turquesa, la gran capa de piel azul que llevaba con aquella pose majestuosa. La esfera de cristal

que rara vez dejaba sus manos. Y la gata gris, Nashira, a su lado. El Hechicero de Hielo. Me incliné levemente en la montura indicando mi respeto y me volví hacia el gran desierto de nieve frente a nosotros.

Marchamos durante todo el día, deteniéndonos de a ratos para que los caballos descansaran. Ansiaba volver a ver el pasto verde y los climas cálidos, habíamos estado en el frío y la nieve por demasiado tiempo. Daeron también parecía contento de volver, ya que galopaba con más prisa.

Aiden iba a mi lado, detrás iban Sorcha y Ian, y por último, con un galope más tranquilo, venía Zul. Sus ojos grises estaban atentos al camino y si se encontraba nervioso estaba escondiéndolo bien. Su actitud había cambiado, se mostraba confiado aunque probablemente aún estaba preocupado por el Corazón del Dragón y en ningún momento detuvo sus ojos en Sorcha.

Al bajar el sol, todo se volvió oscuridad y mis manos comenzaron a helarse. Buscamos un lugar resguardado y comenzamos a preparar las tiendas. Elar nos había proveído de dos más, por lo que Aiden y yo compartiríamos una, Zul y Ian otra, y Sorcha estaría sola.

Para sorpresa de todos, Ian era bueno cocinando. Hicimos una fogata y el aprendiz de mago preparó las provisiones que nos había dado la cocinera.

Comimos silenciosamente, sentados en círculo alrededor del fuego. Ian era el único que parecía disfrutar de la situación, comía con una sonrisa, mientras tarareaba canciones. Debió ser solitario crecer en la corte del Hechicero, ya que no parecía haber gente joven a excepción de algunos winsers. Además, Ian había dedicado gran parte de su tiempo a aprender magia y leer todos los libros que Elar le había dado, libros que resultarían más útiles para un rey que para un mago.

—¿Haremos guardia? Nunca hice una —dijo Ian.

Aiden, Zul y yo lo miramos de la misma manera extraña. Sonaba entusiasmado, no comprendía cómo quedarse despierto por horas en el frío de la noche podría resultarle entretenido.

Nadie sabía dónde estábamos y solo quedaban Akashik y Lysha, pero aun así sería cauto hacer guardia, no podíamos subestimar a Akashik. Además, con Zul llevando el Corazón del Dragón, no podíamos arriesgarnos a una emboscada, debíamos proteger al mago.

—Haremos dos turnos. Tú puedes hacer el segundo con Sorcha, Ian —dijo el mago y luego se volvió hacia mí—. ¿Te quedas conmigo, Adhara? Siempre es más divertido cuando estoy contigo.

Zul apoyó una mano en mi hombro y me sonrió. Había algo inusual en la forma en que estaba actuando, estaba más efusivo y podía ver en sus ojos grises que tramaba algo.

—¿Y qué hay de Aiden? ¿Dormirá toda la noche? —preguntó Sorcha molesta—.

Él debería quedarse con la elfa.

—Aiden puede descansar y hacer guardia mañana. Ya que somos cinco iremos rotando y uno siempre podrá dormir —dijo el mago.

Miró a Aiden al decir las palabras, pensé que no estaría de acuerdo o que al menos las objetaría pero había una mirada de complicidad entre Zul y Aiden y este simplemente asintió.

—¿Qué dices, Adhara? —me preguntó Zul.

Fue allí cuando comprendí lo que estaba sucediendo. Su expresión, la manera en que se estaba esforzando por mantenerse serio y sonar encantador, lo decía todo. Sabía que Sorcha tenía sus sospechas acerca de nuestra relación, pensaba que Zul sentía algo por mí y lo estaba usando para causarle celos.

—Me encantaría, Zul —respondí.

—Tú y yo podremos vigilar la segunda mitad de la noche, Sorcha —dijo Ian, contento.

La mirada de Sorcha fue tan fría como la nieve sobre la que estábamos sentados. Se las ingenió para hacer algo similar a una sonrisa cuando miró al aprendiz de mago y luego tomó una rama y comenzó a mover las demás que se encontraban en el fuego. Me hizo recordar a cuando estábamos en la cabaña en Agnof y se sentaba frente al hogar a mover los troncos con el atizador.

La noche pasó rápido, de haberme quedado con Aiden hubiese sido romántico y nos hubiésemos acurrucado a mirar las estrellas, pero el mago había estado en lo cierto al decir que nos divertiríamos juntos. Nos contamos historias acerca de nuestra niñez. Zul me relató cómo una niña de Saiph llamada Gwyn lo había invitado al festival de la primavera y él había huido horrorizado cuando la niña intentó besarlo.

—A esa edad solo me importaba aprender magia, además no era muy linda —había insistido cuando vio que no podía detener mi risa.

Me imaginaba un pequeño Zul de diez años, con su pelo negro ondulado y sus ojos grises, huyendo de una niña.

Pasada la medianoche, cuando cambiamos turnos, Sorcha se cruzó en el camino del mago, obligándolo a mirarla. Zul la esquivó y tras ayudarme a quitar la nieve que se había acumulado en la capucha de mi capa, se fue a su tienda.

Los dos días que transcurrieron fueron tranquilos, cada vez estábamos más cerca de Lesath. Durante el día marchábamos y por la noche nos turnábamos para descansar y hacer guardia. Zul continuó con su estrategia de dirigirme toda su atención e ignorar a Sorcha, lo cual definitivamente le estaba molestando, ya que se encontraba más irritable que de costumbre. Nos lanzaba a todos miradas hostiles la mayor parte del tiempo, inclusive a Ian. Sobre todo cuando él y Zul habían pasado tiempo hablando. Debía admitir que estaba sorprendida de lo bien que se las estaba ingeniando el mago para ser amigable con Ian y mantenerse alejado de Sorcha. En ocasiones, cuando Sorcha estaba dormida o distraída y creía que nadie lo estaba mirando, posaba sus ojos sobre ella por unos momentos.

Al atardecer del cuarto día estábamos llegando a Lesath. El sol estaba desapareciendo y como era usual, el frío nos estaba congelando. Quedaban pocas provisiones, lo que no debía ser del agrado de Sorcha ya que anunció que iría a cazar conejos. Y tras sacar un arco que llevaba en su montura desapareció. Aiden y yo intercambiamos una mirada de alerta y fue tras ella. Dudaba que fuera por la comida, Sorcha debía tener ganas de matar y un pobre conejo pagaría las consecuencias.

Le había insistido a Zul que fuera tras ella y la persuadiera de no hacerlo pero el mago se negó, había logrado no hablarle por días y no quería perder su resolución. Me pidió que juntara ramas para la fogata mientras él y Ian se encargaban de la comida.

Junté las ramas que estaban cerca y luego me alejé un poco. Quería caminar y estar sola con mis pensamientos por un rato, no recordaba la última vez que había estado sola.

Levanté una rama tras otra y las fui apilando al pie de un árbol. Buscar ramas para la fogata era aburrido pero pronto estaríamos preparándonos para pelear, quería disfrutar momentos como ese donde reinaba la paz.

Oí voces en la cercanía y me detuve, llevando mi mano hacia Glace. Escuché con más atención, eran Aiden y Sorcha. Caminé sigilosamente, acercándome hacia el claro de donde provenían las voces.

—¿Dónde están todos los conejos? ¡No he visto uno solo!

—Tal vez si bajaras la voz, no nos oirían venir y no se esconderían —señaló Aiden.

Sorcha estaba con el arco en su mano, rastreando el suelo, debía estar buscando huellas. Nunca comprendería por qué a los humanos les gustaba cazar, era cruel e innecesario.

—¿Qué opina tu dulce Adhara de que estés aquí conmigo buscando un conejo para comer? —preguntó Sorcha en tono sarcástico.

—Sabe que dejarte sola con un arma no es prudente —replicó Aiden.

—¿Un arma? ¿Te refieres a esto? —dijo Sorcha soltando una carcajada mientras miraba el arco—. Esto es un arma.

Llevó la mirada hacia un árbol cerca de ella y recitó unas palabras. Una de las ramas comenzó a volverse hielo, hoja por hoja se congelaba y luego se derretía transformándose en agua, todo en solo unos segundos.

—Elar me enseñó ese hechizo —dijo complacida mientras observaba a las hojas volverse hielo y luego agua.

Tenía que admitir que era un buen hechizo, Aiden también parecía pensarlo. Estaba con su espalda apoyada en un árbol observándola. Era realmente apuesto, con su pelo castaño moviéndose con el viento y su postura masculina.

—El Hechicero de Hielo te enseñó a convertir cosas en hielo, wow... —dijo pretendiendo estar sorprendido.

Sorcha lo ignoró.

—Dime algo. ¿Por qué eres cruel con Zul? Sé que disfrutas de ser cruel en ocasiones pero no creo que esta sea una de ellas —dijo Aiden.

—Prefiero hablar de hechizos —replicó Sorcha.

—Tú y yo pasamos por lo mismo, Sorcha. Ambos fuimos Nawas. Nunca fuimos cercanos pero crecimos juntos.

—¿Y piensas que deberíamos ser amigos como Zul y Adhara? Estoy empezando a sentir malestar —respondió Sorcha—. Por cierto, ¿no tienes miedo de que el mago robe a tu elfa? Han estado pasando demasiado tiempo juntos.

—Cuando todavía estaba a merced del Concilio ansiaba recuperar mi vida y alejarme de todo ese mal, tomar mis propias decisiones —dijo Aiden—. Anhelaba encontrar a alguien que me hiciera sentir algo, algo profundo y verdadero, algo que compensara la forma en que me había sentido durante todos esos años, la culpa...

—Y ahora estás unido por un ritual élfico a una media elfa, bien por ti —respondió Sorcha en tono aburrido.

—¿Qué harás con tu vida, Sorcha? ¿Qué te haría feliz? —preguntó.

—No tener esta absurda conversación contigo, no es mucho pedir. ¿Verdad?

Aiden miró a Sorcha de manera paciente, esperando a que dijera algo más. Permanecieron en silencio por unos momentos hasta que finalmente Sorcha cedió ante su mirada.

—Venganza, eso me haría feliz —tomó un puñado de nieve en su mano y se lo mostró a Aiden—. Akashik y Lysha convertidos en esto y yo caminando sobre ellos.

—Y una vez que lo logres, ¿qué harás luego? —insistió Aiden.

Sorcha, irritada, pateó la nieve. No estaba segura si se debía a la conversación o a que no podía encontrar rastros de ningún conejo. Permaneció pensativa y lentamente una sonrisa se fue formando en sus labios.

—¿Quieres hablar de cuando éramos Nawas? ¿Recuerdas cuando Seith y Zafir rellenaron tu cama con tierra? —dijo Sorcha cambiando de tema—. Si mal no recuerdo, la tierra provenía de la tumba de un herrero que Seith había matado.

El rostro de Aiden empalideció, como si hubiera recordado algo que lo perturbaba.

—Tal vez Adhara pasó demasiado tiempo con esa mujerzuela Dafina y comience a actuar como ella —continuó Sorcha—. Todo ese tiempo que ella y Zul pasan haciendo guardia, a solas, en la noche... ¿No crees que deberías hacer algo al respecto? Adhara no es tan inocen...

—No me engañas, sé que te atrae el mago —la interrumpió Aiden, recuperando su actitud despreocupada.

Sorcha se agachó para continuar rastreando el suelo, ocultando su rostro tras el pelo.

—Si no encuentro un conejo pronto, te dispararé a ti y te usaré para el estofado —replicó.

—¿Por qué pasas tu tiempo con Ian? —preguntó Aiden en tono divertido—. ¿Te

atrae el joven aprendiz de mago también? Podría ser... ¿Sorcha Hale enamorada de dos magos?

Sabía lo que estaba haciendo, la estaba provocando. Sorcha lo miró molesta, su expresión comenzó a cambiar, estaba funcionando.

—Debe atraerte uno más que el otro... —continuó Aiden.

—Me gusta estar con Ian porque no es una amenaza, cada vez que utiliza su magia rompe algo o lo prende fuego. Nunca podría hacer nada para dañarme —respondió Sorcha exasperada—. Y tal vez estoy evitando a Zul para no tentarme de arrancar el Corazón del Dragón de su cuello.

Silencio. Una expresión de horror cruzó el rostro de Sorcha, como si apenas pudiera creer lo que había dicho. Aiden parecía tan atónito como yo me sentía.

—Si le repites mis palabras a alguien te haré lo mismo que le hice a esas hojas y no serás más que un charco de agua —lo amenazó.

—No eres tan malvada como pensé —dijo Aiden.

—Tampoco soy como Adhara, nunca lo seré —respondió Sorcha—. Me gusta cómo soy.

—Te gusta ser así porque es lo único que conoces —replicó Aiden—. Deberías hablar con Zul y...

—¿Decirle lo que siento? —lo interrumpió Sorcha—. Mi hechizo debió derretir lo que hay dentro de tu cabeza. Me gusta ser así porque es quien soy y me gusta quien soy. Y a diferencia de ustedes tres no tengo la necesidad de hablar de mis sentimientos.

Sorcha le dio la espalda y continuó caminando. Aiden no dijo nada y la siguió. Regresé a mi tarea de juntar ramas. Me costaba creer lo que había oído pero como había dicho Aiden, Sorcha no era tan mala después de todo. No podía culparla si se estaba manteniendo lejos de Zul para resistir la tentación de quitarle el amuleto. Aiden en verdad la conocía mejor que nosotros si había logrado que lo admitiera. Nunca hablaba sobre sus años como aprendiz de Nawa, odiaba pensar en ello. Oírlo hablar con Sorcha me hizo comprender mejor por lo que había pasado, todos los terribles sentimientos de culpa y sufrimiento con los que debió cargar por mucho tiempo.

Y lo que habían hecho Seith y Zafir con su cama me revolvió el estómago, por poco me había olvidado de Zafir, el primer Nawa que habíamos matado.

No regresaron hasta que ya era de noche y estábamos calentando lo que quedaba de provisiones en la fogata. Había decidido no contarle a Zul lo que había oído. Le había costado componerse y no quería que se sintiera mal de nuevo, más si no había mucho que pudiera hacer al respecto. Esperaría a después que peleáramos contra Akashik.

A juzgar por la expresión de Sorcha, los conejos se habían salvado. Se dejó caer en un tronco con los brazos cruzados y resignación en su rostro. Zul parecía tentado de decir algo, probablemente tenía alguna broma en mente, pero no lo hizo,

permaneció en silencio.

Aiden se sentó detrás de mí y me rodeó con sus brazos atrayéndome hacia él. Apoyé mi espalda contra su pecho y me acomodé en sus brazos. Aún tenía aquella sensación abrumadora cuando estábamos juntos, era consciente de nuestra cercanía, de sus manos alrededor de mí, de sus labios en mi nuca.

Quería ayudar al mago con Sorcha, pero no esa noche, esa noche era de Aiden.

Zul debió leer mis pensamientos, ya que intercambiamos miradas y la expresión en su rostro me dijo todo. Sacudió la cabeza un poco y sonrió como si no tuviera remedio.

Aiden parecía tan ansioso por que todos se fueran como yo. Podía sentirlo en la forma en que me tocaba, sus labios rozaban mi cuello y mantenía sus manos en mi cintura, estaba luchando por mantener el control. La noche anterior había permanecido despierta con Zul, y pasamos el día arriba de los caballos.

Ian fue el primero en ir a la tienda. Sorcha miró a Zul pero en cuanto este se fue a dormir, ella desapareció también. En cuanto estuvimos solos me volvió hacia él y sus labios encontraron los míos. Era sorprendente que pudiera ser brusco y delicado al mismo tiempo. Me atrajo hacia él con fuerza, una de sus manos en mi pelo y la otra recorriendo mi espalda. Moví la cabeza hacia atrás, separando nuestros labios, para ver sus ojos y saborear el momento.

Sus ojos marrones eran cálidos y sensuales, la manera en que me miró hizo que lo tomara de la capa y lo atrajera hacia mí, aprisionándolo en un beso. Rio contra mis labios y levantándome de la cintura me recostó en el pasto y se sostuvo con los brazos a un lado de mi cabeza para no aplastarme.

—Te extrañé, pasaste las últimas noches haciéndole compañía a Zul —dijo Aiden.

—Lo sé.

Corrió el pelo de mi cuello y me besó allí.

—Debo persuadirte de que pases más tiempo conmigo —susurró.

—Lo estás logrando —respondí.

Busqué sus labios, pero me detuvo y continuó su recorrido por mi cuello. Creí escuchar un sonido a la distancia pero lo ignoré, lo único que importaba era Aiden.

Llevé mi mano hacia su pelo y lo sostuve obligándolo a besarme, lo besé con ternura, con pasión, con urgencia.

Un fuerte aullido nos obligó a detenernos, Aiden se movió permitiéndome ver con más claridad. Un perro de gran tamaño, oscuro como la noche, caminaba hacia nosotros. Sus orejas eran largas y caídas, sus ojos feroces y sus dientes letales.

—¡Un Garm! —gritó Aiden.

Buscó su espada y la blandió frente al animal, haciéndolo retroceder. Este mostró sus colmillos y erizó el pelo de su lomo, amenazante.

—Podemos pretender que eres una doncella hermosa y valiente que perdió su espada y he venido a rescatarte —dijo Aiden parándose frente a mí de manera

protectora.

—No es necesario pretender, no encuentro a Glace —respondí alarmada.

Busqué en el pasto pero no podía ver la espada. El gran perro se abalanzó sobre nosotros y Aiden lo detuvo, dañando una de sus patas.

Más ladridos irrumpieron en la noche y los Garms comenzaron a salir de entre los árboles. Eran como sombras, acechándonos. Grandes, temibles y había demasiados.

—El guerrero va a necesitar la ayuda de su doncella —dijo Aiden al ver la gran jauría de perros.

—No veo mi espada —repliqué.

Intenté concentrarme, hacía tiempo que no usaba magia, respiré con calma y recité el encantamiento. Nada ocurrió. Lo intenté de nuevo, obligándome a permanecer tranquila. Una esfera de luz apareció frente a mí, iluminando los alrededores. Los Garms se estaban cerrando sobre nosotros, los podía ver claramente. Miré en todas direcciones pero no había rastro de Glace. La había dejado a un lado del tronco en el que había estado sentada con Aiden, pero no estaba allí.

—Alguien robó mi espada —dije horrorizada.

Dos de los grandes perros nos embistieron al mismo tiempo, Aiden se las ingenió para detener al primero, pero no al segundo. Me cubrió con su capa, usando su cuerpo como escudo para que el Garm no llegara a mí.

—¡Aiden!

Dejó escapar un sonido de dolor, el Garm estaba rasguñando su espalda para sacarlo del camino.

—¡ZUL! —grité el nombre del mago.

Me concentré en hacer fuego para espantarlo, pensé en la llamas, en su color anaranjado, en el calor del fuego. Pero antes de que lograra hacer el hechizo, algo impactó contra el cuerpo del animal, alejándolo de nosotros.

Zul apareció a nuestro lado, su mano extendida hacia los perros y sus ojos grises brillando peligrosos.

—¿Qué hacen Garms aquí?! —preguntó.

—No lo sé —respondió Aiden.

Moví su capa, para ver el daño. Tenía la marca de las garras en su camisola y había sangre.

—Estás sangrando —dije.

—Me encuentro bien —respondió.

Se puso de pie, levantando la espada. Los grandes perros negros ladraban y nos miraban con ojos que destellaban ferocidad.

—¿Qué rayos está sucediendo? —preguntó Sorcha saliendo de su carpa.

Al ver a los animales se detuvo y los ojeó con más sorpresa que miedo. Los Garms se abalanzaron sobre nosotros. Aiden blandió su espada, listo para enfrentarlos. Volví a mirar en todas direcciones, desesperada por mi espada, pero no estaba allí.



Un aullido de dolor irrumpió el silencio de la noche y luego otro, los perros ladraban enfurecidos y asustados. Zul había caminado directo a ellos y los estaba atacando con sus hechizos: viento, fuego, rocas volando. Era una visión impactante. Uno de los salvajes perros logró llegar a él y morderlo pero este lo empujó, como si no hubiera sufrido ningún daño. El Corazón del Dragón lo protegía.

—Son perros —dijo Ian—. ¿Por qué los atacan?

No me había percatado de que el aprendiz de mago estaba allí, pensé que estaba en la tienda.

—No son perros, son bestias —respondió Zul—. Quédate donde estás.

—Puedo ayudar...

—¡No! —Aiden, Sorcha y yo gritamos al mismo tiempo.

Ian se sobresaltó pero se mantuvo donde estaba, sin decir nada.

Uno de los Garms logró pasar al mago y vino en dirección a nosotros pero antes de que la espada de Aiden lo alcanzara, una gran serpiente blanca se enroscó en sus patas deteniéndolo.

—Podemos usarlo para un estofado. ¿O debería convertirlo en hielo? —preguntó Sorcha.

El perro negro mordió a la serpiente sin lograr soltarse. Era una visión espantosa, dos animales luchando de esa manera.

—¡Sorcha! —grité.

Esta caminó hacia el Garm y posó la mano sobre su cabeza convirtiéndolo en una bestia de hielo. Sonrió, observando el resultado. Se encontraba tan complacida por su hechizo que apenas reaccionó cuando una gran silueta cayó sobre ella. El Garm había sido muy sigiloso a pesar de su gran tamaño. La aprisionó contra el suelo, clavando sus garras en su pecho.

Aiden y yo nos apresuramos hacia ella. El perro levantó su cabeza hacia nosotros, su mirada salvaje nos detuvo donde estábamos. Abrió la boca enseñándonos sus colmillos y acercándonos al rostro de Sorcha.

La advertencia era clara, si dábamos un paso más la mataría. Pero si no lo hacíamos, lo haría de todos modos.

—¡Hagan algo! —gritó Sorcha.

Las garras del Garm estaban hundidas en su pecho y sus manos estaban atrapadas bajo el cuerpo del pesado animal.

El perro gruñó amenazante, su baba cayendo en el cuello de Sorcha. Su expresión de repulsión casi me saca una risa.

Más Garms salieron de entre los árboles, avanzando sobre nosotros. Retrocedí y mi espalda chocó contra la de Aiden. Estábamos rodeados y Sorcha estaba cerca de convertirse en la cena. Había algo tan feroz y peligroso en ellos que era como ver a la muerte a los ojos.

El viento sopló con fuerza, golpeándonos de manera tan violenta que casi pierdo el equilibrio.

—Sorcha, no te muevas —dijo Zul con firmeza.

El mago recitó unas palabras, sus ojos fijos en el cielo. Algo en él inspiraba miedo: su concentración, su seguridad, la forma en que decía las palabras.

Las nubes se volvieron más oscuras, cubriéndonos. Un fuerte relámpago irrumpió en el cielo, su estruendo fuerte y aterrador. La tormenta se desató en solo momentos, haciendo que el suelo temblara levemente. Estábamos en el centro de todo. Viento, estruendos, hojas y ramas volando fuera de control.

Aiden me sostuvo contra él, envolviéndome en su capa.

—¡Ian, busca dónde refugiarte! —grité.

La respuesta del aprendiz de mago se perdió en el viento. Llevé la vista hacia Sorcha justo a tiempo para ver el cuerpo del animal caer, liberándola. No estaba segura si había sido un relámpago, pero algo había impactado contra él.

Era sabido que los Garms mataban o morían, nunca huían, no estaba en su naturaleza. Sin embargo, uno de los perros aulló llamando la atención de los otros y uno a uno comenzaron a retroceder hasta perderse de nuevo en el bosque.

Todas nuestras miradas fueron hacia Zul. El mago apaciguó la tormenta con unas palabras y luego sonrió, triunfante.

Pensé que no podría evitar ir hacia Sorcha y ayudarla a ponerse de pie, para mi sorpresa lo hizo. Permaneció donde estaba sin siquiera preguntarle si estaba bien.

—Zul, eso fue asombroso —dije.

Acompañé las palabras con un abrazo.

—Nada mal, mago.

Sorcha sonaba impresionada.

Intentó esconder la admiración en sus ojos sin lograrlo.

—¡Eso fue increíble! —exclamó Ian—. ¡Eres un gran mago, Zul! ¡Y tú también, Sorcha!

El aprendiz de mago parecía fascinado por lo que había presenciado. Sus ojos iban y venían entre Zul y Sorcha, mirando al mago con admiración y a Sorcha con adoración.

—Bien hecho, Zul —dijo Aiden palmeando su espalda.

El mago sonrió, contento consigo mismo. Era inusual verlo con aquella expresión victoriosa, feliz y confiado. Una expresión que me gustaba ver, que esperaba ver más seguido en vez del usual conflicto en su rostro.

Sorcha maldijo, limpiando una mezcla de baba y sangre de su ropa.

—Alguien robó mi espada, los Garms no estaban solos —dije—. Debemos encontrarla.

Necesitaba mi espada, me sentía vulnerable sin ella.

—¿Glace? —preguntó Sorcha con una sonrisa burlona—. ¿La hoja de hierro tiene un destello azul y la estrella del norte encriptada cerca de la empuñadura?

—Esa misma —respondí.

—Creo haberla visto en mi tienda hace un rato —replicó simplemente.

Miré atónita a Sorchá.

—¿Tú tomaste mi espada?! —grité.

—Estabas demasiado ocupada con Aiden como para notarlo —respondió Sorchá con ese tono de voz sarcástico que tanto me molestaba—. Tus instintos solían ser mejores, Adhara. El amor te ha arruinado.

Di un paso hacia ella pero Aiden y Zul vinieron a mi lado, deteniéndome.

—Tal vez si pasaras menos tiempo besándote con Aiden y riendo con Zul, notarías lo que pasa a tu alrededor. ¿U olvidaste que Akashik y su tonta y pretenciosa hija quieren nuestras cabezas? —continuó.

Sorchá había conseguido enfadarme más que los Garms en solo momentos. Deseaba que ese enorme perro al que había convertido en hielo reviviera y se arrojara sobre ella.

—Glacé. ¡AHORA, SORCHA! —grité.

Aiden y Zul intercambiaron miradas, listos para intervenir. Ian, por otro lado, miraba la situación entretenido como si se tratara de una simple discusión entre mujeres que no podía resultar en nada serio.

—¿O qué? ¿Vas a matarme con la espada que no tienes?

Aiden cerró la mano sobre mi brazo, manteniéndome allí.

—Puedo hacer magia —repliqué amenazante.

—¿Fuego contra hielo? ¿Un duelo hasta la muerte? —preguntó riendo.

No comprendía cómo podía comportarse de esa manera cuando estaba lastimada y con sangre en el pecho. Enfurecida, me solté de Aiden y fui hacia su tienda. Sorchá se interpuso en mi camino. Me preparé para escuchar otro de sus comentarios provocadores y para mi sorpresa llevó su mirada hacia Zul.

—¿Qué piensas, mago? ¿Debería darle su espada?

Fijó sus ojos azules en él, retándolo. Su pelo rojo se encontraba en una trenza desprolija y llevaba un simple vestido color beige.

Zul la miró incierto. Sorchá le sostuvo la mirada, desafiándolo a que hiciera algo. Entonces me di cuenta: no había robado a Glacé para molestarme a mí, sino a él. Para obligarlo a que le hablara. A juzgar por la mirada de Zul, también lo había descifrado.

Caminó hacia nosotras y se paró frente a Sorchá, sus ojos grises en los suyos.

—Deberías hacerlo —replicó el mago.

Retrocedí un poco, dándoles espacio, se sentía raro estar allí mientras se miraban de aquella manera intensa.

—No lo sé —respondió Sorchá—. El Zul que se preocupaba por mí era molesto, pero este Zul que pretende que no le importa, es odioso. Le daré la espada a la elfa, si vuelves a ser como antes.

Aquella expresión de felicidad que había tenido el mago luego de ahuyentar a los Garms se desvaneció por completo.

—¿Y qué hay de la Sorchá que me besó y dijo que estaba feliz de que estuviera con vida? Todas las demás son una terrible molestia —replicó Zul molesto.

—No recuerdo haberte besado y creo que mis palabras fueron «Es bueno que no estés muerto» —dijo Sorchá.

Zul la miró exasperado, había tantas emociones en él que no parecía ser capaz de enfocarse en una sola. Tomó la mano de Sorchá y la llevó hacia su pecho, apoyándola sobre su corazón. Había algo vulnerable en sus ojos grises. Sorchá se sonrojó, perdiendo su actitud defensiva.

—¿Qué quieres de mí, Sorchá? —preguntó.

Silencio.

—No es necesario ponerse sentimental, mago. Quiero que dejes de pretender que no existo y que Adhara es lo más grandioso de este mundo —se alejó de él y agregó—. Todos sabemos que me quieres a mí y no a la elfa.

Tras estas palabras se metió en la tienda y momentos después arrojó a Glace.

Zul permaneció parado donde estaba, demasiado perplejo como para hacer algo. Fui hacia la espada y la tomé en mis manos, aliviada.

—Wow —dijo Aiden—. Sorchá es... especial.

Intercambiamos una mirada y me hizo reír.

—Al menos logré molestarla —dijo Zul volviendo en sí—. Hizo todo eso por mí.

—Es astuta —me volví a Aiden y dije—: Debí hacer eso cuando estabas enojado conmigo por querer dejarte atrás en Zosma.

—¿Robar mi espada y no devolvérmela hasta que te hablara? —preguntó Aiden riendo.

—Es un poco infantil pero funcionó —dije.

Zul me miró y negó con la cabeza, riendo. Busqué a Ian pero no estaba allí, había regresado a su tienda. Debió ser difícil presenciar esa escena entre Zul y Sorchá.

—¿Qué hacían esos Garms aquí? —preguntó Aiden analizando a uno de los perros caídos—. Creí que solo habitaban en el bosque de Gunnar.

—Es inusual —respondió Zul—. Esos perros no deberían estar aquí.

## Escombros y cenizas

Aiden, Zul y yo permanecemos despiertos el resto de la noche. Alertas. En caso de que los Garms decidieran atacar de nuevo. Me aseguré de que la funda de Glace estuviera bien sujeta a mi cintura y me concentré en los alrededores. Sorcha había estado en lo cierto al decir que Aiden me distraía, incluso se las había ingeniado para robar mi espada sin que lo notara. No podía volver a bajar mi guardia, no hasta que el peligro hubiera pasado.

El mago se había sentado frente a la fogata y sus ojos se encontraban perdidos en las llamas. Por momentos se volvía alerta y por otros se perdía en sus pensamientos con una expresión risueña. Su pelo estaba más largo que cuando nos habíamos conocido, ondulado y desprolijo. No obstante había algo atractivo en él, algo enigmático. Me pregunté si cuando Sorcha lo veía sentía lo mismo que yo cuando veía a Aiden. Esperaba que sí, ya que claramente los sentimientos de Zul por ella no irían a ningún lado.

Aiden se encontraba recostado contra un árbol, miraba el bosque cada par de minutos y luego cerraba los ojos otro par. Intenté no mirarlo mucho, ya que cuando lo hacía, recordaba la forma en que me había besado y era imposible no distraerme.

La noche avanzó lenta, en algún momento debí haberme quedado dormida, ya que al abrir los ojos el sol estaba apareciendo en el horizonte. Aiden y el mago también se habían dormido. Al parecer todo estaba igual, no habíamos sufrido otro ataque.

Me sorprendí al ver una figura caminando entre los perros caídos, pero al notar el pelo rojo bajé la espada.

—Si así es como hacen guardia no volveré a dormir —dijo Sorcha.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Estos Garms no son de Gunnar, son de Izar. Akashik los envió —dijo Sorcha.

—No hay Garms en Izar —replicó Zul—. Solo en Gunnar.

Lo miré, no lo había oído despertarse.

—Un par de ellos dejaron Gunnar por la escasez de comida y comenzaron a atacar los pueblos. Las personas de allí fueron a Izar a pedirle ayuda a la reina. Akashik buscó a los perros y los controló con magia negra. Los mantenía en un bosque en las afueras de Izar y de vez en cuando les daba algún noble molesto del que necesitaba deshacerse. Aquellos que eran ambiciosos o hacían muchas preguntas —respondió Sorcha—. Akashik los envió tras nosotros.

—¿Por qué no lo dijiste anoche? —preguntó Aiden.

Podía oír el tono de sospecha en su voz.

—Estaba oscuro, no estaba segura de que fueran los mismos. Pero reconozco a aquel —dijo señalando a uno de los perros—. Tiene una gran cicatriz en el hocico.

—Eso significa que Akashik sabe donde estamos —dijo—. Podría atacarnos en cualquier momento.

Recorrí los alrededores con mis ojos, concentrándome en cada detalle de todo lo que nos rodeaba: árboles, plantas, rocas.

—No necesariamente —respondió Sorcha—. Los Garms tienen un excelente olfato, Akashik puede haberles dado algo que haya pertenecido a alguno de nosotros para que nos encuentren. Pero dudo que él haya venido tras ellos y dejado Lesath.

Tras esas palabras volvió hacia donde estaban los perros y los analizó más detenidamente, uno por uno.

—Akashik envió a los Garms tras nosotros por una razón —continuó Sorcha—. La pregunta es cuál.

Los tres nos acercamos, mirando a los perros pero no había nada que ver, solo sangre. Sorcha conocía a Akashik más que nosotros y si pensaba que se tramaba algo, debía ser cierto. No confiaba en ella, sin embargo estaba segura de que deseaba matar a Akashik tanto como nosotros.

—Por allí hay más perros —dijo Ian.

Me volví hacia él, preguntándome cuánto llevaba allí. El aprendiz de mago se alejó un poco, señalando algo distante que parecía una roca pero era uno de los perros caídos. Se nos adelantó y se arrodilló junto al Garm. Había compasión en sus ojos y tristeza, se sentía mal por el animal. Eso era algo bueno, a pesar de sus demás faltas sería un buen rey. No importaba que fuera torpe, precipitado o tímido, mientras tuviera un buen corazón.

—Hay algo en su boca, un pedazo de tela —dijo el aprendiz de mago.

Acercó la mano temblorosa a la mandíbula del perro y extrajo algo. Aiden, Zul, Sorcha y yo fuimos hacia él para ver de qué se trataba.

—Parece la manga de un vestido o algo así —dijo.

La levantó para que todos la pudiéramos ver. Estaba en lo cierto, parecía la manga de un vestido, estaba sucio de tierra pero parecía verde claro. El detalle de tela blanca en las mangas me resultaba familiar, como si lo hubiese visto en algún lado.

Zul lo arrebató de la mano de Ian y para mi sorpresa lo acercó a su rostro y lo olió. Al momento siguiente su expresión cambió drásticamente. Miedo. Furia. Ambas emociones claras en sus ojos.

—Esto es de Zada —dijo—. Partimos a Saiph. Ahora.

Sin perder tiempo comenzó a ensillar su caballo y a gritar que guardáramos todo.

—Zul, ¿estás seguro de que es de Zada? —pregunté poniendo una mano en su hombro.

Era una pregunta estúpida, sabía que estaba en lo cierto, recordaba haberla visto con aquel vestido.

—Sí. Le arrancaré el corazón si lastima a mi hermana —me espetó Zul.

—Me gusta como piensas, mago —dijo Sorcha.

—Cállate, Sorcha —le lancé una mirada de advertencia y me volví a Zul—. Akashik no sabe que tienes el Corazón del Dragón, hagas lo que hagas no puede saber que tú lo tienes. Buscaremos a Zada y luego...

—Lo mataré —me interrumpió Zul.

—No es necesario ser prudente —dijo Sorcha—. Posees el Corazón del Dragón, Zul Florian. Nada puede dañarte. En cuanto lo veas, camina directo hacia él con la seguridad de que nada de lo que haga puede detenerte, disfruta de ver el terror en sus ojos y destrúyelo.

—No será tan fácil, Akashik es astuto —dije—. Zul va a matarlo porque es necesario para salvar el reino pero no es como tú, no es un asesino.

Sorcha me miró como si lo que estaba diciendo fueran puras tonterías.

—Sorcha tiene razón. En cuanto lo vea, lo destruiré —replicó el mago.

Podía ver el tormento en sus ojos mientras lo decía, en lo único que podía pensar era en Zada. Se alejó de nosotras y se subió a su caballo de un salto.

Sorcha me dio la espalda pero tomé su capa, reteniéndola.

—¿Crees que la haya matado? —susurré.

Me daba miedo preguntarlo, me daba terror su respuesta, perder a Zada destrozaría al mago. No se recuperaría. Ya había sufrido demasiado, no podía seguir sufriendo, no se lo merecía.

—No. Akashik es un experto manipulando a las personas con sus miedos y debilidades. La hermana de Zul no le sirve muerta —dijo.

La poca tranquilidad que habíamos tenido se desvaneció como si nunca hubiera existido. Marchamos el resto del día, y el día siguiente y el siguiente. El mago no era el único con prisa, Aiden y yo también estábamos intranquilos ya que mis abuelos y su madre estaban en Saiph, donde vivían Zada y Talfan. Temíamos que algo les hubiera sucedido.

Nos deteníamos unas pocas horas al día para que los caballos pudieran descansar y continuábamos marchando. Incluso de noche. Zul apenas hablaba en aquellos ratos de descanso, se alejaba un poco y evitaba nuestra compañía. Pero había algo nuevo en él, una fortaleza que no había visto con anterioridad. No estaba lamentándose, ni dejándose vencer por los nervios. Estaba pensando en lo que debía hacer y que tenía el poder para hacerlo. Sus ojos grises me lo decían, su mirada era determinada. Ya no temía que no fuera lo suficientemente poderoso, sabía que lo era.

Esperaba que no fuera solo por el Corazón del Dragón, Zul siempre había sido un mago poderoso, solo que dudaba de sí mismo.

Aiden también estaba preocupado por el mago, se esforzaba por conseguir comida y que no perdiéramos tiempo. Dormía poco y estaba cada minuto del día alerta con la espada en su mano.

Glance estaba siempre conmigo e incluso cuando dormía o comíamos la tenía en mi mano.

A lo largo del camino, en cuya cercanía había pueblos, fuimos escuchando diferentes rumores. Algunos decían que la reina estaba preparando a la guardia real para luchar contra un enemigo pero nadie parecía saber de quién se trataba. O qué era lo que estaba sucediendo. Susurros sobre situaciones raras en el castillo nos llegaron

de tres hombres que hablaban cerca de los límites del bosque. Debían provenir de algún pueblo cercano. En más de una ocasión oí el nombre William Kingley pero no sabía de quién se trataba. Solo que hablaban de él en tono reverencial y que tenía relación con Lysha y la defensa de Lesath.

Las personas estaban bajo la impresión de que Lesath ya no era seguro, sin saber cuál era el peligro o a qué temerle.

Me pregunté qué excusa estaría utilizando Lysha para movilizar a la guardia real. ¿Qué diría de nosotros para mostrarnos como el enemigo? Tal vez utilizaba su magia para manipularnos y no era necesario mentirles. Sorcha creía que era probable.

Nos llevó cinco días llegar a Saiph. Y cuando lo hicimos estábamos tan cansados que apenas podíamos sostenernos. Los caballos estaban fatigados y avanzaban a paso lento mientras nos acercábamos a las afueras del pueblo.

Logré distinguir la granja en la que vivía Talfan a lo lejos y miré nerviosa a Zul. ¿Qué encontraríamos? Era la pregunta que se venía repitiendo en mi cabeza. ¿Zada? ¿Talfan? ¿Los habían encontrado? Mis abuelos y Elana Moor estaban con ellos. ¿Les había sucedido algo malo?

Necesitaba respuestas y al mismo tiempo temía encontrarlas.

—Allí está la granja —exclamó Zul.

Tras estas palabras partió al galope en aquella dirección. Apresuré a Daeron y galopé a su lado, no sabía qué encontraríamos pero lo enfrentaríamos juntos.

A medida que la granja se volvió más visible noté un humo negro que provenía de allí. Cuanto más nos acercábamos, más se sentían las cenizas en el aire. Me adelanté, galopando a gran velocidad hacia la construcción.

Una parte de la antigua casa tenía rastros de haber sufrido un incendio pero el resto todavía se mantenía en pie. Alguien lo había detenido antes de que consumiera toda la construcción. Mis abuelos, Elana, Talfan... ¿Qué les había ocurrido?

Rodeé la casa, yendo hacia la parte trasera, donde se encontraba lo que quedaba de la granja. Algunos de los establos habían sobrevivido y una cabaña que se encontraba junto a estos. La otra parte de la granja era escombros y cenizas.

Debía entrar a la casa para asegurarme de que no hubiera nadie adentro.

—¡TALFAN! ¡TALFAN!

La voz de Zul heló mi sangre. Me bajé de Daeron de un salto y corrí siguiendo su voz con Glace lista en mi mano. Cuando lo hallé estaba arrodillado en el pasto, había alguien junto a él, un cuerpo con una espada clavada. Quería negar lo que estaba viendo pero a pesar de la sangre, el rostro de Talfan se veía claramente.

—No...

Fue lo único que pude decir.

—¡TALFAN!

No sabía qué decir o pensar. Si Talfan estaba muerto, ¿dónde estaban los demás? Las lágrimas inundaron mis ojos. Apenas podía pensar, levanté la vista para asegurarme de que no hubiera más cuerpos en la cercanía.



Oí pasos. Aiden, Sorcha y Ian corrían hacia nosotros.

—¿Dónde está mi madre? ¿Dónde están todos? —preguntó Aiden.

Sus palabras se cortaron en cuanto vio el cuerpo del viejo maestro de Zul. El mago estaba aferrado a este, sus manos en el pecho de Talfan.

—Déjame ver —dijo Sorcha.

Apartó a Zul de un empujón y se agachó sobre el cuerpo, mirándolo detenidamente. Zul parecía tan estupefacto como yo. Ni siquiera le había prestado atención a sus sentimientos o al hecho de que había lágrimas en sus ojos, simplemente le había dado un empujón.

—Sorcha, qué diablos...

—No es Talfan —me interrumpió.

—¿Qué?! —preguntamos Aiden, Zul y yo al mismo tiempo.

Sorcha tomó la espada que estaba enterrada en el cuerpo de Talfan y la sacó. Al principio no noté la diferencia, pensé que Sorcha estaba equivocada, pero al ver el rostro comprobé que no era él. Era un hombre de avanzada edad que jamás había visto antes.

Zul miró el cuerpo con alarma y confusión, un rayo de esperanza comenzó a asomarse en sus ojos.

—Un viejo truco de Akashik. La ilusión es perfecta pero la espada siempre está enterrada justo en el centro del pecho y hay menos sangre de la que debería haber —dijo Sorcha.

—¿Akashik mató a un hombre y le dio la apariencia de Talfan? —pregunté.

Nunca había escuchado de ese tipo de ilusión sobre alguien muerto.

—Eso es espeluznante y asombroso a la vez —dijo el aprendiz de mago—. No sabía que la magia podía hacer eso.

—La magia puede hacer cualquier cosa —respondió Sorcha.

—Está con vida... Talfan está vivo —dijo Zul.

Su alivio era evidente.

—¿Por qué lo hizo solo con Talfan? ¿Por qué no manipularnos a todos? —preguntó Aiden.

—Porque nunca vio a los abuelos de Adhara, no conoce su apariencia. Y no sabe que tu madre está con vida —dijo Zul—. Eso significa que están a salvo, de lo contrario hubiese dejado más cuerpos.

Aiden y yo intercambiamos miradas de alivio y alegría. El mago se puso de pie con expresión más compuesta y comenzó a caminar por los alrededores. La madera había sufrido debido a las llamas y había cenizas en el pasto, podía ver tristeza y nostalgia en su rostro mientras observaba lo que quedaba de su hogar. Las cosechas estaban quemadas y los corrales de los animales vacíos, por fortuna alguien los había liberado.

Zul miró hacia los establos y comenzó a correr en dirección a ellos, hacia la cabaña que se encontraba próxima. Aiden, Sorcha, Ian y yo lo seguimos, los tres

atentos y listos para pelear en caso de que alguien nos atacara.

Seguimos al mago dentro de la cabaña. Era más grande de lo que aparentaba, había algunas herramientas contra una de las paredes, palas y otras cosas necesarias para trabajar la tierra. Y varios sacos que contenían maíz.

Zul estaba en el otro extremo de la cabaña, que estaba cubierto con alfalfa y heno. Parecía estar buscando algo en el suelo ya que revolvía el heno con sus manos, apartándolo de su camino. Tras unos momentos hizo un gesto victorioso y levantó una de las maderas, que reveló una puerta trampa.

Silencio. El mago permaneció quieto como si estuviera observando a alguien y luego una figura emergió del hueco y se arrojó sobre él.

Corrí hacia el mago alarmada pero Aiden me detuvo.

—¡Es Zada! —dijo.

La figura llevaba una capa verde. Rodeó el cuello de Zul con sus brazos y este la abrazó, apoyando su cabeza sobre la suya. Permanecieron así por un tiempo, disfrutando el momento.

—Qué conmovedor —dijo Sorcha.

La joven que abrazaba a Zul giró su cabeza hacia nosotros, haciendo su rostro visible. Grandes ojos iguales a los del mago encontraron los míos, pelo revuelto y con heno enmarcaba el rostro de Zada. Estaba tan desalineada en comparación con otras veces que la había visto, que debía llevar allí bastante tiempo. Su apariencia desprolija resaltaba aún más su parecido a Zul. No había duda de que eran hermanos.

—¿Cómo sabemos que en verdad es Zada y no otra ilusión de Akashik? —preguntó Aiden con cautela.

Asentí con la cabeza y levanté la espada sin confiarme, estaba en lo cierto.

—Soy yo —respondió Zada simplemente.

—Poco convincente —replicó Sorcha—. Debería atravesarla con una estalactita para asegurarnos de que no es Lysha.

Sonaba poco probable, aunque si en verdad era Lysha nada me hubiera gustado más que ver a Sorcha atacarla con su hielo. De solo recordar la manera en que la reina me había apuñalado y la cruel sonrisa en su rostro, sentía una profunda furia crecer en mi pecho.

Zada se puso de pie, soltando a Zul y caminó hasta estar frente a Sorcha. Su rostro era pura actitud.

—Atrévete —dijo Zada.

Ambas se miraron, claramente las dos sentían desagrado por la otra. Sorcha con su pelo lacio, del color del fuego y sus ojos azules fríos como hielo. Zada con pelo negro y profundos ojos grises.

Se mantuvieron la mirada, desafiándose. Sorcha odiaba a Zada porque había intentado matarla de un flechazo, lo cual hubiera logrado de no haber sido por mí. Y Zada odiaba a Sorcha porque había intentado matar a Zul en varias ocasiones y porque creía que lo había hechizado para que se enamorara de ella.

El mago miró a ambas sin saber qué hacer. La tensión era tan perceptible como el aire.

—Tendré tu sangre en mis manos antes de que logres sacar una flecha —le advirtió Sorcha.

—No te temo —respondió Zada—. No eres más que una...

—Aliada —se apresuró a decir Aiden—. Sorcha nos está ayudando a derrotar al Concilio. Mató a Blodwen.

Zada miró a Aiden y luego a Sorcha de nuevo, intentando decidir si creerlo o no.

—¿Qué sucedió? —preguntó Zul yendo hacia ella—. ¿Dónde está Talfan? Akashik envió Garms tras nosotros. Uno de ellos llevaba tela de uno de tus vestidos.

Se volvió hacia Zul y le sonrió de manera afectuosa.

—Talfan está bien, hermano. No debes preocuparte.

Tras ver mi expresión ansiosa y la de Aiden agregó:

—Todos se encuentran bien. Lograron escapar antes de que Akashik llegara. Están en camino a Naos.

—¿Mis abuelos regresaron a Naos? —pregunté.

La hermana de Zul asintió. Me encontraba feliz de que regresaran a su hogar, solo esperaba que el peligro no los siguiera allí.

—No sé dónde han estado pero Lesath se ha vuelto más peligroso que antes. Akashik vino unas noches atrás, solo. Talfan supo que vendría, no sé si lo adivinó o si su hechizo funcionó. Desde que perdió su magia comenzó a leer viejos libros sobre otro tipo de magia, relacionada con hierbas y pócimas. No es magia, sino... no estoy segura de qué es. En fin, Talfan dijo que Akashik nos encontraría. Esa tarde partieron a Naos. Yo permanecí aquí escondida en uno de los establos y lo presencié todo. Tras revisar la casa, la prendió fuego. Debió haber tomado uno de mis vestidos. Aguardé aquí escondida, esperando, porque sabía que vendrías a buscarnos. Debía decirte que estábamos bien —dijo Zada.

El mago la abrazó, reposando la cabeza sobre su hombro. Zada acarició el pelo de Zul como si fuera un niño.

—Si algo te hubiera pasado, hubiera deseado estar muerto también —dijo Zul.

—No digas eso —respondió Zada.

Los miré enternecida, era conmovedor ver lo mucho que se querían. Aiden rodeó mi hombro con su brazo y me atrajo hacia él.

—¿Dónde está Akashik ahora? —preguntó Sorcha—. ¿De qué sirve abrazarse si estarán muertos al anochecer?

Zada dejó escapar un suspiro e ignoró a Sorcha. Su mirada fue hacia Ian, quien había estado en un rincón aguardando en silencio.

—¿Quién es ese joven? —preguntó Zada.

El aprendiz de mago se acercó unos pasos e hizo una especie de reverencia.

—Mi nombre es Marcus Ian, todos me llaman Ian —dijo—. Soy... soy...

Vi el conflicto en su rostro, no estaba seguro de quién era. No sabía si presentarse

como un aprendiz de mago ya que su futuro ya no era ser un mago y tampoco parecía convencido de que era el futuro rey.

—Soy el primo de la reina Lysha —terminó.

—¿El primo de la reina Lysha? —repitió Zada confundida.

Ian asintió.

—Ian es más que eso, es un aprendiz de mago y asumiré el trono de Lesath cuando terminemos con Lysha —dijo.

El joven aprendiz de mago empalideció un poco, le costaba pensar en sí mismo como un rey. Pero sus ojos se habían iluminado un poco cuando dije que era un aprendiz de mago. Era parte de él, quien había sido toda su vida y no iba a cambiar porque su futuro fuera diferente a lo que se había imaginado.

—¿A qué te refieres con cuando terminen con Lysha? Lysha es la reina —replicó Zada—. Esa pobre niña ya ha sufrido bastante.

—Esa pobre niña es una serpiente que quiere matarnos a todos —dijo Sorcha.

—Es hija de Akashik, intentó matar a Adhara. Nunca fue una pobre niña, sino una astuta villana —dijo Aiden.

Ambos hablaron al mismo tiempo. Zada abrió los ojos de par en par observándolos, mareada por tanta información.

—Lysha es hija de Akashik, es una de ellos. No puede seguir reinando Lesath —dijo Zul.

—¿Hija de Akashik? Nunca lo hubiera pensado —respondió Zada dirigiendo su mirada a Ian—. ¿Y tú eres su primo?

—La reina Ciara era la hermana de mi padre —respondió Ian.

—Si Lysha muere, el trono le pertenece a Ian. Lesath tendrá un verdadero rey, uno bueno —dijo.

Ian me sonrió pero podía ver que aún estaba avergonzado. Zul le explicó a Zada todo lo que había ocurrido desde que nuestros caminos se habían separado luego de dejar la posada de Goewyn en Zosma. Le explicó cómo fuimos al Monte Luna en busca del Corazón del Dragón; cómo Lysha nos había seguido y me había apuñalado; cómo fuimos tras Blodwen; lo ocurrido en la corte del Hechicero de Hielo, y que un grupo de winsers se nos unirían para terminar con Akashik y con Lysha.

Cuando terminó su relato, dejamos la cabaña y fuimos hacia la casa. Lo que quedaba de ella. La habitación de Talfan se había quemado por completo y el comedor estaba arruinado, había cenizas y trozos de madera por todos lados. Pero la habitación de Zul estaba casi intacta a excepción de algunas quemaduras en las paredes. Debía ser porque se encontraba escondida debajo de unas tablas de madera en el piso. Talfan había mantenido la existencia de Zul en secreto para protegerlo y había construido su habitación debajo de la casa para que permaneciera escondido.

Akashik sabía que vendríamos a Saiph, nos había enviado aquel pedazo de tela para que lo hiciéramos. Sabía que una confrontación sería inevitable y probablemente quería hacerlo lejos de Izar, en un lugar lo suficientemente alejado. El hogar de

Talfan era ideal.

Aiden y Zul coincidían conmigo. Pasamos el resto del día limpiando la casa y haciendo lo posible para convertirla en una especie de fortaleza.

La granja de Talfan estaba en las afueras del pueblo, había decidido vivir lejos de los demás para poder criar a Zul y a Zada con más privacidad y esconder al mago. Era el lugar perfecto para tener una batalla sin testigos o, al menos, era menos probable que las personas del pueblo sospecharan.

Arreglamos las puertas y ventanas con tablas de madera, asegurándonos de que todas las entradas a la casa estuvieran cerradas y pusimos las bolsas de dormir en lo que había sido el comedor. Era mejor si permanecíamos todos juntos.

Zul y Zada fueron a hablar a la habitación del mago, dejando que nos encargáramos de la comida. Tenían mucho de qué hablar, Zul no le había contado que llevaba el Corazón del Dragón ni lo que eso significaba y tampoco le había contado que Sorcha provenía de la línea de sangre de Lisabeth Derose, la Dama Draconis.

Sorcha inspeccionó la casa con una mirada curiosa, mientras Aiden, Ian y yo reunimos lo que encontramos de comida. Permaneció callada casi toda la tarde, hablando apenas o haciendo alguno de sus comentarios sarcásticos. Me pregunté si estaba pensando en la infancia de Zul, si se estaba preguntando cómo había sido el pasado del mago.

Si lo hizo, no dio indicación de ello. La mayor parte del tiempo se paseó por la sala, con una expresión seria, observando los objetos que habían sobrevivido al incendio. Libros, lienzos con dibujos, adornos.

La mayoría de los dibujos debían ser de Zada ya que sabía que era buena pintando pero algunos de ellos definitivamente eran de Zul. Diferentes colores, la mayoría oscuros, se mezclaban unos con otros sin formar ninguna figura. Eran desastrosos.

—Zada parece amable —dijo Ian.

Estaba cortando unas zanahorias, sus ojos ocasionalmente seguían a Sorcha y luego regresaban a las zanahorias. En más de una ocasión estuvo cerca de rebanarse un dedo.

—Lo es —respondí.

—¿Ella y Zul son mellizos? —preguntó.

—No, Zada es mayor que Zul —respondió Aiden.

Esto pareció sorprenderlo. Si bien ambos tenían el mismo pelo oscuro y ondulado, Zada, a diferencia de Zul, siempre lo llevaba prolijo; también compartían aquellos enigmáticos ojos grises. Además, Zada no parecía mayor que Zul; a decir verdad el mago aparentaba ser mayor que ella.

—Oh, no lo parece —observó Ian.

Parecía tener otra pregunta en mente.

—¿Ella también posee magia?

—No, solo Zul —respondí.

—Es curioso, Braen tampoco y es lo mismo con el hermano de Elar —dijo Ian.

—La magia es inusual en los hombres, no muchos poseen el don —repliqué—. No es algo que se pase con la sangre.

El aprendiz de mago asintió pensativo.

—No dormiremos esta noche —dijo la voz de Sorcha.

Estaba apoyada junto a una ventana, su mirada perdida, mirando por el espacio que había quedado entre las maderas. Cruzó los brazos y su expresión se volvió más seria.

—¿Ves algo? —preguntó Aiden alerta.

—No, pero tengo la sensación de que hay alguien allí afuera —replicó.

## La traición

Aiden y yo nos acercamos a la ventana junto a Sorcha. Se veía poco, ya era de noche y había nubes cubriendo la luna. Observé detenidamente el paisaje que nos rodeaba pero no vi nada que llamara mi atención. Las palabras de Sorcha y la manera en que las había dicho se repetían en mi mente.

Zul y Zada se nos unieron al poco tiempo, emergieron por la escalera que salía de la habitación del mago, charlando en voz baja y compartiendo una sonrisa. La expresión de Zada, sus ojos hinchados, me decían que había derramado algunas lágrimas. Sabía del Corazón del Dragón, que Zul lo tenía y que si alguien se lo quitaba perdería su magia. Pero aun así los dos parecían contentos de haberse reencontrado y poder charlar. Zul siempre miraba a Zada con ojos protectores y cariñosos, era evidente que quería a su hermana. Y Zada lo miraba con profundo afecto, como si fuera un pequeño niño que debía cuidar. Pero también sentía orgullo, sabía que Zul era poderoso, que era un buen mago.

Todos se sentaron en el suelo y comenzaron a comer. Aiden me llamó para que me sentara a su lado pero permanecí en la ventana. Me sentía más tranquila allí, mirando los alrededores, asegurándome de que una figura no se desprendiera de las sombras y se escabullera hacia la casa.

El mago había utilizado su magia para mandarle un mensaje a los winsers, indicándoles dónde nos encontrábamos. Pero eso no significaba que llegarían antes que Akashik. Pensamos que podíamos elegir cuándo y dónde atacar, que podíamos armar una estrategia y arrinconarlo en el castillo pero Akashik era astuto. Era él quien seguía manipulando las circunstancias, creando trampas a nuestro alrededor.

Zul se acercó y tras darme un plato de estofado permaneció de pie a mi lado. Sus ojos alertas, con aquel brillo peligroso, siguieron los míos, mirando por la apertura de la ventana.

—Adhara.

—Zul.

—Le conté a Zada, acerca del amuleto —dijo en voz baja.

—¿Cómo se lo tomó? —pregunté.

—Me regañó por enojarme contigo, estaba feliz de que hubieras usado la maldita piedra para salvarme la vida —respondió.

Esto me hizo sonreír.

—Siempre me agradó Zada —dije—. ¿Qué hay de Sorcha?

—¿Qué hay de ella? —preguntó el mago fingiendo indiferencia.

—¿Le contaste a Zada acerca de su situación... complicada?

El mago rio y volví mis ojos a él.

—Si te refieras a las peleas, sus cambios de humor, aquel beso que espero no haber imaginado... no —hizo una pausa y agregó—. Tal vez Sorcha y yo somos demasiado complicados para estar juntos.

Dejé escapar una risa, la forma pesimista en que lo dijo fue más graciosa que trágica.

—Aiden y yo somos complicados —dije simulando sentirme ofendida.

Una sonrisa desconcertada apareció en su rostro.

—No como Sorcha y yo. Sorcha es peor que tú y yo no soy ni la mitad de impulsivo que Aiden —replicó el mago.

Iba a bromear con cómo había besado a Sorcha en el castillo del Hechicero, cuando ella le había ordenado que la dejara sola pero Zada se acercó a nosotros.

Lucía radiante y llevaba el pelo recogido como hacía usualmente. Vi botas largas bajo su vestido y el arco y flecha en su espalda.

—Mi persona favorita en el mundo —dijo Zul al verla.

Tras esto golpeó su codo levemente contra el mío y agregó: «Además de ti».

—Nos debes estar confundiendo con una joven de pelo rojo y ojos azules —respondió Zada—. Y terrible temperamento.

—¡Zada!

El mago miró hacia donde estaban los demás, Sorcha hablaba con Ian, haciendo figuras con el humo que salía del caldero de estofado.

—Cuando me lo dijiste pensé que era una locura pasajera pero vi la forma en que la miras. Realmente estás enamorado de ella —dijo Zada.

Zul asintió, su humor se había ido, temía que Zada estuviera molesta.

—Sorcha no es tan mala como parece —dije.

Recordé cuando oí su conversación con Aiden en el bosque, cuando dijo que se mantenía alejada de Zul para no quitarle el Corazón del Dragón. Zul me miró, sorprendido de que dijera algo a favor de Sorcha, sabía que la odiaba. Aunque últimamente no era odio sino irritación. Sorcha me irritaba profundamente.

—Si tú lo dices, debo creerte, Adhara —respondió Zada—. Deberé aprender a tolerar sus terribles modales y su mal temperamento.

—No sabes lo que te espera —dije.

Era verdad, no lo sabía.

Zada me sonrió y para mi sorpresa dio un paso hacia mí y me abrazó.

—Gracias por salvar a Zul.

Palmeé su espalda, ya no me sentía incómoda ante el contacto como cuando había llegado a Lesath.

—No iba a dejarlo ir, sin importar cuánto se quejara —respondí—. Zul es fácil de querer.

—Sí, lo es —respondió Zada.

Sacudió el pelo de su hermano despeinándolo. Zul retrocedió algo avergonzado y luego estiró la mano hacia Zada y comenzó a desacomodarle el pelo.

Era gracioso verlos actuar como hermanos. Miré por la ventana una vez más, analizando los alrededores y luego fui a sentarme junto a Aiden.

Pasamos la noche lado a lado, atentos a los sonidos, mirando hacia la puerta de a



ratos. Nadie parecía capaz de conciliar el sueño cuando la amenaza que representaba Akashik podía presentarse en cualquier momento. Habíamos decidido turnarnos para hacer guardia pero nadie quería bajar la suya. Nadie a excepción de Ian; el aprendiz de mago dormía profundamente en un rincón de la sala.

En caso de ser atacados habíamos acordado esconderlo en la habitación del mago y mantenerlo fuera de la pelea. No había estado de acuerdo pero sabía que no lo dejaríamos pelear. Era demasiado arriesgado y solo nos preocuparía: como no podía controlar su magia, no tenía cómo defenderse.

Zada fue hacia Ian y lo tapó con una frazada. Había algo en sus ojos cuando lo miró, como si lo encontrara adorable. No era exactamente la misma manera en que miraba a Zul, había algo diferente.

Dudaba que se sintiera atraída por él, Zada era unos años mayor que Ian.

La noche pasó sin acontecimientos, en algún punto todos debimos quedarnos dormidos por un breve rato pero cuando el sol salió estábamos despiertos y a salvo.

Sorcha estaba parada junto a la misma ventana que antes y el mago sentado contra la pared cerca de ella. No se miraban entre ellos pero habían mantenido esa proximidad desde la mitad de la noche. Era como si encontrarán alivio en el hecho de que en caso de un ataque se encontrarán cerca. O al menos Zul, la expresión de Sorcha no revelaba mucho.

Aiden atrajo mi cara hacia él y me besó, interrumpiendo mis pensamientos. Sentí sus labios cálidos contra los míos, su mano en mi cintura y por unos momentos me olvidé de todo.

¿Por qué no podíamos tener más momentos así? Ansiaba el día en que no tuviéramos que vivir con la espada en la mano, siempre alertas a nuestros alrededores.

—Esta mañana luces hermosa —dijo Aiden corriendo un mechón de pelo de mi rostro.

Lo dudaba, mi pelo estaba despeinado y debía tener ojeras por el cansancio. Él, sin embargo, sus ojos marrones con aquella mirada luminosa y sus facciones delicadas pero masculinas, sí estaba hermoso.

—No tanto como tú —respondí.

Me besó otra vez, de manera abrupta, enredando su mano en mi pelo y atrayéndome hacia él.

—No otra vez. Creí que habían aprendido su lección —espetó Sorcha.

Nos separamos un poco y le lancé a Sorcha una mirada molesta. Esta volvió su vista a la ventana y noté que sus ojos se abrieron alarmados. Desenfundé a Glace y me puse de pie. Aiden, Zul y Zada me observaron sorprendidos pero me imitaron.

—¿Qué ves Sorcha? —pregunté.

Todas las miradas se volvieron a ella. Ian bostezó y tras abrir los ojos nos miró a todos confundido, como si hubiera olvidado dónde estaba.

—Humo —respondió Sorcha—. Humo negro, en el bosque.

Nos acercamos a donde estaba y miramos por la apertura de las dos maderas, una línea de humo negro se elevaba sobre la copa de los árboles. El humo aparentaba demasiado oscuro y espeso como para ser natural. Magia.

—Akashik —dijo el mago.

—Es él —replicó Sorcha—. Nos está convocando.

Aiden pasó su brazo alrededor de mi hombro y me sostuvo contra él. Había algo desafiante en su mirada, algo desafiante y letal. Estaba listo para pelear.

—¿Qué haremos? —preguntó Zada.

—Tú no harás nada. Te quedaras aquí protegiendo a Ian, Zada —replicó Zul.

—No, iré contigo —respondió casi gritando—. Le prometí a nuestros padres que te cuidaría y eso es lo que haré.

—Tus flechas serán una broma para Akashik. Solo serás un estorbo —dijo Sorcha.

—Por si no lo recuerdas una de mis flechas casi te mata —respondió Zada exasperada—. No deseo discutir contigo, Sorcha. Este es un asunto entre hermanos.

Me sorprendió lo mucho que controló su voz en las últimas palabras, podía ver por su expresión que nada le hubiese gustado más que lanzarle a Sorcha otra de sus flechas pero estaba intentando llevarse bien con ella por Zul.

Sorcha dejó escapar una risa burlona, como si realmente fuera a callarse porque Zada se lo había pedido.

—Akashik no sabe quién tiene el Corazón del Dragón ni por qué fuimos a Eira a ver al Hechicero de Hielo. Sabe que Elar es un mago poderoso y no sabe qué esperar —dijo Sorcha.

—Y quiere usar esta oportunidad para averiguarlo —respondí—. Por eso nos está convocando, quiere observar la situación.

Sorcha conocía a Akashik, sabía mejor que nosotros cómo pensaba. Y lo que decía tenía sentido.

—Eso no significa que no vayan a estar en peligro —replicó Zada.

—Estaremos bien —dijo el mago—. Zada, por favor, quédate aquí y cuida de Ian.

Intercambiaron una larga mirada que decía mucho. Pensé que no lograría convencerla de quedarse pero finalmente Zada maldijo en voz baja y fue hacia donde se encontraba el aprendiz de mago.

Tomé mi capa mientras los otros se preparaban y escondí mis orejas élficas bajo la capucha. No sabía si Akashik estaría solo y habíamos escuchado rumores de que la reina había movilizado a la guardia real. Era mejor ser cauta, además siempre era bueno tener el elemento sorpresa. Si debía pelear con sus guardias me subestimarían pensando que era un simple joven.

Zada abrazó a su hermano y le rogó que tuviera cuidado.

—Quédense aquí —le dijo Zul una vez más con tono de advertencia.

Temía que su hermana lo desobedeciera y fuera tras nosotros, podía verlo en su rostro.

—Escóndanse en la habitación de Zul, estarán más seguros allí —dijo Aiden—. Y en caso de ser atacados o que no regresemos, vayan a Naos.

—Estoy de acuerdo con Aiden —respondió el mago.

Zada asintió. Era evidente que deseaba venir con nosotros pero tras ver cómo tomó a Ian del brazo de manera protectora supe que no intentaría nada tonto. El aprendiz de mago se sorprendió por su gesto y la miró algo sonrojado.

—Nos veremos pronto —dijo el mago mirando a Zada.

—No te preocupes, Zul. Cuidaré de tu hermana —intervino Ian con voz segura.

Su rostro que usualmente era alegre y gentil se volvió más serio y le indicó a Zul sus manos como recordándole acerca de su magia. Lo gracioso era que era Zada quien cuidaría de él. Sin embargo, Ian se veía determinado a protegerla. Esperaba que no intentara hacer ningún hechizo, la magia de Ian más que un arma era un peligro para sí mismo.

—No lo dudo —dijo Zul esforzándose por mantener su expresión seria y no reírse.

Zada miró a Ian con una mirada peculiar y luego sus ojos buscaron a su hermano.

—Cuida de él, Adhara —me pidió.

—Siempre —respondí—. Aunque temo que Zul terminará protegiéndonos a todos, tu hermano es un gran mago.

—Lo sé —hizo una pausa midiendo lo que iba a decir y agregó—. Ten cuidado, Sorcha.

Todos la miramos sorprendidos, Zul apenas podía creerlo y Sorcha... su expresión iba más allá de la incredulidad.

—Son ellos quienes deben cuidarse de mí —respondió.

Tras estas palabras le hizo un gesto de adiós a Ian y salió por la puerta. Su pelo flameando a causa del viento sobre su corta capa roja. Había algo en ella que emanaba fortaleza, un fuego interior debajo de todo el hielo tras el que se escondía.

Nos despedimos de Zada y Ian y fuimos tras ella. Daeron, que estaba pastando cerca de la casa junto a los demás caballos, levantó la cabeza al verme. Acaricié su cuello y le dije que se quedara allí. Era mejor si íbamos a pie, seríamos más silenciosos. Además, no me gustaba poner a Daeron en situaciones peligrosas.

Aiden caminó a mi lado, nuestros hombros casi se tocaban. La noche anterior había deslizado mi mística en un bolsillo dentro de su capa. Había perdido la suya y esperaba que la mía hubiera recuperado sus propiedades y lo protegiera de la magia. La pequeña piedra blanca le serviría de protección contra algunos hechizos.

Sorcha caminaba adelante y Zul detrás de ella. Ambos tenían esta actitud poderosa y desafiante. Tal vez ese sería el fin, si lográbamos matar a Akashik y Lysha, Lesath sería un lugar seguro y libre de nuevo.

Al llegar al borde donde comenzaba el bosque intercambiamos miradas, el humo que se asomaba sobre los árboles, estaban cerca.

—Esconde la cadena del amuleto debajo de tu capa, Zul. Puedo verla —dije.

El mago llevaba el Corazón del Dragón escondido bajo su ropa desde que se lo había puesto pero a veces se podía ver la cadena alrededor de su cuello. Akashik no podía saber que él lo tenía.

—Adhara y yo permaneceremos cerca de ti para protegerte en caso de que lo descifre, pero no demasiado o será evidente —dijo Aiden.

Zul asintió y ajustó su capa, cubriéndose el cuello.

—No puedo esperar a tener a esa niñita en mis manos. Veremos qué tan mala se cree entonces —dijo Sorcha.

Sabía que se estaba refiriendo a la reina Lysha. Sorcha la odiaba porque la había engañado, haciéndole creer que era buena, como a todos nosotros, y la había capturado para cambiarla por el Corazón del Dragón.

—Por primera vez coincidido contigo, Sorcha. Tú y yo terminaremos con ella —repliqué.

—No necesito tu ayuda para matar a ese intento de reina, Adhara —me espetó Sorcha—. Y tú concéntrate en Akashik, mago.

Sorcha parecía haber asumido el rol de líder, no me sorprendía que le hubiera tomado el gusto a dar órdenes tras haberlas recibido toda su vida.

Avanzamos hacia el interior del bosque. Caminamos sigilosamente para no revelar nuestra posición. El humo se nos acercaba más y más hasta que casi podía sentirlo en mi rostro.

Miré a Aiden, esperando que la mirada le transmitiera mis sentimientos mejor que las palabras. Aiden me besó, de manera breve pero con pasión. Luego se me adelantó, con la espada en la mano. No intenté salir de su postura protectora o adelantarme. Me encontraba tranquila sabiendo que lo estaba protegiendo con la mística que había escondido en su ropa.

Zul levantó la cabeza como si hubiera visto algo y se detuvo en su lugar.

Tras unos árboles, en la cercanía, había dos figuras esperándonos junto a una fogata con fuego oscuro. Uno era un hombre vestido con una túnica oscura. Su pelo era negro al igual que sus ojos. La otra era una joven con largos rizos rubios que llevaba adornados con una corona.

Nos vieron en el mismo momento que nosotros a ellos. Nos acercamos con precaución pero listos para actuar en caso de que atacaran.

Akashik tenía la misma mirada malvada y calculadora que la última vez que lo había visto. Nos observó uno por uno, sin duda buscando el amuleto, pero su mirada se detuvo en Sorcha.

Lysha parecía una niña enojada y a juzgar por sus grandes ojos azules, su enojo estaba dirigido hacia mí. No estaba segura de si se debía a que había sobrevivido a la daga que me había clavado o porque había matado a Seith, tal vez a las dos cosas.

—Sorcha, verte con vida trae un gran alivio a mi corazón. Sabía que Blodwen no podría contra ti, siempre le advertí que no te subestimara —dijo Akashik—. Acércate.

Apenas podía creer en sus palabras.

—Tú no tienes corazón —le espeté.

Akashik me ignoró, sus ojos en Sorcha.

—Sin duda has oído que soy descendiente de Lisabeth Derose —replicó Sorcha—. ¿Qué otra razón tendrías para esta farsa?

La sonrisa calculadora de Akashik se desvaneció, Sorcha estaba en lo cierto, sabía quién era.

—Tu favorito siempre fue Seith, elegiste mal —continuó.

—Tienes razón —respondió Akashik—. Evidentemente, Seith fue una gran equivocación de mi parte, pero podemos corregir ese error.

Estaba intentando manipularla para que se uniera a él, con su tono de voz persuasivo y una mirada que prometía los mismos cielos si hacía lo que le pedía.

Lysha hizo una mueca molesta pero recompuso su expresión, en verdad había tenido sentimientos por Seith.

Aiden, Zul y yo miramos a Sorcha nerviosos, temiendo que creyera en sus palabras.

Silencio.

Luego, para sorpresa de todos, Sorcha dejó escapar una carcajada.

—Soy Sorcha Hale, poseo la bendición de los dragones, mi único error fue no congelar tu corazón mientras dormías y arrancarlo de tu pecho para alimentar a los Garms —dijo Sorcha.

Apenas podía creer lo que había dicho, pero una vez que lo hice sentí un inmenso alivio. La expresión de Akashik permaneció inmutable pero algo en sus ojos reveló que aquellas palabras lo habían perturbado. Sabía que no iba a poder manipularla.

—Ahí tienes tu respuesta —dijo Zul.

No solo estaba aliviado, sino que miraba orgulloso a Sorcha.

—¿Cómo te atreves a hablarle a mi padre de esa manera? —la voz de Lysha sonaba furiosa—. Tu linaje no es nada en comparación al nuestro.

—Cuando termine contigo podrás contemplar tu linaje más de cerca, ya que voy a vaciarte de tu sangre y después ahogarte en ella, su majestad —replicó Sorcha.

No sabía cómo se le ocurrían ese tipo de insultos o si en verdad pensaba vaciarla de su sangre; a Sorcha ser cruel le resultaba fácil, pero no podía negar que disfruté de la reacción de Lysha. Su rostro aniñado empalideció, sus grandes y redondos ojos azules se abrieron de par en par y luego miró a Akashik con una expresión escandalizada.

—No tenía idea de que disfrutabas tanto la sangre, Sorcha. De lo contrario te hubiera prestado más atención. Mi error, de nuevo —dijo Akashik—. Lysha, querida, creo que Sorcha necesita ser persuadida.

Lysha asintió y dio un paso hacia nosotros. Cerca de ella estaba la fogata con llamas oscuras que había provocado el humo, tras unas palabras de ella las llamas se reavivaron y una nube de humo negro nos cubrió a todos.

Actuamos rápido, le dije a Aiden que se quedara junto a Zul y me apresuré hacia

donde había estado Lysha. Oí gritos y vi siluetas moverse a mi alrededor. Por un momento el humo me envolvió de tal manera que no estaba segura de hacia dónde ir pero luego vi una capa roja pasar a mi lado y la seguí sabiendo que era Sorcha.

Utilizó su magia para disipar un poco el humo y pudimos ver con más claridad. Ambas nos arrojamos sobre Lysha en el momento en que la vimos, interfiriendo una con el ataque de la otra.

—¡Apártate de mi camino, elfa! —gritó Sorcha.

—¡Tú apártate! —grité.

Lysha nos atacó a las dos y Sorcha la detuvo con su magia.

—¡Mataste a Seith! —gritó Lysha—. ¡Lo mataste, Adhara! Pero yo lo vengaré.

—¡Él intentó matarme a mí! —respondí dirigiendo mi espada hacia ella.

Todo era muy confuso. Lysha me gritaba a mí y Sorcha le gritaba a ella, el humo formaba una cortina que no nos permitía ver a los demás.

—¡Voy a ahorcarte con esa linda corona que llevas en tu cabeza! —gritó Sorcha.

Dudaba seriamente de que eso fuera posible. Esquivé otro ataque de Lysha y me concentré en hacer magia, imaginé las llamas en mi cabeza, su color anaranjado, su calor. Cierta parte de mí todavía temía usar magia y era por eso que no lograba hacer los hechizos. Pero tras esquivar otro ataque por solo centímetros, me deshice de mi miedo y grité las palabras una vez más.

Una línea de fuego comenzó a expandirse detrás de Lysha cortándole el paso, Sorcha aprovechó su sorpresa y la atacó con hielo.

—¡Aiden!

La voz del mago me detuvo donde estaba. Me volví buscándolos entre lo que quedaba del humo. Akashik estaba atacando a ambos, su hechizo no funcionó contra Zul pero tampoco contra Aiden. La confusión en su rostro era evidente. Incluso Zul y Aiden parecían confundidos. La mística que había puesto en la capa de Aiden debía estar funcionando, lo estaba protegiendo.

Algo impactó contra mi pecho y caí de espaldas con un fuerte dolor, me había descuidado. Sorcha cayó a mi lado y Lysha rio victoriosa.

—Esa niña es más poderosa de lo que parece —dijo Sorcha—. Deja de preocuparte por los demás, tenemos una reina que matar.

Asentí y me puse de pie. Lysha era hija de Akashik y sabía cómo usar magia negra, sabía que era poderosa.

Atacamos de nuevo, esta vez coordinando nuestros ataques en vez de estorbarnos. No era fácil, debíamos estar mirándonos constantemente para adivinar qué iba a hacer la otra. Cuando peleaba junto a Aiden había cierto entendimiento entre nosotros que nos permitía pelear juntos con facilidad. Con Sorcha era todo lo contrario.

—Ve por detrás, Sorcha —le dije en voz baja.

—¡Lo haría si lograras distraerla! —respondió.

Fallamos en otro ataque más. Era difícil acercarse a ella, Lysha no era rápida pero lanzaba un hechizo detrás de otro esperando que alguno nos diera.

Con cada momento sentía más enojo, Lysha me había apuñalado, había estado muy cerca de quitarme la vida.

—Lysha me apuñaló y te mantuvo prisionera, vamos a terminar con ella —dije.

—Matemos a esa perra —replicó SORCHA.

Esto debió motivarnos a ambas ya que actuamos con rapidez y determinación. SORCHA esquivó uno de sus ataques y se apresuró a gritar un hechizo. Uno de los pies de Lysha se congeló, haciendo que se tropezara y dándome la oportunidad perfecta.

—¡Mátala, Adhara!

Levanté la espada en mis manos y la dirigí hacia la reina. El miedo en su rostro la hacía lucir más joven, tenía solo quince años. ¿Podía terminar una vida tan joven?

Clavé mi espada en su cintura. En el mismo lugar donde ella me había clavado la daga, pero no hundí la hoja en ella. La herí lo suficiente como para inutilizarla pero no matarla.

SORCHA se acercó a ella con una estalactita en la mano, pensando que le estaba dando la oportunidad de terminar con ella.

—¡No! —dije interponiéndome entre ellas.

—¿Qué pasó con matemos a la perra?! —replicó SORCHA molesta.

—Podemos usarla en contra de Akashik —respondí.

Fue lo primero que me vino a la mente y era verdad, podíamos usarla para obligar a Akashik a rendirse. Pero no había sido solo eso, quería matarla por lo que me había hecho, por lo que era, pero no podía hacerlo, no podía matar a una niña.

—La usamos contra Akashik y después la matamos —espetó SORCHA.

No tenía sentido discutir, Aiden y Zul continuaban peleando.

—Tómala tú, Akashik sabe que no dudarás en matarla.

—Porque no lo haré —respondió SORCHA.

Lysha estaba en el suelo, intentando detener la sangre que cubría su vestido. Su rostro estaba pálido y había temor en sus ojos. Debía estar sintiendo algo similar a lo yo sentí cuando me apuñaló, con la diferencia de que yo apenas había hundido la hoja. La herida no era tan profunda.

SORCHA la tomó de los brazos y la levantó.

—Tu reinado ha terminado, Lysha —dijo quitándole la corona y tirándola al pasto.

Lysha miró cómo la corona rodó por el suelo, sus grandes ojos reflejaban muchas emociones pero a pesar de que no se resistió no se había dado por vencida. Tenía miedo pero no se había entregado a la desesperación.

—¡Mi padre terminará con ustedes dos! ¡No saben los que les espera! —gritó.

El humo se había disipado bastante pero aún nublabo un poco mi visión, busqué al mago y le pedí que lo sacara del camino.

—Eso intento, pero no logro hacerlo desaparecer del todo —gritó Zul—. Ayúdame, SORCHA.

SORCHA fue hacia a él, prácticamente arrastrando a Lysha, que apenas podía

mantenerse de pie, y juntos recitaron un hechizo. Era lindo verlos hacer magia juntos, era algo que los unía.

Levanté la vista para buscar a Aiden pero él me encontró primero. Su camisola estaba transpirada y había pequeñas manchas de sangre en ella, sangre que provenía de su frente.

—¿Te encuentras bien? —pregunté tomándolo en mis brazos.

Este asintió y me sostuvo contra su pecho.

—Akashik. No sé lo que ocurrió, sus primeros hechizos no funcionaron pero luego su magia se apoderó de mí y sentí como si la cabeza me fuera a estallar del dolor —dijo Aiden.

Lo abracé con más fuerza, Akashik debía haber usado magia poderosa que la mística no logró contener. Permanecimos así un momento más hasta que oí la voz de Sorcha.

—Deja de moverte o cumpliré mi palabra de ahogarte en sangre —le dijo a Lysha.

—¡Padre! —gritó Lysha.

Akashik observaba la situación a una distancia prudente, el hecho de que su hija estaba herida, con un vestido cubierto en sangre y en manos de alguien como Sorcha no parecía afectarle.

—Si te rindes, no la lastimaremos —dije.

—Me sorprendes, Adhara. Presenciaste cómo traicioné a Sabik y a Dalamar, sabes que hubiese matado a Blodwen y Mardoc. ¿Qué te hace pensar que cambiaré mi vida por la de ella? —dijo Akashik.

—Es tu hija —respondí.

Sabía que no le importaban los demás warlocks, que mataría a cuantos fueran necesarios para obtener lo que quería. Pero Lysha era su hija, ¿en verdad podía verla morir sin hacer nada?

—No realmente.

Todos intercambiamos miradas de confusión ante sus palabras, incluso Lysha parecía desconcertada. Levantó su rostro hacia él, con temor e incertidumbre en sus ojos.

—Si fuera mi hija, no sería tan débil, no se encontraría a merced de ustedes —agregó Akashik.

Silencio.

—¡Padre! —gritó Lysha.

Dejó escapar un sonido ahogado, un sollozo. Llevó la mano hacia su mejilla, quitándose las lágrimas, y tembló levemente. No estaba segura de si se debía a los nervios o a que estaba perdiendo mucha sangre.

—¿Acaso no eres su padre?! —preguntó Sorcha irritada.

Acompañó la pregunta con un gesto brusco contra Lysha, intimándolo a Akashik a responder.



—Si te refieres a si compartimos sangre, sí. Yo soy su padre y la reina Ciara era su madre —respondió.

La expresión de Lysha cambió ante esas palabras, por unos momentos debió cuestionarse si en verdad era su hija.

—Ríndete o le cortaré la garganta —dijo Sorcha.

Levantó la cabeza de Lysha con una mano y con la otra apuntó una estalactita hacia esta, una con una punta afilada y letal. La joven reina intentó soltarse pero se encontraba demasiado débil como para lograrlo, su herida se veía mal. Sorcha miró desafiante a Akashik, una mirada que prometía sangre si no hacía lo que le pedía.

Akashik rio, una risa terrible y despiadada.

—Mátala, me ahorrarías el trabajo de hacerlo yo mismo —replicó.

—Padre... —apenas logró decir las palabras—. Padre ¿cómo puedes decir eso? ¿Por qué?!

Lo miró de manera implorante, una mirada que revelaba horror y desesperación.

—¡Es tu hija! —grité indignada.

Si bien había pensado que ni siquiera Lysha se salvaría de su traición, me costaba creer que la abandonara de esa manera. Era su hija, su sangre.

—Si piensas que no lo haremos, te equivocas. Sorcha la matará, no tengas duda de ello —dijo Zul.

Sorcha miró al mago y luego a Akashik, una expresión burlona en su rostro indicándole que no le quedaba otra opción.

—¿Por qué, padre?! —continuó gritando Lysha.

Intentó ponerse de pie, librarse de Sorcha, pero sus piernas cedieron y volvió a caer.

—He cumplido con todo lo que has pedido de mí. He sido una buena reina, una buena hija, siempre te he querido... —su voz se quebró.

Lysha agachó la cabeza, enterrándola en su pecho. La escena era desgarradora.

—Siempre supe que sería un error tener un hijo con una humana. Cuando eras una niña pensé que tal vez me harías sentir orgulloso, pero al crecer solo te preocupabas por ganar mi aprobación y la atención de Seith. Si realmente fueras la hija que merezco, serías ambiciosa, buscarías tu propio triunfo. Si fueras como yo y no como tu madre, hubieses previsto esto y hubieras intentado matarme —dijo Akashik—. Hubieses fallado y no habría tenido más opción que matarte para asegurarme de que no volverías a intentarlo, pero hubiera estado orgulloso.

Su voz sonó severa, fría. Su expresión era la de alguien que revelaba algo con total convicción. No lo estaba diciendo para que creyéramos que no la quería y la dejáramos ir, en verdad no le importaba.

—No lo dices en serio... ¿Cómo podría intentar matarte?

La voz de Lysha sonaba débil y cargaba una profunda angustia. Las lágrimas llenaron sus ojos y no hizo nada por ocultarlo.

—Oh, es una lástima, tu padre no te quiere —dijo Sorcha.

Levantó la estalactita en sus manos pero me arrojé sobre ella y la detuve antes que la clavara en la nuca de Lysha.

—Apártate, elfa —dijo molesta.

—No puedes matarla —repliqué—. ¡Mira el estado en el que se encuentra!

Lysha no parecía consciente de que había estado a un momento de perder su vida, sollozaba desconsoladamente, envolviendo la herida con sus brazos.

—Intentó matarte, Adhara. Ganó tu confianza y luego te traicionó de la peor manera. Sabes que quieres matarla. Puedes matarla con tu magia, puedes prenderla fuego. Mátala, Adhara —dijo Akashik en tono persuasivo—. Olvida tu compasión, es lógico que te sientas furiosa con ella, intentó matar...

—¡Cállate! —grité—. ¡No soy como tú, Akashik!

Aparté a Sorch y levanté mi espada para asegurarme de que nadie la dañaría. No podía creer que estuviera defendiendo a Lysha.

Aiden vino a mi lado y me rodeó con el brazo que tenía libre, susurrándome que me tranquilizara. Sabía que Akashik estaba intentando alterarme.

—Pensándolo mejor, sería más seguro si dejas de hacer magia, todos esos sentimientos que tienes dentro, tal vez no son tan puros como tú crees —continuó Akashik—. ¿Alguna vez hiciste magia negra, Adhara?

Me obligué a controlarme y no escuchar sus palabras. Quería arrojarme sobre él y matarlo pero eso es lo que estaba esperando. Quería que hiciera algo estúpido para aprisionarme o matarme.

—¡Déjala en paz! —gritó Aiden.

Me tomó del brazo y me sujetó junto a él para asegurarse de que no intentara nada tonto.

El mago lo atacó con un hechizo de viento pero Akashik logró escaparse antes de que Zul se acercara lo suficiente. Debí pensar que teníamos una buena oportunidad de derrotarlo ya que retrocedió y antes de que Zul pudiera atacarlo de nuevo, aquel humo espeso reapareció y nos envolvió como una nube negra.

—¡Padre, no me dejes! ¡Por favor! —gritó Lysha—. Al menos llévame de regreso a Izar...

Aiden me sujetó con más fuerza. Levanté a Glace a la expectativa de un ataque pero solo había humo a nuestro alrededor.

—Pronto los visitaré, junto a William Kingley y la guardia real —dijo la voz distante de Akashik—. Despídete de tu magia, Zul Florian. Cuando te quite el Corazón del Dragón vivirás el resto de tus días como un mísero hombre. Uno que jamás volverá a tener magia.

Sus palabras me helaron, busqué a Zul con la mirada, ansiosa de tenerlo a salvo a mi lado. Akashik sabía la verdad acerca del amuleto, sabía que solo Sorch podía usarlo y acerca de las consecuencias que sufrirían aquellos que no compartieran la sangre de Lisabeth Derose.

—¡Zul! —grité.

El mago apareció a mi lado, levanté la espada sobresaltada pero sentí un gran alivio al ver sus ojos grises. Los tres nos mantuvimos cerca hasta que la nube negra que nos rodeaba se desvaneció.

Levanté la vista, Sorchá estaba cerca y Lysha yacía inconsciente. Había perdido demasiada sangre.

—Akashik sabe todo acerca del amuleto... —dijo Zul—. ¡¿Cómo es posible?!

—Es Akashik —respondió Sorchá—. El maldito siempre sabe todo.

Me arrodillé junto al cuerpo de Lysha y lo di vuelta para verle la cara. Su respiración era débil pero estaba con vida. Con los ojos cerrados y la piel pálida aparentaba ser una niña inocente, no el monstruo en el que se había convertido.

—No deberías salvarla, Adhara —dijo Aiden—. Después de todo lo que hizo, merece este final.

Coincidía con él pero aun así no podía hacerlo.

—No podemos dejarla aquí para que muera —respondí—. No espero que tú comprendas, Sorchá, pero ustedes sí.

Miré a Aiden y a Zul.

—En cuanto tenga la oportunidad, intentará matarnos —dijo Zul—. No siento pena por ella.

—Bien dicho, mago —replicó Sorchá.

Se acercó hacia donde estábamos pero Aiden se interpuso en su camino, evitando que se acercara a mí y al cuerpo de Lysha.

—Al igual que tú me gustaría matarla, Sorchá —Aiden hizo una pausa y agregó—. Pero podemos usarla a nuestro favor, Akashik la traicionó, puede darnos información útil. Qué planea hacer, con cuántos guardias cuentan.

Sorchá lo observó, considerando sus palabras.

—De acuerdo —dijo bajando la estalactita en su mano—. La pequeña desdichada vive. Por ahora.

## La reina sin corona

Aiden se rehusó a cargar a Lysha, apenas podía verla sin que una mirada asesina cruzara su rostro. El mago la levantó de mala gana y regresamos a la casa de Talfan. Sabía que todos debían pensar que estaba loca por querer mantenerla con vida, pero era lo correcto. Solo tenía quince años.

Zul parecía malhumorado por tenerla en sus brazos, Aiden caminaba silencioso a mi lado y Sorcha hacía comentarios sarcásticos acerca de cómo se reiría cuando Lysha se escapara y me matara.

Sus comentarios me irritaban, como siempre, no obstante debía admitir que estaba aliviada de que no hubiera aceptado la oferta de Akashik. Estaba empezando a creer que podíamos confiar en ella.

Al llegar a la casa, Zada e Ian vinieron corriendo a recibirnos. Zada llevaba su arco en la mano y Ian... Ian llevaba una escoba. Caminaba detrás de Zada como si fuera un caballero con la tarea de protegerla. Su expresión era seria y llevaba la escoba levantada como si fuera una espada. Debía pensar que podía usarla como un arma. Dejé escapar una risa sin poder evitarlo, Aiden y Sorcha rieron también.

—¿Vas a atacarnos con una escoba? —preguntó Sorcha.

Lo dijo como si fuera sumamente ridículo. Ian se sonrojó y la bajó.

—No sabíamos si venían solos, fue lo único que encontré en caso de que mi magia no funcionara —respondió el aprendiz de mago avergonzado.

—¿Qué sucedió? —preguntó Zada—. Zul... ¿Esa es la reina?

—Es ella —respondió Zul yendo hacia Ian y poniéndola en sus brazos—. Esta es tu querida prima Lysha.

El aprendiz de mago la sostuvo y la observó sorprendido. Inconsciente en sus brazos y con el vestido cubierto de sangre no era más que una niña.

—No pareciera ser malvada como dicen —respondió Ian—. ¿Están seguros de que es hija de Akashik?

—No te confíes, Ian, las apariencias son engañosas —respondí.

Ian corrió un mechón de pelo rubio del rostro de Lysha y continuó observándola de manera curiosa. No parecía convencido.

—La pequeña perra te destrozará con su magia en segundos —dijo Sorcha—. Recuérdalo, Ian.

Este asintió y comenzó a caminar hacia la casa.

—¿Qué hago con ella? —preguntó.

—Debemos cerrar su herida y mantenerla en un lugar donde no pueda escapar —dije.

Una vez dentro de la casa, la llevamos hacia la habitación de Zul, que se encontraba escondida bajo una puerta trampa y en la cual no había puertas ni ventanas.

Entre Zada y yo nos las ingeniamos para coserle la herida y cambiarle el vestido

por uno limpio. Lysha nunca abrió los ojos ni dio señal de estar consciente pero, aun así, no me animaba a dejarla sola por miedo a que estuviera pretendiendo estar débil.

Zada regresó con los demás y Aiden ocupó su lugar. Se rehusaba rotundamente a dejarme sola con ella y se encontraba algo molesto de que me negara a matarla.

Permanecimos sentados uno al lado del otro por un largo rato hasta que se hizo evidente que Lysha en verdad estaba inconsciente y lo seguiría estando por un tiempo.

Le sugerí a Aiden que subiéramos con los demás, ambos estábamos cansados y la reina no iría a ningún lado. Aiden parecía exhausto y su ropa estaba sucia y con sangre, necesitaba comida, un baño y descansar. Al igual que yo.

Antes de subir me besó aprovechando la privacidad. Sentir sus labios sobre los míos era la mejor recompensa luego de la pelea con Lysha y Akashik. Me hacía sentir viva y despertaba emociones que me hacían olvidar lo cansada que estaba.

Al subir encontramos a Zada, Sorcha e Ian sentados en la sala de estar. Sorcha les estaba relatando lo sucedido en el bosque. Zada y Ian escuchaban atentamente, inmersos en sus palabras. Recorrí la sala con mi vista buscando al mago pero no estaba allí.

Aguardé hasta que Sorcha terminó con su relato y me acerqué a ella.

—¿Dónde está Zul? —pregunté.

—Akashik lo amenazó con que perdería su magia, debe estar lamentándose en algún lado —respondió Sorcha.

—Tan comprensiva como siempre —respondí en tono irónico.

No quedaban muchas habitaciones donde podía estar, la suya estaba ocupada por Lysha, gran parte de la habitación de Talfan se había quemado en el incendio, solo quedaba la de Zada. Esperaba no encontrarlo en el mismo estado de pánico que se había apoderado de él en la corte del Hechicero.

La puerta de la habitación estaba abierta, era la primera vez que entraba en la habitación de Zada. Todo estaba ordenado y tenía detalles femeninos: flores, un tocador de madera blanca y una cama con almohadones, donde yacía recostado Zul.

—Adhara.

—Zul.

—¿Lysha sigue con vida? —preguntó el mago.

—Sí, pero no ha despertado —respondí sentándome en el banquito que había junto al tocador—. ¿Cómo te encuentras?

—Si te refieres a si estoy perdiendo la cabeza por lo que dijo Akashik, me encuentro bien —replicó Zul—. No puedo dejar que sus palabras me afecten, de hacerlo en verdad correría riesgo de perder mi magia.

Lo miré sorprendida y luego orgullosa, Zul se había convertido en alguien fuerte y no se dejaría intimidar. Creía en sí mismo.

—Bien dicho, Zul —dije—. Es Akashik quien debe tener miedo, no tú.

El mago asintió e intercambiamos una sonrisa.

—Cuando Akashik atacó a Aiden, sus primeros hechizos no funcionaron —dijo Zul.

Sus ojos me interrogaron, sabía que había intervenido de alguna manera.

—Puse mi mística en su ropa, esperaba que le quedara algo de magia para protegerlo —respondí.

—Funcionó —dijo Zul pensativo.

Esperaba que la piedra aún retuviera algo de magia, todavía quedaba una última pelea y Akashik era el más peligroso de todos los warlocks.

—Siempre tan considerada. Honestamente, Adhara, ¿no te cansas de hacer siempre lo correcto?

Sorcha entró y se paró contra una de las paredes mirándonos.

—No —respondí—. Al igual que tú no te cansas de ser... tú.

Ignoró mi comentario y llevó su mirada hacia Zul.

—Veo que todavía no te has entregado a la desesperación, mago —dijo.

—Ni voy a hacerlo —replicó Zul.

Sorcha le sonrió, una sonrisa auténtica, en vez de aquella sonrisa burlona característica de ella.

—Bien, me agradas más de esta forma que cuando eres todo trágico e inseguro —dijo.

—Gracias, Sorcha —respondió Zul.

Intercambiaron una mirada divertida. No estaba segura de qué hacer, había tal intensidad en la forma en que se miraban y yo estaba allí estorbando.

Me puse de pie pero la voz de Sorcha me detuvo.

—No es necesario que te vayas, Adhara. No estamos esperando que salgas por esa puerta para besarnos apasionadamente como harían tú y Aiden.

Permanecí donde estaba y me volví hacia Sorcha sin saber qué decir. Incluso Zul parecía sorprendido por sus palabras.

—Tal vez prefieras besarlo conmigo aquí, al menos después no podrías negarlo —respondí sentándome de nuevo.

Un leve rubor apareció en las mejillas de Sorcha pero se las ingenió por mantener su expresión seria.

—¿Qué haremos con Lysha? —preguntó Zul.

A juzgar por su rostro, se encontraba ansioso por cambiar de tema.

—La torturaremos hasta que nos diga todo lo que sabe sobre el plan de Akashik —respondió Sorcha simplemente.

La forma en que lo dijo me molestó, como si torturar a alguien fuera algo normal.

—Está herida, no es necesario torturarla —repliqué.

—Tienes razón, elfa. Peinarle el cabello y tener una charla entre mujeres probablemente sea más efectivo —respondió en tono sarcástico.

No comprendía cómo Zul podía estar enamorado de ella. Debía admitir que era linda, con su cabello rojo y sus ojos azules pero su temperamento arruinaba todo.

—Lysha está dolida porque su padre la traicionó, no creo que necesite mucha persuasión para decirnos lo que trama —dije.

—Esperemos que Lysha sea tan vengativa como Akashik —dijo Zul.

—¿Quién no ama una buena venganza? —espetó Sorcha.

Zul sonrió ante esto y yo negué con la cabeza, no tenía remedio.

Cuando regresamos a la sala encontramos a Zada preparando la comida junto a Ian. Zada tarareaba una melodía mientras cortaba rebanadas de pan y el aprendiz de mago parecía contento en su compañía. La observaba con una sonrisa en su rostro y una expresión relajada.

Busqué a Aiden, sin ver rastros de él. Me agaché junto a la puerta trampa para abrirla e ir hacia donde se encontraba Lysha y me detuve al escuchar su voz. Aiden estaba allí abajo y Lysha había recuperado el conocimiento, podía oír su voz.

—Más agua, por favor.

—Casi me robas a la persona que más amo en este mundo, debería matarte —dijo Aiden.

Llevé la mano hacia el picaporte para abrir la puerta pero Sorcha me detuvo.

—¿No quieres saber si en verdad va a matarla? —preguntó.

—No —respondí.

Pero no era del todo cierto, las palabras de Sorcha me habían despertado curiosidad. Aiden no la mataría... ¿O sí?

—No te acerques, te lastimaré si lo haces —replicó la voz de Lysha—. No quiero morir.

—Si no fuera por Adhara tu cuerpo yacería sin vida en el bosque. Ella es la única razón por la cual no he hundido mi espada en tu pecho —dijo Aiden—. Pero no creas que no lo haré si intentas algo.

Sorcha hizo un ruido similar a un suspiro y miró la puerta trampa con desaprobación.

—Una amenaza efectiva siempre va acompañada de un buen golpe, Aiden debería saberlo —dijo.

Zul dejó escapar una risa.

—Supongo que tú sabes todo lo que hay que saber sobre cómo amenazar a alguien —dijo el mago.

—Por supuesto —replicó Sorcha.

—Es una niña de quince años y está herida, Aiden no va a golpearla —dije indignada.

Sorcha tiró del picaporte y bajó por las escaleras de madera. Por la expresión en su rostro, estaba más que dispuesta a hacer una demostración de cómo amenazarla correctamente. Intercambié una mirada con Zul y ambos la seguimos. No comprendía por qué el mago lo encontraba gracioso, era como si el comportamiento de Sorcha le

resultara fascinante en vez de violento y cruel.

Aiden estaba junto a la escalera, lejos de Lysha. La joven reina estaba sentada en la cama y, a juzgar por su expresión de dolor, la herida le molestaba. Su aspecto era muy diferente del que solía tener. Lysha siempre usaba vestidos refinados y llevaba sus rizos rubios en algún peinado con trenzas o recogido. Viéndola allí, llevaba puesto un viejo vestido de Zada y su pelo caía suelto y enmarañado.

—Su majestad —Sorcha hizo un pausa y rio—. Cierto que ya no eres reina, no eres nadie. Y dado que Adhara se opone a que nos deshagamos de ti, tal vez puedas ser mi criada.

Lysha intentó mostrarse fuerte pero había miedo en su rostro.

—Tú serías una mejor criada que yo, Sorcha. Hasta hace poco solo eras una Nawa, una sirvienta del Concilio.

—Y ahora soy la persona que va a hacer tu vida miserable —respondió Sorcha.

Fue hacia ella pero Zul la tomó de un brazo, deteniéndola.

—Tu padre te abandonó, Lysha. No tienes adónde ir y esa herida se ve mal. Es mejor apuñalar a alguien que ser apuñalada, ¿verdad? —dijo.

La joven me miró sin decir nada.

—Dinos lo que planea Akashik, cuántos guardias hay y cuándo crees que atacará. Si nos ayudas, tendrás una oportunidad, de lo contrario morirás —continuó.

Aiden, Zul y Sorcha me miraron, de seguro preguntándose si lo decía en serio. No quería matarla, pero si se negaba a ayudarnos no veía cómo los convencería de mantenerla con vida. Sorcha debía estar esperando que se rehusara solo para poder matarla.

—Agua, por favor —dijo Lysha simplemente.

—No te encuentras en condiciones de pedir nada —dijo Zul—. ¿Qué planea Akashik?

—Primero denme más agua —respondió.

—No quieras jugar con nuestra paciencia, Lysha —le advirtió Aiden.

Para mi sorpresa Sorcha se acercó a la escalera y le gritó a Ian que bajara agua. El aprendiz de mago no tardó en aparecer por la puerta trampa, le entregó una gran copa a Sorcha y luego miró a Lysha con ojos curiosos.

Sorcha fue hacia Lysha y, cuando la reina estiró su brazo para tomar el agua, una sonrisa burlona apareció en su rostro. Antes de que pudiera detenerla, Sorcha vació la copa sobre la cabeza de Lysha.

Estaba a punto de regañarla, pero no lo hice. Lysha no era una buena persona, merecía ser tratada de esa manera luego de todo lo que había hecho.

—Ups, se me cayó —dijo Sorcha—. Ian, más agua.

—¡Voy a matarte! —gritó Lysha.

Intentó abalanzarse sobre Sorcha pero, al ponerse de pie se llevó las manos a la cintura y cayó en la cama.

—Eso no puede ser bueno para los puntos —dijo Zul—. Me temo que te abriste la



herida.

El tono divertido del mago llamó mi atención. Sorcha lo miró con una expresión complacida, de alguna manera se las ingeniaba para sacar el lado más oscuro de Zul.

Ian subió por la escalera y volvió con más agua.

—Esta vez intenta no tirarla, Sorcha —dije.

—Haré lo posible —respondió.

Se acercó a Lysha con una expresión que no revelaba nada y temí que volviera a vaciar el vaso en su cabeza.

—Espera —la detuvo Aiden—. Si quieres agua, dinos lo que sabes.

—Lo escuchaste. Habla —dijo Sorcha deteniéndose en su lugar.

La expresión de Lysha era pura furia y dolor. Por su mirada era evidente que quería utilizar su magia contra nosotros. Por un momento pensé que lo haría y llevé mi mano hacia la empuñadura de Glace.

—¿Qué les hace pensar que lo que me dijo es verdad? Mi padre no me quiere, se siente avergonzado de mí —nos espetó Lysha, resignándose a la verdad.

—Supéralo, a nadie le gusta una niña llorona —replicó Sorcha.

Lysha estaba haciendo un gran esfuerzo por no quebrarse, su rostro era una explosión de emociones. Se sentía traicionada por su padre, vulnerable por la herida y sabía que no podía hacer nada para escaparse porque éramos demasiados y se encontraba débil para hacer magia.

—¿La guardia real está con él? ¿Cuántos son? —preguntó Aiden.

—Treinta, William Kingley los lidera —dijo Lysha.

—¿William Kingley? No es la primera vez que oigo ese nombre. ¿Quién es? —pregunté.

—Es el mejor espadachín de Lesath —respondió Aiden.

—Tú eres el mejor espadachín de Lesath —repliqué—. Después de mí.

Aiden dejó escapar una risa. Me acerqué a él y le sonreí.

—William es un muy bueno con la espada y nunca perdió un torneo, tiene la reputación de ser el mejor espadachín de estas tierras —dijo.

—Porque no peleó contigo —insistí.

Ningún humano podía ser tan habilidoso y tan veloz con la espada como Aiden, no tenía duda de que no había nadie mejor que él.

—Si terminaron con los elogios, deberíamos continuar —dijo Sorcha en tono aburrido—. Treinta guardias y Akashik. ¿Cuándo planea atacarnos?

—Mañana al amanecer, al salir el sol —respondió Lysha—. Si vio que me llevaron con vida no lo hará, sabe que les revelaré su plan.

Lysha sonaba incierta, podía ver duda en sus ojos, como si cuestionara todo lo que Akashik le había dicho.

—Tendremos que prepararnos para cuando decida atacar. Espero que Selenkay y los otros winsers lleguen pronto —dijo Zul.

Yo también lo esperaba. Aunque el mago tuviera el Corazón del Dragón, no

podríamos contra tantos. Akshik intentaría distraerlo con varios ataques para poder quitarle el amuleto.

—Asumo que él es su sirviente, quiero comer algo —dijo Lysha, señalando a Ian. Todos volvimos nuestras miradas al aprendiz de mago.

—No soy un sirviente —respondió Ian mirándola.

—Él es tu primo, Marcus Ian —respondí—. Hijo de tu tío Marcus, el hermano de tu madre.

—Creí que estaban muertos —replicó Lysha.

—No lo están. Él es el futuro rey de Lesath, le debes respeto —dijo Aiden.

Lysha miró a Ian y dejó escapar una carcajada.

—Él no puede ser rey, parece uno de mis criados —dijo riendo.

La expresión en su rostro no acompañaba la risa, estaba haciendo un gran esfuerzo por esconder lo que estaba sintiendo. Algo en ella se seguía aferrando a la corona, a la noción de que continuaría siendo la reina. Ian abrió la boca para decir algo pero la volvió a cerrar, parecía mortificado.

—Ian será un gran rey, tú nunca debiste llevar la corona —dije.

—Será la ruina de Lesath...

—Tú eres la ruina de Lesath —la interrumpió Sorchá—. Si valoras tu larga cabellera rubia, no vuelvas a insultarlo en mi presencia, podría prenderla fuego accidentalmente.

El aprendiz de mago la miró con sorpresa y agradecimiento en sus ojos. Era inusual oír a Sorchá defendiendo a alguien.

—Tengo hambre, quiero comer algo y que vuelvan a coser mi herida —dijo Lysha.

Había sido reina demasiado tiempo, actuaba como si se encontrara en su castillo y nosotros fuéramos sus sirvientes.

—Vamos, Lysha necesita tiempo para comprender que ya no es la reina y a nadie le importa lo que quiera —dijo Zul.

Él y Aiden desaparecieron en las escaleras. Sorchá miró al aprendiz de mago para que la siguiera, pero antes de hacerlo primero fue hacia Lysha.

—Quería creer que no eras tan malvada como ellos decían, prima. Pero solo veo una niña caprichosa con un corazón negro —dijo Ian.

Tras estas palabras se unió a Sorchá, quien lo miró con aprobación.

Lysha observó a Ian, pensativa. Estaba empezando a comprender la gravedad de la situación en la que se encontraba. Su vida dependía de nosotros y ya no era la reina, nunca volvería a serlo.

—Adhara, por favor. Estoy débil, necesito comer algo y que cierren mi herida —dijo en un tono más humilde—. Ayúdame. Estoy sola, no hay nadie que... por favor.

Quería negarme, quería ser cruel como Sorchá, pero algo me lo impedía. Cuando Lysha me apuñaló, Aiden y Zul cuidaron de mí, había soportado aquel terrible dolor porque ellos me habían ayudado a hacerlo. Dejar que alguien padeciera ese

sufrimiento solo, sin ayuda, era excesivo, incluso para alguien como ella.

—Veré qué puedo hacer —respondí.

Le pedí a Zada algo de comida y cuando le dije que la herida de Lysha se había descosido se ofreció a coserla de nuevo. Era bueno saber que alguien estaba dispuesto a ayudarla. Zada tenía temperamento pero su corazón era gentil, no iba a dejar a una niña de quince años en esas condiciones.

Era un alivio que Zada supiera coser, no podía ignorar el dolor de Lysha pero tampoco me sentía cómoda tan cerca de ella. Apoyé una bandeja con comida al pie de la cama y aguardé a que Zada terminara de cerrarle la herida. No quería arriesgarme a dejarla sola con ella, aun en ese estado Lysha poseía magia y era peligrosa. La joven se mostró agradecida y no intentó nada raro, simplemente aguardó paciente a que Zada terminara de coser los puntos y luego tomó la bandeja y comenzó a comer.

Recorrí la habitación con mis ojos una vez más, para asegurarme de que no pudiera escapar por ningún lado y regresamos con Zada a la sala.

Zul, Aiden, Sorcha y Ian estaban sentados a la mesa discutiendo planes para cuando Akashik atacara. Escuché que el mago decía que los winsers eran imprescindibles y no podríamos defendernos bien sin ellos. Coincidió con él y también lo hizo Ian, que asentía con la cabeza. No dejaríamos que el aprendiz de mago peleara con nosotros, pero era bueno que participara de la discusión y sugiriera estrategias. Un buen rey debía saber cómo proteger sus tierras.

Zada y yo nos unimos a ellos. Me senté junto a Aiden y él tomó mi mano por debajo de la mesa.

—Lysha dijo que Akashik trajo a treinta de sus guardias y de seguro está utilizando magia para influenciarlos, por lo que no tenemos más opción que pelear contra ellos —dijo Zul—. Si los winsers llegan a tiempo, será fácil lidiar con ellos.

—Los guardias no son el problema, solo tienen espadas. Yo sola podría contra ellos —respondió Sorcha.

La miré escéptica, cuestionando sus palabras. Sorcha era fuerte pero dudaba que pudiera vencer a treinta hombres armados. Subestimaba lo que un buen espadachín podía hacer.

—Adhara, un par de winsers y yo podemos detenerlos —dijo Aiden.

Le sonreí, me hacía feliz que confiara en mis habilidades con la espada.

—El resto de los winsers y yo distraeremos a Akashik y el mago terminará con él —dijo Sorcha.

—Akashik va a usar la misma estrategia, va a intentar mantenernos alejados de Zul para quitarle el amuleto —dije.

El mago llevó la mano hacia el pecho y la apoyó sobre el bulto debajo de su ropa, el Corazón del Dragón. Sabía que lo odiaba, odiaba que su magia dependiera de que aquella piedra roja permaneciera alrededor de su cuello.

—Me sentiré más tranquila si Adhara va con Zul, nadie lo protegerá mejor que ella —dijo Zada—. Yo pelearé contra los guardias.

Todas las miradas fueran a ella.

—También yo —dijo Ian.

Antes de que pudiera responderle que no lo haría, Sorcha me interrumpió.

—Adhara apenas puede controlar su magia mejor que Ian y Akashik se reirá de su espada. ¿Qué te hace pensar que puede proteger a Zul? —replicó con sus ojos en Zada.

Quería decir que podía controlar mi magia considerablemente mejor que el aprendiz de mago pero no lo hice. No permitiría que Sorcha lo utilizara como un insulto. Ian me miró pensando que estaría ofendida por el comentario, pero le dediqué una corta sonrisa y me la devolvió.

—Debo admitir que me sentiría más seguro con Adhara cuidando mis espaldas —dijo Zul.

Cruzamos una de nuestras miradas significativas, me halagaba que el mago me quisiera a su lado para enfrentar a Akashik. Sorcha golpeó uno de sus puños contra la mesa de manera ruda e incivilizada.

—Talfan construyó esta mesa. Cuida tus modales, Sorcha —la reprendió Zada.

La forma en que lo dijo y la expresión en su rostro me causaron gracia pero hice un esfuerzo por no reírme. Zada no toleraba los modales de Sorcha.

—¿Crees que la elfa tiene mejor oportunidad contra Akashik que yo?! —le gritó Sorcha a Zul, ignorando a Zada—. Cuando ella esté muerta y tú sin magia veremos quién tiene razón.

Sorcha lo disimulaba bien pero algo en su expresión me hacía pensar que lo que en verdad había querido decir era: ¿crees que la elfa puede protegerte mejor que yo?

—Creo que con Adhara y tú cuidando mis espaldas, Akashik no podrá quitarme el amuleto y lograremos matarlo —se apresuró a decir Zul.

Observé sus ojos grises mientras miraba a Sorcha, no lo decía solo para que no se molestara con él, en verdad lo creía.

—Bien —respondió más calma—. Tú, Adhara, los winsers y yo iremos tras Akashik mientras que Aiden, otro grupo de winsers y tu encantadora hermana detendrán a los guardias.

—Quiero ayudarlos, puedo intentar algún hechizo contra los guardias —protestó Ian—. No pueden esperar que no haga nada.

—Ian...

—No —me interrumpió—. No voy a esconderme mientras ustedes pelean —dijo en tono más firme.

—¿Qué haremos si los winsers no llegan a tiempo? —preguntó Aiden.

Silencio. Era una buena pregunta y nadie parecía tener una respuesta.

Alguien golpeó la puerta principal y todos nos pusimos de pie sobresaltados. Aiden y yo con nuestras espadas listas.

Los seis intercambiamos miradas. ¿Quién golpearía la puerta? Dudaba de que Akashik mostrara ese tipo de modales antes de atacarnos.

Zada fue hacia la puerta y nos apresuramos tras ella. No podíamos ver de quién se trataba ya que habíamos tapado todas las ventanas con madera.

—Será mejor atacar primero y hacer preguntas después —susurró SORCHA.

La miré sin estar segura de que fuera la mejor estrategia pero Aiden y Zul parecían coincidir con ella, ya que estaban agazapados detrás de la puerta listos para atacar.

—Zada, Zul, soy yo —dijo una voz.

—¡Talfan! —exclamaron los dos al mismo tiempo.

Zada llevó su mano hacia el picaporte pero Aiden la detuvo.

—Puede ser una trampa —dijo—. Puede ser Akashik.

—¿Cuál es el nombre completo de Zul? —preguntó Zada.

—¡Zada! —dijo Zul.

Miró a su hermana con reproche y Zada rio. Había olvidado que Zul odiaba que lo llamaran por su nombre completo. La voz detrás de la puerta no tardó en responder y había humor en ella.

—Zulen.

—¿Zulen? —preguntó SORCHA.

El mago escondió su rostro de ella y se apresuró a abrir la puerta. Para nuestra sorpresa no solo estaba Talfan allí, sino que Selenkay y el resto de los winsers estaban detrás de él.

Zul se abalanzó sobre su viejo maestro y lo abrazó. Ambos se sostuvieron así por un tiempo y luego Zada se unió al abrazo. Eran una familia, Talfan no solo le había enseñado a Zul a usar su magia. Los había salvado a él y a Zada de un incendio y los había criado como si hubieran sido sus hijos.

SORCHA los observó con ojos curiosos.

—Selenkay, es bueno verlos de nuevo —dijo IAN.

El aprendiz de mago se unió a los winsers y los saludó con entusiasmo. Debía extrañar Eira, la corte del Hechicero había sido su hogar por mucho tiempo.

—Recibimos el mensaje de Zul Florian —respondió Selenkay—. Es hora de vengarnos de los warlocks.

## Confesiones

Talfan estaba más avejentado que la última vez que lo habíamos visto, probablemente era una consecuencia de haber perdido su magia. Zul estaba feliz de verlo de nuevo pero sus ojos grises reflejaban culpa y algo de miedo. Talfan era un recordatorio de lo que le pasaría si alguien le quitaba el Corazón del Dragón.

Selenkay y los nueve winsers que habían venido con él se acomodaron en la sala, inspeccionando todo con la mirada.

Éramos demasiados y el espacio parecía haberse reducido. Talfan, Zul y Zada estaban sentados a la mesa, uno al lado del otro, mientras el viejo maestro relataba cómo había acompañado a mis abuelos y a la madre de Aiden hasta Naos y luego había decidido regresar.

Sorcha escuchaba parada junto a la ventana, el aprendiz de mago se había acomodado en el piso cerca de ella. Parecía más relajado en su presencia, antes siempre había rastros de ansiedad o de nervios en su rostro pero en ese momento parecía sentirse cómodo.

Selenkay estaba sentado al otro lado de la mesa junto con otro winser y los demás se habían sentado en el suelo, lejos de donde se encontraba la chimenea.

No hacía tanto calor como en Naos, pero el clima en Saiph era cálido en comparación con el de Eira, debían estar sufriendo el calor aunque no lo demostraban.

Aiden pasó su mano por mi hombro, atrayéndome hacia él, ambos estábamos sentados contra la pared, cerca de la mesa para poder escuchar a Talfan.

Sus palabras me tranquilizaron, mis abuelos estaban bien y habían regresado a su hogar en Naos, junto con Elana y el pequeño Tarf.

Al pensar en ellos sonreí sin poder evitarlo, había pasado tiempo desde la última vez que los había visto. Tarf debía haber crecido, ya no era el pequeño zorrito que recordaba. Ansiaba verlos, podía imaginarme la expresión de mi abuela Iara cuando le dijera que Aiden y yo íbamos a casarnos.

Miré a Aiden, a juzgar por su expresión debía estar pensando lo mismo pero con respecto a su madre. Su mirada estaba perdida pero había un brillo risueño en sus ojos.

Talfan terminó su relato y Zul le contó todo lo que había ocurrido desde que nos separamos al regresar del pasaje de Elnath.

—Solo oírlo suena cansador —me dijo Aiden.

—Sé a lo que te refieres, a veces me cuesta creer que pasamos por todo eso —respondí.

Aiden llevó mi mano hacia sus labios y la besó, sentí una sensación cálida y placentera.

—Nos estamos acercando al final —dijo—. Cuando nos enfrentemos a Akashik todo terminará, para bien o para mal.

—Para bien, será para bien...

No terminé las palabras ya que sus labios se apoderaron de los míos, fue un beso breve pero cuando terminó, en lo único que podía pensar era en atraerlo hacia mí y besarlo de nuevo.

—¿Qué piensas, Adhara? —preguntó el mago.

Me volví hacia Zul sin saber lo que me había preguntado o de qué hablaban. Mi rostro debió delatarme ya que el mago dejó escapar una risa y repitió la pregunta.

—¿Crees que Akashik ataque al amanecer como dijo Lysha?

Lo consideraré.

—No, dudo que le dijera la verdad a Lysha si planeaba traicionarla —respondí.

Los demás asintieron, coincidiendo conmigo.

—Difícil de creer que haya traicionado a su propia hija —dijo Selenkay—. ¿Por qué haría algo así?

La expresión del winser revelaba desconcierto, el hecho de que Akashik hubiera abandonado a Lysha lo horrorizaba. Recordé que él tenía un hijo, sabía lo que significaba ser padre y por eso le costaba creer que fuera verdad.

—Los warlocks son egoístas, solo les importa el poder —dijo el winser que estaba a su lado.

—Akashik es astuto, sabe que seguiremos esta línea de pensamiento —intervino Sorcha—. Eso le da una razón para atacar al amanecer como le dijo a Lysha, porque sabe que ella nos lo diría y que nosotros pensaríamos que él cambiaría el ataque.

Asentí, Akashik había jugado con nuestras mentes desde un principio, adivinando cómo actuaríamos y anticipándose a nuestros pasos.

—Sorcha está en lo cierto —replicó Aiden.

—Tendremos que estar preparados para que ataquen en cualquier momento, esta noche, al amanecer, mañana... —dijo Selenkay—. Debemos estar listos.

Zul les explicó a los winsers la estrategia que habíamos pensado. Talfan y Selenkay concluyeron que era una buena idea.

Zul, Sorcha, Selenkay, cuatro winsers y yo iríamos tras Akashik mientras que Aiden, Zada y el resto de los winsers se encargarían de la guardia real.

No me agradaba pelear lejos de Aiden, más aun si se iba a enfrentar al supuesto mejor espadachín de Lesath, William Kingley. Pero tampoco podía dejar a Zul, yo era responsable de que tuviera el Corazón del Dragón y le había prometido que protegería su magia, debía cumplir mi promesa.

Miré a Aiden, la forma en que estaba alerta y tenía la espada al alcance de su mano. Él era el mejor espadachín, estaba segura de ello.

—Zulen, aún no me has presentado al joven rey y a la encantadora muchacha de cabello rojo —dijo Talfan.

Aiden y yo dirigimos nuestras miradas hacia Talfan y Zul. Sorcha era muchas cosas, encantadora definitivamente no era una de ellas.

El mago se sonrojó un poco y trató de ocultarlo, pero a juzgar por la mirada de

Talfan, este sabía acerca de Sorcha. Zada debió haberle contado, o había notado que la mirada de Zul solía ir hacia Sorcha constantemente.

Sorcha también debió oír a Talfan ya que arqueó sus cejas y lo miró de manera incierta. Zada no pudo contener una sonrisa, parecía encontrar graciosa la timidez de su hermano.

La expresión de Zul se volvió más resuelta. Caminó hacia donde estaban Sorcha y el aprendiz de mago y se paró frente a ellos.

—Ella es Sorcha Hale —dijo levantando una mano hacia ella.

Los ojos de Sorcha se posaron primero en el mago y luego en Talfan. Miró a ambos con una mirada aburrida pero la forma en que estaba parada y la rigidez de su cuerpo indicaban nervios.

—Un gusto, querida, bienvenida a la familia —dijo Talfan.

Silencio.

Sorcha lo miró estupefacta, Zul escondió su rostro de nuevo y Zada no parecía segura de querer a Sorcha como parte de la familia.

—¿A la familia? —replicó Sorcha en tono defensivo.

Parecía molesta pero sus mejillas habían tomado color.

—Él es Marcus Ian, el primo de Lysha y heredero al trono —se apresuró a decir Zul señalando a Ian.

Este llevó su atención a Zul, alarmado.

—Solo soy un aprendiz de mago —dijo Ian, algo avergonzado.

—Eres mucho más que eso, muchacho —respondió Talfan estudiándolo con la mirada—. Llevarás bien la corona y, si te interesa la magia, puedo enseñarte como lo hice con Zulen.

Ian sonrió, encantado por la propuesta de Talfan. No estaba segura de que fuera una buena idea, en mi opinión era mejor si un rey no poseía magia.

—Ian es gentil y apenas logra hacer un hechizo, dudo que debamos preocuparnos por su magia —me susurró Aiden adivinando mis pensamientos.

Lo miré asintiendo, estaba en lo cierto, aun si lograba progresar con su magia, Ian era Ian, nunca se convertiría en alguien con sed de poder.

—El anochecer se acerca, descansaremos el tiempo que queda y al llegar la noche comenzaremos la guardia —dijo Selenkay.

Se puso de pie y el resto de los winsers también lo hizo, en señal de respeto. Zada les ofreció comida y les enseñó un lugar más oscuro donde podrían descansar.

—Iré a ver cómo se encuentra Lysha y volveré, quiero pasar el tiempo que nos queda contigo —dije.

Aiden acarició mi mejilla y mantuvo su otra mano en mi cintura negándose a dejarme ir.

—Quédate conmigo, a nadie le importa Lysha —dijo.

—No podemos dejar que escape y que muera desangrada tampoco es una opción —respondí—. Volveré pronto.



Me sostuvo contra él.

—Te amo, Adhara, amo que puedas ser tan valiente y fuerte pero que nunca olvides tu compasión —dijo Aiden y me besó.

—Yo te amo a ti —susurré contra sus labios.

—Te esperaré en la habitación de Zada.

Me obligué a dejar de mirarlo y fui hacia la puerta trampa. No quería ver el rostro de Lysha, me recordaba a aquella sonrisa siniestra y a la daga en su mano cuando me apuñaló. Pero sabía que si no la vigilaba, nadie lo haría. Era como Aiden había dicho, a nadie le importaba Lysha.

Levanté la pequeña puerta de madera y bajé las escaleras. La habitación se encontraba oscura a excepción de las velas, me pregunté cómo se las había ingeniado Zul para vivir allí sin ventanas.

Probablemente había pasado más tiempo en el resto de la casa en vez de en su habitación pero aun así, debió ser difícil. Miré alrededor, a pesar de eso la habitación tenía cierta calidez, libros por todos lados, el cielo estrellado que había pintado Zada en el techo. Y debajo de él, acostada en la cama estaba Lysha. Se encontraba de espaldas a mí, acurrucada y abrazándose a sí misma. No debió percatarse de que estaba allí ya que sollozó. Estaba llorando.

—Lysha...

Se sobresaltó y se quejó por la herida al segundo siguiente.

—¿Qué quieres? —preguntó secándose los ojos con la manga del vestido.

—Solo quería ver si seguías con vida —respondí.

Me negaba a ser amable con ella.

—¿Por qué haces esto, Adhara? Intenté matarte. ¿Por qué no dejaste que Sorcha terminara conmigo? Al menos estaría muerta y no sería tan miserable.

—No vine a escuchar cómo te lamentas, ¿necesitas más agua? —pregunté.

Lysha negó con la cabeza y luego la enterró entre sus manos. Su pelo rubio caía despeinado, cubriendo su rostro.

—¿Qué haré? ¿Quién soy si no soy la reina de Lesath? ¿Quién cuidará de mí?

Su voz sonaba ahogada, desesperada.

Lysha era poderosa pero había crecido en un castillo, con sirvientes cumpliendo sus caprichos y con el Concilio de los Oscuros cuidando sus espaldas. Y a pesar de que los demás warlocks no la habían tratado bien, sabía que Akashik era su padre y debió sentirse protegida por él. No era una sobreviviente como Sorcha y Aiden, sino una niña consentida.

—Cuidarás de ti misma —respondí.

Eso era si decidíamos liberarla, Lysha era una gran amenaza.

—Mi padre me abandonó, perdí la corona. ¿Qué se supone que haré? Creí que sería la reina por siempre y gobernaría junto a él. Creí que me casaría con Seith... —dejó escapar un sollozo—. Todo está arruinado.

No sabía qué decir, no iba a consolar a Lysha. ¿Cómo pudo pensar que se casaría

con Seith? ¿Había fallado en notar que carecía de emociones?

Regresé hacia las escaleras pero Lysha levantó la cabeza de manera repentina y gritó que me detuviera.

—¿Qué harán conmigo?!

—No lo sé —respondí—. Pero no creo que sea algo bueno.

No iba a mentirle. No podíamos simplemente dejarla ir, Ian debía ser rey y para eso todos en Lesath debían creer que Lysha estaba muerta.

—No merezco esto. He sido una buena soberana, todos en Lesath llevan vidas despreocupadas y alegres, no hay guerras ni...

—Todos menos aquellos que poseen magia y los desafortunados que sospechan del Concilio —la interrumpí—. Mataste a personas inocentes, Lysha.

—Lo hice por el bien del reino, ¿qué es la muerte de unos pocos cuando todos los demás son felices? —me espetó.

—¿Cómo puedes pensar de ese modo? ¿Acaso algunas vidas valen menos que otras? Tu ambición de poder no te deja pensar con claridad. Disfrutaste al terminar con esas vidas. Lo sé, lo vi en tu rostro cuando intentaste matarme —repliqué.

Me miró pensativa, una expresión molesta en su rostro.

—¿Y qué si lo hago? Si disfruto con la muerte de otros —sonaba como una niña caprichosa—. ¿Cómo puedes estar segura de ser tan diferente a mí? Tú mataste a Seith. A mi Seith.

No le respondí, no podía escuchar más de sus quejas.

—Déjame ir, ayúdame a escapar y prometo que no volverás a verme —dijo.

Lo estaba diciendo en serio, podía ver una sombra de esperanza en sus ojos. Creía que la ayudaría. No sabía si reírme o darle una bofetada.

—Descansa, estarás aquí un buen tiempo. No sé qué tan larga será tu vida, pero créeme, no vivirás en un castillo —respondí.

Lysha revoleó algo, a juzgar por el sonido debió ser un plato y, tras quejarse de su herida, se recostó dándome la espada y no volvió a hablar.

Al subir, me aseguré de trabar la puerta trampa y fui hacia la habitación de Zada. La casa se encontraba en silencio. Aiden debió escuchar que la madera del pasillo crujió bajo mis pies, ya que abrió la puerta antes de que yo llegara a ella. Odiaba esos pisos de madera vieja, solía ser silenciosa al caminar. Antes que dijera algo, nuestros ojos se encontraron y las palabras dejaron de ser necesarias.

Me abalancé sobre él y me tomó en sus brazos atrayéndome con fuerza. Sus labios eran cálidos y exigentes y me besaron con urgencia. Las emociones tomaron fuerza propia. Lo único que importaba era que siguiera besándome de esa manera y que sus manos jamás me soltaran.

Aiden me levantó en sus brazos y me aferré a él. Su pelo castaño era suave entre mis manos, por alguna razón amaba su pelo y la manera en que se enredaba en mis dedos. Llevé mi otra mano hacia su torso y sentí su piel. Todo era pasión e intensidad y el mundo se desvaneció a nuestro alrededor.

Abrí los ojos repentinamente, un ruido lejano me había despertado. Aiden se encontraba a mi lado, dormido; nos habíamos arropado con su capa para no deshacer la cama de Zada. La madera crujió de nuevo, esta vez más cerca. Aiden se incorporó sobresaltado. Era fácil permanecer alerta cuando vivíamos en peligro.

—¿Qué quieres, mago? —dijo Sorcha en tono irritado.

—Quiero hablar contigo —respondió Zul.

—Lo hubieras hecho en la sala.

—Todos están allí.

Aiden y yo intercambiamos miradas. Claramente el mago quería hablar con Sorcha a solas y creyó que ese era el lugar indicado para hacerlo. Pensé en escondernos pero no sabía dónde, la habitación de Zada no contaba con muchos muebles.

Los pasos se detuvieron frente a la puerta y Aiden me empujó hacia un costado. Caí dentro del hueco que había entre la cama y la pared y, al momento siguiente, Aiden cayó sobre mí.

—¿Qué ha...?

No terminé las palabras ya que la puerta se abrió y guardé silencio.

—Pensé que Adhara y Aiden estarían aquí, despidiéndose trágicamente —dijo Sorcha—. Estamos solos, ¿qué quieres?

Odiaba que Sorcha tuviera razón, aunque no había sido una despedida y había sido romántica, no trágica.

—No hay nada malo en expresar sentimientos antes de afrontar una situación peligrosa —replicó Zul.

—Al contrario, no hay nada peor. ¿Por qué confundir a alguien con emociones y sentimientos antes de una batalla? Es tonto —replicó Sorcha—. Si esa es la razón por la que estamos aquí, olvídale.

—Sorcha, no saldrás de esta habitación hasta que escuches lo que tengo que decir —dijo Zul en tono firme.

Sonreí, estaba orgullosa de Zul por tomar el control de la situación. Aiden debía pensar lo mismo ya que también sonrió.

—¿Quién va a detenerme, mago? ¿Tú? —preguntó Sorcha en tono burlón.

Asomé un poco la cabeza cuidadosamente; si iban a pelear, quería verlo. Zul caminó hacia la puerta y tras cerrarla se paró delante de Sorcha, cortándole el paso.

—No me hagas reír —dijo Sorcha con humor en su voz.

No podía ver su rostro ya que se encontraba de espaldas pero algo en su postura me hizo pensar que estaba nerviosa. Empujó el picaporte, pero Zul la tomó del brazo y la sostuvo contra él.

—Enamorarme de ti es lo peor que me ha pasado, eres una pesadilla. Eres sarcástica, cruel, peleas por todo y has intentado matarme más de una vez.

—¿A esto llamas expresar tus sentimientos? —dijo Sorcha indignada.

No podía decir que no coincidía con ella.

—Y aun así, no cambiaría nada —continuó Zul—. No cambiaría un solo momento que he pasado contigo y no cambiaría nada de ti. Provocas sentimientos en mí que nunca creí que tendría, a veces pienso en matarte y momentos después en besarte. Odio que seas tan irritante pero te amo porque lo eres. Y cuando matemos a Akashik y no haya nada que te impida ser libre, quiero ir contigo. Quiero oír tus comentarios sarcásticos y ver tus ojos azules por el resto de mis días.

Silencio. Ambos se miraron por lo que pareció una eternidad. Zul prácticamente le estaba entregando su corazón con la mirada. Solo podía ver parte del rostro de Sorchá, pero sus mejillas habían tomado color y no había hielo en sus ojos, sino conflicto y emoción.

Empujó al mago contra la puerta y lo besó, un beso que revelaba mucho. El pelo de Sorchá los envolvió como una cascada de fuego. El mago la rodeó con sus brazos aprisionándola y Sorchá le quitó la capa de un tirón y la arrojó al suelo.

Estaba empezando a lamentar estar allí, la escena se volvía más íntima cada segundo. Aiden y yo intercambiamos una mirada. Parecía contento por el mago pero avergonzado de que estuviéramos allí.

Sorchá comenzó a desatar la camisola del mago, estaba tironeando del cuello cuando su mano se topó contra un amuleto rojo, el Corazón del Dragón.

Mi corazón se detuvo y al parecer también el de ella ya que dejó de forcejear contra la camisola y se quedó rígida.

Zul continuó besándola pero Sorchá lo detuvo y se alejó.

—¿Sorchá?

Su respiración estaba agitada, sus ojos grises buscaban los de ella.

—Gracias, mago, esperemos que esto no me impida pensar de manera clara cuando deba cuidar tus espaldas de Akashik.

Tras estas palabras lo apartó de la puerta y se fue.

Zul miró la puerta boquiabierto. Confusión, sorpresa, todo estaba en sus ojos. De alguna manera Sorchá siempre se las ingeniaba para dejarlo en ese estado. Quería ir junto a él y abrazarlo pero no era una buena idea. Sus palabras habían sido solo para Sorchá, había sido un momento especial entre ellos y no quería arruinarlo. Aiden debió pensar lo mismo ya que me sostuvo del brazo y negó con la cabeza.

El mago dejó escapar un suspiro, parecía atormentado pero contento al mismo tiempo. Era una expresión muy difícil de descifrar. Permaneció unos momentos simplemente pensando y luego dejó la habitación.

Aiden se levantó y me ayudó a ponerme de pie, nuestras miradas aún estaban en la puerta.

—Wow... eso fue... —Aiden se detuvo buscando las palabras—. Sorchá es...

Se detuvo sin saber qué decir.

—Sorchá siente algo por él, lo sé, lo vi —dije—. ¿Crees que realmente tenga miedo de tentarse y quitarle el amuleto?

—Es probable —respondió Aiden.

—Y la confesión de Zul fue tan...

—¿Pesimista? —ofreció Aiden.

Eso me hizo reír.

—Romántica. No lo sé, hay un lazo muy fuerte entre ellos —no sabía cómo explicarlo—. Creo que están destinados a estar juntos.

—Intentaron matarse y ahora Zul posee un amuleto que es de Sorcha por herencia. No. Creo que están peleando contra el destino para estar juntos.

Lo miré pensativa, sus palabras tenían sentido. Todas las situaciones los habían puesto en contra desde el principio.

Aiden tomó mi rostro entre sus manos.

—Tú y yo, eso fue destino desde el primer momento en que te vi.

Cuando regresamos a la sala todos estaban allí, todos menos Sorcha. Talfan estaba hablando en la mesa con Selenkay y los demás winners. A juzgar por sus expresiones parecía ser una charla muy enriquecedora. Talfan se encontraba profundamente inmerso en las palabras de los winners.

Y en un rincón estaban sentados Zada e Ian, riendo. Hablaban con tal facilidad que era como si se conocieran de antes. El aprendiz de mago la miraba con cierto brillo en sus ojos. Y Zada parecía disfrutar de su compañía. El anochecer se aproximaba. Me pregunté si Akashik en verdad atacaría al amanecer, si solo teníamos un par de horas antes de la batalla que decidiría el futuro de todos.

Zul vino hacia nosotros y nos propuso ir afuera a tomar aire. Miramos por la ventana antes de salir para asegurarnos de que no hubiera peligro y salimos por la puerta trasera a lo que una vez había sido la granja de Talfan.

La tierra estaba arruinada por las cenizas y los corrales estaban rotos y vacíos. Era triste verlo de esa manera cuando sabía cómo había sido antes.

Nos sentamos en el pasto sin decir nada. El clima no era cálido pero tampoco frío, una brisa fresca volaba en la noche. Me sentía bien al poder estar con ropa ligera luego de haber estado en Agnof y Eira donde todo era frío y nieve.

Zul se recostó y cruzó los brazos sobre el pecho. Sus ojos grises brillaban alertas y peligrosos pero su expresión era calma, los nervios no volverían a dominarlo. Y había cierta ligereza en él, como si se hubiera liberado de una profunda aflicción. Debía ser Sorcha, le había revelado sus verdaderos sentimientos y parecía contento de haberlo hecho.

Los tres permanecimos allí por un largo rato, disfrutando los últimos momentos de paz. Nos habíamos acostumbrado a estar los tres juntos y había algo reconfortante en ello.

Esperaba que si lográbamos derrotar a Akashik eso no cambiara, que continuáramos los tres juntos. Las palabras del mago regresaron a mi mente, le había dicho a Sorcha que la seguiría adonde fuera. Y dudaba que Sorcha tuviera pensado ir a Alyssian conmigo y con Aiden. De solo pensar en Sorcha interactuando con los

elfos no pude evitar reír. No imaginaba un peor desastre.

Aiden y Zul me miraron con curiosidad, estaba por contarles la causa de mi risa cuando sentí unos pasos que se acercaban. Levanté la cabeza tomando mi espada y los tres nos volvimos al mismo tiempo.

Era Sorcha. Nos devolvió la mirada y tras quedarse unos momentos allí parada, se sentó del otro lado de Aiden, lejos de Zul. Llevaba botas largas, un vestido sencillo que no le estorbaría y su corta capa roja. Lucía tranquila pero había algo peligroso en ella, algo que indicaba que estaba lista para pelear.

El mago la siguió con la mirada y luego volvió a recostarse.

Era una noche sin nubes, una noche de luna llena. El enemigo no podría ocultarse por completo en la oscuridad. El futuro de Lesath era incierto y sin embargo la mayor parte de sus habitantes no lo sabían, dormirían plácidamente como en cualquier otra noche, mientras unos pocos arriesgábamos nuestras vidas por cambiarlo. Era injusto. Aiden, Zul, Sorcha, incluso Seith y Zafir habían perdido tanto, mientras muchos ignoraban el mal que los rodeabas desde hacía años.

A pesar de que nos esperaba una batalla, de que habría sangre y vidas perdidas, me sentía bien de estar allí. De que los cuatro pelearíamos juntos. Ya no era solo mi deseo de permanecer en Lesath o mi futuro con Aiden lo que me incitaba a pelear. Quería pelear por ellos, por Zul, por Aiden, hasta por Sorcha, por las vidas que habían intentado robarles y que habían luchado tanto por recuperar.

Permanecimos así todo el tiempo que nos fue posible hasta que Zada vino por nosotros y dijo que era hora de comenzar la guardia.

Al entrar en la casa, todos estaban esperando alertas. Los nueve winsers estaban parados detrás de Selenkay, aguardando sus órdenes.

El aprendiz de mago estaba junto a Talfan, podía ver enojo y resignación en su rostro. Probablemente se debía a que había aceptado que no lo dejaríamos pelear.

—Zulen —dijo Talfan abrazando a Zul—. Puedes hacerlo, hijo. Puedes vencerlo. Eres un gran mago, confía en tu magia.

Zul asintió y le devolvió el abrazo.

—Ian y yo aguardaremos en tu habitación y vigilarémos a Lysha —continuó Talfan—. Lamento no poder pelear a tu lado.

—No lo lamente, hiciste más que suficiente por mí y por Zada. Me siento mejor sabiendo que estarás a salvo —respondió Zul.

Talfan apoyó la mano en el hombro del mago y lo miró con ojos orgullosos. Zada fue hacia ellos y los tres se abrazaron.

—No estoy de acuerdo con no pelear. Me quedaré con Talfan si es lo que quieren, pero no estoy de acuerdo con ello —dijo Ian.

Nunca lo había escuchado hablar de forma tan seria y segura.

—Sé que no estás de acuerdo, Ian, pero el futuro de Lesath te pertenece, es importante que estés a salvo —respondí.

—Aún así —replicó.

La mirada testaruda que me dirigió me recordó a su hermano Braen.

—No hagas nada estúpido, Ian, un rey no tiene permitido hacer tonterías —dijo Sorchá.

—No soy rey —protestó.

—Pero lo serás —dijo Zada.

Ian miró a las dos y sacudió la cabeza con mayor resignación. Había algo en la forma en que miraba a Zada que era diferente a como solía mirar a Sorchá. Era una mirada más risueña, cómplice. Cuando miraba a Sorchá había adoración y reverencia en sus ojos, como si la admirara y quisiera aprender sobre magia con ella. En cambio, con Zada, parecía estar cautivado con su compañía.

—Es hora de tomar posiciones —dijo Selenkay con autoridad.

Zul y Zada abrazaron a Talfan una vez más.

—Ten cuidado, Adhara. Tú también, Aiden —dijo el aprendiz de mago.

—Estaremos bien —respondió Aiden.

—Quédate abajo y asegúrate de que Lysha no escape —dije.

—Lo haré —replicó.

Fue hacia Sorchá y, luego de titubear por unos segundos, la abrazó.

—No es necesario ser dramático, te traeré el corazón de Akashik como recuerdo —dijo Sorchá palmeando su cabeza como si fuera un niño.

El aprendiz de mago dejó escapar una risa. Le deseó buena suerte a Zul y a Selenkay y luego fue hacia Zada. Al acercarse a ella, su seguridad comenzó a desvanecerse y se balanceó con los pies algo nervioso.

—Zada... —se detuvo y comenzó de nuevo—. Zada... si pudiera, permanecería toda la batalla junto a ti para asegurarme de que nadie te dañe.

Eso debió tomar desprevenida a Zada ya que sus ojos se abrieron sorprendidos y un rubor rosado apareció en sus mejillas.

—¿Ian y Zada? ¿Cuándo pasó esto? —susurró Sorchá.

—Creí que a Ian le atraía Sorchá —me susurró Zul del otro lado.

—Al parecer estábamos equivocados —le respondí.

Todas nuestras miradas se encontraban en ellos dos.

—Eres valiente, Ian. No debes preocuparte, soy buena con el arco y la flecha —respondió Zada.

—Lo sé, eres buena para todo lo que haces —replicó Ian.

Zada respondió dándole un beso en la mejilla. El aprendiz de mago la miró embelesado hasta que Talfan fue por él y lo guio hacia la puerta trampa.

—Zada es más grande que Ian, le lleva al menos cinco años —dijo Sorchá.

—Supongo que el amor no tiene edad —respondí.

Sorchá me miró como si hubiera dicho algo tonto y luego miró a Zul.

—¿Qué piensas de que a Ian le atraiga tu hermana, mago? —preguntó en tono burlón.

—Prefiero no pensar en ello —respondió desconcertado.

Zada vino hacia nosotros y todos nos callamos de manera abrupta.

—Me sentiría mejor si fueras con Talfan, Zada —dijo Zul—. Si algo llegara a pasarte...

—Cuando nuestros padres murieron, me prometí que cuidaría de ti y eso es lo que haré —replicó.

Despeinó el pelo de Zul de manera afectuosa al decir esto.

—Galdur, Kenan, Nuka, Shiku, ustedes harán guardia en aquella ventana junto a Zada Florian y Aiden Moor —dijo Selenkay—. Los demás permanecerán conmigo en aquella puerta.

Aiden me tomó en sus brazos y me abrazó. Me aferré a su pecho tratando de memorizar todo sobre él, su aroma, el latido de su corazón, el calor de su mano sobre mi mejilla.

Su otra mano recorrió mi cintura y por un momento sentí como si hubiese puesto algo en uno de mis bolsillos. Intenté alejarme un poco de él para preguntarle pero, antes de poder hacerlo, bajó su cabeza hacia mí y me aprisionó en un beso. Un beso tan urgente y encantado que borró todos mis pensamientos.

—Adhara, Zul y Sorcha, únense a nosotros —dijo Selenkay—. Nuestra guardia comienza.



## La última guardia

La atmósfera cambió abruptamente. El silencio envolvía la sala, un silencio tenso que solo aumentaba la tensión. La falta de luz tampoco ayudaba, había un par de velas encendidas para que no estuviéramos en total oscuridad, no obstante no podíamos prender más o se verían desde afuera. Era mejor si pensaban que estábamos durmiendo, aunque dudaba de que Akashik lo creyera. Sus guardias probablemente lo harían, se sentirían confiados en vez de alertas.

El brazo de Zul rozó el mío y me volví hacia él. Su mirada estaba fija en la puerta, sus ojos grises brillaban más peligrosos que nunca. Su pelo había crecido en las últimas semanas, y caía sobre su rostro.

Recordé la primera vez que lo había visto en Zosma, aparentaba ser un joven desalineado con ropa demasiado grande, pero sus ojos me habían advertido que era mucho más que eso.

Algo en él había cambiado, al mirarlo ya no veía al mismo joven que conocí aquella noche en la posada de Goewyn. Aún era Zul, pero ya no parecía alguien que tenía miedo de cometer errores y deseaba pasar desapercibido.

Sonreí y estiré mi brazo hacia su hombro.

—Zul.

—Adhara —respondió, dirigiendo su mirada hacia mí.

—Juntos hasta el final del camino —dije.

El mago tomó mi mano.

—Cuida mis espaldas —dijo.

—Lo haré —le aseguré.

No tenía ninguna intención de dejar que lo dañaran. Akashik no le quitaría el amuleto, no mientras yo estuviera con vida.

Sorcha estaba sentada a mi otro lado, esperaba algún comentario sarcástico de su parte pero, para mi sorpresa, no llegó, simplemente nos observó. Selenkay también estaba junto a nosotros. Su expresión era feroz, la expresión de un guerrero. Los demás winsers lo observaban, listos para seguir sus órdenes. No había miedo en ellos, lo cual admiraba porque no podía negar que tenía miedo de enfrentar a Akashik. De que algo saliera mal.

Selenkay les inspiraba fuerza, era un líder digno, no temía a la batalla, estaba orgulloso de poder vengar a los suyos y de terminar con la amenaza oscura de los warlocks. Recordé a su esposa Leilani y a su hijo Lyel. Era una hermosa familia, esperaba que no perdiera demasiada magia y regresara a la corte del Hechicero a salvo junto a ellos.

Miré a través de la sala. Aiden se encontraba en el otro extremo, vigilando la ventana junto a Zada y dos winsers. Su mano estaba cerca de la empuñadura de su espada pero sus ojos estaban fijos en mí.

Verlo me hizo recordar algo y llevé la mano hacia uno de mis bolsillos. Mis dedos

se cerraron sobre una pequeña piedra, de superficie suave y lisa. La mística. Debí saber que intentaría devolvérmela para que me protegiera. Dudaba que funcionara, apenas debía quedarle magia.

Aiden debió darse cuenta de que la había descubierto ya que creí distinguir una sonrisa. Intercambiamos una mirada y luego regresé mi atención a la puerta. No podía distraerme, no cuando podían atacar en cualquier momento.

El tiempo pasó y en todo momento sentía ansiedad más que cansancio. Mis sentidos estaban alertas, cada sonido era razón de alarma. Mi mano estaba a centímetros de Glace, podía tener la espada en mi mano de un momento al otro.

Me había acostumbrado a hacer guardia, a alejar mi mente del sueño y a estar atenta al peligro. Lo había hecho en varias ocasiones desde mi llegada a Lesath, pero esta vez era diferente, todo estaba por cambiar, para bien o para mal sería mi última guardia.

No estaba segura de cuánto faltaba para el amanecer, tampoco sabía si Akashik atacaría al salir el sol, esas habían sido las palabras de Lysha, pero no podíamos confiar en que fueran verdaderas o en que el warlock no cambiara sus planes.

Me puse de pie y me acerqué a la puerta, para mirar por el ojo de la cerradura. Me sentía intranquila, la sensación había estado creciendo en mí y se estaba volviendo difícil de ignorar. Afuera todo era oscuridad, no podía distinguir nada salvo la silueta de algunos árboles. En algún lado había oído que el momento más oscuro de la noche era antes del amanecer, no podía faltar mucho ya que todo era pura oscuridad.

Eso me hizo pensar en algo, Akashik era un ser oscuro. ¿Por qué atacaría al amanecer? ¿Por qué no atacar durante la oscuridad que tanto disfrutaba?

—La noche no ha terminado, falta un largo rato para el amanecer —dijo Kyan, un winser que estaba sentado contra la puerta.

Asentí con la cabeza. Estaba a punto de regresar junto a Zul cuando algo llamó mi atención. Un destello. Había visto un destello en el prado. Aguardé. Nada. El velo de la noche era oscuro e impenetrable. Continué mirando, segura de lo que había visto, y unos minutos después vi el destello de nuevo. Reflejaba la luz de la luna, debía ser hierro, una hoja de hierro, una espada.

—Están aquí —dije.

Mi voz fue como un susurro, apenas había dicho las palabras. Todas las miradas se volvieron a mí. Dudando, temiendo lo peor.

—¡Están aquí! —grité.

## El corazón del dragón

La atmósfera cambió abruptamente, ya no había duda o ansiedad, sino anticipación. Desenfundé a Glace y puede ver a Aiden hacer lo mismo desde la otra punta de la sala. Su espada lista en sus manos.

Selenkay miró por el cerrojo de la puerta, de la misma manera en que lo había hecho yo hacía solo un momento y coincidió en que los destellos eran espadas.

Los winsers se reunieron a nuestro alrededor, aguardando ordenes de su líder. Zul vino a mi lado y permaneció allí. Su expresión era pura determinación y aquel brillo peligroso resplandecía en sus ojos.

—Hermanos, la hora ha llegado, la oscuridad está sobre nosotros. Nuestro más antiguo enemigo se encuentra a pasos de esas puertas —dijo Selenkay—. Aquel que tomó la vida de nuestros antepasados ahora pretende reclamar las nuestras. ¿Cuál será nuestra respuesta?

—No —respondió un winser en tono firme.

—¿Cuál será nuestra respuesta?! —repitió Selenkay.

—¡NOOOOOO! —gritaron todos al unísono.

—Derrotaremos a la oscuridad o nos uniremos a los nuestros en un reino de hielo y almas en paz. Nuestro coraje no cede como el hielo no cede y nuestro corazón es verdadero como nuestra magia es verdadera —dijo Selenkay.

—Nuestro coraje no cede y nuestra magia es verdadera —repitieron los winsers.

—¡Nuestro coraje no cede como el hielo no cede! —gritó Sorcha.

Selenkay y los suyos la miraron con aprobación. No había duda de que Sorcha era agresiva, incluso cruel. Pero al verla allí, al ver la ferocidad en su rostro, no pude evitar pensar que era la actitud correcta para enfrentar una batalla. Sus ojos siempre eran fríos como el hielo pero claramente había fuego en ella, Sorcha era una guerrera y había algo en ella que probablemente compartía con sus antepasados, con la Dama Draconis.

—¿Listo para pelear? —le pregunté a Zul.

El mago asintió.

—Aguardaremos a que hagan la primera movida, eso nos revelará sus intenciones —dijo Selenkay.

Estaba de acuerdo con él. Los siguientes momentos fueron tortuosos, tomé la empuñadura de Glace con fuerza, lista para reaccionar a lo que sucediera.

Silencio. Todo era oscuridad, silencio y anticipación. Temí que alguno no aguantara la espera e hiciera algo tonto pero antes de que eso pasara la puerta que estaba a nuestro lado y una de las ventanas volaron como si alguien las hubiese empujado y una gran cantidad de hombres entraron con espadas y lanzas.

Podía ver con claridad a pesar de que la luz de las velas era escasa, hombres corriendo, gritando, espadas chocando y winsers peleando.

Los winsers eran fáciles de ver debido a su aspecto pálido y traslúcido, algunos de

ellos incluso contrarrestaban la oscuridad.

Uno de los guardias logró romper la barrera que habían hecho Aiden, Zada y los demás, para mantenerlos allí, y vino hacia nosotros.

—Ríndanse y acepten el reinado de la reina Lysha o elijan la muerte —dijo amenazándonos con su espada.

No se sentía bien atacar a alguien que estaba siendo manipulado pero no nos dejaba otra opción. Bloqueé su ataque y lo hice retroceder; en comparación a Aiden, era lento y su técnica era mala; si todos peleaban así, sería fácil derrotarlos.

Derroté al guardia y lo desarmé, estaba considerando qué hacer con él cuando Sorcha se me adelantó y utilizó un hechizo para inmovilizarlo.

—Mejor deshacernos del problema ahora y que no regrese después —dijo.

Me miró esperando a que la contradijera, pero no lo hice.

—Tienes razón —respondí.

Sus ojos azules se abrieron sorprendidos.

—Wow, repite eso, elfa —dijo.

Negué con la cabeza y levanté la vista, buscando a Akashik pero no lograba verlo. Aiden estaba peleando con un hombre unos años mayor que nosotros, su atuendo era un poco diferente al de los demás guardias y se movía bien, definitivamente sabía cómo usar una espada. William Kingley. Cerca de ellos Zada disparaba una flecha detrás de otra y se movía constantemente para evitar ser atacada. La mayor parte de sus flechas daban con sus objetivos pero a juzgar hacia dónde apuntaba intentaba herirlos en vez de matarlos.

Los guardias que lograban escapar de ella eran sorprendidos por winsers y de a poco se iban congelando, convirtiéndose en hielo.

—¿Dónde está?! —preguntó Zul.

El mago miraba en todas direcciones, sin estar seguro de qué hacer. Sorcha, Selenkay y yo lo habíamos rodeado, dejándolo en el centro.

Un terrible grito fue lo que finalmente reveló la presencia de Akashik. Uno de los winsers que estaba junto a nosotros cayó en sus manos y el sonido que vino de él heló mi sangre. Un grito de agonía, profundo y desesperado.

Akashik soltó su cuerpo y el winser se volvió hielo antes de llegar al suelo.

—Winers, había olvidado lo que se siente tomar su magia —dijo el warlock—. Es extremadamente placentero.

—¡Monstruo! —gritó Selenkay.

Se arrojó contra Akashik pero no logró llegar a él, un hechizo lo detuvo.

—¿Qué se siente que utilice su propia magia contra ustedes? —preguntó Akashik.

Los estaba provocando, incitándolos a que se comportaran como salvajes. Selenkay atacó de nuevo con el mismo resultado.

—No puedes manipularnos a todos —dije—. No vas a salvarte por uno de nuestros errores.

La mirada de Akashik se volvió hacia mí. Era difícil de creerlo, a simple viste era

solo un hombre. Llevaba la túnica negra con los dos dragones entrelazados que habían llevado todos los miembros del Concilio de los Oscuros. Ahora solo quedaba él. Y aún así tenía el poder para destruirnos a todos. Él era el Concilio.

—Adhara Ithil. Noble, bella, ansiosa por demostrarle a los elfos que eres buena —dijo Akashik—. Lo que no comprendes es que ellos ya han decidido que eres como yo. Lo decidieron el día en que naciste.

Ignoré sus palabras, no quería escucharlo, no quería pensar en ello o contemplar la posibilidad de que fuera verdad.

Los winsers atacaron de nuevo pero ninguno lograba acercarse lo suficiente para dañarlo. Zul también atacó y Sorcha y yo fuimos tras él. La magia de Akashik no lo dañaba, caminaba a través de los conjuros como si no estuvieran allí.

La oportunidad estaba cerca, Selenkay y los suyos arrinconaron al warlock por un lado y junto a Sorcha cerramos el círculo, dándole paso al mago. Estaba atrapado.

Zul se adelantó hacia él, podía oírlo pronunciar un hechizo, sus ojos grises fijos en Akashik. Por un momento creí que lo habíamos logrado, que por fin moriría, pero algo en la expresión del warlock me llenó de dudas. Era demasiada arrogancia para alguien que creía que iba a morir.

—Si quieren pelear, les daré una pelea, una pelea que no olvidarán ni cuando estén en sus tumbas —dijo Akashik—. Y por tumbas me refiero a cuando deje sus cadáveres tirados en la tierra.

—Zul... —advertí.

El mago se arrojó hacia Akashik y yo me arrojé hacia él, pero antes de alcanzarlo todo se volvió oscuridad. Las velas se apagaron una detrás de otra y el aire se volvió frío y difícil de respirar.

Las voces de más hombres irrumpieron en la sala y pude ver el destello de hierro donde había estado la puerta. Había más guardias, habían estado esperando para un segundo ataque.

Solo veía oscuridad delante de mí. Desesperada pensé las palabras del algún encantamiento que me permitiera ver, no podía recordarlas. Por fortuna Sorcha se me adelantó, gritó las palabras y una esfera de luz plateada iluminó la habitación.

Zul y Akashik estaban forcejeando en el suelo, el warlock estaba intentando tomar el amuleto. Ambos estaban acostumbrados a la magia en vez de a la fuerza física. La forma en que intentaban golpearse con las manos era extraña. Me arrojé hacia Akashik, quitándolo de encima de Zul. Ambos rodamos por el piso y mi cabeza golpeó contra algo.

Mi vista se nubló, todo era gritos y confusión. Podía ver siluetas peleando a mi alrededor, winsers, guardias, flechas volando por el aire.

El aire... se sentía frío en mi piel y gélido cuando respiraba. Era como si la sala se estuviera congelando.

—La magia de los winsers es fascinante, solo maté a uno de ellos pero puedes sentir su poder —dijo Akashik—. Es como si su misma esencia estuviera

cubriéndonos a todos.

—No a ti —noté.

Su piel no estaba pálida por el frío, ni parecía tener problemas para respirar.

—Tampoco a tu amigo Zul, pero pronto lo hará. Cuando le quite el amuleto —respondió.

—No lo harás —repliqué.

Me puse de pie y levanté la espada hacia él. Mis pies se tambalearon un poco, me encontraba algo desequilibrada por el golpe en la cabeza.

—Admiro tu determinación, Adhara. Lysha podría haber usado un poco de eso —dijo Akashik—. Pero tú te aferras a la luz de la misma manera en que yo me entrego a la oscuridad. Eres débil. Prefieres ser buena a ser poderosa. Eso te costará la vida.

El aire se volvió contra mi mano, era áspero sobre mi piel, cortando con la misma facilidad que la hoja de una espada. Fue tan repentino, el dolor tan punzante, que solté a Glace sin siquiera ser consciente de ello.

Akashik dio unos pasos hasta estar frente a mí. Su expresión era la de alguien hambriento de poder, alguien que no conocía el miedo y que era guiado ciegamente por ambición.

Llevé la mano al bolsillo buscando la mística, esperando que me protegiera. Pero no lo haría, había dos piedras en vez de una. Se había quebrado, vencida por toda la magia que me rodeaba. Maldije. No lograría alcanzar a Glace, el corte en mi mano sangraba y ardía, no sabía si podría sostener la espada. Magia, era mi única opción. Ya no le temía. Pensé en fuego, en llamas, en el calor de las llamas alejando el frío que sentía.

El fuego apareció frente a mí, sonreí al verlo pero solo por un momento. Solo bastó con un movimiento de Akashik para que mi hechizo se rompiera, las llamas chasquearon y murieron. Mi magia jamás le ganaría a la de él.

Sus ojos oscuros se apoderaron de los míos, el aire me lastimaba, mis manos, mi rostro, era como hielo contra mi piel.

Intenté llamar a Zul pero las palabras no salieron de mi boca, podía verlo por el rabillo del ojo, él y Sorcha peleando con al menos diez guardias.

Busqué a Aiden pero no lograba verlo entre las demás personas y la oscuridad.

El warlock recitó unas palabras y la agonía se hizo imposible de aguantar, me estaba desvaneciendo y no podía hacer nada para evitarlo. No quería hacer nada para evitarlo.

—Entrégate a las sombras, Adhara, no siempre tienes que pelear, deja que la oscuridad te lleve —la voz de Akashik era hipnótica—. Allí encontrarás paz.

Paz. Sonaba bien.

—Deja a la muchacha, su vida no te pertenece —gritó una voz—. Ninguna de nuestras vidas te pertenece.

Caí de espaldas y el golpe me hizo volver en sí. Era como si hubiera estado soñando o no del todo consciente. Selenkay se había interpuesto entre nosotros. Su

magia había interferido con la de Akashik. Sentí una ola de gratitud hacia el winser, me había salvado. No estaba segura de si estaba alucinando debido al golpe o si realmente era así pero había algo increíblemente majestuoso en Selenkay. Era un ser luminoso, de bien, un guerrero formidable.

—El rey de los winsers —dijo Akashik.

—No soy ningún rey, no busco dominar a los demás como tú, warlock. Protejo a los míos, tú destruyes a los tuyos —respondió Selenkay.

—Los trajiste a una muerte segura para vengar a tus antepasados. ¿A eso llamas proteger? Yo diría que tus motivos son egoístas. ¿No lo crees?

Akashik sonrió, esa sonrisa provocadora y astuta.

—Nada de lo que dice es verdad, no lo escuches, Selenkay —grité.

El winser me miró y luego volvió su vista a Akashik. Ambos intercambiaron una larga mirada, estudiándose el uno al otro. Selenkay era fuerte, tal vez lo suficiente como para debilitarlo y luego Zul terminaría con él.

Zul. Vendé mi mano con un trozo de capa y tomé a Glace. Zul y Sorcha aún estaban peleando, al igual que Aiden y Zada. No sabía cuántos guardias más habían atacado. Me abrí lugar hacia ellos pero parecían tener la situación bajo control. El mago estaba luchando contra no menos de diez guardias, demostrando un increíble despliegue de magia y habilidad. Y Sorcha estaba a su lado, asegurándose de que ninguno lo tomara por sorpresa y se acercara lo suficiente como para quitarle el amuleto. Hacían una buena pareja, ambos coordinando su magia. Sorcha hacía que peleara con pasión, sacaba su lado más agresivo y desafiante. Lo cual era preocupante pero en ese caso útil.

Busqué a Aiden, era difícil a causa de la escasa luz y las peleas. Finalmente lo distinguí justo a tiempo para ver su victoria. Arremetió contra William con tal rapidez y agilidad que no le dio tiempo a reaccionar. Respiré aliviada, Aiden estaba a salvo y había derrotado a su oponente.

Comencé a ir hacia él cuando algo me detuvo, un sonido, un presentimiento, no estaba segura de qué era pero sabía que algo andaba mal.

Al volverme hacia donde estaba Akashik deseé no haberlo hecho. Un profundo lamento llenó mi pecho mientras veía la escena. Selenkay estaba aprisionado, envuelto entre su túnica y humo negro. Era como si Akashik lo estuviera consumiendo, envolviéndolo con su oscuridad y alimentándose de su magia.

—¡Nooo!

Corrí con Glace en mano, las lágrimas nublaban mis ojos. Zul me escuchó y fue hacia ellos, estaba más cerca que yo, llegaría antes y lo salvaría.

Pero la breve esperanza que sentí se desmoronó en un instante. El mago se arrojó hacia ellos y chocó contra una gran e imponente estatua de hielo. Selenkay.

Me sentí desorientada, sin poder enfocarme en lo que me rodeaba, lo que pasaba. La tristeza que sentía por la muerte del winser me había abrumado. Selenkay me había salvado, era alguien de buen corazón, tenía una familia. Las imagen de su esposa y su

hijo aparecieron en mi mente.

Los demás winsers gritaron, sus voces llenas de furia y pena. Los podía ver atacando a Akashik, quería unirme a ellos pero no lograba moverme.

—¡Adhara!

Sentí los brazos de Aiden rodeándome, intentando ponerme de pie.

—Mató a Selenkay... —dije—. Lo mató, no regresará a su familia.

—Lo sé —respondió Aiden—. Pero no podemos rendirnos.

Me obligó a mirarlo, sus manos tomando mis brazos con fuerza.

—¿Puedes pelear? —me preguntó.

Asentí.

—¿Segura? Hay sangre en tu mano.

—Puedo pelear —dije con firmeza.

—De acuerdo.

Me miró de manera significativa y ambos nos volvimos, regresando a la pelea. Los winsers habían fallado en sus ataques y parecían débiles, Zul se enfrentaba a todos sus conjuros ya que no podían dañarlo pero no lograba acercarse al warlock o atraparlo con su magia.

Sorcha también atacó, intentado los hechizos que le había enseñado el Hechicero de Hielo. Habían resultado contra los guardias pero la magia de Akashik era demasiado poderosa y no le era difícil detenerlos.

—¡Ya muere de una vez! —gritó Sorcha frustrada.

Akashik rio de manera sombría.

—Posees demasiada actitud para alguien cuya magia es mediocre —dijo.

Esto enfureció a Sorcha más y se precipitó a atacarlo. Los tres fuimos tras ella para detenerla pero la magia de Akashik golpeó contra ella provocando que se desmoronara en el suelo.

—¡Sorcha! —gritó Zul.

Temí lo peor al ver el segundo hechizo alcanzarla pero una figura se interpuso en el camino. No era Zul quien la había salvado sino Zada. La había empujado recibiendo el impacto.

Se abrazó a sí misma donde la había golpeado el hechizo, podía ver el dolor en su rostro. Sorcha la miró perpleja, sin creer lo que había sucedido.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó.

—Estaba protegiendo el corazón de mi hermano —respondió Zada.

Su cuerpo se endureció, sus ojos azules contemplaban a Zada como si hubiera perdido la cabeza.

—¡Zada! ¡Sorcha!

Sorcha reaccionó ante la advertencia del mago y detuvo el ataque de uno de los guardias. La oscuridad apenas nos permitía ver a nuestros atacantes y todavía quedaban bastantes. Sin duda eran muchos más de treinta. Era como si hubiese traído a todo el ejército real.



Aiden y yo peleamos contra varios a la vez, intentando evitar que llegaran a los demás. Parecían temerosos y eso hacía que cometieran errores tontos. Podía ver a Zada tendida en el suelo, la herida le impedía levantarse pero Zul y Sorcha la estaban protegiendo.

Blandí a Glace contra todos los hombres que se interponían en mi camino, algunos de ellos insistían en pelear y otros huían. Se referían a Aiden como «el que había derrotado a Kingley» y a mí con varios nombres absurdos como «la hechicera de la espada» o «la guerrera élfica». Uno de ellos incluso me llamó «el hada maldita».

¿No sabían que las hadas solo medían centímetros y tenían alas? ¿En qué me parecía a un hada?

Aparté estos pensamientos y me concentré en la pelea. La sala se había caído a pedazos, podía ver hombres muertos y estatuas de hielo.

El aire se enfrió aún más y el espeso humo negro de Akashik cubrió mis botas. Estaba tramando algo.

—¡Zul! —grité.

Aparté al hombre frente a mí con un rápido movimiento de Glace y busqué al mago, debía protegerlo. Él y Sorcha estaban bien pero no podía ver a Zada.

Zul se arrodilló en el humo, gritando su nombre y moviendo las manos en el lugar donde había estado recostada.

—Adhara, Zada no está —dijo desesperado al verme.

Miré en todas direcciones sin lograr encontrarla. Permanecí a su lado, levantando la espada de manera defensiva.

Sorcha me imitó, yendo hacia su otro lado.

—Tú y tu hermana comparten varias rasgos, el pelo negro, los ojos grises... —era la voz de Akashik.

Maldije, sabiendo lo que pasaría cuando levantara la vista. Tomé la empuñadura con fuerza, intentando canalizar mi frustración. El warlock estaba parado cerca de nosotros, su expresión era un canto de victoria. En sus brazos, inconsciente, estaba Zada.

—¡DÉJALA! ¡AHORA! —gritó Zul.

Lo tomé del hombro manteniéndolo en su lugar, claramente era una trampa. Akashik dijo unas palabras y un polvo violeta envolvió a Zada, abriéndose lugar hacia su nariz y boca.

Utilicé toda mi fuerza para mantener al mago en su lugar.

—¡Déjame ir! —gritó Zul apartándome.

—No —respondí.

La piel de Zada empalideció, su cabeza colgaba como si no tuviera vida, su pelo negro casi tocando el suelo.

—No está muerta —dijo Akashik—. Pero si yo muero, ella muere conmigo.

No. Estábamos tan cerca de derrotarlo... no podía ser.

—¡Mientes! —dijo SORCHA—. Es otro de tus engaños.

—Inténtalo, veremos quién miente —dijo Akashik extendiendo sus brazos como si le estuviese ofreciendo a Zada.

—No creas que no lo haré —replicó.

—¡SORCHA! —gritamos Aiden, Zul y yo al mismo tiempo.

Nos miró irritada pero permaneció en su lugar. Su expresión era fría pero podía ver el conflicto en sus ojos. No arriesgaría la vida de Zada.

—El Corazón del Dragón a cambio de tu hermana —dijo Akashik con sus ojos negros fijos en Zul—. Entrégamelo o mátame y despídete de ella.

Las piernas del mago cedieron y este cayó de rodillas, era como si le hubiesen clavado un puñal.

—Zul... no sabemos si es verdad, si ese hechizo ligó sus vidas —susurré.

—No estoy dispuesto a arriesgarme —apenas consiguió decir las palabras.

Me arrodillé a su lado y Aiden vino junto a nosotros, su espada en alto protegiéndonos.

—Te permitiré unos últimos momentos con tu magia, no soy tan desalmado como creen —dijo Akashik con una cruel sonrisa—. Mientras tanto lidiaré contigo, SORCHA. Me temo que necesito tu sangre, ya sabes, por ser descendiente de Lisabeth Derosé.

SORCHA lo miró como si estuviera a punto de escupir su rostro.

—Siempre tuviste un gusto por la violencia pero lograste reprimir tu lado insolente todos esos años que nos serviste, tendrás que volver a hacerlo —continuó Akashik.

Había tanta furia en el rostro de SORCHA, cerró sus puños como si estuviese aplastando algo en ellos. Sus ojos se volvieron más fríos que el mismo hielo y una expresión macabra cruzó su rostro. Supe que algo terrible iba a pasar pero fue imposible anticiparlo. Pensé que su ataque sería contra el warlock.

Se volvió hacia nosotros, apartándonos a Aiden y a mí con su magia y se arrojó hacia Zul. El mago estaba demasiado sorprendido y ahogado en su pena para reaccionar. SORCHA cerró su mano sobre el amuleto del color de la sangre y se lo quitó de un tirón.

—¡NOOOOOO!

Todos gritamos al mismo tiempo, Aiden, yo, incluso Akashik. Zul no se movió, era como si lo hubiesen paralizado, un profundo horror llenando sus ojos.

—¡Te mataré! —grité—. ¡TRAIORA!

Me abalancé hacia ella pero Aiden me detuvo sosteniéndome contra él.

—Es demasiado tarde —dijo.

—¡SORCHA! ¡TRAIORA! —grité.

No podía controlarme, no quería hacerlo. Peleé contra Aiden, intenté morder su brazo para que me soltara. Lo único que quería, en lo único que podía pensar era en matar a SORCHA.

—Zul, piensa en Zul —dijo Aiden sujetándome en sus brazos.

Miré al mago, su expresión, era como si le hubiesen quitado el corazón.

Aiden debió notar el cambio en mí ya que me dejó ir. Me arrojé hacia Zul, rodeándolo con los brazos. Mis ojos llenos de lágrimas.

—¡NO! —por primera vez había verdadero miedo en la voz del warlock.

Sorcha pasó la cadena por su cabeza, el Corazón del Dragón cayendo sobre su pecho.

—¿Por qué no intentas apelar a la bondad de mi corazón? —dijo mirando a Akashik con una sonrisa burlona.

El warlock intentó esconder su expresión de horror sin éxito. Antes de que pudiera responder, antes de que alguno de nosotros pudiera reaccionar, Sorcha se abalanzó hacia él gritando salvajemente.

Akashik soltó a Zada e intentó defenderse, poseído en un ataque de ira y odio. Ambos chocaron y el humo negro de Akashik se desvaneció contra el cuerpo de Sorcha mientras esta clavaba una estalactita en su garganta y otra en su pecho.

Silencio.

Aiden, Zul y yo parecíamos en trance, atónitos ante la escena que habíamos contemplado. No podía quitar mis ojos de ella.

Sorcha estaba cubierta en sangre, parada sobre el cuerpo sin vida de Akashik. El warlock estaba muerto.

Aiden fue el primero en reaccionar. Corrió hacia Zada y la tomó en sus brazos, intentando sentir su pulso.

Lo miré expectante, temiendo sus palabras.

—¡Respira! —dijo aliviado—. ¡Está viva!

Zul se desmoronó contra mí, reaccionando.

—Zada está viva —le dije abrazándolo.

—Por supuesto que está viva —dijo Sorcha como si fuera algo evidente.

Todas nuestras miradas fueron a ella. Debió haber miedo en nuestros ojos ya que nos miró sorprendida.

Tomé a Glace poniéndome de pie, sin estar segura de lo que iba a suceder. ¿Nos iba a atacar? No iba a permitir que continuara dañando a Zul.

—No seas tonta, elfa —dijo mirándome.

Permanecí quieta sin bajar la guardia, sabía que no podía vencerla pero no me importaba.

El mago levantó la vista hacia ella y cruzaron una mirada. La expresión de Sorcha se ablandó, algo cambió en ella mientras lo miraba. Por alguna razón parecía resignada.

—¡Maldito seas, Zul Florian! —maldijo.

Tras estas palabras se quitó el amuleto y lo arrojó contra el piso, destruyéndolo con un hechizo.

Silencio.

Estaba empezando a desconfiar de mi vista. ¿Realmente había destruido el

Corazón del Dragón?

—Mi magia, puedo sentirla —dijo Zul.

Su rostro se iluminó como un rayo de sol.

—¡Mi magia regresó! —exclamó feliz e incrédulo.

Fue hacia Sorcha y la tomó en sus brazos, levantándola en el aire. Las mejillas de Sorcha se sonrojaron y lo miró con afecto, bajando su guardia por primera vez.

—Salvaste mi vida más de una vez, debía agradecerte de alguna manera —respondió.

Intentó besarla pero Sorcha se soltó, parecía algo abrumada.

—Esto no significa que seamos como Adhara y Aiden y vamos a jurarnos amor eterno bajo la luz de las estrellas —dijo Sorcha—. Compórtate, mago.

Zul rio y tras mirarla con pura adoración fue hacia donde estaba Aiden con su hermana. Los ojos de Zada estaban cerrados pero lo importante era que vivía.

—¿Cómo sabías que Akashik mentía? ¿Que el hechizo no había ligado la vida de Zada a la suya? —pregunté.

—Akashik siempre miente —respondió Sorcha en voz baja—. Supuse que era otra de sus mentiras.

La miré incrédula. Había dejado la vida de Zada al azar.

—¿Y cómo sabías que si destruías el amuleto su magia volvería? —pregunté.

—Elar me lo dijo y me lo recordó el día que dejamos su corte —respondió.

El Hechicero de Hielo. Debió saberlo, de seguro lo vio en su esfera de cristal. Me acerqué a Sorcha e hice algo que nunca pensé que haría: la abracé.

—Gracias, Sorcha.

Permaneció quieta con los brazos apretados contra su cuerpo. Me recordó a mí en mis primeros días en Naos, cuando me molestaba el contacto con las personas.

—Prefiero cuando estás apuntándome con tu espada —dijo cuando la solté.

Dejé escapar una risa.

—También yo.

## Diferentes caminos

La luz del amanecer comenzó a asomarse por la ventana. Lo que quedaba de la sala era una vista triste, hombres muertos, sangre, destrucción.

Los winners se acercaron a nosotros. Siete de ellos habían sobrevivido. Le hicieron una reverencia a Sorchá en gratitud por haber vencido a Akashik. Y luego fueron hacia la estatua de Selenkay y se arrodillaron a sus pies, mostrando sus respetos.

Al verla, sentí aquel lamento en el pecho, odiaba que hubiera perdido la vida.

Algunos de los hombres de la guardia real estaban con vida, atados en un rincón. Debíamos hacer que Lysha les explicara que Ian sería su nuevo rey. No me gustaba manipular la mente con magia pero de seguro necesitaríamos que Zul y Sorchá los persuadieran de que era lo correcto.

Aiden vino hacia mí y me tomó en sus brazos, su felicidad era evidente. Estaba triste por la vida de los winners, pero me permití un momento para compartir su alegría.

Akashik estaba muerto, ya no había Concilio de los Oscuros. Éramos libres de vivir nuestras vidas.

Lo besé, perdiéndome en sus cálidos ojos marrones. Aquellos ojos que me habían cautivado desde el primer momento.

—Intenta sacudirla con más fuerza.

La voz de Sorchá interrumpió nuestro momento. Aiden me sonrió y nos unimos a ellos. Zul estaba corriendo el pelo del rostro de Zada gentilmente, mientras Sorchá movía su brazo de manera no tan gentil.

—Con cuidado —le advirtió Zul.

—¿Cómo esperas que despierte si la tratas como a una delicada princesa? —replicó Sorchá.

Sonreí, sin poder evitarlo. Sorchá podía tener sentimientos por el mago, pero eso no significaba que fuera a ser menos Sorchá.

Zada se movió, abriendo los ojos. Se veía terrible. Pálida.

—Zul...

El mago la abrazó, estrujándola contra su pecho mientras le repetía que Akashik estaba muerto y que habían vengado a sus padres. Zada parecía estar bien, temí que el hechizo la hubiere afectado de alguna manera pero recordaba todo lo que había sucedido y no mostraba señales de haber sufrido un daño permanente.

Sorchá había estado en lo cierto, el hechizo de Akashik solo la había dejado inconsciente.

—¡Cuidado!

La voz me sobresaltó, tomándome desprevenida. Era Ian. Uno de los guardias se había soltado y venía en nuestra dirección. El aprendiz de mago tomó una espada del suelo y lo golpeó con fuerza, desarmándolo.

—Bien hecho, Ian —dijo Sorchá.

Fue hacia Zada sin soltar la espada y la tomó en sus brazos, ayudándola a ponerse de pie. Zada parecía contenta de verlo y se apoyó sobre su pecho buscando soporte. Con la espada en la mano y su brazo alrededor de Zada, el aprendiz de mago se veía más adulto. También ayudaba el pelo desarreglado y la cota de malla sobre su pecho.

—¿Están todos bien? —preguntó.

—No todos —respondí mirando hacia donde estaban los winners.

Ian siguió mi mirada y su expresión se volvió triste al ver la estatua de Selenkay. Los winners aún lo rodeaban, lamentándose por su pérdida.

Una de las tablas de madera cayó haciendo un fuerte ruido y todos dirigimos la mirada hacia allí, temiendo que lo quedaba de la casa se derrumbara sobre nosotros. Por fortuna las paredes resistieron, Aiden y Zul quitaron las tablas del resto de las ventanas por si acaso y luego miraron el hueco que había donde solía estar la puerta, inciertos sobre qué hacer al respecto.

—Akashik está muerto, vayamos a darle a Talfan la buena noticia —dijo Zul contento.

Esperaba que él no hubiera sufrido ningún daño. Podía ver agujeros en la madera, sobre la habitación del mago y el tapete que cubría la puerta trampa estaba intacto a excepción de una mancha de sangre.

Aiden descendió delante de mí por las escaleras. Estaba por los últimos escalones cuando se detuvo de manera tan abrupta que choqué contra él y ambos casi caímos. Talfan yacía inconsciente en el suelo a un lado de la cama vacía. Recorrí la habitación con la vista, no había rastros de Lysha.

—Sabía que debimos matarla —dijo Sorchá detrás de mí.

Su cuerpo estaba asomado sobre el mío, aplastándome.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zul.

—Nuestra querida reina escapó —respondió Sorchá.

El mago nos empujó para poder ver, haciendo que todos cayéramos para adelante. Él y su hermana fueron hacia Talfan y lo levantaron, subiéndolo a la cama. Me acerqué a Zada para ayudarla, sus movimientos eran algo torpes, como si estuviera mareada y su piel estaba cubierta de marcas violetas causadas por golpes.

—¿Zada estás bien? —pregunté.

La ayudé a sentarse mientras Zul lo examinaba.

—¡Talfan! —dijo Zada—. Despierta.

El viejo maestro se movió y dejó escapar un ronquido.

—Lysha lo durmió —dijo Zul—. Se encuentra bien.

Al menos no lo había lastimado o peor.

—Estaba aquí —dijo Ian—. Intentó escapar pero la detuve, cuando subí a ayudarlos seguía aquí.

—¿Intentó escapar? ¿Cómo la detuviste? —preguntó Zul.

—Con un hechizo. Talfan me dio una pócima para hacerla dormir, funcio... —el

aprendiz de mago no término de decir las palabras.

Aiden, Zul, Sorch y yo intercambiamos miradas.

—Te hizo creer que tu hechizo había funcionado y escapó en cuanto tuvo la oportunidad —dijo Sorch—. Astuta como su difunto padre.

Debió pretender tomar la pócima y luego la usó contra Talfan. No lo entendía, Ian era el futuro rey, sabía que queríamos reemplazarla con él. ¿Por qué no matarlo cuando tuvo la oportunidad?

—Dejó una nota —dijo Aiden—. Y un decreto confirmando que en caso de que perdiera su vida, su primo Marcus Ian es el próximo en la línea de sucesión. Hasta tiene el sello real de su anillo.

Lo miré extrañada, me costaba creerlo, pero allí estaban ambos pergaminos sobre la cama. Aiden me pasó la nota y levantó el decreto en su mano para que todos pudieran verlo.

*Adhara:*

*Gracias por permitirme vivir. No volveré a causarles problemas. Iré con la única persona que ha cuidado de mí y me ha demostrado verdadero afecto.*

*Lysha.*

Volví a leerla en voz alta.

—Claramente está delirando. ¿Quién podría querer a Lysha? —dijo Sorch.

Un nombre cruzó mi mente, solo una persona la había cuidado como a una hermana. Goewyn. Cuando fuimos a su posada luego de escapar del castillo de Izar, Goewyn se había mostrado afectuosa con ella. Y cuando Lysha nos siguió al Monte Luna dijo que había utilizado magia para que ella y Deneb no la recordaran. ¿Podíamos creer que Lysha ya no causaría problemas o regresaría al trono? No lo sabía.

—¿Qué haremos? ¿Iremos tras ella? —preguntó Zada.

—No puede estar muy lejos, debió escabullirse cuando estábamos distraídos —respondió Zul.

Algo me decía que esa madera no se había caído por sí sola.

—Es joven y ha pasado por mucho, lo mejor es dejarla ir con la esperanza de que lleve una mejor vida —dijo Talfan.

Zul y Zada se volvieron a él, sorprendidos de que estuviera despierto. El mago se abalanzó sobre él y comenzó a contarle acerca de la pelea y de cómo habíamos vencido. Zada se unió a ellos, haciéndose un lugar entre los dos.

Era conmovedor verlos juntos. Talfan, Zul y Zada abrazados, con vida y felices. El mago ya había perdido a sus padres. Era un alivio ver que esa vez no había perdido a su familia.

Sorch los miraba desde una esquina de la habitación, intentó mostrarse indiferente pero podía ver que también estaba contenta por Zul.

Zada incluso le hizo un gesto para que se les uniera pero negó con la cabeza. No me imaginaba a Sorcha en medio de un abrazo grupal. Se contentó esperando allí junto a Ian, contándole acerca de la batalla.

—Ansío ver a mis abuelos y a Tarf, poder celebrar junto a ellos —le dije a Aiden.

—También yo —respondió—. Mi madre estará feliz.

Al subir a la sala Talfan casi se desmaya. No quedaba mucho de ella, el fuego y la batalla habían destruido su hogar. Su mirada me decía que extrañaría la casa, debía tener muchos recuerdos, Zul y Zada habían crecido allí.

El mago también se entristeció al verlo pero un chiste de Sorcha hizo que sonriera. No comprendía cómo podía disfrutar su sentido del humor.

Podía ver a Zada e Ian en un rincón, el aprendiz de mago estaba intentando sanar las marcas en sus brazos con poco éxito. No sabía cómo resultarían las cosas entre ellos, Zada parecía estar descifrando sus sentimientos. Solo el tiempo lo diría.

—Adhara.

Me volví hacia él con una sonrisa.

—Zul.

Intercambiamos una mirada y el mago me abrazó.

—Lo hicimos —dijo—. Nada de esto hubiera sucedido si no te hubiera conocido.

—No tienes idea de lo aliviada que estoy de que tengas tu magia —dije devolviéndole el abrazo.

Era verdad, no hubiera podido perdonarme a mí misma si la perdía.

—Cuidaste de mí, me protegiste, como nunca nadie lo hizo —dijo.

—Fue mutuo —respondí—. Tú y yo siempre cuidaremos el uno del otro.

Zul asintió.

—Sin importar dónde estemos —agregué.

Me entristeció decir las palabras, algo en mí me decía que Zul no vendría con nosotros a Naos.

—Sorcha regresará con los winsers a Eira, a la corte del Hechicero —dijo—. Iré con ella, hay mucho que el Hechicero puede enseñarnos.

—¿Y solo irás a Eira porque te encuentras ansioso por aprender de Elar? —dije con una expresión divertida—. ¿No porque una joven llamada Sorcha Hale estará allí?

Zul rio avergonzado, era extraño escucharlo tan contento y despreocupado. Esperaba que de ahora en más siempre fuera así.

—Sorcha podría haber sido invencible con el Corazón del Dragón, renunció a eso por ti —dije.

—Apenas puedo creerlo, nunca dejaré de sorprenderme —respondió el mago—. Espero que no se arrepienta e intente matarme mientras duermo.

Ambos reímos.

—¿Regresarás con Aiden a Alyssian? ¿A despedirte? —preguntó Zul.

Asentí.



—Primero pasaremos por Naos, quiero ver a mis abuelos y la madre de Aiden también está allí —repliqué.

—Me gustaría poder acompañarte, conocer el bosque de Alyssian y a tus padres —dijo Zul.

—Lo sé, pero estarás ocupado aprendiendo nuevos hechizos y peleando con SORCHA.

Esto lo hizo sonreír.

—Cuando regreses de Alyssian y hagan una gran boda en Naos estaré allí —dijo el mago—. Lo prometo.

—Por supuesto que estarás allí —respondí—. De lo contrario iré hasta Eira y te traeré con Glace.

Pasamos el resto del día descansando y preparándonos para partir. Los winsers esperarían el anochecer para comenzar su regreso a Eira. El clima era más fresco por la noche y evitarían el calor del día. Zul y SORCHA irían con ellos y los ayudarían a llevar los cuerpos de Selenkay y los otros dos winsers. Estarían con los suyos en un reino de hielo y almas en paz, como había dicho Selenkay.

Los guardias que habían sobrevivido escoltarían a Ian hasta Izar. Talfan y Zada irían con él para ayudarlo a establecerse como rey. Talfan lo ayudaría a gobernar y Zada sería una buena compañía, ser rey de seguro le resultaría abrumador, además podía enseñarle a usar armas. No había duda de que el aprendiz de mago sería un gran rey.

Zul y Talfan le enviaron una carta a su padre, Marcus Ian, para que supiera de esto y fuera a Izar. Él había vivido allí, cuando su hermana Ciara reinaba y conocía a muchos nobles. Sería más fácil que lo aceptaran a Ian como rey con su padre allí. Esperaba que llevara a su esposa y a su hijo Braen. De seguro sería más feliz viviendo en un castillo que en el pueblo olvidado de Agnof.

Cuando comenzó a oscurecer llegó la hora de despedirnos. Me sentía triste y feliz al mismo tiempo, lo cual era extraño. Primero me acerqué a SORCHA porque sabía que sería más fácil despedirme de ella.

—Espero que aprendas toda clase de encantamientos de hielo —dije—. Aunque no estoy segura de que eso sea algo bueno.

—No eres tan mala como pensé, Adhara, aunque todavía no me agrades del todo —respondió SORCHA.

—Al menos ya no nos odiamos —respondí.

—Tú y Aiden podrán tener sus encuentros románticos sin miedo a ser atacados o interrumpidos —dijo en tono sarcástico.

Dejé escapar una risa.

—Cuídate, SORCHA.

—Son los demás quienes deben cuidarse de mí —replicó con una sonrisa burlona. Lo peor es que era cierto.

—Cuida de Zul —dije.

—El mago estará bien —afirmó.

Al decir las palabras llevó su mirada hacia él por unos segundos.

Extendí la mano para saludarla, abrazarla dos veces era demasiado. Parecía contenta por esto ya que estrechó mi mano.

—Adiós, elfa.

Esperé a que Aiden y Zul terminaran de despedirse. Se estaban palmeando como mejores amigos, era lindo verlos así. Su relación había mejorado bastante con respecto a cuando los conocí.

Cuando llegó el momento de despedirme de Zul tuve que hacer un esfuerzo por contener las lágrimas.

—Voy a extrañarte, mucho —le dije.

—No más de lo que yo te extrañaré a ti —respondió—. ¿Con quién compartiré mis chistes y mis problemas sentimentales?

Sonreí, abrazándolo fuerte.

—Nos veremos pronto —le dije.

Miré sus misteriosos ojos grises. De no ser porque sabía que quería estar con Sorcha, hubiese considerado atarlo y obligarlo a venir con nosotros.

—Espero que aprendas algo de los elfos, Aiden, como que las espadas son inútiles en comparación con la magia.

Al oír a Sorcha nos miramos y reímos. Sabía que no se despediría sin algún comentario sarcástico.

Talfan y Zada tuvieron su momento con él, mientras Aiden y yo fuimos a despedirnos de los winners. Miré la estatua de Selenkay una última vez y le pedí a un winner llamado Galdur que le entregara un mensaje a Leilani. Quería que ella y Lyel supieran cuánto lamentábamos la muerte de Selenkay y que el winner había sido un líder extraordinario.

Logré contener las lágrimas hasta que los vi alejarse, esperaba volver a verlos pronto. Aiden me rodeó con sus brazos y me besó, lo que nunca fallaba en hacerme sonreír.

Esa noche dormimos allí. Por primera vez en un largo tiempo dormí profundamente sin estar alerta o pendiente de los alrededores. Había olvidado lo que era vivir relajada sin temer ser atacados.

Cuando la mañana llegó nos despedimos de Talfan, Zada y Ian. Sabía que los volvería a ver cuando regresara de Alyssian pero algo me decía que sería diferente. Ian ya no sería el torpe aprendiz de mago, sería el rey de Lesath. Me agradaba la idea de que Zada fuera al castillo con él, tras todo lo que había pasado merecía una vida feliz y confortable. Y Talfan era sabio, después de todo había criado a Zul y no conocía a nadie con un mejor corazón. Guiaría bien a Ian.

Mi caballo Daeron me esperaba ansioso por partir, de alguna manera sabía que regresaríamos a casa. Acaricié sus crines y relinchó contento.

El viaje de regreso fue tranquilo, exactamente lo que necesitábamos para poder

recuperarnos de todas nuestras aventuras. Galopábamos por la mañana y a la tarde pasaba mi tiempo con Aiden, mientras Daeron y Alshain pastaban y correteaban.

Al principio fue extraño estar sola con él, sin el mago allí. Pero pronto descubrí que tenía sus ventajas a pesar de que extrañaba a Zul. Todos los días eran románticos y llenos de recuerdos.

Al atardecer del quinto día llegamos a Naos, por el mismo camino de tierra por el que había llegado con Daeron la primera vez. Lo recordaba a la perfección y aun así sentía como si hubiera sido otra persona. Era tan diferente de la joven que había llegado aquella noche, tantas cosas habían pasado. Mirar el pueblo a mi alrededor me provocaba una sensación de familiaridad, mientras que las noches anteriores lo había mirado con temor.

—¿Cómo se siente regresar? —me preguntó Aiden.

—Bien, muy bien —respondí.

Avanzamos por el camino, uno al lado del otro. Daeron levantó las orejas contento, reconociendo el lugar. Había disfrutado su tiempo aquí, en el establo detrás de la casa de mis abuelos y paseando por los prados.

Las personas nos miraban con curiosidad, algunos parecían reconocermes y otros no. Ya no llevaba la capucha pero el pelo cubría mis orejas. Era mejor una sorpresa a la vez. El hecho de que estuviera de regreso y con Aiden a mi lado parecía conmoción suficiente para la gente de Naos. Probablemente se debía a que era apuesto, iba en un hermoso caballo blanco y llevaba una espada.

Una pareja de jóvenes se nos quedó mirando y sonreí al ver de quiénes se trataba. Eran Lachlan y Louvain. Lucían iguales, Lachlan Grey con su expresión serena y Louvain Merrows con su pelo negro en una trenza. Los saludé con un gesto y ambos me respondieron. Parecían tan sorprendidos como el resto.

Podía ver la casa de mis abuelos a lo lejos. Y corriendo en nuestra dirección, como un destello anaranjado, Tarf. Bajé de Daeron de un salto y corrí hacia el zorrillo que se arrojó en mis brazos.

—Te dije que regresaríamos por él —dijo Aiden desmontando a mi lado.

Me lo había dicho la noche en que habíamos dejado Naos, cuando solo era un hermoso extraño advirtiéndome que mi vida estaba en peligro.

Lo miré escéptica y sonreí.

—Mejor tarde que nunca —dijo.

Me ofreció su mano y la tomé. Podía ver aquel destello de felicidad en sus ojos, finalmente podríamos empezar nuestra vida juntos. Ya no volvería a estar sola o a sentirme fuera de lugar. Pertenece a Lesath, junto a él y Zul y mis abuelos. Había encontrado mi hogar y lo más importante, lo había encontrado a él.

*Queridos Aiden y Adhara:*

*No puedo describir la felicidad que sentí al recibir la invitación para su boda. Deneb vino enseguida al escuchar mis gritos de alegría. Apenas puedo contener mi emoción, de seguro será una tarde encantadora. Siempre quise conocer Naos.*

*Deneb y yo también tenemos noticias que compartir ¡Estamos esperando nuestro primer hijo! Y no solo eso, hace poco recibimos a un nuevo miembro en nuestro familia. Una hermosa jovencita llamada Lysha que perdió a sus padres. Se sorprenderían de ver su parecido con la antigua reina. ¡Es asombroso! ¡Incluso se llaman de la misma manera!*

*Deneb y yo estamos encantados con ella.*

*¡Los veremos pronto!*

*Cariños,*

*Goewyn*



Tiffany Lis Calligaris nació en 1988 en la ciudad de Buenos Aires. Es abogada. Desde muy pequeña se sintió cautivada por la literatura de fantasía y ciencia ficción. A los veintiún años, tras meses de pensar en el personaje de Adhara, se decidió a escribir esta historia y así nació el mundo de *Lesath*. Ha sido ganadora de los *Young Book Awards* 2012 y 2013. Actualmente, está escribiendo su próxima saga.